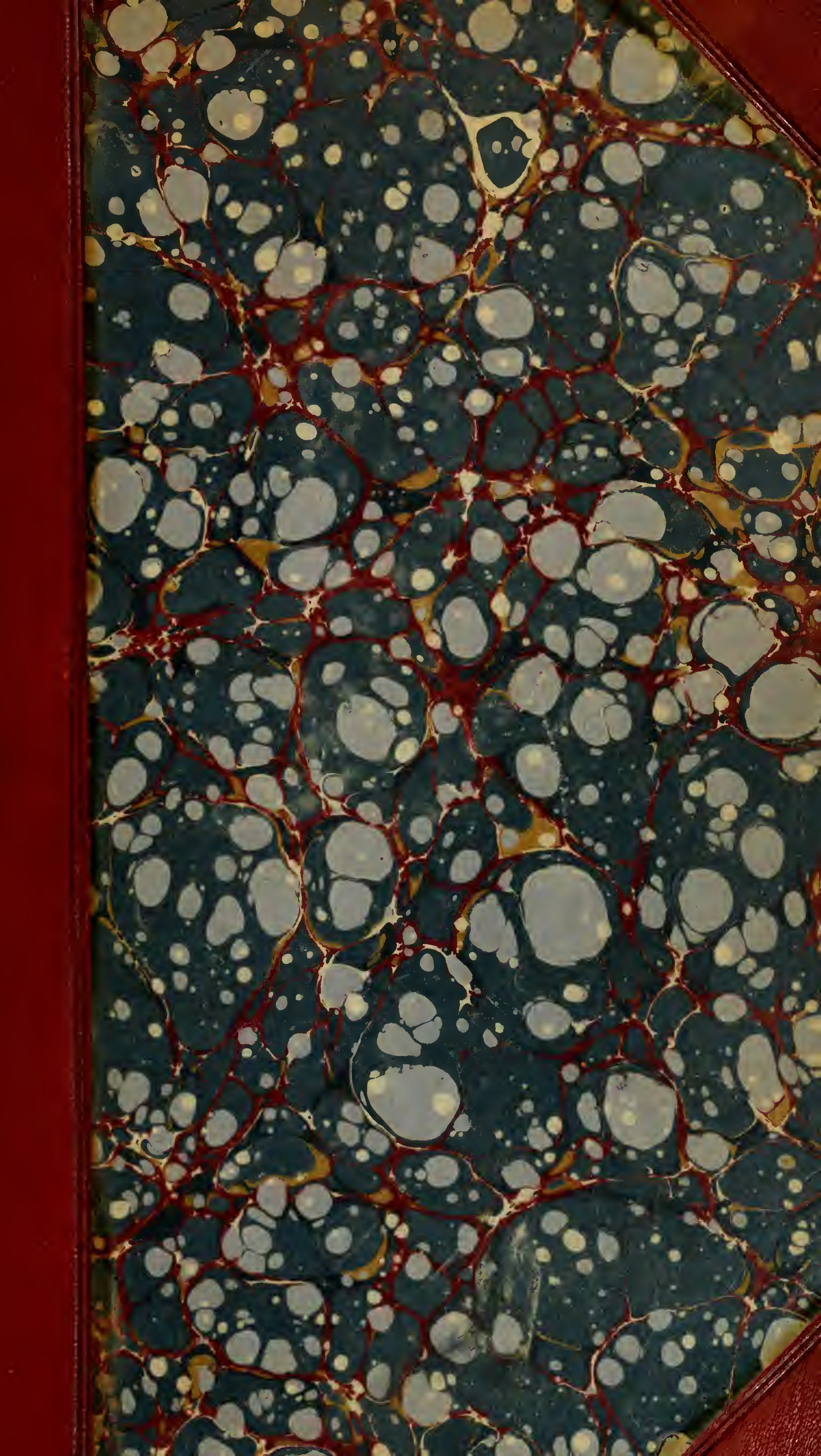
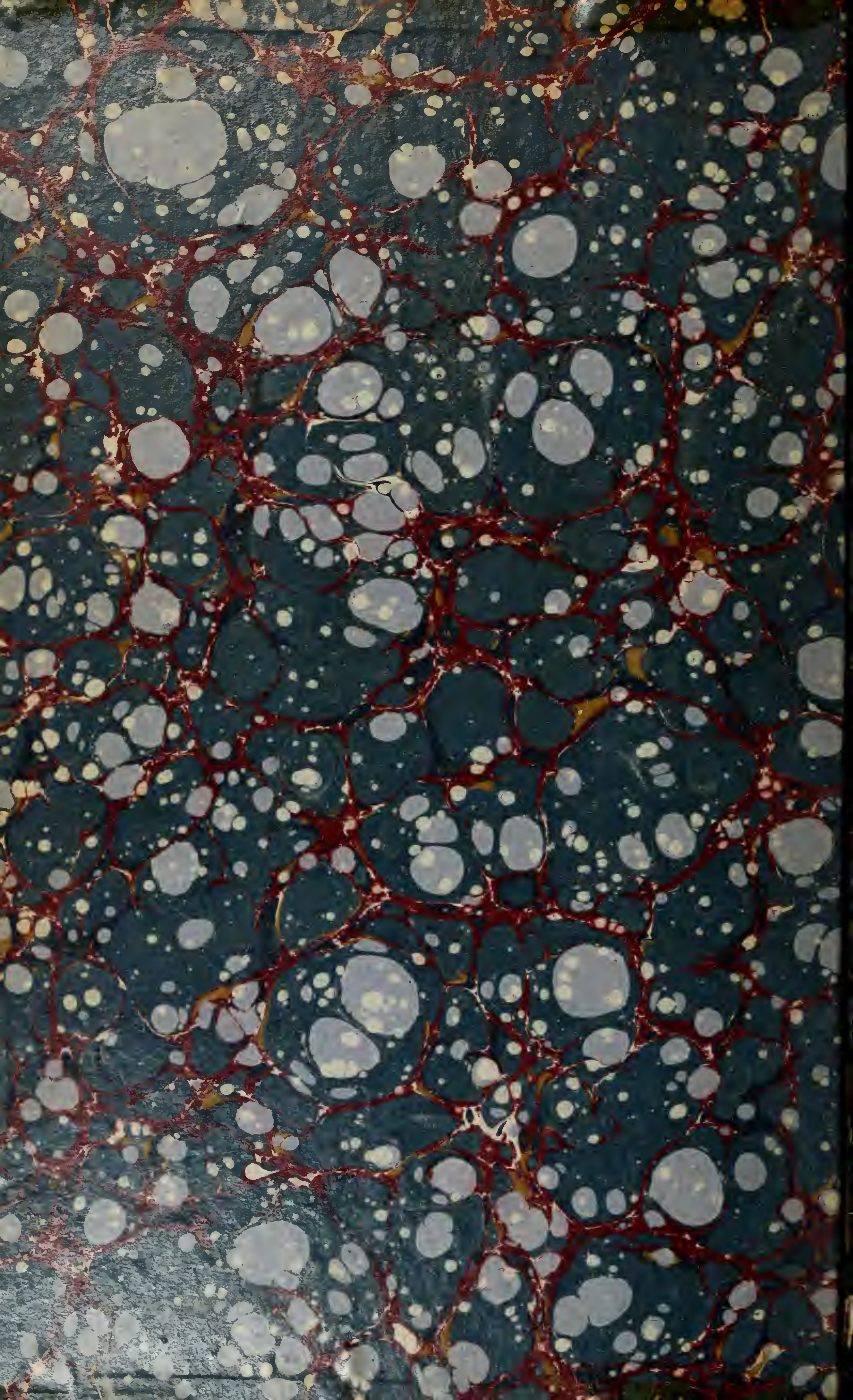
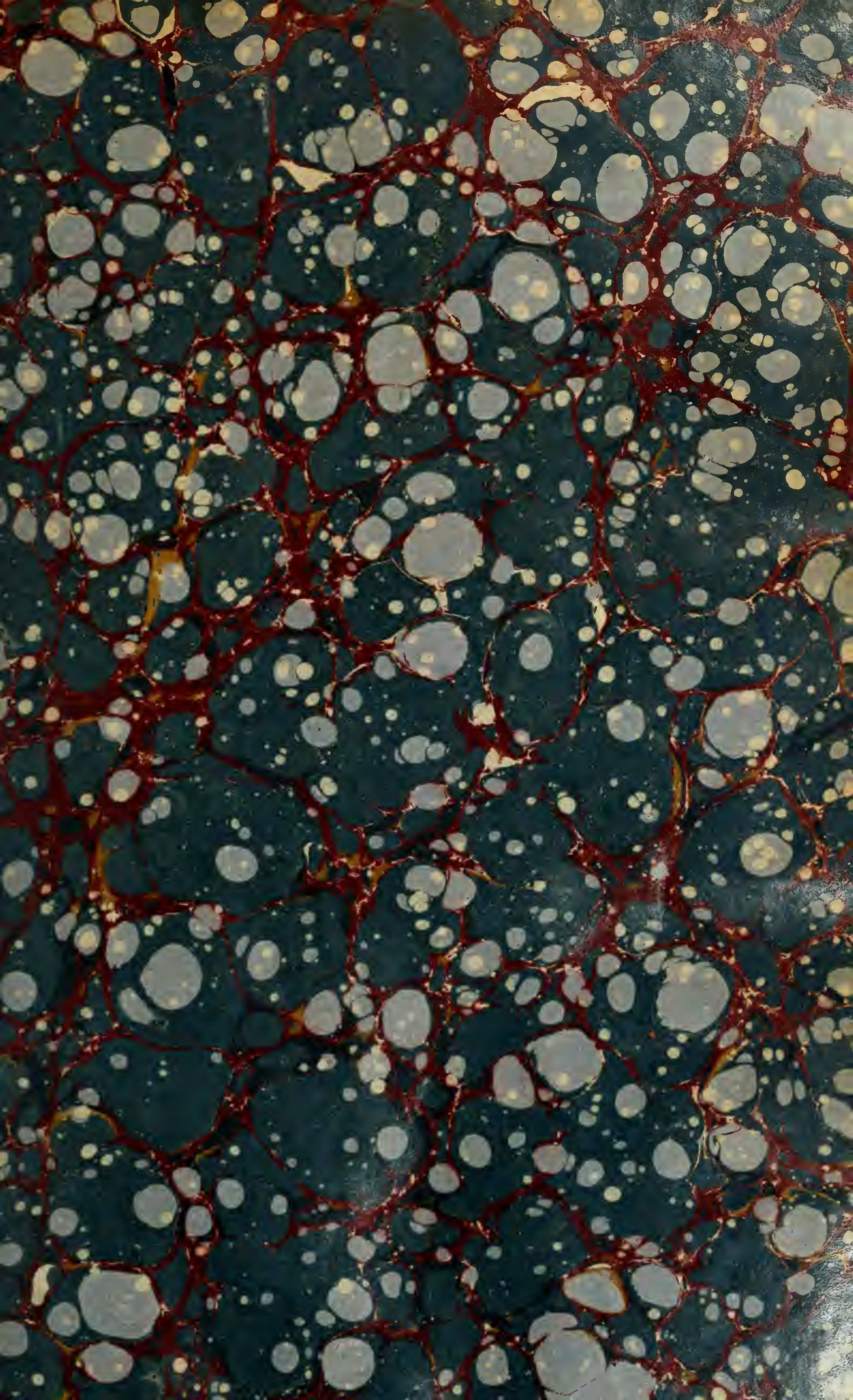






OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES.

TOMO VII.

OBRAS

COMPLETAS

DE CERVANTES

DEDICADAS A S. A. R. EL SERMO. SR. INFANTE

DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON Y BRAGANZA.

TOMO VII.

NOVELAS EJEMPLARES;

EDICION DIRIGIDA

POR DON CAYETANO ROSELL.

TOMO PRIMERO.



MADRID,
IMPRENTA DE DON MANUEL RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.

1864.

ADVERTENCIA.

Repetidas veces se han dado á luz las *Novelas Ejemplares* de CERVÁNTES, ya en las colecciones más ó ménos completas de obras de nuestro autor, ya sueltas, en uno ó en más volúmenes (1). La edicion príncipe se hizo en Madrid, por Juan de la Cuesta, el año de 1613; pero ha llegado á escasear tanto, que en 1828, el señor Salvá no conocia en España ejemplar alguno. Brunet, sin embargo, refiriéndose á este dato, asegura haber visto en París más de uno (*plusieurs*), que es como quien dice varios; y describiendo en seguida el libro, declara que los preliminares tienen XII fólios, y la obra 742.

La impresion que á nosotros nos ha servido de texto es tambien de Juan de la Cuesta y de Madrid, y lleva la fecha de 1614. El ejemplar de que nos hemos valido, que, por lo que añade el mismo Brunet, debe ser no ménos raro, pertenece á la biblioteca de la Real Academia Española, á quien somos deudores de tan singular obsequio. En una hoja de cubierta, que precede á la portada, se lee esta nota manuscrita: «Es la primera edicion de ellas (de las *Novelas*), hecha en Madrid, en vida del autor.— La

(1) Ademas de las dos primeras ediciones, hemos visto citadas, y algunas de ellas tenido presentes para nuestro trabajo de confrontacion, las que siguen:

Del año 1614, una, muy rara, de Pamplona, de Nic. de Acsiayn, que debe ser la tercera, y otra, de Bruselas, de R. Velpio y H. Antonio.

De 1615, una de Milan, y otra de Venecia, de 1616.

Otra de Pamplona, por el mencionado Acsiayn, en 1617, y de este mismo año, otra hecha en Lisboa por Antonio Alvarez, á dos columnas, en 4.º

De 1622, otra de Madrid, á que, sin más datos, alude don Nicolas Antonio.

La de Valencia, 1769, por Salvador Fauli, dos volúmenes 8.º

La de Madrid, de don Antonio de Sancha, 1788, tambien en dos volúmenes 8.º

Otra del mismo Madrid, de 1822, que es la primera de España en que se publicó *La Tia fingida*, tomando sin duda la que de esta novela hizo en París, el año 1814, don Agustin García de Arrieta.

La de Barcelona, por A. Bergnes y Compañía, 1831, tres volúmenes 16.º

Y la de la propia ciudad, por C. y J. Mayol, en 1842.

Prescindimos de las várias traducciones publicadas y reimpresas en diferentes épocas, porque no hacen á nuestro proposito.

compré en Berlin, año de 1800.» Pero esta asercion es tan aventurada, que á la segunda hoja está la tasa, firmada en Madrid, á *doce dias del mes de Agosto de mil y seiscientos y trece años*, por Hernando de Vallejo, que dice: «Yo, Hernando de Vallejo, escriuano de Cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, doy fe, que auiendose visto por los señores del un libro, que con su licencia *fue impresso*, intitulado *Novelas exemplares*, compuesto por Miguel de Cervántes Saavedra, le tassaron á quatro marauedis el pliego», etc. Si pues en Agosto de 1613 se habia ya impreso el libro, la edicion de 1614 no puede aspirar al título de primera.

Esto, sin embargo, no la hace desmerecer un punto. Lleva privilegio para los reinos de la corona de Aragon; y como hecha por el mismo impresor, y cuando tan reciente estaba la primera, debe suponerse que es una fiel reproduccion de ésta, y si de ella difiere en algo, que, en vez de ser más defectuosa, será, por el contrario, más correcta y esmerada. Muévennos á creerlo así las innumerables variantes de que está llena respecto á algunas ediciones posteriores. Las principales consisten en intercalaciones y frases añadidas que llevan éstas, y que quizá tomaron de la primera; la falta de ellas en la segunda, prueba mayor correccion y estudio, porque todas ó las más de sus supresiones están hechas con mucho acierto. Las demas de dichas variantes se reducen á leves discordancias ó á erratas evidentes, cuándo en una, cuándo en otras, que por lo mismo hemos procurado rectificar; mas para que no se crea que procedemos arbitrariamente, al fin del presente tomo insertaremos un catálogo, no sólo de las más notables, sino áun de las de poca importancia, y de este modo se conservará siempre la variedad de textos.

Doce son las novelas que comprenden las antiguas ediciones: siete incluimos en el presente volúmen, y reservamos para el que sigue las otras cinco, ademas de *La Tia fingida*, de que hablaremos en la correspondiente Advertencia preliminar. El órden en que se suceden es el mismo que sin duda les dió su autor. Algunos lo han alterado en sus reimpresiones; nosotros creemos que hasta esta materialidad debe respetarse, como seguimos respetando los arcaísmos y la ortografía anticuada, aunque no constante, de algunas voces, porque estas irregularidades constituyen la fisonomía y carácter peculiar de la escritura de cada autor ó de cada época.

A DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO,
DE LEMOS, DE ANDRADE Y DE VILLALBA,

Marqués de Sarria, Gentilhombre de la cámara de Su Majestad, Virey, Gobernador y Capitan General del reino de Nápoles, Comendador de la encomienda de la Zarza de la Orden de Alcántara.

En dos errores casi de ordinario caen los que dedican sus obras á algun Príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad ó de la lisonja, se dilatan en ella en traerle á la memoria, no sólo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debajo de su proteccion y amparo, porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan á morderlas y lacerarlas. Yo, pues, huyendo destos dos inconvenientes, paso en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y Real casa de vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes, así naturales como adquiridas, dejándolas á que los nuevos Fidias y Lisipos busquen mármoles y bronces adonde grabarlas y esculpirlas, para que sean émulas á la duracion de los tiempos. Tampoco suplico á vuestra Excelencia reciba en su tutela este libro, porque sé que si él no es bueno, aunque le ponga debajo de las alas del hipógrifo de Astolfo y á la sombra de la clava de Hércules, no dejarán los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie. Sólo suplico que advierta vuestra Excelencia que le envio, como quien no dice nada, doce cuentos, que, á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los más pintados. Tales cuales son, allá van, y yo quedo aquí contentísimo, por parecerme que voy mostrando en algo el deseo que tengo de servir á vuestra Excelencia, como á mi verdadero señor y bienhechor mio. Guarde nuestro Señor, etc.—*De Madrid, á* 14 *de Julio de* 1613.

Criado de vuestra Excelencia,

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

PROLOGO AL LETOR.

Quisiera yo, si fuera posible, letor amantísimo, excusarme de escribir este Prólogo, porque no me fué tan bien con el que puse en mi *Don Quijote*, que quedase con gana de segundar con éste. Desto tiene la culpa algun amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado, ántes con mi condicion que con mi ingenio, el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarme y esculpirme en la primera hoja deste libro, pues le diera mi retrato el famoso Don Juan de Jáuregui, y con esto quedara mi ambicion satisfecha, y el deseo de algunos, que querrian saber qué rostro y talle tiene quien se atreve á salir con tantas invenciones en la plaza del mundo á los ojos de las gentes; poniendo debajo del retrato: «Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y ésos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, ántes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés; éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, á imitacion del de César Ca-

poral Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño. Llámase comunmente MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA : fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda, de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasion que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Cárlos V, de felice memoria.» Y cuando á la deste amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas de las dichas que decir de mí, yo me levantara á mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dijera en secreto, con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios, es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios.

En fin, pues ya esta ocasion se pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que dichas por señas, suelen ser entendidas. Y así, te digo otra vez, lector amable, que destas novelas que te ofrezco, en ningun modo podrás hacer pepitoria, porque no tienen piés ni cabeza ni entrañas, ni cosa que les parezca; quiero decir, que los requiebros amorosos que en algunas hallarás, son tan honestos y tan medidos con la razon y discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere.

Heles dado el nombre de *ejemplares*, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algun ejemplo provechoso; y si no fuera por no alargar este sugeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podria sacar, así de todas juntas, como de cada una de por sí.

Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar á entretenerse sin

daño de barras; digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables ántes aprovechan que dañan. Sí; que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste á los negocios, por calificados que sean: horas hay de recreacion, donde el afligido espíritu descanse; para este efeto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines.

Una cosa me atreveré á decirte: que si por algun modo alcanzara que la leccion destas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algun mal deseo ó pensamiento, ántes me cortara la mano con que las escrebí, que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano. A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinacion, y más, que me doy á entender, y es así, que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mias propias, ni imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa. Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Persíles*, que se atreve á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza; y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de *Don Quijote* y donaires de Sancho Panza, y luego las *Semanas del jardin*. Mucho prometo con fuerzas tan pocas como las mias; pero ¿quién pondrá rienda á los deseos? Sólo esto quiero que consideres: que pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran Conde de Lémos, algun misterio tienen escondido, que las levanta. No más, sino que Dios te guarde, y á mí me dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de mí más de cuatro sotiles y almidonados.

AL AUTOR,

POR VARIOS INGENIOS.

DEL MARQUES DE ALCAÑICES.

Si en el moral ejemplo y dulce aviso,
CERVÁNTES, de la diestra grave lira,
En docta frásis el concepto mira
El lector retratado un paraíso;

Mira mejor que con el arte quiso
Vuestro ingenio sacar de la mentira
La verdad, cuya llama sólo aspira
A lo que es voluntario hacer preciso.

Al asumpto ofrecidas las memorias
Dedica el tiempo; que en tan breve suma
Caben todos sucintos los extremos;

Y es noble calidad de vuestras glorias,
Que el uno se le debe á vuestra pluma,
Y el otro á las grandezas del de Lémos.

DE FERNANDO BERMUDEZ Y CARAVAJAL,
camarero del Duque de Sessa.

Hizo la memoria clara
De aquel Dédalo ingenioso
El laberinto famoso,
Obra peregrina y rara;

Mas si tu nombre alcanzara
Creta en su monstro crüel,
Le diera al bronce y pincel,
Cuando en términos distintos
Viera en doce laberintos
Mayor ingenio que en él.
Y si la naturaleza
En la mucha variedad
Enseña mayor beldad,
Más artificio y belleza;
Celebre con más presteza
CERVÁNTES raro y sutil
Aqueste florido Abril,
Cuya variedad admira
La fama veloz, que mira
En él variedades mil.

DE DON FERNANDO DE LODEÑA.

Dejad, nereidas, del albergue umbroso
Las piezas de cristales fabricadas,
De la espuma ligera mal techadas,
Si bien guarnidas de coral precioso;

Salid del sitio ameno y deleitoso,
Driades de las selvas no tocadas;
Y vosotras, ¡oh musas celebradas!
Dejad las fuentes del licor copioso:

Todas juntas traed un ramo solo
Del árbol en quien Dafne convertida,
Al rubio dios mostró tanta dureza;

Que cuando no lo fuera para Apolo,
Hoy se hiciera laurel, por ver ceñida
A MIGUEL DE CERVÁNTES la cabeza.

DE JUAN DE SOLIS MEJIA,

gentilhombre cortesano.

A LOS LETORES.

¡Oh tú, que aquestas fábulas leiste!
Si lo secreto dellas contemplaste,
Verás que son de la verdad engaste,
Que por tu gusto tal disfraz se viste.

Bien, CERVÁNTES insigne, conociste
La humana inclinacion cuando mezclaste
Lo dulce con lo honesto, y lo templaste
Tan bien, que plato al cuerpo y alma hiciste.

Rica y pomposa vas, filosofía;
Ya, dotrina moral, con este traje
No habrá quien de tí burle ó te desprecie.

Si agora te faltare compañía,
Jamas esperes del mortal linaje
Que tu virtud y tus grandezas precie.

NOVELAS EJEMPLARES.

LA GITANILLA.

Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones : nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana del hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte. Una, pues, de esta nacion, gitana vieja, que podia ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerías y modos de embelecos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos; y lo que es más, que la

crianza tosca en que se criaba, no descubria en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada; y con todo esto, era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algun género de deshonestidad; ántes con ser aguda, era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana, vieja ni moza, cantar cantares lascivos ni decir palabras no buenas; y finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenia, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho y enseñarle á vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas, y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias, en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta, habian de ser felicísimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y así, se los procuró y buscó por todas las vias que pudo, y no faltó poeta que se los diese; que tambien hay poetas que se acomodan con gitanos y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros y van á la parte de la ganancia. De todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa.

Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la córte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los gitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la córte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid fué un dia de Santa Ana, patrona y abogada de

la villa, con una danza, en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano, gran bailarin, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal, que poco á poco fué enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el són del tamboril y castañetas y fuga del baile salió un rumor, que encarecia la belleza y donaire de la Gitanilla, y corrian los muchachos á verla y los hombres á mirarla; pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, allí fué ello, allí sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de comun consentimiento de los diputados de la fiesta, desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron á hacerla en la iglesia de Santa María, delante de la imágen de Santa Ana, despues de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al són de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

Arbol preciosísimo,
Que tardó en dar fruto
Años que pudieron
Cubrirle de luto,
Y hacer los deseos
Del consorte puros,
Contra su esperanza,
No muy bien seguros;
De cuyo tardarse
Nació aquel disgusto,
Que lanzó del templo
Al varon más justo:
Santa tierra estéril,
Que al cabo produjo
Toda la abundancia
Que sustenta el mundo;
Casa de moneda,
Do se forjó el cuño

Que dió a Dios la forma
Que como hombre tuvo;
Madre de una hija,
En quien quiso y pudo
Mostrar Dios grandezas
Sobre humano curso:
Por vos y por ella
Sois, Ana, el refugio
Do van por remedio
Nuestros infortunios.
En cierta manera
Teneis, no lo dudo,
Sobre el nieto imperio
Pïadoso y justo.
A ser comunera
Del alcázar sumo,
Fueran mil parientes
Con vos de consuno.
¡Qué hija y qué nieto!
Y ¡qué yerno! Al punto,
A ser causa justa,
Cantárades triunfos.
Pero vos, humilde,
Fuistes el estudio
Donde vuestra Hija
Hizo humildes cursos;
Y agora á su lado,
A Dios el más junto
Gozais, de la alteza
Que apénas barrunto.

El cantar de Preciosa fué para admirar á cuantos la escuchaban. Unos decian: «Dios te bendiga, la muchacha;» otros: «Lástima es que esta mozuela sea gitana; en verdad, en verdad, que merecia ser hija de un gran señor.» Otros habia más groseros, que decian: «Dejen crecer á la rapaza, que ella hará de las suyas: á fe que se va añudando en ella gentil red barredera para pescar corazones.» Otro más humano, más basto y más modorro, viéndola andar tan ligera

en el baile, le dijo: «A ello, hija, á ello; andad, amores, y pisad el polvito á tan menudito.» Y ella respondió, sin dejar el baile: «Y pisarélo yo á tan menudó.»

Acabáronse las vísperas y la fiesta de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada, pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y de bailadora, que á corrillos se hablaba della en toda la córte. De allí á quince dias volvió á Madrid con otras tres muchachas, con sonajas y con un baile nuevo, todas apercebidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentia Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamas, y muchos miraron en ello y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba della la gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenia por abuela. Pusiéronse á bailar á la sombra en la calle de Toledo, y de los que las venian siguiendo se hizo luego un gran corro, y en tanto que bailaban, la vieja pedia limosna á los circunstantes, y llovian en ella ochavos y cuartos, como piedras á tablado; que tambien la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida.

Acabado el baile, dijo Preciosa: «Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de cuando la Reina, nuestra señora, Margarita salió á misa de parida en Valladolid y fué á San Llorente; dígoles que es famoso, y compuesto por un poeta de los del número, como capitan de batallon.» Apénas hubo dicho esto, cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron á voces: «Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos;» y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba

manos á cogerlos. Hecho, pues, su agosto y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance:

Salió á misa de parida
La mayor Reina de Europa,
En el valor y en el nombre
Rica y admirable joya.
Como los ojos se lleva,
Se lleva las almas todas
De cuantos miran, y admira
Su devocion y su pompa.
Y para mostrar que es parte
Del cielo en la tierra toda,
A un lado lleva el sol de Austria,
Al otro la tierna aurora.
A sus espaldas le sigue
Un lucero, que á deshora
Salió la noche del dia
Que el cielo y la tierra lloran.
Y si en el cielo hay estrellas
Que lucientes carros forman,
En otros carros su cielo
Vivas estrellas adornan.
Aquí el anciano Saturno
La barba pule y remoza,
Y aunque es tardo, va ligero;
Que el placer cura la gota.
El dios parlero va en lenguas
Lisonjeras y amorosas,
Y Cupido en cifras várias,
Que rubíes y perlas bordan.
Allí va el furioso Marte
En la persona curiosa
De más de un gallardo jóven,
Que de su sombra se asombra.
Junto á la casa del sol
Va Júpiter; que no hay cosa
Difícil á la privanza,
Fundada en prudentes obras.
Va la luna en las mejillas

De una y otra humana diosa,
Vénus casta en la belleza
De las que este cielo forman.
  Pequeñuelos Ganimédes
Cruzan, van, vuelven y tornan
Por el cinto tachonado
De esta esfera milagrosa.
  Y para que todo admire
Y todo asombre, no hay cosa
Que de liberal no pase
Hasta el extremo de pródiga.
  Milan con sus ricas telas
Allí va en vista curiosa,
Las Indias con sus diamantes,
Y Arabia con sus aromas.
  Con los mal intencionados
Va la envidia mordedora,
Y la bondad en los pechos
De la lealtad española.
  La alegría universal,
Huyendo de la congoja,
Calles y plazas discurre,
Descompuesta y casi loca.
  A mil mudas bendiciones
Abre el silencio la boca,
Y repiten los muchachos
Lo que los hombres entonan.
  Cuál dice : « Fecunda vid,
Crece, sube, abraza y toca
El olmo felice tuyo,
Que mil siglos te haga sombra,
  » Para gloria de tí misma,
Para bien de España y honra,
Para arrimo de la Iglesia,
Para asombro de Mahoma. »
  Otra lengua clama y dice :
« Vivas, oh blanca paloma,
Que nos has dado por crias
Águilas de dos coronas,
  » Para ahuyentar de los aires
Las de rapiña furiosas,

Para cubrir con sus alas
A las virtudes medrosas.»
Otra, más discreta y grave,
Más aguda y más curiosa,
Dice, vertiendo alegría
Por los ojos y la boca:
«Esta perla que nos diste,
Nácar de Austria, única y sola,
¡Qué de máquinas que rompe!
¡Qué de designios que corta!
»¡Qué de esperanzas que infunde!
¡Qué de deseos malogra!
¡Qué de temores aumenta!
¡Qué de preñados aborta!»
En esto se llegó al templo
Del fénix santo que en Roma
Fué abrasado, y quedó vivo
En la fama y en la gloria.
A la imágen de la vida,
A la del cielo Señora,
A la que, por ser humilde,
Las estrellas pisa ahora;
A la Madre y Vírgen junto,
A la Hija y á la Esposa
De Dios, hincada de hinojos,
Margarita así razona:
«Lo que me has dado te doy,
Mano siempre dadivosa;
Que á do falta el favor tuyo,
Siempre la miseria sobra.
»Las primicias de mis frutos
Te ofrezco, Vírgen hermosa:
Tales cuales son las mira,
Recibe, ampara y mejora.
»A su padre te encomiendo,
Que humano Atlante, se encorva
Al peso de tantos reinos
Y de climas tan remotas.
»Sé que el corazon del Rey
En las manos de Dios mora,
Y sé que puedes con Dios

Cuanto pidieres piadosa.»
   Acabada esta oracion,
Otra semejante entonan
Himnos y voces que muestran
Que está en el suelo la gloria.
   Acabados los oficios,
Con rëales ceremonias
Volvió á su punto este cielo
Y esfera maravillosa.

Apénas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oia, de muchas se formó una voz sola, que dijo: «Torna á cantar, Preciosa; que no faltarán cuartos como tierra.» Más de doscientas personas estaban mirando el baile y escuchando el canto de las gitanas, y en la mayor fuga dél acertó á pasar por allí uno de los tinientes de la villa, y viendo tanta gente junta, preguntó qué era, y fuéle respondido que estaban escuchando á la Gitanilla hermosa que cantaba. Llegóse el tiniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta la fin; y habiéndole parecido por todo extremo bien la Gitanilla, mandó á un paje suyo dijese á la gitana vieja que al anochecer fuese á su casa con las gitanillas; que queria que las oyese doña Clara, su mujer. Hízolo así el paje, y la vieja dijo que sí iria.

Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar; y en esto llegó un paje muy bien aderezado á Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo: «Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo.

—Eso aprenderé yo de muy buena gana, respondió Preciosa; y mire, señor, que no me deje de dar los romances

que dice, con tal condicion que sean honestos; y si quisiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada y docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible.

— Para papel siquiera que me dé la señora Preciosa, dijo el paje, estaré contento; y más, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta.

—A la mia queda el escogerlos,» respondió Preciosa; y con esto se fueron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos caballeros á las gitanas. Asomóse Preciosa á la reja, que era baja, y vió en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose y otros jugando á diversos juegos, se entretenian. «¿Quiérenme dar barato, ceñores?» dijo Preciosa (que como gitana hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza). A la voz de Preciosa y á su rostro dejaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes, y los unos y los otros acudieron á la reja por verla, que ya tenian noticia della, y dijeron : «Entren, entren las gitanillas; que aquí les daremos barato.

—Caro sería ello, respondió Preciosa, si nos pellizcasen.

—No, á fe de caballeros, respondió uno; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho;» y púsose la mano sobre uno de Calatrava.

«Si tú quieres entrar, Preciosa, dijo una de las tres gitanillas que iban con ella, entra enhorabuena; que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres.

—Mira, Cristina, respondió Preciosa, de lo que te has de guardar es de un hombre solo y á solas, y no de tantos

juntos; porque ántes el ser muchos quita el miedo y el recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina á ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas, y no de las públicas.

—Entremos, Preciosa, dijo Cristina; que tú sabes más que un sabio.»

Animólas la gitana vieja, y entraron; y apénas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vió el papel que traia en el seno, y llegándose á ella, se le tomó, y dijo Preciosa: «¡Ay! no me le tome, señor; que es un romance que me acaban de dar ahora, que áun no le he leido.

—Y ¿sabes tú leer, hija? dijo uno.

—Y escribir, respondió la vieja; que á mi nieta la he criado yo como si fuera hija de un letrado.»

Abrió el caballero el papel, y vió que venia dentro dél un escudo de oro, y dijo: «En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro; toma este escudo que en el romance viene.

—Basta, dijo Preciosa, que me ha tratado de pobre el poeta; pues cierto que es más milagro darme á mí un poeta un escudo, que yo recebirle: si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el *Romancero general*, y envíemelos uno á uno, que yo les tentaré el pulso, y si vinieren duros, seré yo blanda en recebillos.»

Admirados quedaron los que oian á la Gitanica, así de su discrecion como del donaire con que hablaba. «Lea, señor, dijo ella, y lea alto; veremos si es tan discreto ese poeta como es liberal.» Y el caballero leyó así:

Gitanica, que de hermosa
Te pueden dar parabienes:
Por lo que de piedra tienes
Te llama el mundo *Preciosa.*
Desta verdad me asegura
Esto, como en tí verás;
Que no se aparta jamas
La esquiveza y la hermosura.
Si como en valor subido,
Vas creciendo en arrogancia,
No le arriendo la ganancia
A la edad en que has nacido;
Que un basilisco se cria
En tí, que mata mirando,
Y un imperio, que aunque blando,
Nos parezca tiranía.
Entre pobres y aduares
¿Cómo nació tal belleza?
O ¿cómo crió tal pieza
El humilde Manzanares?
Por esto será famoso
A par del Tajo dorado,
Y por Preciosa preciado
Más que el Gánges caudaloso.
Dices la buenaventura,
Y dasla mala contino;
Que no van por un camino
Tu intencion y tu hermosura.
Porque en el peligro fuerte
De mirarte ó contemplarte,
Tu intencion va á desculparte,
Y tu hermosura á dar muerte.
Dicen que son hechiceras
Todas las de tu nacion;
Pero tus hechizos son
De más fuerzas y más véras;
Pues por llevar los despojos
De todos cuantos te ven,
Haces, oh niña, que estén
Los hechizos en tus ojos.
En sus fuerzas te adelantas,

Pues bailando nos admiras,
Y nos matas si nos miras,
Y nos encantas si cantas.
De cien mil modos hechizas:
Hables, calles, cantes, mires,
O te acerques ó retires,
El fuego de amor atizas.
Sobre el más exento pecho
Tienes mando y señorío,
De lo que es testigo el mio,
De tu imperio satisfecho.
Preciosa joya de amor,
Esto humildemente escribe
El que por tí muere y vive,
Pobre, aunque humilde amador.

«En pobre acaba el último verso, dijo á esta sazon Preciosa : mala señal; nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque á los principios, á mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor.

—¿Quién te enseña eso, rapaza? dijo uno.

—¿Quién me lo ha de enseñar? respondió Preciosa; ¿no tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿no tengo ya quince años? Y no soy manca, ni renca, ni estropeada del entendimiento. Los ingenios de las gitanas van por otro norte que los de las demas gentes; siempre se adelantan á sus años; no hay gitano necio ni gitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dejan que crie moho en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando y parecen bobas? pues éntrenles el dedo en la boca, y tiéntenlas las cordales, y verán lo que verán; no hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso,

que les enseña en una hora lo que habian de aprender en un año.»

Con esto que la Gitanilla decia, tenia suspensos á los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y áun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y más rica y más alegre que una pascua de flores, antecogió sus corderas, y fuése en casa del señor teniente, quedando que otro dia volveria con su manada á dar contento á aquellos tan liberales señores.

Ya tenia aviso la señora doña Clara, mujer del señor teniente, cómo habian de ir á su casa las gitanillas, y estábalas esperando como el agua de Mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver á Preciosa; y apénas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demas resplandeció Preciosa, como la luz de una antorcha entre otras luces menores; y así corrieron todas á ella: unas la abrazaban, otras la miraban, éstas la bendecian, aquellas la alababan. Doña Clara decia: «Este sí que se puede decir cabello de oro, éstos sí que son ojos de esmeraldas.» La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacia pepitoria de todos sus miembros y coyunturas; y llegando á alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenia en la barba, dijo: «¡Ay, qué hoyo! en este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren.» Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo: «¿Ese llama vuesa merced hoyo, señora mia? Pues yo sé poco de hoyos, ó ése no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos; por Dios, tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata ó de alcorza no podria ser mejor. ¿Sabes decir la buenaventura, niña?

—De tres ó cuatro maneras, respondió Preciosa.

—Y ¿eso más? dijo doña Clara: por vida del teniente, mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbunclos, y niña del cielo, que es lo más que puedo decir.—Dénle, dénle la palma de la mano á la niña, y con qué haga la cruz, dijo la vieja, y verán qué de cosas les dice; que sabe más que un dotor de melecina.» Echó mano á la faldriquera la señora tenienta, y halló que no tenia blanca; pidió un cuarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual visto por Preciosa, dijo: «Todas las cruces en cuanto cruces son buenas; pero las de plata ó de oro son mejores, y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buenaventura, por lo ménos la mia; y así tengo aficion á hacer la cruz primera con algun escudo de oro ó con algun real de á ocho, ó á lo ménos de á cuatro; que soy como los sacristanes, que cuando hay buena ofrenda se regocijan.

—Donaire tienes, niña, por tu vida, dijo la señora vecina, y volviéndose al escudero, le dijo: «Vos, señor Contreras, ¿tendreis á mano algun real de á cuatro? dádmele, que en viniendo el dotor, mi marido, os le volveré.

—Sí tengo, respondió Contreras; pero téngole empeñado en veinte y dos maravedís que cené anoche. Dénmelos, que yo iré por él en volandas.

—No tenemos entre todas un cuarto, dijo doña Clara, ¿y pedis veinte y dos maravedís? Andad, Contreras; que siempre fuisteis impertinente.» Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo á Preciosa: «Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata?

—Antes, respondió Preciosa, se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos.

—Uno tengo yo, replicó la doncella; si éste basta, héle aquí, con condicion que tambien se me ha de decir á mí la buenaventura.

—¡Por un dedal tantas buenaventuras! dijo la gitana vieja: nieta, acaba presto; que se hace noche.» Tomó Preciosa el dedal y la mano de la señora tenienta, y dijo:

Hermosita, hermosita,
La de las manos de plata,
Más te quiere tu marido
Que el Rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel,
Pero á veces eres brava
Como leona de Orán
O como tigre de Ocaña.
Pero en un tras, en un tris,
El enojo se te pasa,
Y quedas como alfeñique
O como cordera mansa.
Riñes mucho y comes poco;
Algo celosita andas;
Que es jugueton el tiniente,
Y quiere arrimar la vara.
Cuando doncella te quiso
Uno de una buena cara;
Que mal hayan los terceros,
Que los gustos desbaratan.
Si á dicha tú fueras monja,
Hoy tu convento mandaras,
Porque tienes de abadesa
Más de cuatrocientas rayas.
No te lo quiero decir;
Pero poco importa, vaya:
Enviudarás otra vez,
Y otras dos serás casada.
No llores, señora mia;
Que no siempre las gitanas

Decimos el Evangelio;
No llores, señora, acaba.
  Como te mueras primero
Que el señor tiniente, basta
Para remediar el daño
De la viudez que amenaza.
  Has de heredar, y muy presto,
Hacienda en mucha abundancia;
Tendrás un hijo canónigo;
La iglesia no se señala;
  De Toledo no es posible.
Una hija rubia y blanca
Tendrás, que si es religiosa,
Tambien vendrá á ser perlada.
  Si tu esposo no se muere
Dentro de cuatro semanas,
Verásle corregidor
De Búrgos ó Salamanca.
  Un lunar tienes; ¡qué lindo!
¡Ay Jesus, qué luna clara!
¡Qué sol, que allá en los antípodas
Escuros valles aclara!
  Más de dos ciegos por verle
Dieran más de cuatro blancas.
Agora sí es la risica;
¡Ay, que bien haya esa gracia!
  Guárdate de las caidas,
Principalmente de espaldas,
Que suelen ser peligrosas
En las principales damas.
  Cosas hay más que decirte;
Si para el viérnes me aguardas,
Las oirás, que son de gusto,
Y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstantes en querer saber la suya, y así se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viérnes venidero, prometiéndole que tendrian reales de plata para hacer las cruces.

En esto vino el señor teniente, á quien contaron maravillas de la Gitanilla: él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que á Preciosa habian dado; y poniendo la mano en la faldriquera, hizo señal de querer darle algo; y habiéndola expulgado y sacudido y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía y dijo: «Por Dios, que no tengo blanca; dalde vos, doña Clara, un real á Preciosica; que yo os le daré despues.

—Bueno es eso, señor, por cierto; sí, ahí está el real de manifiesto; no hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, y ¿quiere que tengamos un real?

—Pues dadle alguna valoncica vuestra ó alguna cosa; que otro dia nos volverá á ver Preciosa, y la regalaremos mejor.» A lo cual dijo doña Clara: «Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora á Preciosa.

—Antes si no me dan nada, dijo Preciosa, nunca más volveré acá; mas sí volveré á servir á tan principales señores; pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga del esperarlo. Coheche vuesa merced, señor tiniente, coheche y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señor: por ahí he oido decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dineros para pagar las condenaciones de las residencias y para pretender otros cargos.

—Así lo dicen y lo hacen los desalmados, replicó el teniente; pero el juez que da buena residencia no tendrá que pagar condenacion alguna, y el haber usado bien su oficio será el valedor para que le den otro.

—Habla vuesa merced muy á lo santo, señor teniente,

respondió Preciosa; ándese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias.

—Mucho sabes, Preciosa, dijo el tiniente; calla, que yo daré traza que sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes.

—Querránme para truhana, respondió Preciosa, y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido: si me quisiesen para discreta, áun llevarmehian; pero en algunos palacios más medran los truhanes que los discretos; yo me hallo bien con ser gitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere.

—Ea, niña, dijo la gitana vieja, no hables más; que has hablado mucho, y sabes más de lo que yo te he enseñado: no te asotiles tanto, que te despuntarás; habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerías, que no hay ninguna que no amenace caida.

—El diablo tienen estas gitanas en el cuerpo,» dijo á esta sazon el tiniente. Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo la doncella del dedal: «Preciosa, dime la buenaventura ó vuélveme mi dedal; que no me queda con qué hacer labor.

—Señora doncella, respondió Preciosa, haga cuenta que se la he dicho, y provéase de otro dedal, ó no haga vainillas hasta el viérnes, que yo volveré y le diré más venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías.» Fuéronse, y juntáronse con las muchas labradoras que á la hora de las Avemarías suelen salir de Madrid para volverse á sus aldeas, y entre otras vuelven muchas, con quien siempre se acompañaban las gitanas, y volvian seguras; porque la gitana vieja vivia en contino temor no le salteasen á su Preciosa.

Sucedió, pues, que la mañana de un dia que volvian á Madrid á coger la garrama con las demas gitanillas, en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos ántes que se llegue á la villa, vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino; la espada y daga que traia eran, como decirse suele, un ascua de oro; sombrero con rico cintillo y con plumas de diversas colores adornado. Repararon las gitanas en viéndole, y pusiéronsele á mirar muy despacio, admiradas de que á tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar á pié y solo. Él se llegó á ellas, y hablando con la gitana mayor, le dijo: «Por vida vuestra, amiga, que me hagais placer que vos y Preciosa me oyais aquí aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho.

—Como no nos desviemos mucho ni nos tardemos mucho, sea en buen hora,» respondió la vieja; y llamando á Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y así en pié como estaban, el mancebo les dijo: «Yo vengo de manera rendido á la discrecion y belleza de Preciosa, que despues de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar á este punto, al cabo he quedado más rendido, y más imposibilitado de excusallo. Yo, señoras mias (que siempre os he de dar este nombre, si el cielo mi pretension favorece), soy caballero, como lo puede mostrar el hábito (y apartando el herreruelo, descubrió en el pecho uno de los más calificados que hay en España); soy hijo de Fulano (que por buenos respetos aquí no se declara su nombre); estoy debajo de su tutela y amparo; soy hijo único, y el que espera un razonable mayorazgo; mi padre está aquí en la córte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi

ciertas esperanzas de salir con él; y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso, quisiera ser un gran señor para levantar á mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola mi igual y mi señora. Yo no la pretendo para burlalla, ni en las véras del amor que la tengo puede caber género de burla alguno: sólo quiero servirla del modo que ella más gustare; su voluntad es la mia. Para con ella es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere, y para conservarlo y guardarlo, no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone á la duracion de los tiempos. Si creeis esta verdad, no admitirá ningun desmayo mi esperanza; pero si no me creeis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda. Mi nombre es éste (y díjoselo); el de mi padre ya os lo he dicho; la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas; vecinos tiene de quien podreis informaros, y áun de los que no son vecinos tambien; que no es tan escura la calidad y el nombre de mi padre y el mio, que no le sepan en los patios de Palacio, y áun en toda la córte. Cien escudos traigo aquí en oro para daros en arras y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma.»

En tanto que el caballero esto decia, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debieron de parecer mal ni sus razones ni su talle; y volviéndose á la vieja, le dijo: «Perdóneme, abuela, de que me tomo licencia para responder á este tan enamorado señor.

—Responde lo que quisieres, nieta, respondió la vieja; que yo sé que tienes discrecion para todo.» Y Preciosa dijo: «Yo, señor caballero, aunque soy gitana pobre, y humil-

demente nacida, tengo un cierto espiritillo fantástico acá dentro, que á grandes cosas me lleva: á mí ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas; y aunque de quince años (que, segun la cuenta de mi abuela, para este San Miguel los haré), soy ya vieja en los pensamientos, y alcanzo más de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia; pero con lo uno ó con lo otro, sé que las pasiones amorosas en los recien enamorados son como ímpetus indiscretos, que hacen salir á la voluntad de sus quicios, la cual, atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres. Si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesion de la cosa deseada, y quizá abriéndose entónces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que ántes se adoraba. Este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo: una sola joya tengo, que la estimo en más que á la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender á precio de promesas ni dádivas, porque en fin será vendida, y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas ni embelecos; ántes pienso irme con ella á la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan ó manoseen. Flor es la de la virginidad, que á ser posible, áun con la imaginacion no habia de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja, y finalmente, entre las manos rústicas se deshace. Si vos, señor, por sola

esta prenda venis, no la habeis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser á este santo yugo; que entónces no seria perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen. Si quisiéredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero. Primero tengo de saber si sois el que decis; luego, hallando esta verdad, habeis de dejar la casa de vuestros padres y la habeis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el traje de gitano, habeis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condicion, y vos de la mia; al cabo del cual, si vos os contentáredes de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entónces tengo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra humilde en serviros. Y habeis de considerar que en el tiempo deste noviciado, podria ser que cobrásedes la vista, que ahora debeis de tener perdida, ó por lo ménos turbada, y viésedes que os convenia huir de lo que agora seguis con tanto ahinco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa. Si con estas condiciones quereis entrar á ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna dellas, no habeis de tocar un dedo de la mia.»

Pasmóse el mozo á las razones de Preciosa, y púsose como embelesado mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debia. Viendo lo cual Preciosa, tornó á decirle: «No es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse: volveos, señor, á la villa, y considerad despacio lo que viéredes que más os convenga, y en este mismo

lugar me podeis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir ó venir de Madrid.» A lo cual respondió el gentilhombre: «Cuando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mia, determiné de hacer por tí cuanto tu voluntad acertase á pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habias de pedir lo que me pides; pero, pues es tu gusto que el mio al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por gitano desde luego, y haz de mí todas las experiencias que más quisieres; que siempre me has de hallar el mismo que ahora te sinifico. Mira cuándo quieres que mude el traje, que yo querria que fuese luego; que con ocasion de ir á Flándes engañaré á mis padres, y sacaré dineros para gastar algunos dias, y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida. A los que fueren conmigo, yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinacion; lo que pido es (si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo), que si no es hoy, donde te puedes informar de mi calidad y de la de mis padres, que no vayas más á Madrid, porque no querria que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse, me salteasen la buena ventura, que tanto me cuesta.

—Eso no, señor galan, respondió Preciosa: sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entienda que no la tomaré tan demasiada, que no se eche de ver desde bien léjos que llega mi honestidad á mi desenvoltura; y en el primero cargo en que quiero enteraros, es en el de la confianza que habeis de hacer de mí; y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, ó son simples ó confiados.

—Satanas tienes en tu pecho, muchacha, dijo á esta sa-

zon la gitana vieja; mira que dices cosas que no las dirá un colegial de Salamanca: tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas; ¿cómo es esto? que me tienes loca, y te estoy escuchando como á una persona espiritada, que habla latin sin saberlo.

—Calle, abuela, respondió Preciosa, y sepa que todas las cosas que me oye son nonadas y son de burlas, para las muchas que de más véras me quedan en el pecho.»

Todo cuanto Preciosa decia, y toda la discrecion que mostraba, era añadir leña al fuego que ardia en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí á ocho dias se verian en aquel mismo lugar, donde él vendria á dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y ellas habrian tenido tiempo de informarse de la verdad que les habia dicho. Sacó el mozo una bolsilla de brocado, donde dijo que iban cien escudos de oro, y dióselos á la vieja; pero no queria Preciosa que los tomase en ninguna manera; á quien la gitana dijo: «Calla, niña; que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado las armas en señal de rendimiento; y el dar, en cualquiera ocasion que sea, siempre fué indicio de generoso pecho; y acuérdate de aquel refran que dice: «Al cielo rogando, y con el mazo dando;» y más, que no quiero yo que por mí pierdan las gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas. ¿Cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, que pueden andar cosidos en el alforza de una saya que no valga dos reales, y tenerlos allí como quien tiene un juro sobre las yerbas de Extremadura? Y si alguno de nuestros hijos, nietos ó parientes cayere, por alguna desgracia, en manos de la justicia,

¿habrá favor tan bueno, que llegue á la oreja del juez y del escribano, como el destos escudos, si llegan á sus bolsas? Tres veces, por tres delitos diferentes, me he visto casi puesta en el asno para ser azotada, y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de á ocho, que habia trocado por cuartos, dando veinte reales más por el cambio. Mira, niña, que andamos en oficio muy peligroso y lleno de tropiezos y de ocasiones forzosas, y no hay defensas que más presto nos amparen y socorran como las armas invencibles del gran Felipo: no hay pasar adelante de su *plus ultra.* Por un doblon de dos caras se nos muestra alegre la triste del procurador y de todos los ministros de la muerte, que son arpías de nosotras las pobres gitanas, y más precian pelarnos y desollarnos á nosotras que á un salteador de caminos; jamas, por más rotas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres, que dicen que somos como los jubones de los gabachos de Belmonte, rotos y grasientos, y llenos de doblones.

—Por vida suya, abuela, que no diga más; que lleva término de alegar tantas leyes en favor de quedarse con el dinero, que agote las de los emperadores: quédese con ellos, y buen provecho le hagan, y plega á Dios que los entierre en sepultura donde jamas tornen á ver la claridad del sol, ni haya necesidad que le vean. A estas nuestras compañeras será forzoso darles algo; que há mucho que nos esperan, y ya deben estar enfadadas.

—Así verán ellas, replicó la vieja, moneda destas, como ven al turco agora; este buen señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata ó cuartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas.

—Sí traigo,» dijo el galan, y sacó de la faldriquera tres reales de á ocho, que repartió entre las tres gitanillas, con que quedaron más alegres y más satisfechas que suele quedar un autor de comedias cuando, en competencia de otro, le suelen retular por las esquinas *víctor, víctor*. En resolucion, concertaron, como se ha dicho, la venida de allí á ocho dias, y que se habia de llamar, cuando fuese gitano, Andres Caballero, porque tambien habia gitanos entre ellos deste apellido.

No tuvo atrevimiento Andres, que así le llamaremos de aquí adelante, de abrazar á Preciosa; ántes enviándole con la vista el alma, sin ella, si así decirse puede, las dejó, y se entró en Madrid, y ellas contentísimas hicieron lo mismo. Preciosa, algo aficionada, más con benevolencia que con amor, de la gallarda disposicion de Andres, ya deseaba informarse si era el que habia dicho: entró en Madrid, y á pocas calles andadas encontró con el paje poeta de las coplas y el escudo; y cuando él la vió, se llegó á ella, diciendo: «Vengas en buen hora, Preciosa: ¿leiste por ventura las coplas que te dí el otro dia?» A lo que Preciosa respondió: «Primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad, por vida de lo que más quiere.

—Conjuro es ése, respondió el paje, que aunque el decirla me costase la vida, no la negaré en ninguna manera.

—Pues la verdad que quiero que me diga, dijo Preciosa, es, si por ventura es poeta.

—A serlo, replicó el paje, forzosamente habia de ser por ventura; pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen, y así yo no lo soy, sino un aficionado á la poesía; y para lo que he menester no voy á

pedir ni buscar versos ajenos: los que te dí son mios, y éstos que te doy agora tambien, mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera.

—¿Tan malo es ser poeta? replicó Preciosa.

—No es malo, dijo el paje; pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno: hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada dia, ni la muestra á todas gentes ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razon que la muestre. La poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discrecion más alta: e amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran; y finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella comunican.

—Con todo eso, respondió Preciosa, he oido decir que es pobrísima y que tiene algo de mendiga.

—Antes es al reves, dijo el paje, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que alcanzan pocos. Pero ¿qué te ha movido, Preciosa, á hacer esta pregunta?

—Hame movido, respondió Preciosa, porque, como yo tengo á todos ó los más poetas por pobres, causóme maravilla aquel escudo de oro que me distes entre vuestros versos envuelto; mas agora, que sé que no sois poeta, sino aficionado de la poesía, podria ser que fuésedes rico, aunque lo dudo, á causa de que por aquella parte que os toca de hacer coplas, se ha de desaguar cuanta hacienda tuviéredes; que no hay poeta, segun dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene.

—Pues yo no soy desos, replicó el paje : versos hago, y no soy rico ni pobre, y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los ginoveses sus convites, bien puedo dar un escudo, y dos, á quien yo quisiere. Tomad, Preciosa perla, este segundo papel, y este escudo segundo que va en él, sin que os pongais á pensar si soy poeta ó no; sólo quiero que penseis y creais que quien os da esto, quisiera tener para daros las riquezas de Mídas.» Y en esto le dió un papel, y tentándole Preciosa, halló que dentro venia el escudo, y dijo: «Este papel ha de vivir muchos años, porque trae dos almas consigo : una la del escudo, y otra la de los versos, que siempre vienen llenos de almas y de corazones; pero sepa el señor paje que no quiero tantas almas conmigo, y si no saca la una, no haya miedo que reciba la otra; por poeta le quiero, y no por dadivoso, y desta manera tendremos amistad que dure; pues mas ahína puede faltar un escudo, por fuerte que sea, que la hechura de un romance.

—Pues así es, replicó el paje, que quieres, Preciosa, que yo sea pobre por fuerza, no deseches el alma, que en ese papel te envio, y vuélveme el escudo, que como le toques con la mano, le tendré por reliquia miéntras la vida me durare.»

Sacó Preciosa el escudo del papel, y quedóse con el papel, y no le quiso leer en la calle. El paje se despidió y se fué contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida, pues con tanta afabilidad le habia hablado. Y como ella llevaba puesta la mira en buscar la casa del padre de Andres, sin querer detenerse á bailar en ninguna parte, en poco espacio se puso en la calle do estaba, que ella muy bien sabia; y habiendo andado hasta la mitad, alzó los ojos

á unos balcones de hierro dorados, que le habian dado por señas, y vió en ella á un caballero de hasta edad de cincuenta años, con un hábito de cruz colorada en los pechos, de venerable gravedad y presencia; el cual apénas tambien hubo visto la Gitanilla, cuando dijo : «Subid, niñas; que aquí os darán limosna.»

A esta voz acudieron al balcon otros tres caballeros, y entre ellos vino el enamorado Andres, que cuando vió á Preciosa perdió la color y estuvo á punto de perder los sentidos : tanto fué el sobresalto que recibió con su vista. Subieron las gitanillas todas, sino la grande, que se quedó abajo, para informarse de los criados de las verdades de Andres. Al entrar las gitanillas en la sala, estaba diciendo el caballero anciano á los demas : «Esta debe de ser sin duda la Gitanilla hermosa, que dicen que anda por Madrid.

—Ella es, replicó Andres, y sin duda es la más hermosa criatura que se ha visto.

—Así lo dicen, dijo Preciosa (que lo oyó todo en entrando); pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del justo precio: bonita, bien creo que lo soy, pero tan hermosa como dicen, ni por pienso.

—Por vida de don Juanico, mi hijo, dijo el anciano, que áun sois más hermosa de lo que dicen, linda gitana.

—Y ¿quién es don Juanico, su hijo? preguntó Preciosa.

—Ese galan que está á vuestro lado, respondió el caballero.

—En verdad que pensé, dijo Preciosa, que juraba vuesa merced por algun niño de dos años: mirad qué don Juanico y qué brinco. A mi verdad que pudiera ya estar casado, y que, segun tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres

años sin que lo esté, y muy á su gusto, si es que desde aquí allá no se le pierde ó se le trueca.

—Basta, dijo uno de los presentes; que sabe la Gitanilla de rayas.»

En esto las gitanillas que iban con Preciosa, todas tres se arrimaron á un rincon de la sala, y cosiéndose las bocas unas con otras, se juntaron por no ser oidas. Dijo la Cristina: «Muchachas, éste es el caballero que nos dió esta mañana los tres reales de á ocho.

—Así es la verdad, respondieron ellas; pero no se lo mentemos ni le digamos nada si él no nos lo mienta; ¿qué sabemos si quiere encubrirse?» En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa á lo de las rayas: «Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adevino: yo sé del señor don Juanico, sin rayas, que es algo enamoradizo, impetuoso y acelerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles; y plega á Dios que no sea mentirosito, que sería lo peor de todo. Un viaje ha de hacer agora muy léjos de aquí, y uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla; el hombre pone, y Dios dispone; quizá pensará que va á Oñez, y dará en Gamboa.» A esto respondió don Juan: «En verdad, Gitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condicion; pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento. En lo del viaje largo has acertado, pues sin duda, siendo Dios servido, dentro de cuatro ó cinco dias me partiré á Flándes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino, y no querria que en él me sucediese algun desman que lo estorbase.

—Calle, señorito, respondió Preciosa, y encomiéndese á

Dios, que todo se hará bien; y sepa que yo no sé nada de lo que digo, y no es maravilla que como hablo mucho y á bulto, acierte en alguna cosa, y yo querria acertar en persuadirte á que no te partieses, sino que sosegases el pecho, y te estuvieses con tus padres para darles buena vejez, porque no estoy bien con estas idas y venidas á Flándes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya. Déjate crecer un poco, para que puedas llevar los trabajos de la guerra, cuanto más que harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho: sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces primero que te cases, y danos una limosnita por Dios y por quien tú eres; que en verdad que creo que eres bien nacido, y si á esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho.

—Otra vez te he dicho, niña, respondió el don Juan, que habia de ser Andres Caballero, que en todo aciertas, sino en el temor que tienes que no debo de ser muy verdadero; que en esto te engañas sin alguna duda: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad y adonde quiera, sin serme pedida; pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio del mentiroso. Mi padre te dará limosna por Dios y por mí; que en verdad que esta mañana dí cuanto tenia á unas damas, que á ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una dellas, no me arriendo la ganancia.»

Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez dijo á las demas gitanas: «¡Ay, niñas! que me maten si no lo dice por los tres reales de á ocho que nos dió esta mañana.

—No es así, respondió una de las dos, porque dijo que

eran damas, y nosotras no lo somos; y siendo él tan verdadero como dice, no habia de mentir en esto.

—No es mentira de tanta consideracion, respondió Cristina, la que se dice sin perjuicio de nadie, y en provecho y crédito del que la dice; pero con todo esto, veo no nos da nada ni nos mandan bailar.»

Subió en esto la gitana vieja, y dijo : «Nieta, acaba; que es tarde, y hay mucho que hacer y más que decir.

—Y ¿qué hay, abuela? preguntó Preciosa; ¿hay hijo ó hija?

—Hijo, y muy lindo, respondió la vieja: ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas.

—¡Plega á Dios que no muera de sobreparto! dijo Preciosa.

—Todo se mirará muy bien, replicó la vieja; cuanto más, que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro.

—¿Ha parido alguna señora? preguntó el padre de Andres Caballero.

—Sí, señor, respondió la gitana; pero ha sido el parto tan secreto, que no le sabe sino Preciosa y yo y otra persona; y así, no podemos decir quién es.

—Ni aquí lo queremos saber, dijo uno de los presentes; pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto y en vuestra ayuda pone su honra.

—No todas somos malas, respondió Preciosa; quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta y de verdadera, tanto cuanto el hombre más estirado que hay en esta sala; y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronas ni rogamos á nadie.

—No os enojeis, Preciosa, dijo el padre; que á lo ménos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala; que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras. Por vida de Preciosita, que baileis un poco con vuestras compañeras; que aquí tengo un doblon de oro de á dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos reyes.»

Apénas hubo oido esto la vieja, cuando dijo: «Ea, niñas, haldas en cinta, y dad contento á estos señores.» Tomó las sonajas Preciosa, y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron todos sus lazos con tanto donaire y desenvoltura, que tras los piés se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andres, que así se iban entre los piés de Preciosa, como si allí tuvieran el centro de su gloria; pero turbósela la suerte de manera, que se la volvió en infierno, y fué el caso, que en la fuga del baile se le cayó á Preciosa el papel que la habia dado el paje, y apénas hubo caido, cuando le alzó el que no tenia buen concepto de las gitanas, y abriéndole al punto, dijo: «¡Bueno! sonetico tenemos; cese el baile, y escúchenle; que segun el primer verso, en verdad que no es nada necio.» Pesóle á Preciosa, por no saber lo que en él venia, y rogó que no le leyesen y que se le volviesen, y todo el ahinco que en esto ponia eran espuelas que apremiaban el deseo de Andres para oirle. Finalmente, el caballero le leyó en alta voz, y era éste:

Cuando Preciosa el panderete toca,
Y hiere el dulce són los aires vanos,
Perlas son, que derrama con las manos,
Flores son, que despide de la boca;
Suspensa el alma, y la cordura loca
Queda á los dulces actos sobrehumanos,

Que, de limpios, de honestos y de sanos,
Su fama al cielo levantado toca.
   Colgadas del menor de sus cabellos
Mil almas lleva, y á sus plantas tiene
Amor rendidas una y otra flecha.
   Ciega y alumbra con sus soles bellos;
Su imperio amor por ellos le mantiene,
Y áun más grandezas de su sér sospecha.

«Por Dios, dijo el que leyó el soneto, que tiene donaire el poeta que le escribió.

—No es poeta, señor, sino paje muy galan y muy hombre de bien,» dijo Preciosa.

Mirad lo que habeis dicho, Preciosa, y lo que vais á decir; que esas no son alabanzas del paje, sino lanzas que traspasan el corazon de Andres, que las escucha. ¿Quereislo ver, niña? pues volved los ojos, y vereisle desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte. No penseis, doncella, que os ama tan de burlas Andres, que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos: llegáos á él enhorabuena, y decilde algunas palabras al oido, que vayan derechas al corazon y le vuelvan de su desmayo; no, sino andaos á traer sonetos cada dia en vuestra alabanza, y vereis cuál os le ponen.

Todo esto pasó así como se ha dicho; que Andres, en oyendo el soneto, mil celosas imaginaciones le sobresaltaron; no se desmayó, pero perdió la color de manera, que viéndole su padre, le dijo:

«¿Qué tienes, don Juan? que parece que te vas á desmayar, segun se te ha mudado el color.

—Espérense, dijo á esta sazon Preciosa; déjenmele decir unas ciertas palabras al oido, y verán cómo no se desmaya;»

y llegándose á él, le dijo, casi sin mover los labios: «¡Gentil ánimo para gitano! ¿cómo podreis, Andres, sufrir el tormento de toca, pues no podeis llevar el de un papel?» Y haciéndole media docena de cruces sobre el corazon, se apartó dél; y entónces Andres respiró un poco, y dió á entender que las palabras de Preciosa le habian aprovechado. Finalmente, el doblon de dos caras se le dieron á Preciosa, y ella dijo á sus compañeras que le trocaria y repartiria con ellas hidalgamente. El padre de Andres le dijo que le dejase por escrito las palabras que habia dicho á don Juan, que las queria saber en todo caso. Ella dijo que las diria de muy buena gana, y que entendiesen que aunque parecian cosa de burla, tenian gracia especial para preservar el mal del corazon y los vaguidos de cabeza, y que las palabras eran:

Cabecita, cabecita,
Tente en tí, no te resbales,
Y apareja dos puntales
De la paciencia bendita.
Solicita
La bonita
Confiancita;
No te inclines
A pensamientos rüines;
Verás cosas
Que toquen en milagrosas,
Dios delante
Y San Cristóbal gigante.

«Con la mitad destas palabras que le digan, y con seis cruces que le hagan sobre el corazon á la persona que tuviere vaguidos de cabeza, dijo Preciosa, quedará como una manzana.» Cuando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pasmada, y más lo quedó Andres, que vió que

todo era invencion de su agudo ingenio. Quedáronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tártago á Andres; que ya sabia ella, sin ser enseñada, lo que era dar sustos, martelos y sobresaltos celosos á los rendidos amantes. Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo Preciosa á don Juan: «Mire, señor, cualquiera dia desta semana es próspero para partidas, y ninguno es aciago; apresure el irse lo más presto que pudiere; que le aguarda una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse á ella.

—No es tan libre la del soldado, á mi parecer, respondió don Juan, que no tenga más de sujecion que de libertad; pero con todo esto, haré como viere.

—Más vereis de lo que pensais, respondió Preciosa, y Dios os lleve y traiga con bien, como vuestra buena presencia merece.»

Con estas últimas palabras quedó contento Andres, y las gitanas se fueron contentísimas: trocaron el doblon, repartiéronle entre todas igualmente, aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba, así por la mayoridad, como por ser ella el aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bailes, donaires y áun de sus embustes.

Llegóse en fin el dia que Andres Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento sobre una mula de alquiler, sin criado alguno; halló en él á Preciosa y á su abuela, de las cuales conocido, le recibieron con mucho gusto. El les dijo que le guiasen al rancho ántes que entrase el dia, y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen. Ellas, que, como advertidas, vinieron solas, dieron la vuelta, y de allí á poco rato llegaron

á sus barracas. Entró Andres en una, que era la mayor del rancho, y luego acudieron á verle diez ó doce gitanos, todos mozos y todos gallardos y bien hechos, á quien ya la vieja habia dado cuenta del nuevo compañero que les habia de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto, que, como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista. Echaron luego ojo á la mula, y dijo uno dellos : «Esta se podrá vender el juéves en Toledo.

—Eso no, dijo Andres, porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que trajinan por España.

—Par Dios, señor Andres, dijo uno de los gitanos, que aunque la mula tuviera más señales que las que han de preceder al dia tremendo, aquí la transformaremos de manera, que no la conociera la madre que la parió ni el dueño que la ha criado.

—Con todo eso, respondió Andres, por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mio : á esta mula se le ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde áun los huesos no parezcan.

—Pecado grande, dijo otro gitano; ¿á una inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andres, sino haga una cosa : mírela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y déjenmela llevar á mí, y si de aquí á dos horas la conociere, que me lardeen como á un negro fugitivo.

—En ninguna manera consentiré, dijo Andres, que la mula no muera, aunque más me aseguren su transformacion; yo temo ser descubierto, si á ella no la cubre la tier-

ra; y si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo á esta cofradía, que no pueda pagar de entrada más de lo que valen cuatro mulas.

—Pues así lo quiere el señor Andres Caballero, dijo otro gitano, muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa, así por su mocedad, pues áun no ha cerrado, cosa no usada entre mulas de alquiler, como porque debe ser andariega, pues no tiene costras en las ijadas, ni llagas de la espuela.»

Dilatóse su muerte hasta la noche, y en lo que quedaba de aquel dia se hicieron las ceremonias de la entrada de Andres á ser gitano, que fueron: desembarazaron luego un rancho de los mejores del aduar, y adornáronle de ramos y juncia, y sentándose Andres sobre un medio alcornoque, pusiéronle en las manos un martillo y unas tenazas, y al són de dos guitarras, que dos gitanos tañian, le hicieron dar dos cabriolas; luego le desnudaron un brazo, y con una cinta de seda nueva y un garrote le dieron dos vueltas blandamente. A todo se halló presente Preciosa y otras muchas gitanas, viejas y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor le miraban: tal era la gallarda disposicion de Andres, que hasta los gitanos le quedaron aficionadísimos.

Hechas pues las referidas ceremonias, un gitano viejo tomó por la mano á Preciosa, y puesto delante de Andres, dijo: «Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa ó ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere más de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres ni á muchas ceremonias. Mírala bien, y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, es-

coge entre las doncellas que aquí están la que más te contentare, que la que escogieres te daremos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de empachar ni entremeter, ni con las casadas ni con las doncellas. Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro; libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos. Entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningun adulterio; y cuando le hay en la mujer propria, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas; con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte. Con este temor y miedo, ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes á todos, excepto la mujer ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte; entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte; el que quisiere puede dejar la mujer vieja, como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años. Con estas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres; somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los rios: los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles frutas, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los rios peces, y los vedados caza, sombras las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos, y

hachas los relámpagos; para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnes impenetrable que nos defiende; á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes; á nuestro ánimo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros. Del sí al no no hacemos diferencia cuando nos conviene; siempre nos preciamos más de mártires que de confesores; para nosotros se crian las bestias de carga en los campos, y se cortan las faldriqueras en las ciudades. No hay águila ni ninguna otra ave de rapiña que más presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algun interes nos señalen; y finalmente, tenemos muchas habilidades, que felice fin nos prometen; porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de dia trabajamos, y de noche hurtamos, ó por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambicion de acrecentarla, ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores; por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos; por cuadros y países de Flándes los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques, que á cada paso á los ojos se nos muestran. Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del dia y las que son de la noche; vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compa-

ñera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra, y luego tras ella el sol, *dorando cumbres* (como dijo el otro poeta) *y rizando montes;* ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca. Un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia; en conclusion, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refran: *Iglesia, ó mar, ó casa Real*, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos. Todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoreis la vida á que habeis venido y el trato que habeis de profesar, el cual os he pintado aquí en borron; que otras muchas é infinitas cosas ireis descubriendo en él con el tiempo, no ménos dignas de consideracion que las que habeis oido.»

Calló, en diciendo esto, el elocuente viejo gitano, y el novicio dijo que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos, y que él pensaba hacer profesion en aquella Orden tan puesta en razon y en políticos fundamentos, y que sólo le pesaba no haber venido más presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaba la profesion de caballero y la vanagloria de su ilustre linaje, y lo ponia todo debajo del yugo, ó por mejor decir, debajo de las leyes con que ellos vivian, pues con tan alta recompensa le satisfacian el deseo de servirlos, entregándole á la divina Preciosa, por quien él dejaria coronas é imperios, y sólo los desearia para servirla.

A lo cual respondió Preciosa: «Puesto que estos señores legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya, y que

por tuya te me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad, que es la más fuerte de todas, que no quiero serlo si no es con las condiciones que ántes que aquí vinieses, entre los dos concertamos. Dos años has de vivir en nuestra compañía primero que de la mia goces, porque tú no te arrepientas por ligero, ni yo quede engañada por presurosa. Condiciones rompen leyes; las que te he puesto sabes: si las quisieres guardar, podrá ser que sea tuya y tú seas mio, y donde no, áun no es muerta la mula, tus vestidos están enteros, y de tu dinero no te falta un ardite; la ausencia que has hecho no ha sido aún de un dia, que de lo que dél falta te puedes servir y dar lugar que consideres lo que más te conviene. Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma, que es libre, y nació libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere: si te quedas, te estimaré en mucho; si te vuelves, no te tendré en ménos, porque á mi parecer, los ímpetus amorosos corren á rienda suelta hasta que encuentran con la razon ó con el desengaño; y no querria yo que fueses tú para conmigo como es el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue, la coge, y la deja por correr tras otra que le huye. Ojos hay engañados, que á la primera vista tan bien les parece el oropel como el oro, pero á poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino á lo falso. Esta mi hermosura, que tú dices que tengo, que la estimas sobre el sol y la encareces sobre el oro, ¿qué sé yo si de cerca te parecerá sombra, y tocada, caerás en que es de alquimia? Dos años te doy de tiempo para que tantees y ponderes lo que será bien que escojas ó que será justo que deseches; que la prenda que una vez comprada, nadie se puede deshacer de ella sino con la muerte, bien es que

haya tiempo, y mucho, para miralla y remiralla, y ver en ella las faltas ó las virtudes que tiene; que yo no me rijo por la bárbara é insolente licencia que estos mis parientes se han tomado de dejar las mujeres ó castigarlas cuando se les antoja; y como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañía que por su gusto me deseche.

—Tienes razon, ¡oh Preciosa! dijo á este punto Andres; y así, si quieres que asegure tus temores y menoscabe tus sospechas, jurándote que no saldré un punto de las órdenes que me pusieres, mira qué juramento quieres que haga, ó qué otra seguridad puedo darte; que á todo me hallarás dispuesto.

—Los juramentos y promesas que hace el cautivo porque le den libertad, pocas veces se cumplen con ella, dijo Preciosa; y así son, segun pienso, los del amante, que por conseguir su deseo prometerá las alas de Mercurio y los rayos de Júpiter, como me prometió á mí un cierto poeta, y juraba por la laguna Estigia. No quiero juramentos, señor Andres, ni quiero promesas; sólo quiero remitirlo todo á la experiencia deste noviciado, y á mí se me quedará el cargo de guardarme cuando vos le tuviéredes de ofenderme.

—Sea así, respondió Andres; sola una cosa pido á estos señores y compañeros mios, y es, que no me fuercen á que hurte ninguna cosa por tiempo de un mes siquiera, porque me parece que no he de acertar á ser ladron, si ántes no preceden muchas liciones.

—Calla, hijo, dijo el gitano viejo; que aquí te industriaremos de manera, que salgas un águila en el oficio, y cuando le sepas, has de gustar dél de modo, que te comas las manos

tras él. ¡Ya es cosa de burla salir vacío por la mañana, y volver cargado á la noche al rancho!

—De azotes he visto yo volver á algunos desos vacíos, dijo Andres.

—No se toman truchas, etc., replicó el viejo: todas las cosas desta vida están sujetas á diversos peligros, y las acciones del ladron al de las galeras, azotes y horca; pero no porque corra un navío tormenta ó se anegue, han de dejar los otros de navegar. Bueno sería que porque la guerra come los hombres y los caballos, dejase de haber soldados; cuanto más, que el ser azotado por justicia, entre nosotros es tener un hábito en las espaldas, que le parece mejor que si le trujese en los pechos y de los buenos. El toque está no acabar acoceando el aire en la flor de nuestra juventud y á los primeros delitos; que el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las galeras, no lo estimamos en un cacao. Hijo Andres, reposad ahora en el nido debajo de nuestras alas; que á su tiempo os sacaremos á volar, y en parte donde no volvais sin presa; y lo dicho dicho, que os habeis de lamer los dedos tras cada hurto.

—Pues para recompensar, dijo Andres, lo que yo podia hurtar en este tiempo que se me da de vénia, quiero repartir docientos escudos de oro entre todos los del rancho.»

Apénas hubo dicho esto, cuando arremetieron á él muchos gitanos, y levantándole en los brazos y sobre los hombros, le cantaban el *¡Víctor, víctor, y el grande Andres!* añadiendo: *¡Y viva, viva Preciosa, amada prenda suya!* Las gitanas hicieron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Cristina y de otras gitanillas que se hallaron presentes; que la envidia tan bien se aloja en los aduares de los bárbaros y

en las chozas de los pastores como en palacios de príncipes, y esto de ver medrar el vecino, que me parece que no tiene más méritos que yo, fatiga. Hecho esto, comieron lautamente, repartióse el dinero prometido con equidad y justicia, renováronse las alabanzas de Andres y subieron al cielo la hermosura de Preciosa. Llegó la noche, acocotaron la mula, y enterráronla de modo, que quedó seguro Andres de ser por ella descubierto; y tambien enterraron con ella sus alhajas, como fueron silla, freno y cinchas, á uso de los indios, que sepultan con ellos sus más ricas preseas.

De todo lo que habia visto y oido, y de los ingenios de los gitanos quedó admirado Andres, y con propósito de seguir y conseguir su empresa sin entremeterse nada en sus costumbres, ó á lo ménos excusarlo por todas las vias que pudiese, pensando exentarse de la jurisdicion de obedecerlos en las cosas injustas que le mandasen, á costa de su dinero. Otro dia les rogó Andres que mudasen de sitio y se alejasen de Madrid, porque temia ser conocido si allí estaba; ellos dijeron que ya tenian determinado irse á los montes de Toledo, y desde allí correr y garramar toda la tierra circunvecina. Levantaron pues el rancho, y diéronle á Andres una pollina en que fuese; pero él no la quiso, sino irse á pié, sirviendo de lacayo á Preciosa, que sobre otra iba; ella, contentísima de ver cómo triunfaba de su gallardo escudero, y él ni más ni ménos de ver junto á sí á la que habia hecho señora de su albedrío.

¡Oh poderosa fuerza deste que llaman dulce dios de la amargura (título que le ha dado la ociosidad y el descuido nuestro), y con qué véras nos avasallas! ¡cuán sin respeto nos tratas! Caballero es Andres, y mozo, y de muy buen

entendimiento, criado casi toda su vida en la córte y con el regalo de sus ricos padres, y desde ayer acá ha hecho tal mudanza, que engañó á sus criados y á sus amigos, defraudó las esperanzas que sus padres en él tenian, dejó el camino de Flándes, donde habia de ejercitar el valor de su persona y acrecentar la honra de su linaje, y se vino á postrar á los piés de una muchacha y á ser su lacayo, que puesto que hermosísima, en fin era gitana : privilegio de la hermosura, que trae al redopelo y por la melena á sus piés á la voluntad más exenta.

De allí á cuatro dias llegaron á una aldea dos leguas de Toledo, donde asentaron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al alcalde del pueblo, en fianzas de que en él ni en todo su término no hurtarian ninguna cosa. Hecho esto, todas las gitanas viejas y algunas mozas y los gitanos se esparcieron por todos los lugares, ó á lo ménos apartados por cuatro ó cinco leguas de aquel donde habian asentado su real. Fué con ellos Andres á tomar la primera licion de ladron; pero aunque le dieron muchas en aquella salida, ninguna se le asentó; ántes correspondiendo á su buena sangre, con cada hurto que sus maestros hacian se le arrancaba el alma, y tal vez hubo que pagó de su dinero los hurtos que sus compañeros habian hecho, conmovido de las lágrimas de sus dueños; de lo cual los gitanos se desesperaban, diciéndole que era contravenir á sus estatutos y ordenanzas, que prohibian la entrada á la caridad en sus pechos, la cual en teniéndola, habian de dejar de ser ladrones; cosa que no les estaba bien en ninguna manera. Viendo pues esto Andres, dijo que él queria hurtar por sí solo, sin ir en compañía de nadie; porque para huir del peligro tenia ligereza, y

para acometelle no le faltaba el ánimo; así que, el premio ó el castigo de lo que hurtase, queria que fuese suyo.

Procuraron los gitanos disuadirle deste propósito, diciéndole que le podrian suceder ocasiones donde fuese necesaria la compañía, así para acometer como para defenderse, y que una persona sola no podia hacer grandes presas. Pero por más que dijeron, Andres quiso ser ladron solo y señero, con intencion de apartarse de la cuadrilla y comprar por su dinero alguna cosa que pudiese decir que la habia hurtado, y deste modo cargar lo que ménos pudiese sobre su conciencia. Usando pues de esta industria, en ménos de un mes trujo más provecho á la compañía que trujeron cuatro de los más estirados ladrones della; de que no poco se holgaba Preciosa, viendò á su tierno amante tan lindo y tan despejado ladron; pero con todo eso, estaba temerosa de alguna desgracia; que no quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada á tenerle aquella buena voluntad por los muchos servicios y regalos que su Andres le hacia.

Poco más de un mes se estuvieron en los términos de Toledo, donde hicieron su agosto, aunque era por el mes de Setiembre, y desde allí se entraron en Extremadura, por ser tierra rica y caliente. Pasaba Andres con Preciosa honestos, discretos y enamorados coloquios, y ella poco á poco se iba enamorando de la discrecion y buen trato de su amante, y él, del mismo modo, si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discrecion y belleza de su Preciosa. A do quiera que llegaban, él se llevaba el precio y las apuestas de corredor y de saltar más que ninguno; jugaba á los bolos y á la pelota extremadamente; tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza; finalmente, en poco

tiempo voló su fama por toda Extremadura, y no habia lugar donde no se hablase de la gallarda disposicion del gitano Andres Caballero y de sus gracias y habilidades, y al par desta fama, corria la de la hermosura de la Gitanilla, y no habia villa, lugar ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas suyas, ó para otros particulares regocijos. Desta manera iba el aduar rico, próspero y contento, y los amantes gozosos con solo mirarse.

Sucedió pues que teniendo el aduar entre unas encinas, algo apartado del camino real, oyeron una noche, casi á la mitad della, ladrar sus perros con mucho ahinco y más de lo que acostumbraban; salieron algunos gitanos, y con ellos Andres, á ver á quién ladraban, y vieron que se defendia dellos un hombre vestido de blanco, á quien tenian dos perros asido de una pierna; llegaron, y quitáronle, y uno de los gitanos le dijo: «¿Quién diablos os trujo por aquí, hombre, á tales horas y tan fuera de camino? ¿venis á hurtar por ventura? porque en verdad que habeis llegado á buen puerto.

—No vengo á hurtar, respondió el mordido, ni sé si vengo ó no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado; pero decidme, señores, ¿está por aquí alguna venta ó lugar donde pueda recogerme esta noche, y curarme de las heridas que vuestros perros me han hecho?

—No hay lugar ni venta donde podamos encaminaros, respondió Andres; mas para curar vuestras heridas y alojaros esta noche no os faltará comodidad en nuestros ranchos: venios con nosotros, que aunque somos gitanos, no lo parecemos en la caridad.

—Dios la use con vosotros, respondió el hombre, y lle-

vadme donde quisiéredes; que el dolor desta pierna me fatiga mucho.»

Llegóse á él Andres y otro gitano caritativo (que áun entre los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno), y entre los dos le llevaron. Hacia la noche clara con luna, de manera que pudieron ver que el hombre era mozo, de gentil rostro y talle: venia vestido todo de lienzo blanco, y atravesada por las espaldas y ceñida á los pechos una como camisa ó talega de lienzo. Llegaron á la barraca ó toldo de Andres, y con presteza encendieron lumbre y luz, y acudió luego la abuela de Preciosa á curar el herido, de quien ya le habian dado cuenta. Tomó algunos pelos de los perros, friólos en aceite, y lavando primero con vino dos mordeduras que tenia en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceite en ellas, y encima un poco de romero verde mascado; lióselo muy bien con paños limpios y santiguóle las heridas, y díjole: «Dormid, amigo; que, con el ayuda de Dios, no será nada.» En tanto que curaban al herido, estaba Preciosa delante, y estúvole mirando ahincadamente, y lo mismo hacia él á ella; de modo que Andres echó de ver en la atencion con que el mozo la miraba, pero echólo á que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos. En resolucion, despues de curado el mozo, le dejaron solo sobre un lecho hecho de heno seco, y por entónces no quisieron preguntarle nada de su camino ni de otra cosa.

Apénas se apartaron dél, cuando Preciosa llamó á Andres aparte y le dijo: «¿Acuérdaste, Andres, de un papel que se me cayó en tu casa cuando bailaba con mis compañeras, que, segun creo, te dió un mal rato?

—Sí acuerdo, respondió Andres, y era un soneto en tu alabanza, y no malo.

—Pues has de saber, Andres, replicó Preciosa, que el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido que dejamos en la choza; y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos ó tres veces, y áun me dió un romance muy bueno; allí andaba, á mi parecer, como paje, mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algun príncipe; y en verdad te digo, Andres, que el mozo es discreto y bien razonado y sobremanera honesto, y no sé qué pueda imaginar desta su venida y en tal traje.

—¿Qué puedes imaginar, Preciosa? respondió Andres; ninguna otra cosa, sino que la misma fuerza que á mí me ha hecho gitano, le ha hecho á él parecer molinero y venir á buscarte. ¡Ah, Preciosa, Preciosa, y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener más de un rendido! Y si esto es así, acábame á mí primero, y luego matarás á este otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño, por no decir de tu belleza.

—¡Válame Dios! respondió Preciosa, Andres, y ¡cuán delicado andas, y cuán de un sotil cabello tienes colgadas tus esperanzas y mi crédito, pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los celos! Dime, Andres: si en esto hubiera artificio ó engaño alguno, ¿no supiera yo callar y encubrir quién era este mozo? ¿Soy tan necia por ventura, que te habia de dar ocasion de poner en duda mi bondad y buen término? Calla, Andres, por tu vida, y mañana procura sacar del pecho deste tu asombro adónde va ó á lo que viene: podria ser que estuviese engañada tu sospecha, como yo no lo estoy de que sea el que he

dicho; y para más satisfaccion tuya, pues ya he llegado á términos de satisfacerte, de cualquiera manera y con cualquiera intencion que ese mozo venga, despídele luego y haz que se vaya, pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen, y no habrá ninguno que contra tu voluntad le quiera dar acogida en su rancho; y cuando esto así no suceda, yo te doy mi palabra de no salir del mio, ni dejarme ver de sus ojos ni de todos aquellos que tú quisieres que no me vean.» Y prosiguiendo adelante, dijo: «Mira, Andres: no me pesa á mí de verte celoso, pero pesarme ha mucho si te veo indiscreto.

—Como no me veas loco, Preciosa, respondió Andres, cualquiera otra demostracion será poca ó ninguna para dar á entender adónde llega y cuánto fatiga la amarga y dura presuncion de los celos; pero con todo eso, yo haré lo que me mandas, y sabré, si es que es posible, qué es lo que este señor paje poeta quiere, dónde va ó qué es lo que busca; que podria ser que por algun hilo que sin cuidado muestre, sacase yo todo el ovillo con que temo viene á enredarme.

—Nunca los celos, á lo que imagino, dijo Preciosa, dejan el entendimiento libre para que pueda juzgar las cosas como ellas son: siempre miran los celosos con antojos de allende, que hacen las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes, y las sospechas verdades. Por vida tuya y por la mia, Andres, que procedas en esto y en todo lo que tocare á nuestros conciertos cuerda y discretamente; que si así lo hicieres, sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada y de verdadera en todo extremo.» Con esto se despidió de Andres, y él se quedó esperando el dia para tomar la confesion al herido, llena de turbacion el

alma y de mil contrarias imaginaciones: no podia creer sino que aquel paje habia venido allí atraido de la hermosura de Preciosa; porque piensa el ladron que todos son de su condicion. Por otra parte, la satisfaccion que Preciosa le habia dado le parecia ser de tanta fuerza, que le obligaba á vivir seguro y á dejar en las manos de su bondad toda su ventura.

Llegóse el dia (que á él le pareció haberse tardado más que otras veces), visitó al mordido, preguntóle cómo se llamaba y adónde iba, y cómo caminaba tan tarde y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó cómo estaba, y si se sentia sin dolor de las mordeduras. A lo cual respondió el mozo que se hallaba mejor y sin dolor alguno, y de manera que podria ponerse en camino; á lo de decir su nombre y adónde iba, no dijo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado, y que iba á Nuestra Señora de la Peña de Francia, á un cierto negocio, y que por llegar con brevedad caminaba de noche, y que la pasada habia perdido el camino, y acaso habia dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban le habian puesto del modo que habia visto. No le pareció á Andres legítima esta declaracion, sino muy bastarda, y de nuevo volvieron á hacerle cosquillas en el alma sus sospechas, y así le dijo: «Hermano, si yo fuera juez, y vos hubiérades caido debajo de mi jurisdicion por algun delito, el cual pidiera que se os hicieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me habeis dado obligara á que os apretara los cordeles: yo no quiero saber quién sois, cómo os llamais ó á dónde vais; pero adviértoos que si os conviene mentir en este vuestro viaje, mintais con más apariencia de verdad. Decis que vais á la Peña de Francia, y de-

jaisla á la mano derecha, más atras deste lugar donde estamos bien treinta leguas; caminais de noche por llegar presto, y vais fuera de camino por entre bosques y encinares, que no tienen sendas apénas, cuanto más caminos: amigo, levantaos y aprended á mentir, y andad enhorabuena; pero por este buen aviso que os doy, ¿no me direis una verdad? que sí direis, pues tan mal sabeis mentir. Decidme, ¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la córte entre paje y caballero, que tenia fama de ser gran poeta; uno que hizo un romance y un soneto á una Gitanilla que los dias pasados andaba en Madrid, que era tenida por singular en la belleza? Decídmelo; que yo os prometo, por la fe de caballero gitano, de guardaros todo el secreto que vos viéredes que os conviene; mirad que el negarme la verdad de que no sois el que yo digo no llevaria camino, porque este rostro que yo veo aquí es el propio que vide en Madrid. Sin duda alguna que la gran fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como á hombre raro é insigne; y así se me quedó tan estampada en la memoria vuestra figura, que os he venido á conocer por ella, áun puesto en el diferente traje en que estais agora del en que yo os vi entónces. No os turbeis; animaos, y no penseis que habeis llegado á un pueblo de ladrones, sino á un asilo que os sabrá guardar y defender de todo el mundo. Mirad: yo imagino una cosa, y si es así como lo imagino, vos habeis topado con vuestra buena suerte en haber encontrado conmigo: lo que imagino es, que enamorado de Preciosa (aquella hermosa Gitanica á quien hicisteis los versos), habeis venido á buscarla, por lo que yo no os tendré en ménos, sino en mucho más; que aunque gitano, la experiencia me ha

mostrado adónde se extiende la poderosa fuerza de amor y las transformaciones que hace hacer á los que coge debajo de su jurisdicion y mando. Si esto es así, como creo que sin duda es, aquí está la Gitanica.

—Sí, aquí está; que yo la vi anoche,» dijo el mordido; razon con que Andres quedó como difunto, pareciéndole que habia salido al cabo con la confirmacion de sus sospechas. «Anoche la vi, tornó á referir el mozo; pero no me atreví á decirle quién era, porque no me convenia.

—De esa manera, dijo Andres, ¿vos sois el poeta que yo he dicho?

—Sí soy, replicó el mancebo; que no lo puedo ni lo quiero negar: quizá podria ser que donde he pensado perderme, hubiese venido á ganarme, si es que hay fidelidad en las selvas y buen acogimiento en los montes.

—Hayle sin duda, respondió Andres, y entre nosotros los gitanos el mayor secreto del mundo; con esta confianza podeis, señor, descubrirme vuestro pecho, porque hallareis en el mio lo que vereis sin doblez alguna: la Gitanilla es parienta mia y está sujeta á lo que yo quisiere hacer della: si la quisiéredes por esposa, yo y todos sus parientes gustaremos dello, y lo tendremos por bien; y si por amiga, no usaremos de ningun melindre, con tal que tengais dineros, porque la codicia por jamas sale de nuestros ranchos.

—Dineros traigo, respondió el mozo; en estas mangas de camisa, que traigo ceñida por el cuerpo, vienen cuatrocientos escudos de oro.» Este fué otro susto mortal que recibió Andres, viendo que el traer tanto dinero no era sino para conquistar ó comprar su prenda, y con lengua ya turbada dijo: «Buena cantidad es ésa; no hay sino descubriros,

y manos á la labor; que la muchacha, que no es nada boba, verá cuán bien le está ser vuestra.

—¡Ay, amigo! dijo á esta sazon el mozo, quiero que sepais que la fuerza que me ha hecho mudar de traje no es la de amor, que vos decis, ni de desear á Preciosa; que hermosas tiene Madrid, que pueden y saben robar los corazones y rendir las almas tan bien y mejor que las más hermosas gitanas; puesto que confieso que la hermosura de vuestra parienta á todas las que yo he visto se aventaja. Quien me tiene en este traje, á pié y mordido de perros, no es amor, sino desgracia mia.»

Con estas razones, que el mozo iba diciendo, iba Andres cobrando los espíritus perdidos, pareciéndole que se encaminaban á otro paradero del que él se imaginaba; y deseoso de salir de aquella confusion, volvió á reforzarle la seguridad con que podia descubrirse; y así él prosiguió diciendo:

«Yo estaba en Madrid, en casa de un título, á quien servia, no como á señor, sino como á pariente; éste tenia un hijo único, heredero suyo, el cual, así por el parentesco, como por ser ambos de una edad y de una condicion misma, me trataba con familiaridad y amistad grande. Sucedió que este caballero se enamoró de una doncella principal, á quien él escogiera de bonísima gana para su esposa, si no tuviera la voluntad sujeta, como buen hijo, á la de sus padres, que aspiraban á casarle más altamente; pero con todo eso, la servia á hurto de todos los ojos, que pudieran con las lenguas sacar á la plaza sus deseos: solos los mios eran testigos de sus intentos; y una noche, que debia de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré, pasando los dos por la puerta y calle desta señora, vimos arrimados á ella

dos hombres, al parecer de buen talle; quiso reconocerlos mi pariente, y apénas se encaminó hácia ellos, cuando echaron con mucha ligereza mano á las espadas y á dos broqueles, y se vinieron á nosotros, que hicimos lo mismo, y con iguales armas nos acometimos. Duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiaron los celos de mi pariente y la defensa que yo le hacia, las perdieron (caso extraño y pocas veces visto). Triunfando, pues, de los que así no quisiéramos, volvimos á casa, y secretamente tomando todos los dineros que podimos, nos fuimos á San Jerónimo, esperando el dia que descubriese lo sucedido y las presunciones que se tenian de los matadores. Supimos que de nosotros no habia indicio alguno, y aconsejáronnos los prudentes religiosos que nos volviésemos á casa, y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros; y ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisaron que los señores alcaldes de córte habian preso en su casa á los padres de la doncella y á la misma doncella, y que entre otros criados á quien tomaron la confesion, una criada de la señora dijo cómo mi pariente paseaba á su señora de noche y de dia; y que con este indicio habian acudido á buscarnos, y no hallándonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la córte ser nosotros los matadores de aquellos dos caballeros, que lo eran, y muy principales. Finalmente, con parecer del Conde, mi pariente, y del de los religiosos, despues de quince dias que estuvimos escondidos en el monasterio, mi camarada, en hábito de fraile, con otro fraile se fué la vuelta de Aragon, con intencion de pasarse á Italia, y desde allí

á Flándes, hasta ver en qué paraba el caso. Yo quise dividir y apartar nuestra fortuna, y que no corriese nuestra suerte por una misma derrota; seguí otro camino diferente del suyo, y en hábito de mozo de fraile, á pié salí con un religioso, que me dejó en Talavera. Desde allí aquí he venido solo y fuera de camino, hasta que anoche llegué á este encinal, donde me ha sucedido lo que habeis visto; y si pregunté por el camino de Peña de Francia, fué por responder algo á lo que se me preguntaba; que en verdad que no sé dónde cae la Peña de Francia, puesto que sé que está más arriba de Salamanca.

—Así es verdad, respondió Andres, y ya la dejais á mano derecha, casi veinte leguas de aquí; porque veais cuán derecho camino llevábades, si allá fuérades.

—El que yo pensaba llevar, replicó el mozo, no es sino á Sevilla, que allí tengo un caballero ginoves, grande amigo del Conde, mi pariente, que suele enviar á Génova gran cantidad de plata, y llevo designio que me acomode con los que la suelen llevar, como uno dellos, y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena, y de allí á Italia, porque han de venir dos galeras muy presto á embarcar esta plata. Esta es, buen amigo, mi historia : mirad si puedo decir que nace más de desgracia pura que de amores aguados; pero si estos señores gitanos quisiesen llevarme en su compañía hasta Sevilla, si es que van allá, yo se lo pagaria muy bien; que me doy á entender que en su compañía iria más seguro, y no con el temor que llevo.

—Sí llevarán, respondió Andres, y si no fuéredes en nuestro aduar, porque hasta ahora no sé si va al Andalucía, ireis en otro que creo que habemos de topar dentro de dos

ó tres dias, y con darles algo de lo que llevais, facilitareis con ellos otros imposibles mayores.»

Dejóle Andres, y vino á dar cuenta á los demas gitanos de lo que el mozo le habia contado y de lo que pretendia, con el ofrecimiento que hacia de la buena paga y recompensa. Todos fueron de parecer que se quedase en el aduar: sólo Preciosa tuvo el contrario; y la abuela dijo que ella no podia ir á Sevilla ni á sus contornos, á causa que los años pasados habia hecho una burla en Sevilla á un gorrero, llamado Triguillos, muy conocido en ella, al cual le habia hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes, y en la cabeza puesta una corona de cipres, esperando el filo de la media noche, para salir de la tinaja á cavar y sacar un gran tesoro que ella le habia hecho creer que estaba en cierta parte de su casa. Dijo que como oyó el buen gorrero tocar á maitines, por no perder la coyuntura, se dió tanta priesa á salir de la tinaja, que dió con ella y con él en el suelo, y con el golpe y con los cascos se magulló las carnes, derramándose el agua, y él quedó nadando en ella y dando voces que se anegaba. Acudieron al momento su mujer y sus vecinos con luces, y halláronle haciendo efectos de nadador, soplando y arrastrando la barriga por el suelo, y meneando los brazos y las piernas con mucha priesa, y diciendo á grandes voces: «¡Socorro, señores, que me ahogo!» Tal le tenia el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba. Abrazáronse con él, sacáronle de aquel peligro, volvió en sí, contó la burla de la gitana, y con todo eso, cavó en la parte señalada más de un estado en hondo, á pesar de todos cuantos le decian que era embuste mio; y si no se lo estorbara un vecino suyo, que

tocaba ya en los cimientos de su casa, él diera con entrambas en el suelo, si le dejaran cavar todo cuanto él quisiera. Súpose este cuento por toda la ciudad, y hasta los muchachos le señalaban con el dedo y contaban su credulidad y mi embuste.

Esto contó la gitana vieja, y esto dió por excusa para no ir á Sevilla. Los gitanos, que ya sabian de Andres Caballero que el mozo traia dineros en cantidad, con facilidad le acogieron en su compañía, y se ofrecieron de guardarle y encubrirle todo el tiempo que él quisiese, y determinaron de torcer el camino á mano izquierda, y entrarse en la Mancha y en el reino de Murcia. Llamaron al mozo y diéronle cuenta de lo que pensaban hacer por él; él se lo agradeció, y dió cien escudos de oro para que los repartiesen entre todos. Con esta dádiva quedaron más blandos que unas martas: sólo á Preciosa no contentó mucho la quedada de don Sancho (que así dijo el mozo que se llamaba); pero los gitanos se lo mudaron en el de Clemente, y así le llamaron desde allí adelante. Tambien quedó un poco torcido Andres, y no bien satisfecho de haberse quedado Clemente, por parecerle que con poco fundamento habia dejado sus primeros designios; mas Clemente, como si le leyera la intencion, entre otras cosas, le dijo se holgaba de ir al reino de Murcia, por estar cerca de Cartagena, adonde si viniesen galeras, como él pensaba que habian de venir, pudiese con facilidad pasar á Italia. Finalmente, por traerle más ante los ojos, y mirar sus acciones y escudriñar sus pensamientos, quiso Andres que fuese Clemente su camarada, y Clemente tuvo esta amistad por gran favor que se le hacia. Andaban siempre juntos, gastaban largo, llovian escudos; corrian,

saltaban, bailaban y tiraban la barra mejor que ninguno de los gitanos, y eran de las gitanas más que medianamente queridos, y de los gitanos en todo extremo respetados.

Dejaron, pues, á Extremadura y entráronse en la Mancha, y poco á poco fueron caminando al reino de Murcia. En todas las aldeas y lugares que pasaban habia desafíos de pelota, de esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra, y de otros ejercicios de fuerza, maña y ligereza, y de todos salian vencedores Andres y Clemente, como de solo Andres queda dicho; y en todo este tiempo, que fué más de mes y medio, nunca tuvo Clemente ocasion, ni él la procuró, de hablar á Preciosa, hasta que un dia, estando juntos Andres y ella, llegó él á la conversacion, porquè le llamaron, y Preciosa le dijo:

«Desde la vez primera que llegaste á nuestro aduar te conocí, Clemente, y se me vinieron á la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise decir nada, por no saber con qué intencion venias á nuestras estancias; y cuando supe tu desgracia, me pesó en el alma, y se aseguró mi pecho, que estaba sobresaltado, pensando que como habia don Juanes en el mundo que se mudaban en Andreses, así podia haber don Sanchos que se mudasen en otros nombres. Háblote desta manera, porque Andres me ha dicho que te ha dado cuenta de quién es, y de la intencion con que se ha vuelto gitano (y así era la verdad, que Andres le habia hecho sabidor de toda su historia, por poder comunicar con él sus pensamientos); y no pienses que te fué de poco provecho el conocerte, pues por mi respeto y por lo que yo de tí dije, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañía, donde plega á Dios te suceda todo el bien

que acertares á desearte. Este buen deseo quiero que me pagues en que no afees á Andres la bajeza de su intento, ni le pintes cuán mal le está perseverar en este estado; que, puesto que yo imagino que debajo de los candados de mi voluntad está la suya, todavía me pesaria de verle dar muestras, por mínimas que fuesen, de algun arrepentimiento.»

A esto respondió Clemente: «No pienses, Preciosa única, que don Juan con ligereza de ánimo me descubrió quién era; primero le conocí yo, y primero me descubrieron sus ojos sus intentos; primero le dije yo quién era, y primero le adiviné la prision de su voluntad que tú señalas; y él, dándome el crédito que era razon que me diese, fió de mi secreto el suyo, y él es buen testigo si alabé su determinacion y escogido empleo; que no soy, ¡oh Preciosa! de tan corto ingenio, que no alcance hasta dónde se extienden las fuerzas de la hermosura; y la tuya, por pasar de los límites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que deben llamarse yerros los que se hacen con tan forzosas causas. Agradézcote, señora, lo que en mi crédito dijiste, y yo pienso pagártelo en desear que estos enredos amorosos salgan á fines felices, y que tú goces de tu Andres, y Andres de su Preciosa en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta veamos en el mundo los más bellos renuevos que pueda formar la bien intencionada naturaleza. Esto desearé yo, Preciosa, y esto le diré siempre á tu Andres, y no cosa alguna que le divierta de sus bien colocados pensamientos.»

Con tales afectos dijo las razones pasadas Clemente, que estuvo en duda Andres si las habia dicho como enamorado ó como comedido; que la infernal enfermedad celosa es tan

delicada y de tal manera, que en los átomos del sol se pega, y de los que tocan á la cosa amada se fatiga el amante y se desespera; pero con todo esto, no tuvo celos confirmados, más fiado de la bondad de Preciosa que de la ventura suya; que siempre los enamorados se tienen por infelices en tanto que no alcanzan lo que desean. En fin, Andres y Clemente eran camaradas y grandes amigos, asegurándolo todo la buena intencion de Clemente y el recato y prudencia de Preciosa, que jamas dió ocasion á que Andres tuviese della celos.

Tenia Clemente sus puntas de poeta, como lo mostró en los versos que dió á Preciosa, y Andres se picaba un poco, y entrambos eran aficionados á la música. Sucedió, pues, que estando el aduar alojado en un valle cuatro leguas de Murcia, una noche, por entretenerse, sentados los dos, Andres al pié de un alcornoque, Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche, comenzando Andres y respondiendo Clemente, cantaron estos versos:

ANDRES.

Mira, Clemente, el estrellado velo
Con que esta noche fria
Compite con el dia,
De luces bellas adornado el cielo;
Y en esta semejanza,
Si tanto tu divino ingenio alcanza,
Aquel rostro figura
Donde asiste el extremo de hermosura.

CLEMENTE.

Donde asiste el extremo de hermosura,
Y adonde la Preciosa
Honestidad hermosa
Con todo extremo de bondad se apura,

En un sugeto cabe,
Que no hay humano ingenio que le alabe,
Si no toca en divino,
En alto, en raro, en grave y peregrino.

ANDRES.

En alto, en raro, en grave y peregrino
Estilo, nunca usado,
Al cielo levantado,
Por dulce al mundo, y sin igual camino,
Tu nombre, ¡oh Gitanilla!
Causando asombro, espanto y maravilla,
La fama yo quisiera
Que le llevara hasta la octava esfera.

CLEMENTE.

Que le llevara hasta la octava esfera
Fuera decente y justo,
Dando á los cielos gusto
Cuando el són de su nombre allá se oyera,
Y en la tierra causara,
Por donde el dulce nombre resonara,
Música en los oidos,
Paz en las almas, gloria en los sentidos.

ANDRES.

Paz en las almas, gloria en los sentidos
Se siente cuando canta
La sirena, que encanta
Y adormece á los más apercebidos;
Y tal es mi Preciosa,
Que es lo ménos que tiene ser hermosa:
Dulce regalo mio,
Corona del donaire, honor del brío.

CLEMENTE.

Corona del donaire, honor del brío
Eres, bella Gitana,
Frescor de la mañana,
Céfiro blando en el ardiente estío,

Rayo con que amor ciego
Convierte el pecho más de nieve en fuego;
Fuerza que ansí la hace,
Que blandamente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo, si no sonara á sus espaldas la voz de Preciosa, que las suyas habia escuchado. Suspendiólos el oirla, y sin moverse, prestándola maravillosa atencion, la escucharon; ella (no sé si de improviso, ó si en algun tiempo los versos que cantaba le compusieron) con extremada gracia, como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes:

En esta empresa amorosa
Donde el amor entretengo,
Por mayor ventura tengo
Ser honesta que hermosa.
La que es más humilde planta,
Si la subida endereza
Por gracia ó naturaleza,
A los cielos se levanta.
En este mi bajo cobre,
Siendo honestidad su esmalte,
No hay buen deseo que falte,
Ni riqueza que no sóbre.
No me causa alguna pena
No quererme ó no estimarme;
Que yo pienso fabricarme
Mi suerte y ventura buena.
Haga yo lo que en mí es,
Que á ser buena me encamine,
Y haga el cielo y determine
Lo que quisiere despues.
Quiero ver si la belleza
Tiene tal prerogativa,
Que me encumbre tan arriba,
Que aspire á mayor alteza.
Si las almas son iguales,
Podrá la de un labrador

Igualarse por valor
Con las que son imperiales.
De la mia lo que siento
Me sube á grado mayor,
Porque majestad y amor
No tienen un mismo asiento.

Aquí dió fin Preciosa á su canto, y Andres y Clemente se levantaron á recebirla. Pasaron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubrió en las suyas su discrecion, su honestidad y su agudeza, de tal manera, que en Clemente halló disculpa la intencion de Andres, que áun hasta entónces no la habia hallado, juzgando más á mocedad que á cordura su arrojada determinacion.

Aquella mañana se levantó el aduar, y se fueron á alojar en un lugar de la jurisdicion de Murcia, tres leguas de la ciudad, donde le sucedió á Andres una desgracia que le puso en punto de perder la vida, y fué, que despues de haber dado en aquel lugar algunos vasos y prendas de plata en fianzas, como tenian de costumbre, Preciosa y su abuela, y Cristina con otras dos gitanillas, y los dos, Clemente y Andres, se alojaron en un meson de una viuda rica, la cual tenia una hija de edad de diez y siete ó diez y ocho años, algo más desenvuelta que hermosa, y por más señas se llamaba Juana Carducha. Esta, habiendo visto bailar á las gitanas y gitanos, la tomó el diablo, y se enamoró de Andres tan fuertemente, que propuso de decírselo y tomarle por marido, si él quisiese, aunque á todos sus parientes les pesase; y así buscó coyuntura para decírselo, y hallóla en un corral donde Andres habia entrado á requerir dos pollinos. Llegóse á él, y con priesa, por no ser vista, le dijo : «Andres (que ya sabia su nombre), yo soy doncella y rica, que mi madre no tiene

otro hijo sino á mí, y este meson es suyo, y amén desto, tiene muchos majuelos y otros dos pares de casas : hasme parecido bien; si me quieres por esposa, en tí está, respóndeme presto; y si eres discreto, quédate, y verás qué vida nos damos.»

Admirado quedó Andres de la resolucion de la Carducha, y con la presteza que ella pedia le respondió : «Señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme, y los gitanos no nos casamos sino con gitanas : guárdela Dios por la merced que me queria hacer, de que yo no soy digno.»

No estuvo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la aceda respuesta de Andres, á quien replicara, si no viera que entraban en el corral otras gitanas. Salióse corrida y asendereada, y de buena gana se vengara si pudiera. Andres, como discreto, determinó de poner tierra en medio y desviarse de aquella ocasion que el diablo le ofrecia; que bien leyó en los ojos de la Carducha que sin los lazos matrimoniales se le entregara á toda su voluntad, y no quiso verse pié á pié y solo en aquella estacada; y así pidió á todos los gitanos que aquella noche se partiesen de aquel lugar. Ellos, que siempre le obedecian, lo pusieron luego por obra, y cobrando sus fianzas aquella tarde, se fueron. La Carducha, que vió que en irse Andres se le iba la mitad de su alma, y que no le quedaba tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenó de hacer quedar á Andres por fuerza, ya que de grado no podia; y así, con la industria, sagacidad y secreto que su mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andres, que ella conoció por suyas, unos ricos corales y dos patenas de plata, con otros brincos suyos; y apénas habian salido del meson, cuando dió voces, diciendo que aque-

llos gitanos le llevaban robadas sus joyas, á cuyas voces acudió la justicia y toda la gente del pueblo. Los gitanos hicieron alto, y todos juraban que ninguna cosa llevaban hurtada, y que ellos harian patentes todos los sacos y repuestos de su aduar. Desto se congojó mucho la gitana vieja, temiendo en aquel escrutinio no se manifestasen los dijes de la Preciosa y los vestidos de Andres, que ella con gran cuidado y recato guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con mucha brevedad todo, porque al segundo envoltorio que miraron dijo que preguntasen cuál era el de aquel gitano gran bailador, que ella habia visto entrar en su aposento dos veces, y que podria ser que aquel las llevase. Entendió Andres que por él lo decia, y riéndose, dijo: «Señora doncella, ésta es mi recámara y éste es mi pollino; si vos halláredes en ella ni en él lo que os falta, yo os lo pagaré con las setenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley da á los ladrones.» Acudieron luego los ministros de la justicia á desbalijar el pollino, y á pocas vueltas dieron con el hurto, de que quedó tan espantado Andres y tan absorto, que no pareció sino estatua sin voz, de piedra dura. «¿No sospeché yo bien? dijo á esta sazon la Carducha; mirad con qué buena cara se encubre un ladron tan grande.» El Alcalde, que estaba presente, comenzó á decir mil injurias á Andres y á todos los gitanos, llamándolos de públicos ladrones y salteadores de caminos.

A todo callaba Andres, suspenso é imaginativo, y no acababa de caer en la traicion de la Carducha. En esto se llegó á él un soldado bizarro, sobrino del Alcalde, diciendo: «¿No veis cuál se ha quedado el gitanico podrido de hurtar? Apostaré yo que hace melindres y que niega el hurto, con ha-

bérsele cogido en las manos; que bien haya quien no os echa en galeras á todos. Mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas, sirviendo á su Majestad, que no andarse bailando de lugar en lugar y hurtando de venta en monte. A fe de soldado, que estoy por darle una bofetada que le derribe á mis piés;» y diciendo esto, sin más ni más alzó la mano y le dió un bofeton tal, que le hizo volver de su embelesamiento y le hizo acordar que no era Andres Caballero, sino don Juan y caballero; y arremetiendo al soldado con mucha presteza y más cólera, le arrancó su misma espada de la vaina, y se la envainó en el cuerpo, dando con él muerto en tierra.

Aquí fué el gritar del pueblo, aquí el amohinarse el tio alcalde, aquí el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andres de verla desmayada; aquí el acudir todos á las armas y dar tras el homicida. Creció la confusion, creció la grita, y por acudir Andres al desmayo de Preciosa, dejó de acudir á su defensa; y quiso la suerte que Clemente no se hallase al desastrado suceso, que con los bagajes habia ya salido del pueblo; finalmente, tantos cargaron sobre Andres, que le prendieron y le aherrojaron con dos muy gruesas cadenas. Bien quisiera el Alcalde ahorcarle luego, si estuviera en su mano; pero hubo de remitirle á Murcia, por ser de su jurisdicion. No le llevaron hasta otro dia, y en el que allí estuvo pasó Andres muchos martirios y vituperios, que el indignado Alcalde y sus ministros y todos los del lugar le hicieron. Prendió el Alcalde todos los más gitanos y gitanas que pudo, porque los más huyeron, y entre ellos Clemente, que temió ser cogido y descubierto. Finalmente, con la sumaria del caso y con una gran cáfila de gitanos, entraron el Alcalde y sus ministros, con otra mucha gente armada, en Murcia,

entre los cuales iba Preciosa y el pobre Andres, ceñido de cadenas sobre un macho y con esposas y piedeamigo.

Salió toda Murcia á ver los presos, que ya se tenia noticia de la muerte del soldado. Pero la hermosura de Preciosa aquel dia fué tanta, que ninguno la miraba, que no la bendecia, y llegó la nueva de su belleza á los oidos de la señora Corregidora, que por curiosidad de verla hizo que el Corregidor, su marido, mandase que aquella Gitanica no entrase en la cárcel, y todos los demas sí, y á Andres le pusieron en un estrecho calabozo, cuya escuridad y la falta de la luz de Preciosa le trataron de manera, que bien pensó no salir de allí sino para la sepultura. Llevaron á Preciosa con su abuela á que la Corregidora la viese, y así comó la vió, dijo: «Con razon la alaban de hermosa»; y llegándola á sí, la abrazó tiernamente y no se hartaba de mirarla, y preguntó á su abuela que qué edad tendria aquella niña. «Quince años, respondió la gitana, dos meses más ó ménos.

—Esos tuviera agora la desdichada de mi Costanza; ¡ay, amigas! que esta niña me ha renovado mi desventura», dijo la Corregidora.

Tomó en esto Preciosa las manos de la Corregidora, y besándoselas muchas veces, se las bañaba con lágrimas y le decia: «Señora mia, el gitano que está preso no tiene culpa, porque fué provocado; llamáronle ladron y no lo es; diéronle un bofeton en su rostro, que es tal, que en él se descubre la bondad de su ánimo. Por Dios y por quien vos sois, señora, que le hagais guardar su justicia, y que el señor Corregidor no se dé priesa á ejecutar en él el castigo con que las leyes le amenazan; y si algun agrado os ha dado mi hermosura, entretenelda con entretener el preso, porque

en el fin de su vida está el de la mia. El ha de ser mi esposo, y justos y honestos impedimentos han estorbado que áun hasta agora no nos habemos dado las manos; si dineros fueren menester para alcanzar perdon de la parte, todo nuestro aduar se venderá en pública almoneda, y se dará aún más de lo que pidieren. Señora mia, si sabeis qué es amor, y algun tiempo le tuvisteis, y ahora le teneis á vuestro esposo, doleos de mí, que amo tierna y honestamente al mio.»

En todo el tiempo que esto decia Preciosa, nunca la dejó las manos ni apartó los ojos de mirarla atentísimamente, derramando amargas y piadosas lágrimas en mucha abundancia; asimismo la Corregidora la tenia á ella asida de las suyas, mirándola ni más ni ménos, con no menor ahinco y con no más pocas lágrimas. Estando en esto, entró el Corregidor, y hallando á su mujer y á Preciosa tan llorosas y tan encadenadas, quedó suspenso, así de su llanto como de su hermosura; preguntó la causa de aquel sentimiento, y la respuesta que dió Preciosa fué soltar las manos de la Corregidora y asirse de los piés del Corregidor, diciéndole: «Señor, misericordia, misericordia; si mi esposo muere, yo soy muerta; él no tiene culpa, pero si la tiene, déseme á mí la pena; y si esto no puede ser, á lo ménos entreténgase el pleito en tanto que se procuran y buscan los medios posibles para su libertad; que podrá ser que al que no pecó de malicia le enviase el cielo la salud de gracia.»

Con nueva suspension quedó el Corregidor de oir las discretas razones de la Gitanilla, y que ya, si no fuera por no dar indicios de flaqueza, le acompañara en sus lágrimas. En tanto que esto pasaba, estaba la gitana vieja considerando

grandes, muchas y diversas cosas, y al cabo de toda esta suspension y imaginacion, dijo : «Espérenme vuesas mercedes, señores mios, un poco; que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque á mí me cueste la vida;» y así, con ligero paso se salió de donde estaba, dejando á los presentes confusos de lo que dicho habia.

En tanto, pues, que ella volvia, nunca dejó Preciosa las lágrimas, ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intencion de avisar á su padre que viniese á entender en ella. Volvió la gitana con un pequeño cofre debajo del brazo, y dijo al Corregidor que con su mujer y ella se entrasen en un aposento; que tenia grandes cosas que decirles en secreto. El Corregidor, creyendo que algunos hurtos de los gitanos queria descubrirle por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento se retiró con ella y con su mujer en su recámara, adonde la gitana, hincándose de rodillas ante los dos, les dijo : «Si las buenas nuevas que os quiero dar, señores, no merecieren alcanzar en albricias el perdon de un gran pecado mio, aquí estoy para recibir el castigo que quisiéredes darme; pero ántes que le confiese, quiero que me digais, señores, primero, si conoceis estas joyas;» y descubriendo un cofrecito, donde venian las de Preciosa, se le puso en las manos al Corregidor, y en abriéndole, vió aquellos dijes pueriles, pero no cayó en lo que podian significar. Mirólos tambien la Corregidora, pero tampoco dió en la cuenta; sólo dijo : «Estos son adornos de alguna pequeña criatura.

—Así es la verdad, dijo la gitana; y de qué criatura sean, lo dice ese escrito que está en ese papel doblado.» Abrióle con priesa el Corregidor, y leyó que decia : *Llamábase la*

niña doña Constanza de Acevedo y de Menéses; su madre, doña Guiomar de Menéses, y su padre don Fernando de Acevedo, caballero del hábito de Calatrava. Desparecíla dia de la Ascension del Señor, á las ocho de la mañana, del año de mil y quinientos y noventa y cinco; traia la niña puestos estos brincos que en este cofre están guardados.

Apénas hubo oido la Corregidora las razones del papel, cuando reconoció los brincos, se los puso á la boca, y dándoles infinitos besos, se cayó desmayada. Acudió el Corregidor á ella ántes que á preguntar á la gitana por su hija, y habiendo vuelto en sí, dijo : «Mujer buena, ántes ángel que gitana, ¿adónde está el dueño, digo, la criatura cuyos eran estos dijes?

—¿Adónde, señora? respondió la gitana; en vuestra casa la teneis; aquella Gitanica que os sacó las lágrimas de los ojos es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurté en Madrid de vuestra casa, el dia y hora que ese papel dice.» Oyendo esto la turbada señora, soltó los chapines, y desalada y corriendo salió á la sala, donde habia dejado á Preciosa, y hallóla rodeada de sus doncellas y criadas, todavía llorando; arremetió á ella, y sin decirle nada, con gran priesa le desabrochó el pecho, y miró si tenia debajo de la teta izquierda una señal pequeña, á modo de lunar blanco, con que habia nacido, y hallóle ya grande, que con el tiempo se habia dilatado; luego con la misma celeridad la descalzó, y descubrió un pié de nieve y de marfil, hecho á torno, y vió en él lo que buscaba, que era, que los dos dedos últimos del pié derecho se trababan el uno con el otro por medio, con un poquito de carne, la cual, cuando niña, nunca se la habian querido cortar por no darle pesadumbre.

El pecho, los dedos, los brincos, el dia señalado del hurto, la confesion de la gitana, y el sobresalto y la alegría que habian recebido sus padres cuando la vieron, con toda la verdad confirmaron en el alma de la Corregidora ser Preciosa su hija; y así, cogiéndola en sus brazos, se volvió con ella adonde el Corregidor y la gitana estaban.

Iba Preciosa confusa, que no sabia á qué efecto se habian hecho con ella aquellas diligencias, y más viéndose llevar en brazos de la Corregidora, y que le daba de un beso hasta ciento. Llegó en fin con Preciosa doña Guiomar á la presencia de su marido, y trasladándola de sus brazos á los del Corregidor, le dijo: «Recebid, señor, á vuestra hija Costanza, que ésta es sin duda: no lo dudeis, señor, en ningun modo; que la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto; y más, que á mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron.

—No lo dudo, respondió el Corregidor, teniendo en sus brazos á Preciosa, que los mismos efetos han pasado por la mia que por la vuestra; y más, que tantas puntualidades juntas ¿cómo podian suceder, si no fuera por milagro?» Toda la gente de casa andaba absorta, preguntando unos á otros qué seria aquello, y todos daban bien léjos del blanco; que ¿quién habia de imaginar que la Gitanilla era hija de sus señores? El Corregidor dijo á su mujer y á su hija y á la gitana vieja que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese, y asimismo dijo á la vieja que él la perdonaba el agravio que le habia hecho en hurtarle el alma, pues la recompensa de habérsela vuelto mayores albricias merecia, y que sólo le pesaba que sabiendo ella la calidad de Preciosa, la hubiese desposado con un gitano, y más con un

ladron y homicida. «¡Ay! dijo á esto Preciosa, señor mio, que ni es gitano ni ladron, puesto que es matador; pero fuélo del que le quitó la honra, y no pudo hacer ménos de mostrar quién era y matarle.

—¿Cómo? ¿que no es gitano, hija mia?» dijo doña Guiomar. Entónces la gitana vieja contó brevemente la historia de Andres Caballero, y que era hijo de don Francisco de Cárcamo, caballero del hábito de Santiago, y que se llamaba don Juan de Cárcamo, asimismo del mismo hábito, cuyos vestidos ella tenia, de cuando los mudó en los de gitano. Contó tambien el concierto que entre Preciosa y don Juan estaba hecho de aguardar dos años de probacion para desposarse ó no; puso en su punto la honestidad de entrambos y la agradable condicion de don Juan. Tanto se admiraron desto como del hallazgo de su hija, y mandó el Corregidor á la gitana que fuese por los vestidos de don Juan; ella lo hizo así, y volvió con otro gitano, que los trujo.

En tanto que ella iba y volvia, hicieron sus padres á Preciosa cien mil preguntas, á quien respondió con tanta discrecion y gracia, que aunque no la hubieran reconocido por hija, los enamorara. Preguntáronla si tenia alguna aficion á don Juan: respondió que no más de aquella que le obligaba á ser agradecida á quien se habia querido humillar á ser gitano por ella; pero que ya no se extenderia á más el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen.

«Calla, hija Preciosa, dijo su padre (que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu pérdida y de tu hallazgo); que yo, como tu padre, tomo á cargo el ponerte en estado que no desdiga de quien eres.» Suspiró, oyendo esto, Preciosa, y su madre, como era discreta, en-

tendió que suspiraba de enamorada de don Juan, y dijo á su marido: «Señor, siendo tan principal don Juan de Cárcamo como lo es, y queriendo tanto á nuestra hija, no nos estaria mal dársela por esposa.» Y él respondió: «Aun hoy la habemos hallado, ¿y ya quereis que la perdamos? Gocémosla algun tiempo; que en casándola no será nuestra, sino de su marido.

—Razon teneis, señor, respondió ella; pero dad órden de sacar á don Juan, que debe de estar en algun calabozo.

—Sí estará, dijo Preciosa; que á un ladron, matador, y sobre todo, gitano, no le habrán dado mejor estancia.

—Yo quiero ir á verle, como que le voy á tomar la confesion, respondió el Corregidor, y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera.» Y abrazando á Preciosa, fué luego á la cárcel y entró en el calabozo donde don Juan estaba, y no quiso que nadie entrase con él. Hallóle con entrambos piés en un cepo y con las esposas á las manos, y que áun no le habian quitado el piedeamigo. Era la estancia escura, pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba luz, aunque muy escasa; y así como le vió, le dijo: «¿Cómo está la buena pieza? que así tuviera yo atraillados cuantos gitanos hay en España, para acabar con ellos en un dia, como Neron quisiera con Roma sin dar más de un golpe. Sabed, ladron puntoso, que yo soy el corregidor desta ciudad, y vengo á saber, de mí á vos, si es verdad que es vuestra esposa una Gitanilla que viene con vosotros.» Oyendo esto Andres, imaginó que el Corregidor se debia haber enamorado de Preciosa; que los celos son de cuerpos sutiles, y se entran por otros cuerpos sin romperlos, apartarlos ni dividirlos; pero

con todo esto, respondió : «Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad; y si ha dicho que no lo soy, tambien ha dicho verdad; porque no es posible que Preciosa diga mentira.

—¿Tan verdadera es? respondió el Corregidor; no es poco serlo, para ser gitana. Ahora bien, mancebo; ella ha dicho que es vuestra esposa, pero que nunca os ha dado la mano; ha sabido que, segun es vuestra culpa, habeis de morir por ella, y hame pedido que ántes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan grande ladron como vos.

—Pues hágalo vuesa merced, señor Corregidor, como ella lo suplica, respondió Andres; que como yo me despose con ella, iré contento á la otra vida, como parta desta con nombre de ser suyo.

—Mucho la debeis de querer, dijo el Corregidor.

—Tanto, respondió el preso, que á poderlo decir, no fuera nada. En efeto, señor Corregidor, mi causa se concluya; yo maté al que me quiso quitar la honra; yo adoro á esa gitana: moriré contento si muero en su gracia, y sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos habemos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos.

—Pues esta noche enviaré por vos, dijo el Corregidor, y en mi casa os desposareis con Preciosa, y mañana á mediodia estareis en la horca; con lo que yo habré cumplido con lo que pide la justicia y con el deseo de entrambos.» Agradecióselo Andres, y el Corregidor volvió á su casa, y dió cuenta á su mujer de lo que con don Juan habia pasado, y de otras cosas que pensaba hacer. En el tiempo que él

faltó, dió cuenta Preciosa á su madre de todo el discurso de su vida, y de cómo siempre habia creido ser gitana y ser nieta de aquella vieja; pero que siempre se habia estimado en mucho más de lo que de ser gitana se esperaba. Preguntóle su madre que le dijese la verdad, si queria bien á don Juan de Cárcamo. Ella con vergüenza y con los ojos en el suelo le dijo que por haberse considerado gitana, y que mejoraba su suerte con casarse con un caballero de hábito y tan principal como don Juan de Cárcamo, y por haber visto por experiencia su buena condicion y honesto trato, alguna vez le habia mirado con ojos aficionados; pero que en resolucion, ya habia dicho que no tenia otra voluntad de aquella que ellos quisiesen.

Llegóse la noche, y siendo casi las diez, sacaron á Andres de la cárcel sin las esposas y el piedeamigo, pero no sin una gran cadena, que desde los piés todo el cuerpo le ceñia. Llegó deste modo, sin ser visto de nadie sino de los que le traian, en casa del Corregidor, y con silencio y recato le entraron en un aposento, donde le dejaron solo; de allí á un rato entró un clérigo, y le dijo que se confesase, porque habia de morir otro dia. A lo cual respondió Andres: «De muy buena gana me confesaré; pero ¿cómo no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tálamo que me espera.» Doña Guiomar, que todo esto sabia, dijo á su marido que eran demasiados los sustos que á don Juan daba; que los moderase, porque podria ser perdiese la vida con ellos. Parecióle buen consejo al Corregidor, y así entró á llamar al que le confesaba, y díjole que primero habian de desposar al gitano con Preciosa la gitana, y que despues se confesaria, y que se encomendase á

Dios de todo corazon, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas.

En efeto, Andres salió á una sala, donde estaban solamente doña Guiomar, el Corregidor, Preciosa y otros dos criados de casa. Pero cuando Preciosa vió á don Juan ceñido y aherrojado con tan gran cadena, descolorido el rostro y los ojos con muestras de haber llorado, se le cubrió el corazon y se arrimó al brazo de su madre, que junto á ella estaba, la cual, abrazándola consigo, le dijo : «Vuelve en tí, niña; que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho.» Ella, que estaba ignorante de aquello, no sabia cómo consolarse, y la gitana vieja estaba turbada, y los circunstantes colgados del fin de aquel caso. El Corregidor dijo : «Señor Tiniente-cura, este gitano y esta gitana son los que vuesa merced ha de desposar.

—Eso no podré yo hacer, si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren. ¿Dónde se han hecho las amonestaciones? ¿Dónde está la licencia de mi superior, para que con ellas se haga el desposorio?

—Inadvertencia ha sido mia, respondió el Corregidor; pero yo haré que el vicario la dé.

—Pues hasta que la vea, respondió el Tiniente-cura, estos señores perdonen.» Y sin replicar más palabra, porque no sucediese algun escándalo, se salió de casa, y los dejó á todos confusos.

«El padre ha hecho muy bien, dijo á esta sazon el Corregidor, y podria ser fuese providencia del cielo ésta para que el suplicio de Andres se dilate, porque en efeto él se ha de desposar con Preciosa, y han de preceder primero las

amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida á muchas amargas dificultades; y con todo esto, querria saber de Andres, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, ¿si se tendria por dichoso, ya siendo Andres Caballero ó ya don Juan de Cárcamo?» Así como oyó Andres nombrarse por su nombre, dijo: «Pues Preciosa no ha querido contenerse en los límites del silencio, y ha descubierto quién soy, aunque esa buena dicha me hallara hecho monarca del mundo, la tuviera en tanto, que pusiera término á mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del cielo.

—Pues por ese buen ánimo que habeis mostrado, señor don Juan de Cárcamo, á su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legítima consorte, y agora os la doy y entrego en esperanza por la más rica joya de mi casa y de mi vida y de mi alma, y estimadla en lo que decis, porque en ella os doy á doña Costanza de Menéses, mi única hija, la cual, si os iguala en el amor, no os desdice nada en linaje.»

Atónito quedó Andres, viendo el amor que le mostraban, y en breves razones doña Guiomar contó la pérdida de su hija y su hallazgo, con las certísimas señas que la gitana vieja habia dado de su hurto; con que acabó don Juan de quedar atónito y suspenso; pero alegre sobre todo encarecimiento, abrazó á sus suegros, llamólos padres y señores suyos, y besó las manos á Preciosa, que con lágrimas le pedia las suyas.

Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habian estado presentes; el cual sabido por el Alcalde, tio del muerto, vió tomados los caminos de su venganza, pues no habia de tener lugar el rigor de la

justicia para ejecutarla en el yerno del Corregidor. Vistióse don Juan los vestidos de camino que allí habia traido la gitana; volviéronse las prisiones y cadenas de hierro en libertad y cadenas de oro, la tristeza de los gitanos presos en alegría, pues otro dia los dieron en fiado. Recibió el tio del muerto la promesa de dos mil ducados que le hicieron porque bajase de la querella y perdonase á don Juan, el cual, no olvidándose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron ni supieron dél hasta que desde allí á cuatro dias tuvo nuevas ciertas que se habia embarcado en una de dos galeras de Génova, que estaban en el puerto de Cartagena y ya se habian partido. Dijo el Corregidor á don Juan que tenia por nueva cierta que su padre don Francisco de Cárcamo estaba proveido por corregidor de aquella ciudad, y que sería bien esperalle para que con su beneplácito y consentimiento se hiciesen las bodas. Don Juan dijo que no saldria de lo que él ordenase, pero que ante todas cosas se habia de desposar con Preciosa. Concedió licencia el Arzobispo para que con sola una amonestacion se hiciese. Hizo fiestas la ciudad, por ser muy bienquisto el Corregidor, con luminarias, toros y cañas, el dia del desposorio; quedóse la gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de su nieta Preciosa. Llegaron las nuevas á la córte del caso y casamiento de la Gitanilla; supo don Francisco de Cárcamo ser su hijo el gitano, y ser la Preciosa la Gitanilla que él habia visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenia por perdido, por saber que no habia ido á Flándes, y más porque vió cuán bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero y tan rico como era don Fernando de Acevedo. Dió priesa á su partida por

llegar presto á ver á sus hijos, y dentro de veinte dias ya estaba en Murcia; con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas, y los poetas de la ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomaron á cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la Gitanilla; y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa miéntras los siglos duraren.

Olvidábaseme de decir cómo la enamorada mesonera descubrió á la justicia no ser verdad lo del hurto de Andres el gitano, y confesó su amor y su culpa, á quien no respondió pena alguna, porque en la alegría del hallazgo de los desposados se enterró la venganza y resucitó la clemencia.

FIN DE LA GITANILLA.

EL AMANTE LIBERAL.

«¡Oh lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apénas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como careceis de sentido, le tuviérades ahora, en esta soledad donde estamos pudiéramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañía en ellas aliviaria nuestro tormento. Esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa como la en que os derribaron, os podeis ver levantados; mas yo, desdichado, ¿qué bien podré esperar en la miserable estrecheza en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba ántes deste en que me veo? Tal es mi desdicha, que en la libertad fuí sin ventura, y en el cautiverio ni la tengo ni la espero.»

Estas razones decia un cautivo cristiano, mirando desde un recuesto las murallas derribadas de la ya perdida Nicosia, y así hablaba con ellas, y hacia comparacion de sus miserias á las suyas, como si ellas fueran capaces de entenderle: propria condicion de afligidos, que llevados de sus imaginaciones, hacen y dicen cosas ajenas de toda razon y buen discurso. En esto salió de un pabellon ó tienda, de cuatro que esta-

ban en aquella campaña puestas, un turco, mancebo de muy buena disposicion y gallardía, y llegándose al cristiano, le dijo: «Apostaria yo, Ricardo amigo, que te traen por estos lugares tus continuos pensamientos.

—Sí traen, respondió Ricardo (que éste era el nombre del cautivo); mas ¿qué aprovecha, si en ninguna parte á do voy hallo tregua ni descanso en ellos, ántes me los han acrecentado estas ruinas que desde aquí se descubren?

—Por las de Nicosia dirás, dijo el turco.

—Pues ¿por cuáles quieres que lo diga, repitió Ricardo, si no hay otras que á los ojos por aquí se ofrezcan?

—Bien tendrás que llorar, replicó el turco, si en esas contemplaciones entras; porque los que vieron, habrá dos años, á esta nombrada y rica isla de Chipre en su tranquilidad y sosiego, gozando sus moradores en ella de todo aquello que la felicidad humana puede conceder á los hombres, y ahora los ven ó contemplan, ó desterrados della, ó en ella cautivos y miserables, ¿cómo podrán dejar de no dolerse de su calamidad y desventura? Pero dejemos estas cosas, pues no llevan remedio, y vengamos á las tuyas, que quiero ver si le tienen; y así te ruego por lo que debes á la buena voluntad que te he mostrado, y por lo que te obliga el ser entrambos de una misma patria y habernos criado en nuestra niñez juntos, que me digas qué es la causa que te trae tan demasiadamente triste; que puesto caso que sola la del cautiverio es bastante para entristecer el corazon más alegre del mundo, todavía imagino que de más atras traen la corriente tus desgracias; porque los generosos ánimos como el tuyo no suelen rendirse á las comunes desdichas tanto, que den muestras de extraordinarios sentimientos; y háceme

creer esto, el saber yo que no eres tan pobre, que te falte para dar cuanto pidieren por tu rescate; ni estás en las torres del mar Negro, como cautivo de consideracion, que tarde ó nunca alcanza la deseada libertad. Así que, no habiéndote quitado la mala suerte las esperanzas de verte libre, y con todo esto, verte rendido á dar miserables muestras de tu desventura, no es mucho que imagine que tu pena procede de otra causa que de la libertad que perdiste; la cual causa te suplico me digas, ofreciéndote cuanto puedo y valgo; y quizá para que yo te sirva ha traido la fortuna este rodeo de haberme hecho vestir deste hábito, que aborrezco.

»Ya sabes, Ricardo, que es mi amo el cadí desta ciudad (que es lo mismo que ser su obispo); sabes tambien lo mucho que vale y lo mucho que con él puedo; juntamente con esto, no ignoras el deseo encendido que tengo de no morir en este estado que parece que profeso, pues cuando más no pueda, tengo de confesar y publicar á voces la fe de Jesucristo, de quien me apartó mi poca edad y ménos entendimiento, puesto que sé que tal confesion me ha de costar la vida; que á trueco de no perder la del alma, daré por bien empleado perder la del cuerpo. De todo lo dicho quiero que infieras y que consideres que te puede ser de algun provecho mi amistad, y que para saber qué remedios ó alivios puede tener tu desdicha, es menester que me la cuentes, como ha menester el médico la relacion del enfermo, asegurándote que la depositaré en lo más escondido del silencio.»

A todas estas razones estuvo callando Ricardo, y viéndose obligado dellas y de la necesidad, le respondió con éstas: «Si así como has acertado, ¡oh amigo Mahamut! (que así se

llamaba el turco), en lo que de mi desdicha imaginas, acertaras en su remedio, tuviera por bien perdida mi libertad, y no trocara mi desgracia con la mayor ventura que imaginarse pudiera; mas yo sé que ella es tal, que todo el mundo podrá saber bien la causa de donde procede, mas no habrá en él persona que se atreva, no sólo á hallarle remedio, pero ni áun alivio; y para que quedes satisfecho desta verdad, te la contaré en las ménos razones que pudiere; pero ántes que éntre en el confuso laberinto de mis males, quiero que digas qué es la causa que Hazan-bajá, mi amo, ha hecho plantar en esta campaña estas tiendas y pabellones ántes de entrar en Nicosia, adonde viene proveido por virey, ó por bajá, como los turcos llaman á los vireyes.

—Yo te satisfaré brevemente, respondió Mahamut; y así has de saber que es costumbre entre los turcos, que los que van por vireyes de alguna provincia no entran en la ciudad donde su antecesor habita hasta que él salga della, y deje hacer libremente al que viene la residencia; y en tanto que el bajá nuevo la hace, el antiguo se está en la campaña, esperando lo que resulta de sus cargos, los cuales se le hacen sin que él pueda intervenir á valerse de sobornos y amistades, si ya primero no lo ha hecho. Hecha pues la residencia, se la dan al que deja el cargo, en un pergamino cerrado y sellado, y con ella se presenta á la Puerta del Gran Señor, que es como decir en la córte, ante el gran Consejo del Turco; la cual vista por el visir bajá y por los otros cuatro bajáes menores (como si dijésemos ante el presidente del Real Consejo y oidores), ó le premian ó le castigan, segun la relacion de la residencia; puesto que si viene culpado, con dineros rescata y excusa el castigo; si no viene culpado

y no le premian, como sucede de ordinario, con dádivas y presentes alcanza el cargo que más se le antoja, porque no se dan allí los cargos y oficios por merecimientos, sino por dineros: todo se vende y todo se compra; los proveedores de los cargos roban á los proveidos en ellos y los desuellan. Deste oficio comprado sale la sustancia para comprar otro que más ganancia promete; todo va como digo, todo este imperio es violento, señal que prometia no ser durable; pero, á lo que yo creo, y así debe de ser verdad, le tienen sobre sus hombros nuestros pecados; quiero decir, los de aquellos que descaradamente y á rienda suelta ofenden á Dios, como yo hago: él se acuerde de mí por quien El es. Por la causa que he dicho, pues, tu amo Hazan-bajá ha estado en esta campaña cuatro dias, y si el de Nicosia no ha salido, como debia, ha sido por haber estado muy malo; pero ya está mejor, y saldrá hoy ó mañana sin duda alguna, y se ha de alojar en unas tiendas que están detras deste recuesto, que tú no has visto, y tu amo entrará luego en la ciudad; y esto es lo que hay que saber de lo que me preguntaste.

—Escucha pues, dijo Ricardo; mas no sé si podré cumplir lo que ántes dije, que en breves razones te contaria mi desventura, por ser ella tan larga y desmedida, que no se puede medir con razon alguna. Con todo esto, haré lo que pudiere y lo que el tiempo diere lugar; y así te pregunto primero si conoces en nuestro lugar de Trápana una doncella, á quien la fama daba nombre de la más hermosa mujer que habia en toda Sicilia; una doncella, digo, por quien decian todas las curiosas lenguas y afirmaban los más raros entendimientos que era la de más perfecta hermosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente y espera tener la que

está por venir; una por quien los poetas cantaban que tenia los cabellos de oro, y que eran sus ojos dos resplandecientes soles, y sus mejillas purpúreas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubíes, su garganta alabastro; y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes, hacian una maravillosa y concertada armonía, esparciendo naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamas pudo la envidia hallar cosa en que ponerle tacha. ¡Qué! ¿es posible, Mahamut, que ya no me has dicho quién es y cómo se llama? Sin duda creo, ó que no me oyes, ó que cuando en Trápana estabas, carecias de sentido.

—En verdad, Ricardo, respondió Mahamut, que si la que has pintado con tantos extremos de hermosura no es Leonisa, la hija de Rodolfo Florencio, no sé quién sea; que esta sola tenia la fama que dices.

—Esa es, ¡oh Mahamut! respondió Ricardo; ésa es, amigo, la causa principal de todo mi bien y de toda mi desventura; ésa es, que no la perdida libertad, por quien mis ojos han derramado, derraman y derramarán lágrimas sin cuento, y la por quien mis sospiros encienden el aire cerca y léjos, y la por quien mis razones cansan al cielo que las escucha y á los oidos que las oyen; ésa es por quien tú me has juzgado por loco, ó por lo ménos por de poco valor y ménos ánimo; esta Leonisa, para mí leona, y mansa cordera para otro, es la que me tiene en este miserable estado. Porque has de saber que desde mis tiernos años, ó á lo ménos desde que tuve uso de razon, no sólo la amé, mas la adoré y serví con tanta solicitud, como si no tuviera en la tierra ni en el cielo otra deidad á quien sirviese ni adorase. Sabian sus deudos y sus padres mis deseos, y jamas dieron mues-

tras de que les pesase, considerando que iban encaminados á fin honesto y virtuoso; y así muchas veces sé yo que se lo dijeron á Leonisa, para disponerle la voluntad á que por su esposo me recibiese, conociendo mi calidad y nobleza; mas ella, que tenia puestos los ojos en Cornelio, el hijo de Ascanio Rótulo, que tú bien conoces (mancebo galan, atildado, de blancas manos y rizos cabellos, de voz meliflua y de amorosas palabras, y finalmente, todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados), no quiso ponerlos en mi rostro, no tan delicado como el de Cornelio, ni quiso agradecer siquiera mis muchos y continuos servicios; pagando mi voluntad con desdeñarme y aborrecerme; y á tanto llegó el extremo de amarla, que tomara por partido dichoso que me acabara á pura fuerza de desdenes y desagradecimientos, con que no diera descubiertos, aunque honestos, favores á Cornelio. Mira, pues, si llegándose á la angustia del desden y aborrecimiento la mayor y más cruel rabia de los celos, cuál estaria mi alma, de dos tan mortales pestes combatida. Disimulaban los padres de Leonisa los favores que á Cornelio hacia, creyendo, como estaba en razon que creyesen, que atraido el mozo de su incomparable y bellísima hermosura, la escogeria por su esposa, y en ello granjearian yerno más rico que conmigo; y bien pudiera ser, si así fuera; pero no le alcanzarán, sin arrogancia sea dicho, de mejor condicion que la mia, ni de más altos pensamientos, ni de más conocido valor que el mio.

»Sucedió, pues, que en el discurso de mi pretension alcancé á saber que un dia del mes pasado de Mayo, que este de hoy hace un año, tres dias y cinco horas, Leonisa y sus padres, y Cornelio y los suyos se iban á solazar con toda su

parentela y criados al jardin de Ascanio, que está cercano á la marina, en el camino de las Salinas.

—Bien lo sé, dijo Mahamut. Pasa adelante, Ricardo, que más de cuatro dias tuve en él, cuando Dios quiso, más de cuatro buenos ratos.

—Súpelo, replicó Ricardo, y al mismo instante que lo supe me ocupó el alma una furia, una rabia y un infierno de celos con tanta vehemencia y rigor, que me sacó de mis sentidos, como lo verás por lo que luego hice, que fué irme al jardin donde me dijeron que estaban, y hallé á la más de la gente solazándose, y debajo de un nogal sentados á Cornelio y á Leonisa, aunque desviados un poco. Cuál ellos quedaron de mi vista no lo sé; de mí sé decir que quedé tal con la suya, que perdí la de mis ojos, y me quedé como estatua, sin voz ni movimiento alguno; pero no tardó mucho en despertar el enojo á la cólera, y la cólera á la sangre del corazon, y la sangre á la ira, y la ira á las manos y la lengua; puesto que las manos se ataron con el respeto á mi parecer debido al hermoso rostro que tenia delante; pero la lengua rompió el silencio con estas razones:

«Contenta estarás, ¡oh enemiga mortal de mi descanso! en tener con tanto sosiego delante de tus ojos la causa que hará que los mios vivan en perpétuo y doloroso llanto. Llégate, llégate, cruel, un poco más, y enrede tu hiedra á ese inútil tronco, que te busca; peina ó ensortija aquesos cabellos de ese tu nuevo Ganimédes, que tibiamente te solicita; acaba ya de entregarte á los banderizos años dese mozo en quien contemplas, porque perdiendo yo la esperanza de alcanzarte, acabe con ella la vida, que aborrezco. ¿Piensas por ventura, soberbia y mal considerada doncella, que contigo

sola se han de romper y faltar las leyes y fueros que en semejantes casos en el mundo se usan? ¿Piensas, quiero decir, que ese mozo, altivo por su riqueza, arrogante por su gallardía, inexperto por su edad poca, confiado por su linaje, ha de querer, ni poder, ni saber guardar firmeza en sus amores, ni estimar lo inestimable, ni conocer lo que conocen los maduros y experimentados años? No lo pienses, si lo piensas, porque no tiene otra cosa buena el mundo, sino hacer sus acciones siempre de una misma manera, porque no se engañe nadie sino por su propia ignorancia. En los pocos años está la inconstancia mucha, en los ricos la soberbia, la vanidad en los arrogantes, y en los hermosos el desden, y en los que todo esto tienen, la necedad, que es madre de todo mal suceso. Y tú, oh mozo, que tan á salvo piensas llevar el premio más debido á mis buenos deseos que á los ociosos tuyos, ¿por qué no te levantas dese estrado de flores donde yaces, y vienes á sacarme el alma, que tanto la tuya aborrece? Y no porque me ofendas en lo que haces, sino porque no sabes estimar el bien que la ventura te concede; y vese claro que le tienes en poco, en que no quieres moverte á defenderle por no ponerte á riesgo de descomponer la afeitada compostura de tu galan vestido. Si esa tu reposada condicion tuviera Aquíles, bien seguro estuviera Ulíses de no salir con su empresa, aunque más le mostrara resplandecientes armas y acerados alfanges. Véte, véte, y recréate entre las doncellas de tu madre, y allí ten cuidado de tus cabellos y de tus manos, más dispuestas á devanar blando sirgo que á empuñar la dura espada.»

»A todas estas razones jamas se levantó Cornelio del lugar donde le hallé sentado; ántes se estuvo quedo, mirándome

como embelesado, sin moverse; y á las levantadas voces con que le dije lo que has oido, se fué llegando la gente que por la huerta andaba, y se pusieron á escuchar otros más improperios que á Cornelio le dije; el cual, tomando ánimo con la gente que acudió, porque todos ó los más eran sus parientes, criados ó allegados, dió muestras de levantarse; mas ántes que se pusiese en pié puse mano á mi espada y acometíle, no sólo á él, sino á todos cuantos allí estaban; pero apénas vió Leonisa relucir mi espada, cuando le tomó un recio desmayo; cosa que me puso en mayor coraje y mayor despecho; y no te sabré decir si los muchos que me acometieron atendian no más de á defenderse, como quien se defiende de un loco furioso, ó si fué mi buena suerte y diligencia, ó el cielo, que para mayores males queria guardarme, porque en efecto herí siete ú ocho de los que hallé más á mano. A Cornelio le valió su buena diligencia, pues fué tanta la que puso en los piés, huyendo, que se escapó de mis manos.

»Estando en este tan manifiesto peligro, cercado de mis enemigos, que ya como ofendidos procuraban vengarse, me socorrió la ventura con un remedio, que fuera mejor haber dejado allí la vida, que no, restaurándola por tan no pensado camino, venir á perderla cada hora mil y mil veces; y fué, que de improviso dieron en el jardin mucha cantidad de turcos de dos galeotas de cosarios de Biserta, que en una cala que allí cerca estaba habian desembarcado, sin ser sentidos de las centinelas de las torres de la marina, ni descubiertos de los corredores ó atajadores de la costa. Cuando mis contrarios los vieron, dejándome solo, con presta celeridad se pusieron en cobro. De cuantos en el jardin estaban,

no pudieron los turcos cautivar más de á tres personas y á Leonisa, que áun se estaba desmayada; á mí me cogieron con cuatro disformes heridas, vengadas ántes por mi mano con cuatro turcos, que de otras cuatro dejé sin vida tendidos en el suelo. Este asalto hicieron los turcos con su acostumbrada diligencia, y no muy contentos del suceso, se fueron á embarcar, y luego se hicieron á la mar, y á vela y remo en breve espacio se pusieron en la Fabiana. Hicieron reseña por ver qué gente les faltaba, y viendo que los muertos eran cuatro soldados de aquellos que ellos llaman levantes, y de los mejores y más estimados que traian, quisieron tomar en mí la venganza, y así mandó el arraez de la capitana bajar la entena para ahorcarme.

»Todo esto estaba mirando Leonisa, que ya habia vuelto en sí, y viéndose en poder de los cosarios, derramaba abundancia de hermosas lágrimas, y torciendo sus manos delicadas, sin hablar palabra, estaba atenta á ver si entendia lo que los turcos decian; mas uno de los cristianos del remo le dijo en italiano cómo el arraez mandaba ahorcar aquel cristiano, señalándome á mí, porque habia muerto en su defensa á cuatro de los mejores soldados de las galeotas; lo cual oido y entendido por Leonisa, la vez primera que se mostró para mí piadosa, dijo al cautivo que dijese á los turcos que no me ahorcasen, porque perderian un gran rescate, y que les rogaba volviesen á Trápana, que luego me rescatarian. Esta, digo, fué la primera, y áun será la última caridad que usó conmigo Leonisa, y todo para mayor mal mio. Oyendo, pues, los turcos las razones que el cautivo italiano les decia, le creyeron fácilmente, y mudóles el interes la cólera. Otro dia por la mañana, alzando bandera de paz, volvieron

á Trápana; aquella noche la pasé con el dolor que imaginarse puede, no tanto por el que mis heridas me causaban, cuanto por imaginar el peligro en que la cruel enemiga mia entre aquellos bárbaros estaba.

»Llegados, pues, como digo, á la ciudad, entró en el puerto la una galeota, y la otra se quedó fuera; coronóse luego todo el puerto y la ribera toda de cristianos, y el lindo de Cornelio desde léjos estaba mirando lo que en la galeota pasaba. Acudió luego un mayordomo mio á tratar de mi rescate, al cual dije que en ninguna manera tratase de mi libertad, sino de la de Leonisa, y que diese por ella todo cuanto valia mi hacienda; y más le ordené, que volviese á tierra, y dijese á los padres de Leonisa que le dejasen á él tratar de la libertad de su hija, y que no se pusiesen en trabajo por ella. Hecho esto, el arraez principal, que era un renegado griego llamado Yzuf, pidió por Leonisa seis mil escudos, y por mí cuatro mil, añadiendo que no daria el uno sin el otro; pidió esta gran suma, segun despues supe, porque estaba enamorado de Leonisa, y no quisiera él rescatarla, sino darle al arraez de la otra galeota, con quien habia de partir las presas que se hiciesen por mitad, á mí en precio de cuatro mil escudos, y mil en dinero, que hacian cinco mil, y quedarse con Leonisa por otros cinco mil; y ésta fué la causa por que nos apreció á los dos en diez mil escudos. Los padres de Leonisa no ofrecieron de su parte nada, atenidos á la promesa que de mi parte mi mayordomo les habia hecho, ni Cornelio movió los labios en su provecho; y así, despues de muchas demandas y respuestas, concluyó mi mayordomo en dar por Leonisa cinco mil, y por mí tres mil escudos.

»Aceptó Yzuf este partido, forzado de las persuasiones de su compañero y de lo que todos sus soldados le decian; mas como mi mayordomo no tenia junta tanta cantidad de dineros, pidió tres dias de término para juntarlos, con intencion de malbaratar mi hacienda hasta cumplir el rescate. Holgóse desto Yzuf, pensando hallar en este tiempo ocasion para que el concierto no pasase adelante, y volviéndose á la isla de la Fabiana, dijo que llegado el término de los tres dias, volveria por el dinero. Pero la ingrata fortuna, no cansada de maltratarme, ordenó que estando desde lo más alto de la isla puesta á la guarda una centinela de los turcos, bien dentro á la mar descubrió seis velas latinas, y entendió, como fué verdad, que debian ser ó la escuadra de Malta ó algunas de las de Sicilia. Bajó corriendo á dar la nueva, y en un pensamiento se embarcaron los turcos que estaban en tierra, cuál guisando de comer, cuál lavando su ropa; y zarpando con no vista presteza, dieron al agua los remos y al viento las velas, y puestas las proas en Berbería, en ménos de dos horas perdieron de vista las galeras; y así, cubiertos con la isla y con la noche, que venia cerca, se aseguraron del miedo que habian cobrado. A tu buena consideracion dejo, ¡oh Mahamut amigo! que consideres cuál iria mi ánimo en aquel viaje, tan contrario del que yo esperaba; y más, cuando otro dia, habiendo llegado las dos galeotas á la isla de la Pantanalea por la parte del mediodia, los turcos saltaron en tierra á hacer leña y carne, como ellos dicen; y más cuando vi que los arraeces saltaron en tierra, y se pusieron á hacer las partes de todas las presas que habian hecho; cada accion destas fué para mí una dilatada muerte. Viniendo, pues, á la particion mia y de Leo-

nisa, Yzuf dió á Fetala (que así se llamaba el arraez de la otra galeota) seis cristianos, los cuatro para el remo, y dos muchachos hermosísimos, de nacion corsos, y á mí con ellos, por quedarse con Leonisa, de lo cual se contentó Fetala; y aunque estuve presente á todo esto, nunca pude entender lo que decian, aunque sabia lo que hacian, ni entendiera por entónces el modo de la particion, si Fetala no se llegara á mí y me dijera en italiano: «Cristiano, ya eres mio; en dos mil escudos de oro te me han dado; si quieres libertad, has de dar cuatro mil; si no, acá morir.» Preguntéle si era tambien suya la cristiana; díjome que no, sino que Yzuf se quedaba con ella, con intencion de volverla mora y casarse con ella; y así era la verdad, porque me lo dijo uno de los cautivos del remo, que entendia bien el turquesco, y se lo habia oido tratar á Yzuf y á Fetala. Díjele á mi amo que hiciese de modo como se quedase con la cristiana, y que le daria por su rescate solo diez mil escudos de oro en oro. Respondióme no ser posible, pero que haria que Yzuf supiese la gran suma que le ofrecia por la cristiana; quizá, llevado del interese, mudaria de intencion y la rescataria. Hízolo así, y mandó que todos los de su galeota se embarcasen luego, porque se queria ir á Trípol de Berbería, de donde él era. Yzuf asimismo determinó irse á Biserta; y así se embarcaron con la misma priesa que suelen cuando descubren, ó galeras de quien temer, ó bajeles á quien robar: movióles á darse priesa, por parecerles que el tiempo mudaba con muestras de borrasca.

»Estaba Leonisa en tierra, pero no en parte que yo la pudiese ver, sino fué que al tiempo del embarcarnos llegamos juntos á la marina. Llevábala de la mano su nuevo amo

y su más nuevo amante, y al entrar por la escala que estaba puesta desde tierra á la galeota, volvió los ojos á mirarme, y los mios, que no se quitaban della, la miraron con tan tierno sentimiento y dolor, que sin saber cómo, se me puso una nube ante ellos, que me quitó la vista, y sin ella y sin sentido alguno dí conmigo en el suelo. Lo mismo me dijeron despues que habia sucedido á Leonisa, porque la vieron caer de la escala á la mar, y que Yzuf se habia echado tras ella y la sacó en brazos. Esto me contaron dentro de la galeota de mi amo, donde me habian puesto sin que yo lo sintiese; mas cuando volví de mi desmayo, y me vi solo en la galeota, y que la otra, tomando otra derrota, se apartaba de nosotros, llevándose consigo la mitad de mi alma, ó por mejor decir, toda ella, cubrióseme el corazon de nuevo, y de nuevo maldije mi ventura y llamé á la muerte á voces; y eran tales los sentimientos que hacia, que mi amo, enfadado de oirme, con un grueso palo me amenazó que si no callaba me maltrataria. Reprimí las lágrimas, recogí los suspiros, creyendo que con la fuerza que les hacia, reventarian por parte que abriesen puerta al alma, que tanto deseaba desamparar este miserable cuerpo; mas la suerte, áun no contenta de haberme puesto en tan encogido estrecho, ordenó de acabar con todo, quitándome las esperanzas de todo mi remedio; y fué que en un instante se declaró la borrasca que ya se temia, y el viento, que de la parte de Mediodia soplaba y nos embestia por la proa, comenzó á reforzar con tanto brío, que fué forzoso volverle la popa y dejar correr el bajel por donde el viento queria llevarle, con harto riesgo de los que en él llevaban puesta la confianza de sus vidas.

»Llevaba designio el arraez de despuntar la isla, y tomar abrigo en ella por la banda del Norte; mas sucedióle al reves su pensamiento, porque el viento cargó con tanta furia, que todo lo que habiamos navegado en dos dias, en poco más de catorce horas nos vimos á seis millas ó siete de la propia isla de donde habiamos partido, y sin remedio alguno íbamos á embestir en ella, y no en alguna playa, sino en unas muy levantadas peñas que á la vista se nos ofrecian, amenazando de inevitable muerte nuestras vidas. Vimos á nuestro lado la galeota de nuestra conserva, donde estaba Leonisa, y todos sus turcos y cautivos remeros haciendo fuerza con los remos para entretenerse y no dar en las peñas. Lo mismo hicieron los de la nuestra con más ventaja y esfuerzo, á lo que pareció, que los de la otra; los cuales, cansados del trabajo y vencidos del teson del viento y de la tormenta, soltando los remos, se abandonaron y se dejaron ir á vista de nuestros ojos á embestir en las peñas, donde dió la galeota tan grande golpe, que toda se hizo pedazos. Comenzaba á cerrar la noche, y fué tamaña la grita de los que se perdian y el sobresalto de los que en nuestro bajel temian perderse, que ninguna cosa de las que nuestro arraez mandaba se entendia ni se hacia: sólo se atendia á no dejar los remos de las manos, tomando por remedio volver la proa al viento y echar dos áncoras á la mar, para entretener con esto algun tiempo la muerte que por cierta tenian; y aunque el miedo de morir era general en todos, en mí era muy al contrario, porque con la esperanza engañosa de ver en el otro mundo á la que habia tan poco que deste se habia apartado, cada punto que la galeota tardaba en anegarse ó en embestir en las peñas, era para mí un siglo de más penosa muerte. Las

levantadas olas que por encima del bajel y de mi cabeza pasaban, me hacian estar atento á ver si en ellas venia el cuerpo de la desdichada Leonisa.

»No quiero detenerme ahora, ¡oh Mahamut! en contarte por menudo los sobresaltos, los temores, las ánsias, los pensamientos que en aquella luenga y amarga noche tuve y pasé, por no ir contra lo que primero propuse, de contarte brevemente mi desventura; basta decirte que fueron tantos y tales, que si la muerte viniera en aquel tiempo, tuviera bien poco que hacer en quitarme la vida. Vino el dia con muestras de mayor tormenta que la pasada, y hallamos que el bajel habia virado un gran trecho, habiéndose desviado de las peñas un buen espacio, y llegádose á una punta de la isla; y viéndose tan á pique de doblarla turcos y cristianos, con nueva esperanza y fuerzas nuevas, al cabo de seis horas doblamos la punta, y hallamos más blando el mar y más sosegado, de modo que más fácilmente nos aprovechamos de los remos, y abrigados con la isla, tuvieron lugar los turcos de saltar en tierra para ir á ver si habia quedado alguna reliquia de la galeota que la noche ántes dió en las peñas; mas áun no quiso el cielo concederme el alivio que esperaba tener de ver en mis brazos el cuerpo de Leonisa, que aunque muerto y despedazado, holgara de verle, por romper aquel imposible que mi estrella me puso de juntarme con él, como mis buenos deseos merecian; y así rogué á un renegado que queria desembarcarse, que le buscase, y viese si la mar lo habia arrojado á la orilla; pero, como ya he dicho, todo esto me negó el cielo, pues al mismo instante tornó á embravecerse el viento de manera, que el amparo de la isla no fué de algun provecho. Viendo esto Fetala, no

quiso contrastar contra la fortuna, que tanto le perseguia; y así mandó poner el trinquete al árbol y hacer un poco de vela; volvió la proa á la mar y la popa al viento, y tomando él mismo el cargo del timon, se dejó correr por el ancho mar, seguro que ningun impedimento le estorbaria su camino. Iban los remos igualados en la crujía, y toda la gente sentada por los bancos y ballesteras, sin que en toda la galeota se descubriese otra persona que la del cómitre, que por más seguridad suya se hizo atar fuertemente al estanterol. Volaba el bajel con tanta ligereza, que en tres dias y tres noches, pasando á la vista de Trápana, de Melazo y de Palermo, embocó por el Faro de Mesina, con maravilloso espanto de los que iban dentro y de aquellos que desde la tierra los miraban.

»En fin, por no ser tan prolijo en contar la tormenta como ella lo fué en su porfía, digo que cansados, hambrientos y fatigados con tan largo rodeo, como fué bojar casi toda la isla de Sicilia, llegamos á Trípol de Berbería, donde á mi amo (ántes de haber hecho con sus levantes la cuenta del despojo, y dádoles lo que les tocaba, y su quinto al Rey, como es costumbre) le dió un dolor de costado tal, que dentro de tres dias dió con él en el infierno. Púsose luego el virey de Trípol en toda su hacienda, y el alcaide de los muertos que allí tiene el Gran Turco (que, como sabes, es heredero de los que no le dejan en su muerte); estos dos tomaron toda la hacienda de Fetala, mi amo, y yo cupe á éste, que entónces era virey de Trípol, y de allí á quince dias le vino la patente de virey de Chipre, con el cual he venido hasta aquí sin intento de rescatarme; porque aunque él me ha dicho muchas veces que me rescate, pues soy hombre

principal, como se lo dijeron los soldados de Fetala, jamas he acudido á ello, ántes le he dicho que le engañaron los que le dijeron grandezas de mi posibilidad; y si quieres, Mahamut, que te diga todo mi pensamiento, has de saber que no quiero volver á parte donde por alguna via pueda tener cosa que me consuele, y quiero que juntándose á la vida del cautiverio los pensamientos y memorias, que jamas me dejan, de la muerte de Leonisa, vengan á ser parte para que yo no la tenga jamas de gusto alguno; y si es verdad que los continuos dolores forzosamente se han de acabar, ó acabar á quien los padece, los mios no podrán dejar de hacerlo, porque pienso darles rienda de manera, que á pocos dias dén alcance á la miserable vida que tan contra mi voluntad sostengo.

»Este es, ¡oh Mahamut hermano! el triste suceso mio; ésta es la causa de mis suspiros y de mis lágrimas: mira tú ahora y considera si es bastante para sacarlos de lo profundo de mis entrañas, y para engendrarlos en la sequedad de mi lastimado pecho. Leonisa murió, y con ella mi esperanza; que puesto que la que tenia ella viviendo, se sustentaba de un delgado cabello, todavía... todavía...» y en este *todavía* se le pegó la lengua al paladar, de manera que no pudo hablar más palabra ni detener las lágrimas, que, como suele decirse, hilo á hilo le corrian por el rostro en tanta abundancia, que llegaron á humedecer el suelo. Acompañóle en ellas Mahamut; pero pasándose aquel parasismo, causado de la memoria renovada en el amargo cuento, quiso Mahamut consolar á Ricardo con las mejores razones que supo; mas él las atajó, diciéndole: «Lo que has de hacer, amigo, es aconsejarme qué haré yo para caer en desgracia de mi

amo y de todos aquellos con quien yo comunicare, para que siendo aborrecido dél y dellos, los unos y los otros me maltraten y persigan de suerte, que añadiendo dolor á dolor y pena á pena, alcance con brevedad lo que deseo, que es acabar la vida.

—Ahora he hallado ser verdadero, dijo Mahamut, lo que suele decirse, que lo que se sabe sentir se sabe decir, puesto que algunas veces el sentimiento enmudece la lengua; pero como quiera que ello sea, Ricardo, ora llegue tu dolor á tus palabras, ora ellas se le aventajen, siempre has de hallar en mí un verdadero amigo ó para ayuda ó para consejo; que aunque mis pocos años y el desatino que he hecho en vestirme este hábito, están dando voces que de ninguna destas dos cosas que te ofrezco se puede fiar ni esperar cosa alguna, yo procuraré que no salga verdadera esta sospecha, ni pueda tenerse por cierta tal opinion. Y puesto que tú no quieras ni ser aconsejado ni favorecido, no por eso dejaré de hacer lo que te conviniere, como suele hacerse con el enfermo, que pide lo que no le dan, y le dan lo que le conviene. No hay en toda esta ciudad quien pueda ni valga más que el Cadí, mi amo, ni áun el tuyo, que viene por visorey della, ha de poder tanto; y siendo esto así, como lo es, yo puedo decir que soy el que más puedo en la ciudad, pues puedo con mi patron todo lo que quiero. Digo esto, porque podria ser dar traza con él para que vinieses á ser suyo, y estando en mi compañía, el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer, á tí para consolarte si quisieres ó pudieres tener consuelo, y á mí para salir desta á mejor vida, ó á lo ménos á parte donde la tenga más segura cuando la deje.

—Yo te agradezco, contestó Ricardo, Mahamut, la amis-

tad que me ofreces, aunque estoy cierto que con cuanto hicieres no has de poder cosa que en mi provecho resulte; pero dejemos ahora esto, y vamos á las tiendas, porque, á lo que veo, sale de la ciudad mucha gente, y sin duda es el antiguo virey, que sale á estarse en la campaña para dar lugar á mi amo que éntre en la ciudad á hacer la residencia.

—Así es, dijo Mahamut; ven pues, Ricardo, y verás las ceremonias con que se reciben; que sé que gustarás de verlas.

—Vamos en buen hora, dijo Ricardo; quizá te habré menester, si acaso el guardian de cautivos de mi amo me ha echado ménos, que es un renegado corso de nacion, y de no muy piadosas entrañas.» Con esto dejaron la plática, y llegaron á las tiendas á tiempo que llegaba el antiguo bajá, y el nuevo le salia á recebir á la puerta de la tienda.

Venia acompañado Alí-bajá (que así se llamaba el que dejaba el gobierno) de todos los genízaros que de ordinario están de presidio en Nicosia despues que los turcos la ganaron, que serian hasta quinientos; venian en dos alas ó hileras, los unos con escopetas y los otros con alfanges desnudos. Llegaron á la puerta del nuevo bajá Hazan, la rodearon todos, y Alí-bajá, inclinando el cuerpo, hizo reverencia á Hazan, y él con ménos inclinacion le saludó; luego se entró Alí en el pabellon de Hazan, y los turcos le subieron sobre un poderoso caballo ricamente aderezado, y trayéndole á la redonda de las tiendas y por todo un buen espacio de la campaña, daban voces y gritos, diciendo en su lengua: «¡Viva, viva Soliman-sultan, y Hazan-bajá en su nombre!» Repitieron esto muchas veces, reforzando las voces y los alaridos, y luego le volvieron á la tienda, donde

habia quedado Alí-bajá, el cual con el Cadí y Hazan se encerraron en ella, por espacio de una hora, solos. Dijo Mahamut á Ricardo que se habian encerrado á tratar de lo que convenia hacer en la ciudad acerca de las obras que allí dejaba comenzadas. De allí á poco tiempo salió el Cadí á la puerta de la tienda, y dijo á voces en lengua turquesca, arábiga y griega, que todos los que quisiesen entrar á pedir justicia, ó otra cosa contra Alí-bajá, podrian entrar libremente; que allí estaba Hazan-bajá, á quien el Gran Señor enviaba por virey de Chipre, que les guardaria toda razon y justicia. Con esta licencia, los genízaros dejaron desocupada la puerta de la tienda, y dieron lugar á que entrasen los que quisiesen. Mahamut hizo que entrase con él Ricardo, que por ser esclavo de Hazan no se le impidió la entrada.

Entraron á pedir justicia, así griegos cristianos como algunos turcos, y todos de cosas de tan poca importancia, que las más despachó el Cadí sin dar traslado á la parte, sin autos, demandas ni respuestas; que todas las causas (si no son las matrimoniales) se despachan en pié y en un punto, más á juicio de buen varon que por ley alguna; y entre aquellos bárbaros, si lo son en esto, el Cadí es el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña y las sentencia en un soplo, sin que haya apelacion de su sentencia para otro tribunal.

En esto entró un chauz, que es como alguacil, y dijo que estaba á la puerta de la tienda un judío, que traia á vender una hermosísima cristiana; mandó el Cadí que le hiciese entrar. Salió el chauz, y volvió á entrar luego, y con él un venerable judío, que traia de la mano á una mujer, vestida en hábito berberisco, tan bien aderezada y compuesta, que no

lo pudiera estar tan bien la más rica mora de Fez ni de Marruecos, que en aderezarse llevan la ventaja á todas las africanas, aunque entren las de Argel, con sus perlas tantas. Venia cubierto el rostro con un tafetan carmesí; por las gargantas de los piés, que se descubrian, parecian dos carcajes (que así se llaman las manillas en arábigo), al parecer de puro oro, y en los brazos, que asimismo por una camisa de cendal delgado se descubrian ó traslucian, traia otros carcajes de oro, sembrados de muchas perlas; en resolucion, en cuanto el traje, ella venia rica y gallardamente aderezada. Admirados desta primera vista el Cadí y los demas bajáes, ántes que otra cosa dijesen ni preguntasen, mandaron al judío que hiciese que se quitase el antifaz la cristiana; hízolo así, y descubrió un rostro que así deslumbró los ojos y alegró los corazones de los circunstantes, como el sol que por entre cerradas nubes, despues de mucha escuridad, se ofrece á los ojos de los que le desean: tal era la belleza de la cautiva cristiana, y tal su brío y su gallardía. Pero en quien con más efeto hizo impresion la maravillosa luz que habia descubierto, fué en el lastimado Ricardo, como en aquel que mejor que otro la conocia, pues era su cruel y amada Leonisa, que tantas veces y con tantas lágrimas por él habia sido tenida y llorada por muerta. Quedó, á la improvisa vista de la singular belleza de la cristiana, traspasado y rendido el corazon de Alí, y en el mismo grado y con la misma herida se halló el de Hazan, sin quedarse exento de la amorosa llaga el del Cadí, que más suspenso que todos, no sabia quitar los ojos de los hermosos de Leonisa. Y para encarecer las poderosas fuerzas de amor, se ha de saber que en aquel mismo punto nació en los corazones de los tres

una, á su parecer, firme esperanza de alcanzarla y de gozarla; y así, sin querer saber el cómo, ni el dónde, ni cuándo habia venido á poder del judío, le preguntaron el precio que por ella queria. El codicioso judío respondió que cuatro mil doblas, que vienen á ser dos mil escudos; mas apénas hubo declarado el precio, cuando Alí-bajá dijo que él los daba por ella, y que fuese luego á contar el dinero á su tienda; empero Hazan-bajá, que estaba de parecer de no dejarla, aunque aventurase en ello la vida, dijo: «Yo asimismo doy por ella las cuatro mil doblas que el judío pide, y no las diera, ni me pusiera á ser contrario de lo que Alí ha dicho, si no me forzara lo que él mismo dirá que es razon que me obligue y fuerce, y es, que esta gentil esclava no pertenece para ninguno de nosotros, sino para el Gran Señor solamente, y así digo que en su nombre la compro; veamos agora quién será el atrevido que me la quite.

—Yo seré, replicó Alí, porque para el mismo efeto la compro, y estáme á mí más á cuento hacer al Gran Señor este presente, por la comodidad de llevarla luego á Constantinopla, granjeando con él la voluntad del Gran Señor; que como hombre que quedo (Hazan, como tú ves) sin cargo alguno, he menester buscar medios de tenerle, de lo que tú estás seguro por tres años, pues hoy comienzas á mandar y á gobernar este riquísimo reino de Chipre; así que, por estas razones, y por haber sido yo el primero que ofrecí el precio por la cautiva, está puesto en razon, ¡oh Hazan! que me la dejes.

—Tanto más es de agradecerme á mí, respondió Hazan, el procurarla y enviarla al Gran Señor, cuanto lo hago sin moverme á ello interes alguno; y en lo de la comodi-

dad de llevarla, una galeota armaré con sola mi chusma y mis esclavos, que la lleve.»

Azoróse con estas razones Alí, y levantándose en pié, empuñó el alfange, diciendo: «Siendo, ¡oh Hazan! nuestros intentos unos, que es presentar y llevar esta cristiana al Gran Señor, y habiendo sido yo el comprador primero, está puesto en razon y en justicia que me la dejes á mí; y cuando otra cosa pensares, este alfange que empuño defenderá mi derecho y castigará tu atrevimiento.» El Cadí, que á todo estaba atento, y que no ménos que los dos ardia, temeroso de quedar sin la cristiana, imaginó cómo poder atajar el gran fuego que se habia encendido, y juntamente quedarse con la cautiva sin dar alguna sospecha de su dañosa intencion y traidoras entrañas; y así, levantándose en pié, se puso entre los dos, que tambien lo estaban, y dijo: «Sosiégate, Hazan, y tú, Alí, estáte quedo; que yo estoy aquí, que sabré y podré componer vuestras diferencias de manera, que los dos consigais vuestros intentos, y el Gran Señor, como deseais, sea servido, y quede juntamente agradecido y obligado á ambos.» A las palabras del Cadí obedecieron luego, y áun si otra cosa más dificultosa les mandara, hicieran lo mismo: tanto es el respeto que tienen á sus canas los de aquella dañada secta. Prosiguió pues el Cadí diciendo: «Tú dices, Alí, que quieres esta cristiana para el Gran Señor, y Hazan dice lo mismo; tú alegas que por ser el primero en ofrecer el precio, ha de ser tuya; Hazan te lo contradice, y aunque él no sabe fundar su razon, yo hallo que tiene la misma que tú tienes, y es la intencion, que sin duda debió de nacer á un mismo tiempo que la tuya, en querer comprar la esclava para el mismo efeto; sólo le llevaste tú

la ventaja en haberte declarado primero, y esto no ha de ser parte para que de todo en todo quede defraudado su buen deseo; y así, me parece será bien concertaros en esta forma: que la esclava sea de entrambos, y pues el uso della ha de quedar á la voluntad del Gran Señor, para quien se compró, á él toca disponer della; y en tanto pagarás tú, Hazan, dos mil doblas, y Alí otras dos mil, y quédese la cautiva en poder mio, para que en nombre de entrambos yo la envie á Constantinopla, porque no quede sin algun premio, siquiera por haberme hallado presente; y así me ofrezco de enviarla á mi costa, con la autoridad y decencia que se debe á quien se envia, escribiendo al Gran Señor todo lo que aquí ha pasado, y la voluntad que los dos habeis mostrado á su servicio.»

No supieron, ni pudieron, ni quisieron contradecirle los dos enamorados turcos; y aunque vieron que por aquel camino no conseguian su deseo, hubieron de pasar por el parecer del Cadí, formando y criando cada uno allá en su ánimo una esperanza, que, aunque dudosa, les prometia poder llegar al fin de sus encendidos deseos. Hazan, que se quedaba por virey de Chipre, pensaba dar tantas dádivas al Cadí, que vencido y obligado, le diese la cautiva. Alí imaginó de hacer un hecho que le aseguró salir con lo que deseaba, y teniendo por cierto cada cual su designio, vinieron con facilidad en lo que el Cadí quiso, y de consentimiento y voluntad de los dos, se la entregaron luego, y pagaron al judío cada uno dos mil doblas. Dijo el judío que no la habia de dar con los vestidos que tenia, porque valian otras dos mil doblas; y así era la verdad, á causa que en los cabellos (que parte por las espaldas sueltos traia, y parte atados y enla-

zados por la frente) se parecian algunas hileras de perlas, que con extremada gracia se enredaban con ellos; las manillas de los piés y manos asimismo venian llenas de gruesas perlas; el vestido era una almalafa de raso verde, toda bordada y llena de trencillas de oro; en fin, les pareció á todos que el judío anduvo corto en el precio que pidió por el vestido, y el Cadí, por no mostrarse ménos liberal que los dos bajáes, dijo que él queria pagarle, porque de aquella manera se presentase al Gran Señor la cristiana. Tuviéronlo por bien los dos competidores, creyendo cada uno que todo habia de venir á su poder.

Falta ahora por decir lo que sintió Ricardo de ver andar en almoneda su alma, y los pensamientos que en aquel punto le vinieron, y los temores que le sobresaltaron viendo que el haber hallado á su querida prenda era para más perderla; no sabia darse á entender si estaba dormido ó despierto, no dando crédito á sus mismos ojos de lo que veian; porque le parecia cosa imposible ver tan impensadamente delante dellos á la que pensaba que para siempre los habia cerrado. Llegóse en esto á su amigo Mahamut, y díjole: «¿No la conoces, amigo?

—No la conozco, dijo Mahamut.

—Pues has de saber, replicó Ricardo, que es Leonisa.

—¿Qué es lo que dices, Ricardo? dijo Mahamut.

—Lo que has oido, dijo Ricardo.

—Pues calla, y no la descubras, dijo Mahamut; que la ventura va ordenando que la tengas buena y próspera, porque ella va á poder de mi amo.

—¿Parécete, dijo Ricardo, que será bien ponerme en parte donde pueda ser visto?

—No, dijo Mahamut, porque no la sobresaltes ó te sobresaltes, y no vengas á dar indicio de que la conoces ni que la has visto, que podria ser que redundase en perjuicio de mi designio.

—Seguiré tu parecer,» respondió Ricardo; y así anduvo huyendo de que sus ojos se encontrasen con los de Leonisa, la cual tenia los suyos, en tanto que esto pasaba, clavados en el suelo, derramando algunas lágrimas, cuyo valor pudiera competir con las orientales perlas. Llegóse el Cadí á ella, y asiéndola de la mano, se la entregó á Mahamut; mandóle que la llevase á la ciudad y se la entregase á su señora Halima, y le dijese la tratase como esclava del Gran Señor. Hízolo así Mahamut, y dejó solo á Ricardo, que con los ojos fué siguiendo á su estrella hasta que se le encubrió con la nube de los muros de Nicosia. Llegóse al judío, y preguntóle que adónde habia comprado ó en qué modo habia venido á su poder aquella cautiva cristiana. El judío le respondió que en la isla de Pantanalea la habia comprado á unos turcos que allí habian dado al traves; y queriendo proseguir adelante, lo estorbó el venirle á llamar de parte de los bajáes, que querian preguntarle lo que Ricardo deseaba saber; y con esto se despidió dél.

En el camino que habia desde las tiendas á la ciudad tuvo lugar Mahamut de preguntar á Leonisa en lengua italiana que de qué lugar era; la cual le respondió que de la ciudad de Trápana. Preguntóle asimismo Mahamut si conocia en aquella ciudad á un caballero rico y noble que se llamaba Ricardo. Oyendo lo cual Leonisa, dió un gran suspiro y dijo: «Sí conozco, por mi mal.

—¿Cómo por vuestro mal? dijo Mahamut.

—Porque él me conoció á mí por el suyo y por mi desventura, respondió Leonisa.

—¿Y por ventura, preguntó Mahamut, conocisteis tambien en la misma ciudad á otro caballero de gentil disposicion, hijo de padres muy ricos, y él por su persona muy valiente, muy liberal y muy discreto, que se llamaba Cornelio?

—Tambien le conozco, respondió Leonisa, y podré decir más por mi mal que no á Ricardo; mas ¿quién sois vos, señor, que los conoceis y por ellos me preguntais? Que sin duda el cielo, condolido de cuantos trabajos y fortunas hasta aquí he pasado, me ha echado á parte donde, ya que no se acaben, halle con quien me consuele en ellos.

—Soy, dijo Mahamut, natural de Palermo, que por varios accidentes estoy en este traje y vestido diferente del que yo solia traer, y conózcolos porque no há muchos dias que entrambos estuvieron en mi poder; que á Cornelio le cautivaron unos moros de Trípol de Berbería, y le vendieron á un turco que le trujo á esta isla, donde vino con mercancías, porque es mercader de Ródas, el cual fiaba de Cornelio toda su hacienda.

—Bien se la sabrá guardar, dijo Leonisa, porque sabe guardar muy bien la suya; pero decidme, señor, ¿cómo ó con quién vino Ricardo á esta isla?

—Vino, respondió Mahamut, con un cosario que le cautivó estando en un jardin de la marina de Trápana, y con él dijo que habia cautivado una doncella, que nunca me quiso decir su nombre. Estuvo aquí algunos dias con su amo, que iba á visitar el sepulcro de Mahoma, que está en la ciudad de Almedina, y al tiempo de la partida cayó Ricardo

tan enfermo é indispuesto, que su amo me lo dejó, por ser de mi tierra, para que le curase y tuviese cargo dél hasta su vuelta, ó que, si por aquí no volviese, se le enviase á Constantinopla, que él me avisaria cuando allá estuviese; pero el cielo lo ordenó de otra manera, pues al sin ventura de Ricardo, sin tener accidente alguno, en pocos dias se acabaron los de su vida, que tanto aborrecia, siempre llamando entre sí á una Leonisa, á quien él me habia dicho que queria más que á su vida y á su alma; la cual Leonisa, me dijo que en una galeota que habia dado al traves en la isla de Pantanalea se habia ahogado; cuya muerte siempre lloraba y siempre plañia, hasta que le trujo á término de perder la vida; que yo no le sentí enfermedad en el cuerpo, sino muestras de dolor en el alma.

—Decidme, señor, replicó Leonisa, ese mozo que decís, en las pláticas que trató con vos (que, como de una patria, debieron ser muchas), ¿nombró alguna vez á esa Leonisa, con todo el modo con que á ella y á Ricardo cautivaron?

—Sí nombró, dijo Mahamut, y me preguntó si habia aportado por esta isla una cristiana dese nombre, de tales y tales señas, á la cual holgaria de hallar para rescatarla, si es que su amo se habia ya desengañado de que no era tan rica como él pensaba, aunque podria ser que por haberla gozado la tuviese en ménos; que como no pasasen de trescientos ó cuatrocientos escudos, él los daria de muy buena gana por ella, porque un tiempo la habia tenido alguna aficion.

—Bien poca debia de ser, dijo Leonisa, pues no pasaba de cuatrocientos escudos; más liberal era Ricardo y más valiente y comedido. Dios perdone á quien fué causa de su

muerte, que fuí yo; que yo soy la sin ventura que él lloró por muerta; y sabe Dios si holgara de que él fuera vivo, para pagarle con el sentimiento que viera que tenia de su desgracia el que él mostró de la mia. Yo, señor, como ya os he dicho, soy la poco querida de Cornelio y la bien llorada de Ricardo, que por muy muchos y varios casos he venido á este miserable estado en que me veo, y aunque es tan peligroso, siempre por favor del cielo he conservado en él la entereza de mi honor, con la cual vivo contenta en mi miseria. Ahora ni sé dónde estoy, ni quién es mi dueño, ni adónde han de dar conmigo mis contrarios hados; por lo cual os ruego, señor, siquiera por la sangre que de cristiano teneis, me aconsejeis en mis trabajos; que puesto que el ser muchos me ha hecho algo advertida, sobrevienen cada momento tantos y tales, que no sé cómo me he de avenir con ellos.» A lo cual respondió Mahamut que él haria lo que pudiese en servirla, aconsejándola y ayudándola con su ingenio y con sus fuerzas; advirtióla de la diferencia que por su causa habian tenido los dos bajáes, y cómo quedaba en poder del Cadí, su amo, para llevarla presentada al gran turco Selim, á Constantinopla; pero que ántes que esto tuviese efeto, tenia esperanza en el verdadero Dios, en quien él creia, aunque mal cristiano, que lo habia de disponer de otra manera; y que la aconsejaba se hubiese bien con Halima, la mujer del Cadí, su amo, en cuyo poder habia de estar hasta que la enviasen á Constantinopla; advirtiéndola de la condicion de Halima; y con éstas le dijo otras cosas de su provecho, hasta que la dejó en su casa y en poder de Halima, á quien dijo el recado de su amo.

Recibióla bien la mora, por verla tan bien aderezada y

tan hermosa. Mahamut se volvió á las tiendas á contar á Ricardo lo que con Leonisa le habia pasado; y hallándole, se lo contó, todo punto por punto, y cuando llegó al del sentimiento que Leonisa habia hecho cuando le dijo que era muerto, casi se le vinieron las lágrimas á los ojos. Díjole cómo habia fingido el cuento del cautiverio de Cornelio por ver lo qué ella sentia; advirtióle la tibieza y malicia con que de Cornelio habia hablado; todo lo cual fué píctima para el afligido corazon de Ricardo, el cual dijo á Mahamut: «Acuérdome, amigo Mahamut, de un cuento que me contó mi padre, que ya sabes cuán curioso fué, y oiste cuánta honra le hizo el Emperador Cárlos V, á quien siempre sirvió en honrosos cargos de la guerra. Digo que me contó que cuando el Emperador estuvo sobre Túnez, y la tomó, con la fuerza de la Goleta, estando un dia en la campaña y en su tienda, le trujeron á presentar una mora por cosa singular en belleza, y que al tiempo que se la presentaron, entraban algunos rayos del sol por unas partes de la tienda y daban en los cabellos de la mora, que con los mismos del sol, en ser rubios, competian; cosa nueva en las moras, que siempre se precian de tenerlos negros. Contaba que en aquella ocasion se hallaron en la tienda, entre otros muchos, dos caballeros españoles: el uno era andaluz, y el otro era catalan, ambos muy discretos y ambos poetas; y habiéndola visto el andaluz, comenzó con admiracion á decir unos versos, que ellos llaman coplas, con unas consonancias ó consonantes dificultosos, y parando en los cinco versos de la copla, se detuvo, sin darle fin ni á la copla ni á la sentencia, por no ofrecérsele tan de improviso los consonantes necesarios para acabarla; mas el otro caballero,

que estaba á su lado y habia oido los versos, viéndole suspenso, como si le hurtara la media copla de la boca, la prosiguió y acabó con las mismas consonancias; de que el Emperador recibió particular contento. Y esto mismo se me vino á la memoria cuando vi entrar á la hermosísima Leonisa por la tienda del Bajá, no solamente escureciendo los rayos del sol si la tocaran, sino á todo el cielo, con sus luces y estrellas.

—Paso, no más, dijo Mahamut; detente, amigo Ricardo, que á cada paso temo que has de pasar tanto la raya en las alabanzas de tu bella y hermosa Leonisa, que dejando de parecer cristiano, parezcas gentil. Dime, si quieres, esos versos ó coplas, ó como tú los llamas; que despues de oirlos hablaremos en otras cosas que sean de más gusto, y áun quizá de más provecho.

—En buen hora, dijo Ricardo, y vuélvote á advertir que los cinco versos dijo el uno, y los otros cinco el otro, todos de improviso, y son éstos:

Como cuando el sol asoma
Por una montaña baja,
Y de súpito nos toma,
Y con su vista nos doma
Nuestra vista y la relaja;
Como la piedra balaja,
Que no consiente carcoma;
Tal es el tu rostro, Aja,
Dura lanza de Mahoma,
Que las mis entrañas raja.

—Bien me suenan al oido, dijo Mahamut, y mejor me suena y me parece que estés para decir versos, Ricardo, porque el decirlos ó el hacerlos requieren ánimos desapasionados.

—Tambien se suelen, respondió Ricardo, llorar endechas, como cantar himnos, y todo es decir versos; pero dejando esto aparte, dime qué piensas hacer en nuestro negocio; que puesto que no entendí lo que los bajáes trataron en la tienda en tanto que tú llevaste á Leonisa, me lo contó un renegado de mi amo, veneciano, que se halló presente y entiende bien la lengua turquesca; y lo que es menester ante todas cosas es buscar traza cómo Leonisa no vaya á mano del Gran Señor.

—Lo primero que se ha de hacer, respondió Mahamut, es que tú vengas á poder de mi amo; que esto hecho, despues nos aconsejaremos en lo que más nos conviniere.»

En esto vino el guardian de los cautivos cristianos de Hazan, y llevó consigo á Ricardo; el Cadí volvió á la ciudad con Hazan, que en breves dias hizo la residencia de Alí, y se la dió cerrada y sellada, para que se fuese á Constantinopla; él se fué luego, dejando muy encargado al Cadí que con brevedad enviase la cautiva, escribiendo al Gran Señor de modo que le aprovechase para sus pretensiones. Prometióselo el Cadí con traidoras entrañas, porque las tenia hechas ceniza por la cautiva. Ido Alí lleno de falsas esperanzas, y quedando Hazan no vacío dellas, Mahamut hizo de modo que Ricardo vino á poder de su amo. Íbanse los dias, y el deseo de ver á Leonisa apretaba tanto á Ricardo, que no alcanzaba un punto de sosiego. Mudóse Ricardo el nombre en el de Mario, porque no llegase el suyo á oidos de Leonisa ántes que él la viese; y el verla era muy dificultoso, á causa que los moros son en extremo celosos, y encubren de todos los hombres los rostros de sus mujeres, puesto que en mostrarse ellas á los cristianos no se les hace de mal;

quizá debe de ser que por ser cautivos no los tienen por hombres cabales.

Avino, pues, que un dia la señora Halima vió á su esclavo Mario, y tan visto y tan mirado fué, que se le quedó grabado en el corazon y fijo en la memoria; y quizá poco contenta de los abrazos flojos de su anciano marido, con facilidad dió lugar á un mal deseo, y con la misma dió cuenta dél á Leonisa, á quien ya queria mucho, por su agradable condicion y proceder discreto, y tratábala con mucho respeto, por ser prenda del Gran Señor. Díjole cómo el Cadí habia traido á casa un cautivo cristiano de tan gentil donaire y parecer, que á sus ojos no habia visto más lindo hombre en toda su vida, y que decian que era chilibí, que quiere decir caballero, y de la misma tierra de Mahamut, su renegado, y que no sabia cómo darle á entender su voluntad, sin que el cristiano la tuviese en poco por habérsela declarado. Preguntóle Leonisa cómo se llamaba el cautivo, y díjole Halima que se llamaba Mario; á lo cual replicó Leonisa : «Si él fuera caballero y del lugar que dicen, yo le conociera; mas dese nombre Mario no hay ninguno en Trápana; pero haz, señora, que yo le vea y hable, que te diré quién es y lo que dél se puede esperar.

—Así será, dijo Halima, porque el viérnes, cuando esté el Cadí haciendo la zalá en la mezquita, le haré entrar acá dentro, donde le podrás hablar á solas, y si te pareciere darle indicios de mi deseo, haráslo por el mejor modo que pudieres.»

Esto dijo Halima á Leonisa, y no habian pasado dos horas cuando el Cadí llamó á Mahamut y á Mario, y con

no ménos eficacia que Halima habia descubierto su pecho á Leonisa, descubrió el enamorado viejo el suyo á sus dos esclavos, pidiéndoles consejos en lo que haria para gozar de la cristiana y cumplir con el Gran Señor, cuya ella era, diciéndoles que ántes pensaba morir mil veces que entregarla al Gran Turco. Con tales afectos decia su pasion el religioso moro, que la puso en los corazones de sus dos esclavos, que todo lo contrario de lo que él pensaba, pensaban. Quedó puesto entre ellos que Mario, como hombre de su tierra, aunque habia dicho que no la conocia, tomase la mano en solicitarla y en declararle la voluntad suya, y cuando por este modo no se pudiese alcanzar, que usaria él de la fuerza, pues estaba en su poder; y esto hecho, con decir que era muerta se excusarian de enviarla á Constantinopla.

Contentísimo quedó el Cadí con el parecer de sus esclavos, y con la imaginada alegría ofreció desde luego libertad á Mahamut, mandándole la mitad de su hacienda despues de sus dias; asimismo prometió á Mario, si alcanzaba lo que queria, libertad y dineros, con que volviese á su tierra rico, honrado y contento. Si él fué liberal en prometer, sus cautivos fueron pródigos, ofreciéndole de alcanzar la luna del cielo, cuanto más á Leonisa, como él diese comodidad de hablarla. «Esa daré yo á Mario cuanta él quisiere, respondió el Cadí, porque haré que Halima se vaya en casa de sus padres, que son griegos cristianos, por algunos dias, y estando fuera, mandaré al portero que deje entrar á Mario dentro de casa todas las veces que él quisiere, y diré á Leonisa que bien podrá hablar con su paisano cuando le diere gusto.» Desta manera comenzó á vol-

ver el viento de la ventura de Ricardo, soplando en su favor, sin saber lo que hacian sus mismos amos.

Tomado, pues, entre los tres este apuntamiento, quien primero le puso en plática fué Halima, bien así como mujer, cuya naturaleza es fácil y arrojadiza para todo aquello que es de su gusto. Aquel mismo dia dijo el Cadí á Halima que cuando quisiese podria irse á casa de sus padres á holgarse con ellos los dias que gustase; pero como ella estaba alborozada con las esperanzas que Leonisa le habia dado, no sólo no se fuera á casa de sus padres, sino al fingido paraíso de Mahoma no quisiera irse; y así le respondió que por entónces no tenia tal voluntad, y que cuando ella la tuviese lo diria; mas que habia de llevar consigo á la cautiva cristiana.

«Eso no, replicó el Cadí, que no es bien que la prenda del Gran Señor sea vista de nadie, y más, que se le ha de quitar que converse con cristianos, pues sabeis que en llegando á poder del Gran Señor la han de encerrar en el serrallo y volverla turca, quiera ó no quiera.

—Como ella ande conmigo, replicó Halima, no importa que esté en casa de mis padres ni que comunique con ellos; que más comunico yo, y no dejo por eso de ser buena turca; y más, que lo más que pienso estar en su casa serán hasta cuatro ó cinco dias, porque el amor que os tengo no me dará licencia para estar tanto ausente y sin veros.» No la quiso replicar el Cadí, por no darle ocasion de engendrar alguna sospecha de su intencion. Llegóse en esto el viérnes, y él se fué á la mezquita, de la cual no podia salir en casi cuatro horas; y apénas le vió Halima apartado de los umbrales de casa, cuando mandó llamar á

Mario; mas no le dejara entrar un cristiano corso que servia de portero en la puerta del patio, si Halima no le diera voces que le dejase; y así entró confuso y temblando como si fuera á pelear con un ejército de enemigos.

Estaba Leonisa del mismo modo y traje que cuando entró en la tienda del Bajá, sentada al pié de una escalera grande de mármol, que á los corredores subia; tenia la cabeza inclinada sobre la palma de la mano derecha, y el brazo sobre las rodillas, los ojos á la parte contraria de la puerta por donde entró Mario, de manera que aunque él iba hácia la parte donde ella estaba, ella no le veia. Así como entró Ricardo, paseó toda la casa con los ojos, y no vió en toda ella sino un mudo y sosegado silencio, hasta que paró la vista donde Leonisa estaba; en un instante al enamorado Ricardo le sobrevinieron tantos pensamientos, que le suspendieron y alegraron, considerándose veinte pasos, á su parecer, ó poco más, desviado de su felicidad y contento; considerábase cautivo, y á su gloria en poder ajeno. Estas cosas revolviendo entre sí mismo, se movia poco á poco; y con temor y sobresalto, alegre y triste, temeroso y esforzado, se iba llegando al centro en donde estaba el de su alegría, cuando á deshora volvió el rostro Leonisa, y puso los ojos en los de Ricardo, que atentamente la miraba. Mas cuando la vista de los dos se encontraron, con diferentes efectos dieron señal de lo que sus almas habian sentido: Ricardo se paró, y no pudo echar pié adelante; Leonisa, que por la relacion de Mahamut tenia á Ricardo por muerto, y el verle vivo tan no esperadamente la llenó de temor y espanto, sin quitar dél los ojos ni volver las espaldas, volvió atras cuatro ó cinco escalones, y sacando una

pequeña cruz del seno, la besaba muchas veces, y se santiguó infinitas, como si alguna fantasma ú otra cosa del otro mundo estuviera mirando.

Volvió Ricardo de su embelesamiento, y conoció, por lo que Leonisa hacia, la verdadera causa de su temor, y así le dijo : «A mí me pesa, ¡oh hermosa Leonisa! que no hayan sido verdad las nuevas que de mi muerte te dió Mahamut, porque con ella excusara los temores que ahora tengo de pensar si todavía está en su sér y entereza el rigor que contino has usado conmigo. Sosiégate, señora, y baja, y si te atreves á hacer lo que nunca hiciste, que es llegarte á mí, llega, y verás que no soy cuerpo fantástico; Ricardo soy, Leonisa; Ricardo, el de tanta ventura cuanta tú quisieres que tenga.»

Púsose Leonisa en esto el dedo en la boca, por lo cual entendió Ricardo que era señal de que callase ó hablase más quedo; y tomando algun poco de ánimo, se fué llegando á ella en distancia que pudo oir estas razones : «Habla paso, Mario, que así me parece que te llamas ahora, y no trates de otra cosa de la que yo te tratare; y advierte que podria ser que el habernos oido fuese parte para que nunca nos volviésemos á ver. Halima, nuestra ama, creo que nos escucha, la cual me ha dicho que te adora; hame puesto por intercesora de su deseo. Si á él quisieres corresponder, aprovecharte ha más para el cuerpo que para el alma; y cuando no quieras, es forzoso que lo finjas, siquiera porque yo te lo ruego y por lo que merecen deseos de mujer declarados.»

A esto respondió Ricardo: «Jamas pensé ni pude imaginar, hermosa Leonisa, que cosa que me pidieras trujera consigo imposible de cumplirla; pero la que me pides me ha des-

engañado. ¿Es por ventura la voluntad tan ligera, que se pueda mover y llevar donde quisieren llevarla? ¿ó estarle ha bien al varon honrado y verdadero fingir en cosas de tanto peso? Si á tí te parece que alguna destas cosas se debe ó puede hacer, haz lo que más gustares, pues eres señora de mi voluntad; mas ya sé que tambien me engañas en esto, pues jamas la has conocido, y así no sabes lo que has de hacer della; pero á trueco que no digas que en la primera cosa que me mandaste dejaste de ser obedecida, yo perderé del derecho que debo á ser quien soy, y satisfaré tu deseo y el de Halima fingidamente, como dices, si es que se ha de granjear con esto el bien de verte; y así finge tú las respuestas á tu gusto, que desde aquí las firma y confirma mi fingida voluntad; y en pago desto que por tí hago, que es lo más que, á mi parecer, podré hacer, aunque de nuevo te dé el alma, que tantas veces te he dado, te ruego que brevemente me digas cómo escapaste de las manos de los cosarios, y cómo veniste á las del judío que te vendió.

—Más espacio, respondió Leonisa, pide el cuento de mis desgracias; pero, con todo eso, te quiero satisfacer en algo. Sabrás, pues, que á cabo de un dia que nos apartamos, volvió el bajel de Yzuf con un recio viento á la misma isla de la Pantanalea, donde tambien vimos á vuestra galeota; pero la nuestra, sin poderlo remediar, embistió en las peñas. Viendo, pues, mi amo tan á los ojos su perdicion, vació con gran presteza dos barriles, que estaban llenos de agua, tapólos muy bien, y atólos con cuerdas el uno al otro; púsome á mí entre ellos, desnudóse luego, y tomando otro barril entre los brazos, se ató con un cordel el cuerpo, y con el mismo cordel dió cabo á mis barriles, y con grande

ánimo se arrojó á la mar, llevándome tras sí. Yo no tuve ánimo para arrojarme, que otro turco me impelió y me arrojó tras Yzuf, donde caí sin ningun sentido, ni volví en mí hasta que me hallé en tierra en brazos de dos turcos, que vuelta la boca al suelo me tenian, derramando gran cantidad de agua que habia bebido. Abrí los ojos, atónita y espantada, y vi á Yzuf junto á mí, hecha la cabeza pedazos, que, segun despues supe, al llegar á tierra dió con ella en las peñas, donde acabó la vida. Los turcos asimismo me dijeron que tirando de la cuerda me sacaron á tierra casi ahogada : solas ocho personas se escaparon de la desdichada galeota.

»Ocho dias estuvimos en la isla, guardándome los turcos el mismo respeto que si fuera su hermana, y áun más. Estábamos escondidos en una cueva, temerosos ellos que no bajasen de una fuerza de cristianos que está en la isla, y los cautivasen ; sustentáronse con el bizcocho mojado que la mar echó á la orilla, de lo que llevaban en la galeota, lo cual salian á coger de noche. Ordenó la suerte, para mayor mal mio, que la fuerza estuviese sin capitan, que pocos dias habia que era muerto, y en la fuerza no habia sino veinte soldados ; esto se supo de un muchacho que los turcos cautivaron, que bajó de la fuerza á coger conchas á la marina. A los ocho dias llegó á aquella costa un bajel de moros, que ellos llaman caramuzales; viéronle los turcos, y salieron de donde estaban, haciendo señas al bajel, que estaba cerca de tierra, tanto, que conoció ser turcos los que los llamaban; ellos contaron sus desgracias, y los moros los recibieron en su bajel, en el cual venía un judío, riquísimo mercader, y toda la mercancía del bajel, ó la más, era

suya. Era de barraganes y alquiceles, y de otras cosas que de Berbería se llevan á Levante, en que ordinariamente tratan los judíos; en el mismo bajel los turcos se fueron á Trípol, y en el camino me vendieron al judío, que dió por mí dos mil doblas; precio excesivo, si no le hiciera liberal el amor que el judío me descubrió.

»Dejando, pues, los turcos en Trípol, tornó el bajel á hacer su viaje, y el judío dió en solicitarme descaradamente; yo le hice la cara que merecian sus torpes deseos. Viéndose, pues, desesperado de alcanzarlos, determinó de deshacerse de mí en la primera ocasion que se le ofreciese; y sabiendo que los dos bajáes Alí y Hazan estaban en aquella isla, donde podia vender su mercaduría tan bien como en Xio, en quien pensaba venderla, se vino aquí con intencion de venderme á alguno de los bajáes, y por eso me vistió de la manera que ahora me ves, por aficionarles la voluntad á que me comprasen. He sabido que me ha comprado este cadí para llevarme á presentar al Gran Turco, de que estoy no poco temerosa; aquí he sabido de tu fingida muerte, y séte decir, si lo quisieres creer, que me pesó en el alma, y que te tuve más envidia que lástima; y no por quererte mal, que ya que soy desamorada, no soy ingrata ni desconocida, sino porque habias acabado con la tragedia de tu vida.

—No dices mal, señora, respondió Ricardo, si la muerte no me hubiera estorbado el bien de volver á verte; que ahora en más estimo este instante de gloria que gozo en mirarte, que otra ventura, como no fuera la eterna, que en la vida ó en la muerte pudiera asegurarme mi deseo. El que tiene mi amo el Cadí, á cuyo poder he venido por no mé-

nos varios accidentes que los tuyos, es el mismo para contigo, que para conmigo lo es el de Halima : hame puesto á mí por intérprete de sus pensamientos; acepté la empresa, no por darle gusto, sino por el que granjeaba en la comodidad de hablarte; porque veas, Leonisa, el término á que nuestras desgracias nos han traido : á tí á ser medianera de un imposible que en lo que me pides conoces; á mí, á serlo tambien de la cosa que ménos pensé, y de la que daré por no alcanzarla, la vida, que ahora estimo en lo que vale la alta ventura de verte.

—No sé qué te diga, Ricardo, replicó Leonisa, ni qué salida se tome al laberinto donde, como dices, nuestra corta ventura nos tiene puestos : sólo sé decir que es menester usar en esto lo que de nuestra condicion no se puede esperar, que es el fingimiento y engaño; y así digo que de tí daré á Halima algunas razones, que ántes la entretengan que desesperen. Tú de mí podrás decir al Cadí lo que para seguridad de mi honor y de su engaño vieres que más convenga; y pues yo pongo mi honor en tus manos, bien puedes creer dél que le tengo con la entereza y verdad que podian poner en duda tantos caminos como he andado y tantos combates como he sufrido. El hablarnos será fácil, y á mí será de grandísimo gusto el hacello, con presupuesto que jamas me has de tratar cosa que á tu declarada pretension pertenezca; que en la hora que tal hicieres, en la misma me despediré de verte; porque no quiero que pienses que es de tan pocos quilates mi valor, que ha de hacer con él la cautividad lo que la libertad no pudo : como el oro tengo de ser, con el favor del cielo, que miéntras más se acrisola, queda con más pureza y más limpio. Conténtate con que

he dicho que no me dará, como solia, fastidio tu vista; porque te hago saber, Ricardo, que siempre te tuve por desabrido y arrogante, y que presumias de tí algo más de lo que debias: confieso tambien que me engañaba, y que podria ser que al hacer ahora la experiencia, me pusiese la verdad delante de los ojos el desengaño, y estando desengañada, fuese, con ser honesta, más humana. Véte con Dios; que temo no nos haya escuchado Halima, la cual entiende algo de la lengua cristiana, ó á lo ménos de aquella mezcla de lenguas que se usa, con que todos nos entendemos.

—Dices muy bien, señora, respondió Ricardo, y agradézcote infinito el desengaño que me has dado, que le estimo en tanto como la merced que me haces en dejarme verte; y como tú dices, quizá la experiencia te dará á entender cuán llana es mi condicion y cuán humilde, especialmente para adorarte; y sin que tú pusieras término ni raya á mi trato, fuera él tan honesto para contigo, que no acertaras á desearle mejor. En lo que toca á entretener al Cadí, vive descuidada; haz tú lo mismo con Halima, y entiende, señora, que despues que te he visto, ha nacido en mí una esperanza tal, que me asegura que presto hemos de alcanzar la libertad deseada. Y con esto, quédate á Dios; que otra vez te contaré los rodeos por donde la fortuna me trujo á este estado despues que de tí me aparté, ó por mejor decir, me apartaron.» Con esto se despidieron, y quedó Leonisa contenta y satisfecha del llano proceder de Ricardo, y él contentísimo de haber oido una palabra de la boca de Leonisa sin aspereza.

Estaba Halima cerrada en su aposento, rogando á Mahoma trujese Leonisa buen despacho de lo que le habia enco-

mendado; el Cadí estaba en la mezquita, recompensando con los suyos los deseos de su mujer, teniéndolos solícitos y colgados de la respuesta que esperaba oir de su esclavo, á quien habia dejado encargado hablase á Leonisa, pues para poderlo hacer le daria comodidad Mahamut, aunque Halima estuviese en casa. Leonisa acrecentó en Halima el torpe deseo y deshonesto amor, dándole muy buenas esperanzas que Mario haria todo lo que pudiese, pero que habia de dejar pasar primero dos lunas ántes que concediese con lo que deseaba él mucho más que ella, y este tiempo y término pedia á causa que hacia una plegaria y oracion á Dios para que le diese libertad. Contentóse Halima de la disculpa y de la relacion de su querido Mario, á quien ella diera libertad ántes del término del voto, como él condescendiera con su deseo; y así rogó á Leonisa le rogase dispensase con el tiempo y acortase la dilacion; que ella le ofrecia cuanto el Cadí pidiese por su rescate.

Antes que Ricardo respondiese á su amo, se aconsejó con Mahamut de qué le responderia; y acordaron entre los dos que le desesperase, y le aconsejase que lo más presto que pudiese la llevase á Constantinopla, y que en el camino, ó por grado ó por fuerza, alcanzaria su deseo; y que para el inconveniente que se podia ofrecer de cumplir con el Gran Señor, seria bueno comprar otra esclava, y en el viaje fingir ó hacer de modo como Leonisa cayese enferma, y que una noche echarian la cristiana comprada á la mar, diciendo que era Leonisa, la cautiva del Gran Señor, que se habia muerto; y que esto se podia hacer y se haria en modo que jamas la verdad fuese descubierta, y él quedase sin culpa con el Gran Señor y con el cumplimiento de su voluntad;

y que para la duracion de su gusto, despues se daria traza conveniente y más provechosa. Estaba tan ciego el mísero y anciano Cadí, que si otros mil disparates le dijeran, como fueran encaminados á cumplir sus esperanzas, todos los creyera, cuanto más que le pareció que todo lo que le decian llevaba buen camino y prometia próspero suceso; y así era la verdad, si la intencion de los dos consejeros no fuera levantarse con el bajel, y darle á él la muerte en pago de sus locos pensamientos. Ofreciósele al Cadí otra dificultad, á su parecer, mayor de las que en aquel caso se le podian ofrecer, y era, pensar que su mujer Halima no le habia de dejar ir á Constantinopla, si no la llevaba consigo; pero presto la facilitó, diciendo que en cambio de la cristiana que habian de comprar para que muriese por Leonisa, serviria Halima, de quien deseaba librarse más que de la muerte.

Con la misma facilidad que él lo pensó, con la misma se lo concedieron Mahamut y Ricardo; y quedando firmes en esto, aquel mismo dia dió cuenta el Cadí á Halima del viaje que pensaba hacer á Constantinopla á llevar la cristiana al Gran Señor, de cuya liberalidad esperaba que le hiciese gran cadí del Cairo ó de Constantinopla. Halima le dijo que le parecia muy bien su determinacion, creyendo que se dejaria á Mario en casa; mas cuando el Cadí la certificó que le habia de llevar consigo y á Mahamut tambien, tornó á mudar de parecer, y á desaconsejarle lo que primero le habia aconsejado, con las más eficaces razones que su deseo le supo enseñar. En resolucion, concluyó que si no la llevaba consigo, no pensaba dejarle ir en ninguna manera. Contentóse el Cadí de hacer lo que ella queria, porque pensaba sacudir presto de su cuello aquella para él tan pesada carga.

No se descuidaba en este tiempo Hazan-bajá de solicitar al Cadí le entregase la esclava, ofreciéndole montes de oro; y habiéndole dado á Ricardo de balde, cuyo rescate apreciaba en dos mil escudos, facilitábale la entrega con la misma industria que él se habia imaginado de hacer muerta la cautiva cuando el Gran Turco enviase por ella. Todas estas dádivas y promesas aprovecharon con el Cadí no más de ponerle en la voluntad que abreviase su partida; y así, solicitado de su deseo y de las importunaciones de Hazan, y áun de las de Halima, que tambien fabricaba en el aire vanas esperanzas, dentro de veinte dias aderezó un bergantin de quince bancos, y le armó de buenas boyas moros y algunos cristianos griegos, embarcó en él toda su riqueza, y Halima no dejó en su casa cosa de momento, y rogó á su marido que la dejase llevar consigo á sus padres para que viesen á Constantinopla. Era la intencion de Halima la misma que la de Mahamut: hacer con él y con Ricardo que en el camino se alzasen con el bergantin; pero no les quiso declarar su pensamiento hasta verse embarcada, y esto con voluntad de irse á tierra de cristianos, y volverse á lo que primero habia sido, y casarse con Ricardo, pues era de creer que llevando tantas riquezas consigo y volviéndose cristiana, no dejaria de tomarla por mujer.

En este tiempo habló otra vez Ricardo con Leonisa y le declaró toda su intencion, y ella le dijo la que tenia Halima, que con ella habia comunicado. Encomendáronse los dos el secreto, y encomendándose á Dios, esperaban el dia de la partida; el cual llegado, salió Hazan, acompañándolos hasta la marina con todos sus soldados, y no los dejó hasta que se hicieron á la vela, ni áun quitó los ojos

del bergantin hasta perderle de vista; y parece que el aire de los suspiros que el enamorado moro arrojaba, impelia con mayor fuerza las velas que le apartaban y llevaban el alma; mas como aquel á quien el amor habia tanto tiempo que sosegar no le dejaba, pensando en lo que habia de hacer para no morir á manos de sus deseos, puso luego por obra lo que con largo discurso y resoluta determinacion tenia pensado; y así, en un bajel de diez y siete bancos, que en otro puerto habia hecho armar, puso cincuenta soldados, todos amigos y conocidos suyos, á quien él tenia obligados con muchas dádivas y promesas, y dióles órden que saliesen al camino y tomasen el bajel del Cadí y sus riquezas, pasando á cuchillo cuantos en él iban, si no fuese á Leonisa la cautiva; que á ella sola queria por despojo aventajado á los muchos haberes que el bergantin llevaba. Ordenóles tambien que le echasen á fondo, de manera que ninguna cosa quedase que pudiese dar indicio de su perdicion. La codicia del saco les puso alas en los piés y esfuerzo en el corazon, aunque bien vieron que poca defensa habian de hallar en los del bergantin, segun iban desarmados y sin sospecha de semejante acontecimiento.

Dos dias habia ya que el bergantin caminaba, que al Cadí se le hicieron dos siglos, porque luego en el primero quisiera poner en efecto su determinacion; mas aconsejáronle sus esclavos que convenia primero hacer de suerte que Leonisa cayese mala, para dar color á su muerte, y que esto habia de ser con algunos dias de enfermedad. El no quisiera sino decir que habia muerto de repente, y acabar presto con todo, y despachar á su mujer, y aplacar el fuego que las entrañas poco á poco le iba consumiendo; pero

en efeto hubo de condecender con el parecer de los dos.

Ya en esto habia Halima declarado su intento á Mahamut y á Ricardo, y ellos estaban en ponerlo por obra al pasar de las cruces de Alejandría ó al entrar de los castillos de la Natolia; pero fué tanta la priesa que el Cadí les daba, que se ofrecieron de hacerlo en la primera comodidad que se les ofreciese; y un dia, al cabo de seis que navegaban y que ya le parecia al Cadí que bastaba el fingimiento de la enfermedad de Leonisa, importunó á sus esclavos que otro dia concluyesen con Halima, y la arrojasen al mar amortajada, diciendo ser la cautiva del Gran Señor.

Amaneciendo, pues, el dia en que, segun la intencion de Mahamut y de Ricardo, habia de ser el cumplimiento de sus deseos ó el fin de sus dias, descubrieron un bajel que á vela y remo les venia dando caza. Temieron fuese de cosarios cristianos, de los cuales ni los unos ni los otros podian esperar buen suceso; porque de serlo, se temia ser los moros cautivos, y los cristianos, aunque quedasen con libertad, quedarian desnudos y robados; pero Mahamut y Ricardo con la libertad de Leonisa y la de entrambos se contentaran. Con todo esto que se imaginaban, temian la insolencia de la gente cosaria, pues jamas la que se da á tales ejercicios, de cualquiera ley ó nacion que sea, deja de tener un ánimo cruel y una condicion insolente. Pusiéronse en defensa, sin dejar los remos de las manos y hacer todo cuanto pudiesen; pero pocas horas tardaron, que vieron que les iban entrando, de modo que en ménos de dos se les pusieron á tiro de cañon. Viendo esto, amainaron, soltaron los remos, tomaron las armas, y los esperaron, aunque el Cadí dijo que no temiesen, porque el bajel era turquesco, y que

no les haria daño alguno. Mandó poner luego una bandera blanca de paz en el peñol de la popa, porque le viesen los que ya ciegos y codiciosos venian con gran furia á embestir el mal defendido bergantin. Volvió en esto la cabeza Mahamut, y vió que de la parte de Poniente venia una galeota, á su parecer, de veinte bancos, y díjoselo al Cadí, y algunos cristianos que iban al remo dijeron que el bajel que se descubria era de cristianos; todo lo cual les dobló la confusion y el miedo, y estaban suspensos sin saber lo que harian, temiendo y esperando el suceso que Dios quisiese darles.

Paréceme que diera el Cadí en aquel punto, por hallarse en Nicosia, toda la esperanza de su gusto: tanta era la confusion en que se hallaba; aunque le quitó presto della el bajel primero, que sin respeto de las banderas de paz ni de lo que á su religion debian, embistieron con el del Cadí con tanta furia, que estuvo poco en echarle á fondo. Luego conoció el Cadí los que le acometian, y vió que eran soldados de Nicosia, y adivinó lo que podia ser, y dióse por perdido y muerto; y si no fuera que los soldados se dieron ántes á robar que á matar, ninguno quedara con vida; mas cuando ellos andaban más encendidos y más atentos en su robo, dió un turco voces, diciendo: «Arma, soldados; que un bajel de cristianos nos embiste.»

Y así era la verdad, porque el bajel que descubrió el bergantin del Cadí venia con insignias y banderas cristianescas; el cual llegó con toda furia á embestir el bajel de Hazan; pero ántes que llegase, preguntó uno desde la proa, en lengua turquesca, que qué bajel era aquel. Respondiéronle que era de Hazan-bajá, virey de Chipre. «Pues ¿cómo, replicó el turco, siendo vosotros mosolimanes, embestis y ro-

bais á ese bajel, que nosotros sabemos que va en él el cadí de Nicosia?» A lo cual respondieron que ellos no sabian otra cosa más de que el Bajá les habia ordenado le tomasen, y que ellos, como sus soldados y obedientes, habian hecho su mandamiento.

Satisfecho de lo que saber queria el capitan del segundo bajel que venia á la cristianesca, dejó de embestir al de Hazan, y acudió al del Cadí, y á la primera rociada mató más de diez turcos de los que dentro estaban, y luego le entró con grande ánimo y presteza; mas apénas hubieron puesto los piés dentro, cuando el Cadí conoció que el que le embestia no era cristiano, sino Alí-bajá, el enamorado de Leonisa; el cual, con el mismo intento que Hazan, habia estado esperando su venida, y por no ser conocido, habia hecho vestidos á sus soldados como cristianos, para que con esta industria fuese más cubierto su hurto. El Cadí, que conoció las intenciones de los amantes y traidores, comenzó á grandes voces á decir su maldad, diciendo: «¿Qué es esto, traidor Alí-bajá? ¿Cómo, siendo tú mosoliman (que quiere decir turco), me salteas como cristiano? Y vosotros, traidores soldados de Hazan, ¿qué demonio os ha movido á cometer tan grande insulto? ¿Cómo, por cumplir el apetito lascivo del que aquí os envia, quereis ir contra vuestro natural señor?»

A estas palabras suspendieron todos las armas, y unos á otros se miraron y se conocieron, porque todos habian sido soldados de un mismo capitan y militado debajo de una bandera; y confundiéndose con las razones del Cadí y con su mismo maleficio, se les embotaron los filos de los alfanges y se les desmayaron los ánimos: sólo Alí cerró los ojos y los oidos á todo, y arremetiendo al Cadí, le dió una tal cuchi-

llada en la cabeza, que si no fuera por la defensa que hicieron cien varas de toca con que venia ceñida, sin duda se la partiera por medio; pero con todo, le derribó entre los bancos del bajel, y al caer dijo el Cadí: «¡Oh cruel renegado, enemigo de mi divino profeta! y ¿es posible que no ha de haber quien castigue tu crueldad y tu grande insolencia? ¿Cómo, maldito, has osado poner las manos y las armas en tu cadí y en un ministro de Mahoma?» Estas palabras añadieron fuerza á fuerza á las primeras, las cuales oidas de los soldados de Hazan, y movidos de temor que los soldados de Alí les habian de quitar la presa, que ya ellos por suya tenian, determinaron de ponerlo todo en aventura; y comenzando uno y siguiéndole todos, dieron en los soldados de Alí con tanta priesa, rencor y brío, que en poco espacio los pararon tales, que aunque eran muchos más que ellos, los redujeron á número pequeño; pero los que quedaron, volviendo sobre sí, vengaron á sus compañeros, no dejando de los de Hazan apénas cuatro con vida, y éstos muy mal heridos.

Estábanlos mirando Ricardo y Mahamut, que de cuando en cuando sacaban la cabeza por el escotillon de la cámara de popa, por ver en qué paraba aquella grande herrería que sonaba; y viendo cómo los turcos estaban casi todos muertos, y los vivos mal heridos, y cuán fácilmente se podia dar cabo de todos, llamó Mahamut á dos sobrinos de Halima, que ella habia hecho embarcar consigo, para que ayudasen á levantar el bajel, y con ellos y con su padre, tomando alfanges de los muertos, saltaron en crujía, y apellidando «¡Libertad, libertad!» y ayudados de las buenas boyas, cristianos griegos, con facilidad y sin recebir herida, los dego-

llaron á todos, y pasando sobre la galeota de Alí, que sin defensa estaba, fácilmente la rindieron y ganaron, con cuanto en ella venia.

De los que en el segundo encuentro murieron, fué de los primeros Alí-bajá, que un turco, en venganza del Cadí, le mató á cuchilladas. Diéronse luego todos, por consejo de Ricardo, á pasar cuantas cosas habia de precio en su bajel y en el de Hazan á la galeota de Alí, que era bajel mayor y acomodado para cualquier cargo ó viaje, y ser los remeros cristianos; los cuales, contentos con la alcanzada libertad y con muchas cosas que Ricardo repartió entre todos, se ofrecieron de llevarle hasta Trápana, y áun hasta el cabo del mundo, si quisiese; y con esto, Mahamut y Ricardo, llenos de gozo por el buen suceso, se fueron á la mora Halima, y la dijeron que si queria volverse á Chipre, que con las buenas boyas le armarian su mismo bajel, y le darian la mitad de las riquezas que habia embarcado; mas ella, que en tanta calamidad áun no habia perdido el cariño y amor que á Ricardo tenia, dijo que queria irse con ellos á tierra de cristianos, de lo cual sus padres se holgaron en extremo.

El Cadí volvió en su acuerdo, y le curaron como la ocasion les dió lugar, á quien tambien dijeron que escogiese una de dos: ó que se dejase llevar á tierra de cristianos, ó volverse en su mismo bajel á Nicosia. El respondió que ya que la fortuna le habia traido á tales términos, les agradecia la libertad que le daban, y que queria ir á Constantinopla á quejarse al Gran Señor del agravio que de Hazan y de Alí habia recebido; mas cuando supo que Halima le dejaba y se queria volver cristiana, estuvo en poco de perder el juicio. En resolucion, le armaron su mismo bajel, y le proveyeron

de todas las cosas necesarias para su viaje, y áun le dieron algunos cequíes de los que habian sido suyos, y despidiéndose de todos con determinacion de volverse á Nicosia, pidió, ántes que se hiciese á la vela, que Leonisa le abrazase; que aquella merced y favor seria bastante para poner en olvido toda su desventura. Todos suplicaron á Leonisa diese aquel favor á quien tanto la queria, pues en ello no iria contra el decoro de su honestidad. Hizo Leonisa lo que le rogaron, y el Cadí le pidió le pusiese las manos sobre la cabeza, porque él llevase esperanzas de sanar de su herida; en todo le contentó Leonisa. Hecho esto, y habiendo dado un barreno al bajel de Hazan, favoreciéndoles un levante fresco, que parecia que llamaba las velas para entregarse en ellas, se las dieron, y en breves horas perdieron de vista al bajel del Cadí, el cual con lágrimas en los ojos estaba mirando cómo se llevaban los vientos su hacienda, su gusto, su mujer y su alma.

Con diferentes pensamientos de los del Cadí navegaban Ricardo y Mahamut; y así, sin querer tocar en tierra en ninguna parte, pasaron á la vista de Alejandría de golfo lanzado, y sin amainar velas y sin tener necesidad de aprovecharse de los remos, llegaron á la fuerte isla de Corfú, donde hicieron agua, y luego, sin detenerse, pasaron por los infamados riscos Acroceraunos, y desde léjos, al segundo dia, descubrieron á Paquino, promontorio de la fertilísima Tinacria, á vista de la cual y de la insigne isla de Malta volaron, que no con ménos ligereza navegaba el dichoso leño. En resolucion, bajando la isla, de allí á cuatro dias descubrieron la Lampadosa, y luego la isla donde se perdieron, con cuya vista se estremeció Leonisa, viniéndole á

la memoria el peligro en que ella se habia visto; otro dia vieron delante de sí la deseada y amada patria; renovóse la alegría en sus corazones, alborotáronse sus espíritus con el nuevo contento, que es uno de los mayores que en esta vida se pueden tener, llegar despues de luengo cautiverio salvo y sano á su patria, y al que á éste se le puede igualar es el que se recibe de la vitoria alcanzada de los enemigos.

Habíase hallado en la galeota una caja llena de banderetas y flámulas de diversas colores de sedas, con las cuales hizo Ricardo adornar la galeota. Poco despues de amanecer seria, cuando se hallaron á ménos de una legua de la ciudad, y bogando á cuarteles, y alzando de cuando en cuando alegres voces y gritos, se iban llegando al puerto, en el cual en un instante pareció infinita gente del pueblo, que habiendo visto cómo aquel bien adornado bajel tan despacio se llegaba á tierra, no quedó gente en toda la ciudad que dejase de salir á la marina.

En este entretanto habia Ricardo pedido y suplicado á Leonisa que se adornase y vistiese de la misma manera que cuando entró en la tienda de los bajáes; porque queria hacer una graciosa burla á sus padres. Hízolo así, y añadiendo galas á galas, perlas á perlas, y belleza á belleza, que suele acrecentarse con el contento, se vistió de modo, que de nuevo causó admiracion y maravilla. Vistióse asimismo Ricardo á la turquesca, y lo mismo hizo Mahamut y todos los cristianos del remo, que para todos hubo en los vestidos de los turcos muertos. Cuando llegaron al puerto serian las ocho de la mañana, que tan serena y clara se mostraba, que parecia que estaba atenta mirando aquella alegre entrada. Antes de entrar en el puerto hizo Ricardo disparar las piezas

de la galeota, que eran un cañon de crujía y dos falconetes: respondió la ciudad con otras tantas.

Estaba toda la gente confusa, esperando entrase el bizarro bajel; pero cuando vieron de cerca que era turquesco, porque se divisaban los blancos turbantes de los que moros parecian, temerosos y con sospecha de algun engaño, tomaron las armas y acudieron al puerto todos los que en la ciudad son de milicia, y la gente de á caballo se tendió por toda la marina; de todo lo cual recibieron gran contento los que poco á poco se fueron llegando hasta entrar en el puerto, dando fondo junto á tierra; y arrojando en ella la plancha, soltando á una los remos todos, uno á uno, como en procesion, salieron á tierra, la cual con lágrimas de alegría besaron una y muchas veces; señal clara que dió á entender ser cristianos, que con aquel bajel se habian alzado. A la postre de todos salieron el padre y madre de Halima y sus dos sobrinos, todos vestidos á la turquesca. Hizo fin y remate la hermosa Leonisa, cubierto el rostro con un tafetan carmesí; traíanla en medio Ricardo y Mahamut; cuyo espectáculo llevó tras sí los ojos de toda aquella infinita multitud que los miraba. En llegando á tierra hicieron como los demas, besándola, postrados por el suelo.

En esto llegó á ellos el capitan y gobernador de la ciudad, que bien conoció que eran los principales de todos; mas apénas hubo llegado, cuando conoció á Ricardo, y corrió con los brazos abiertos y con señales de grandísimo contento á abrazarle. Llegaron con el Gobernador, Cornelio y su padre, y los de Leonisa, con todos sus parientes, y los de Ricardo, que todos eran los más principales de la ciudad. Abrazó Ricardo al Gobernador, y respondió á to-

dos los parabienes que le daban; trabó de la mano á Cornelio (el cual, como le conoció y se vió asido dél, perdió la color del rostro y casi comenzó á temblar de miedo), y teniendo asimismo de la mano á Leonisa, dijo : «Por cortesía os ruego, señores, que ántes que entremos en la ciudad y en el templo á dar las debidas gracias á nuestro Señor, de las grandes mercedes que en nuestra desgracia nos ha hecho, me escucheis ciertas razones que deciros quiero.» A lo cual el Gobernador respondió que dijese lo que quisiese; que todos le escucharian con gusto y con silencio. Rodeáronle luego todos los más de los principales, y él, alzando un poco la voz, dijo desta manera:

«Bien se os debe acordar, señores, de la desgracia que algunos meses há en el jardin de las Salinas me sucedió con la pérdida de Leonisa; tambien no se os habrá caido de la memoria la diligencia que yo puse en procurar su libertad, pues olvidándome de la mia, ofrecí por su rescate toda mi hacienda, aunque ésta, que al parecer fué liberalidad, no puede ni debe redundar en mi alabanza, pues la daba por el rescate de mi alma. Lo que despues acá á los dos ha sucedido, requiere para más tiempo otra sazon y coyuntura, y otra lengua no tan turbada como la mia : basta deciros por ahora que despues de varios y extraños acaecimientos, y despues de mil perdidas esperanzas de alcanzar remedio de nuestras desdichas, el piadoso cielo, sin ningun merecimiento nuestro, nos ha vuelto á la deseada patria, cuanto llenos de contento, colmados de riquezas; y no nace dellas ni de la libertad alcanzada el sin igual gusto que tengo, sino del que imagino que tiene esta en paz y en guerra dulce enemiga mia, así por verse libre, como por ver, como ve, el

retrato de su alma. Todavía me alegro de la general alegría que tienen los que me han sido compañeros en la miseria; y aunque las desventuras y tristes acontecimientos suelen mudar las condiciones y aniquilar los ánimos valerosos, no ha sido así con el verdugo de mis buenas esperanzas; porque con más valor y entereza que buenamente decirse puede, ha pasado el naufragio de sus desdichas y los encuentros de mis ardientes cuanto honestas importunaciones; en lo cual se verifica que mudan el cielo, y no las costumbres, los que en ellas tal vez hicieron asiento. De todo esto que he dicho quiero inferir que yo le ofrecí mi hacienda en rescate, y le dí mi alma en mis deseos; dí traza en su libertad, y aventuré por ella, más que por la mia, la vida, y todos éstos, que en otro sugeto más agradecido pudieran ser cargos de algun momento, no quiero yo que lo sean; sólo quiero lo sea éste en que te pongo ahora.» Y diciendo esto, alzó la mano, y con honesto comedimiento quitó el antifaz del rostro de Leonisa, que fué como quitarse la nube que tal vez cubre la hermosa claridad del sol, y prosiguió diciendo:

«Ves aquí, ¡oh Cornelio! te entrego la prenda que tú debes de estimar sobre las cosas que son dignas de estimarse; y ves aquí tú, hermosa Leonisa, te doy al que tú siempre has tenido en la memoria. Esta sí quiero que se tenga por liberalidad, en cuya comparacion dar la hacienda, la vida y la honra no es nada. Recíbela, ¡oh venturoso mancebo! recíbela, y si llega tu conocimiento á tanto, que llegue á conocer valor tan grande, estímate por el más venturoso de la tierra. Con ella te daré asimismo todo cuanto me tocare de parte en lo que á todos el cielo nos ha dado, que bien creo que pasará de treinta mil escudos; de todo puedes gozar á

tu sabor con libertad, quietud y descanso, y plega al cielo que sea por luengos y felices años. Yo sin ventura, pues quedo sin Leonisa, gusto de quedar pobre; que á quien Leonisa le falta, la vida le sobra.»

Y en diciendo esto calló, como si al paladar se hubiera pegado la lengua; pero desde allí á un poco, ántes que ninguno hablase, dijo : «¡Válame Dios, y cómo los apretados trabajos turban los entendimientos! Yo, señores, con el deseo que tengo de hacer bien, no he mirado lo que he dicho, porque no es posible que nadie pueda demostrarse liberal de lo ajeno : ¿qué jurisdicion tengo yo en Leonisa, para darla á otro? O ¿cómo puedo ofrecer lo que está tan léjos de ser mio? Leonisa es suya, y tan suya, que á faltarle sus padres, que felices años vivan, ningun opósito tuviera á su voluntad; y si se pudieran poner las obligaciones que como discreta debe de pensar que me tiene, desde aquí las borro, las cancelo y doy por ningunas; y así, de lo dicho me desdigo, y no doy á Cornelio nada, pues no puedo : sólo confirmo la manda de mi hacienda hecha á Leonisa, sin querer otra recompensa sino que tenga por verdaderos mis honestos pensamientos, y que crea dellos que nunca se encaminaron ni miraron á otro punto que el que pide su incomparable honestidad, su gran valor é infinita hermosura.»

Calló Ricardo en diciendo esto; á lo cual Leonisa respondió en esta manera : «Si algun favor, ¡oh Ricardo! imaginas que yo hice á Cornelio en el tiempo que tú andabas de mí enamorado y celoso, imagina que fué tan honesto, como guiado por la voluntad y órden de mis padres, que atentos á que le moviesen á ser mi esposo, permitian que se los diese; si quedas desto satisfecho, bien lo estarás de lo que de mí te

ha mostrado la experiencia cerca de mi honestidad y recato. Esto digo por darte á entender, Ricardo, que siempre fuí mia, sin estar sujeta á otro que á mis padres, á quien ahora humildemente, como es razon, suplico me den licencia y libertad para disponer la que tu mucha valentía y liberalidad me ha dado.» Sus padres dijeron que se la daban, porque fiaban de su mucha discrecion que usaria della de modo que siempre redundase en su honra y en su provecho. «Pues con esa licencia, prosiguió la discreta Leonisa, quiero que no se me haga de mal mostrarme desenvuelta, á trueque de no mostrarme desagradecida; y así, ¡oh valiente Ricardo! mi voluntad, hasta aquí recatada, perpleja y dudosa, se declara en favor tuyo; porque sepan los hombres que no todas las mujeres son ingratas, mostrándome yo siquiera agradecida. Tuya soy, Ricardo, y tuya seré hasta la muerte, si otro mejor conocimiento no te mueve á negar la mano que de mi esposo te pido.»

Quedó como fuera de sí á estas razones Ricardo, y no supo ni pudo responder con otras á Leonisa, que con hincarse de rodillas ante ella y besarle las manos, que le tomó por fuerza muchas veces, bañándoselas en tiernas y amorosas lágrimas. Derramólas Cornelio de pesar, y de alegría los padres de Leonisa, y de admiracion y de contento todos los circunstantes; hallóse presente el obispo ó arzobispo de la ciudad, y con su bendicion y licencia, los llevó al templo, y dispensando en el tiempo, los desposó en el mismo punto. Derramóse la alegría por toda la ciudad, de la cual dieron muestra aquella noche infinitas luminarias, y otros muchos dias la dieron muchos juegos y regocijos que hicieron los parientes de Ricardo y de Leonisa. Reconciliáronse con la

Iglesia Mahamut y Halima, la cual, imposibilitada de cumplir el deseo de verse esposa de Ricardo, se contentó con serlo de Mahamut. A sus padres y á los sobrinos de Halima dió la liberalidad de Ricardo, de las partes que le cupieron del despojo, suficientemente con qué viviesen. Todos, en fin, quedaron contentos, libres y satisfechos, y la fama de Ricardo, saliéndose de los términos de Sicilia, se extendió por todos los de Italia y de otras muchas partes, debajo del nombre del *Amante liberal*, y áun hasta hoy dura en los muchos hijos que tuvo en Leonisa, que fué ejemplo raro de discrecion, honestidad, recato y hermosura.

FIN DEL AMANTE LIBERAL.

RINCONETE Y CORTADILLO.

En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un dia de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa no la tenian; los calzones eran de lienzo y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traidos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servian de cormas que de zapatos. Traia el uno montera verde, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda; á la espalda, y ceñida por los pechos, traia uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga; el otro venia escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecia un gran bulto, que, á lo que despues pareció, era un cuello de los que llaman valonas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas. Venian en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, se les habian gastado las puntas, y porque durasen más, se las

cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no muy limpias; el uno tenia una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecia de más edad dijo al más pequeño: «¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para dónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino, tampoco.

—Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como alnado; el camino que llevo es á la ventura, y allí le daria fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.»

—Y ¿sabe vuesa merced algun oficio?» preguntó el grande; y el menor respondió: «No sé otro, sino que corro como una liebre y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande; porque habrá sacristan que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos Santos porque para el Juéves Santo le corte florones de papel para el monumento.

—No es mi córte desa manera, respondió el menor, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y cal-

cetero, y me enseñó á cortar antiparas, que, como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas; y córtolas tan bien, que en verdad que me podria examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos, respondió el grande, y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las más perdidas; pero áun edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar.

—Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.» A lo cual replicó el grande: «Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en grande parte se pueden hallar; y para obligar á vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mio primero, porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el último dia de nuestra vida, verdaderos amigos.

»Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de contino pasan; mi nombre es Pedro del Rincon; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada; quiero decir, que es bulero ó buldero, como los llama el vulgo. Algunos dias le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daria ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello; pero habiéndome un dia aficionado más al dinero de las bulas que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y dí conmigo y con él en Madrid, donde,

con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenia á cargo el dinero tras mí; prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la córte. Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes (y á este tiempo descubrió los que se ha dicho que en el cuello traia), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo; y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna embidada, el dinero se queda en casa. Fuera desto, aprendí de un cocinero de un embajador ciertas tretas de quínolas y del parar, á quien tambien llaman el andabola; que así como vuesa merced se puede examinar en el córte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca. Con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos

si cae algun pájaro destos arrieros que aquí hay; quiero decir, que juguemos los dos á la veintiuna como si fuese de véras; que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

—Sea en buen hora, dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mia, que diciéndola más breve, es ésta:

»Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo; mi padre es sastre; enseñóme su oficio, y de córte de tisera, con mi buen ingenio salté á cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha del aldea y el desamorado trato de mi madrastra; dejé mi pueblo, vine á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida, que mis dedos no visiten ni mis tiseras no corten, aunque le esten guardando con los ojos de Argos; y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto; bien es verdad que habrá ocho dias que una espía doble dió noticia de mi habilidad al Corregidor, el cual, aficionado á mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que, por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él; y así salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras ni blancas, ni de algun coche de retorno, ó por lo ménos de un carro.

—Eso se borre, dijo Rincon, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces; confesemos llanamente que no tenemos blanca ni áun zapatos.

—Sea así, respondió Diego Cortado (que así dijo el menor que se llamaba); y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincon, ha dicho, ha de ser perpétua, comencémosla con santas y loables ceremonias.» Y levantándose Diego Cortado, abrazó á Rincon, y Rincon á él, tierna y estrechamente; y luego se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia; y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado como Rincon, su maestro.

Salió en esto un arriero á refrescarse al portal, y pidió que queria hacer tercio; acogiéronle de buena gana, y en ménos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedises, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres. Y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano á su media espada, y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal.

A esta sazon pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la venta del Alcalde, que está media legua más adelante; los cuales, viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron, y les dijeron que si acaso iban á Sevilla, que se viniesen con ellos. «Allá vamos, dijo Rincon, y serviremos á vuesas mercedes en todo cuanto nos mandaren.» Y sin más detenerse, saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les habia estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les habia oido decir que los

naipes que traian eran falsos, se pelaba las barbas, y queria ir á la venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decia que era grandísima afrenta y caso de ménos valer que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él; sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse.

En esto, Cortado y Rincon se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo más del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecian algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasion tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenian grande deseo de verse. Con todo esto, á la entrada de la ciudad, que fué á la oracion, y por la puerta de la Aduana, á causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traia un frances de la camarada; y así, con el de sus cachas, le dió tan larga y profunda herida, que se parecian patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un libro de memoria, cosas que cuando las vieron, no les dieron mucho gusto. Y pensando que pues el frances llevaba á las ancas aquella maleta, no la habia de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenian aquellas preseas, quisieran volver á darle otro tiento, pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrian echado ménos, y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido, ántes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habian sustentado; y otro dia vendieron las ca-

misas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron á ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del rio, porque era en tiempo de cargazon de flota, y habia en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y áun temer el dia que sus culpas les habian de traer á morar en ellas de por vida. Echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno de ellos qué oficio era aquel, y si era de mucho trabajo y de qué ganancia. Un muchacho asturiano, que fué á quien hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado y de que no se pagaba alcabala, y que algunos dias salia con cinco y con seis reales de ganancia, con que comia y bebia, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el más mínimo bodegon de toda la ciudad, en la cual habia tantos y tan buenos.

No les pareció mal á los dos amigos la relacion del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venia como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecia de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usarle, pues lo podian usar sin exámen. Y preguntándole al asturiano qué habian de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartia la carne, pescado y fruta, y en el costal el pan; y él les guió donde lo vendian; y ellos, del dinero de la galima del frances, lo compraron todo, y

dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio, segun les ensayaban las esportillas y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde habian de acudir : por las mañanas á la carnicería y á la plaza de San Salvador, los dias de pescado á la pescadería y á la costanilla, todas las tardes al rio, los juéves á la feria.

Toda esta licion tomaron bien de memoria, y otro dia bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apénas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas respondian con discrecion y mesura. En esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecia estudiante llamó á Cortado, y el soldado á Rincon. «En nombre sea de Dios,» dijeron ambos. «Para bien se comience el oficio, dijo Rincon; que vuesa merced me estrena, señor mio.» A lo cual respondió el soldado : «La estrena no será mala, porque estoy de ganancia y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora.

—Pues cargue vuesa merced á su gusto; que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y áun si fuere menester que ayude á guisallo, lo haré de muy buena voluntad.»

Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si queria servir, que él le sacaria de aquel abatido oficio; á lo cual respondió Rincon que por ser aquel el dia primero que le usaba, no le queria dejar tan presto, hasta ver, á lo ménos, lo que tenia de malo ó bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle á él ántes que á un canónigo. Rióse el soldado, cargóle muy bien, mos-

tróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante, y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincon prometió fidelidad y buen trato; dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió á la plaza, por no perder coyuntura; porque tambien desta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albures, ó sardinas, ó acedías, bien podian tomar algunas y hacerles la salva, siquiera para el gasto de aquel dia; pero que esto habia de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

Por presto que volvió Rincon, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincon, y preguntóle que cómo le habia ido. Rincon abrió la mano y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla, que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venia algo hinchada, y dijo : «Con ésta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más; tomadla vos, Rincon, por lo que puede suceder.» Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado, le dijo si acaso habia visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos, le faltaba, y que le dijese si la habia tomado en el entretanto que con él habia andado comprando. A lo cual, con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado : «Lo que yo sabré decir desa bolsa es, que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso á mal recaudo.

—Eso es ello, pecador de mí, respondió el estudiante,

que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron.

—Lo mismo digo yo, dijo Cortado; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal tener paciencia; que de ménos nos hizo Dios, y un dia viene tras otro dia, y donde las dan las toman, y podria ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuesa merced sahumada.

—El sahumerio le perdonariamos», respondió el estudiante; y Cortado prosiguió diciendo : «Cuanto más, que cartas de descomunion hay paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura, aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna órden sacra, parecermehia á mí que habia cometido algun grande incesto ó sacrilegio.

—Y ¡cómo que ha cometido sacrilegio! dijo á esto el adolorido estudiante; que puesto caso que yo no soy sacerdote, sino sacristan de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió á cobrar un sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma, dijo Rincon á este punto; no le arriendo la ganancia; dia de juicio hay, donde todo saldrá, como dicen, en la colada, y entónces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿cuánto renta cada año, dígame, señor sacristan, por su vida?

—Renta la puta que me parió, y ¡estoy yo agora para decir lo que renta!» respondió el sacristan con algun tanto de demasiada cólera; «decidme, hermano, si sabeis algo; si no, quedad con Dios; que yo la quiero hacer pregonar.

—No me parece mal medio ése, dijo Cortado; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella; que si yerra en un ardite, no parecerá en dias del mundo, y esto le doy por hado.

—No hay que temer deso, respondió el sacristan; que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas; no me erraré en un átomo.»

Sacó en esto de la faldriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor, que llovia de su rostro como de alquitara, y apénas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo; y habiéndose ido el sacristan, Cortado le siguió, y le alcanzó en las gradas, donde le llamó y le retiró á una parte, y allí le comenzó á decir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamas razon que comenzase, que el pobre sacristan estaba embelesado escuchándole; y como no acababa de entender lo que le decia, hacia que le repitiese la razon dos y tres veces. Estábale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos; el sacristan le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera, y despidiéndose dél, le dijo que á la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traia entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le habia tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ó de muchos dias.

Con esto se consoló algo el sacristan, y se despidió de

Cortado, el cual se vino donde estaba Rincon, que todo lo habia visto, un poco apartado dél; y más abajo estaba otro mozo de la esportilla, que vió todo lo que habia pasado y cómo Cortado daba el pañuelo á Rincon; y llegándose á ellos, les dijo : «Díganme, señores galanes, ¿voacedes son de mala entrada ó no?

—No entendemos esa razon, señor galan, respondió Rincon.

—¡Qué! ¿no entrevan, señores murcios? respondió el otro.

—No somos de Teba ni de Murcia, dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios.

—¿No lo entienden? dijo el mozo; pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara de plata : quiero decir, señores, si son vuesas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme, ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio?

—¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galan? dijo Rincon.

—Si no se paga, respondió el mozo, á lo ménos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que vengan conmigo á darle la obediencia, ó si no, no se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro.

—Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero, pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él; y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, se-

gun lo que he oido decir, que es muy calificado y generoso, y ademas hábil en el oficio.

—Y ¡cómo que es calificado, hábil y suficiente! respondió el mozo; eslo tanto, que en cuatro años que há que tiene el cargo de nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas.

—En verdad, señor, dijo Rincon, que así entendemos esos nombres como volar.

—Comencemos á andar; que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos, que así les conviene saberlos como el pan de la boca»; y así les fué diciendo y declarando otros nombres de los que ellos llaman germanescos ó de la germanía, en el discurso de su plática que no fué corta, porque el camino era largo; en el cual dijo Rincon á su guía : «¿Es vuesa merced por ventura ladron?

—Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado.» A lo cual respondió Cortado : «Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente.» A lo cual respondió el mozo : «Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y más con la órden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados.

—Sin duda, dijo Rincon, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios.

—Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna para el aceite de la lámpara de una imágen muy devota que está en esta

ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los dias pasados dieron tres ánsias á un cuatrero que habia murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así los sufrió sin cantar, como si fueran nada; y esto atribuimos los del arte á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo ántes que me lo pregunten. Sepan voacedes que *cuatrero* es ladron de bestias; ánsia es el *tormento; roznos* los asnos, hablando con perdon; primer *desconcierto* es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo. Tenemos más: que rezamos nuestro rosario repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el dia del viérnes, ni tenemos conversacion con mujer que se llame María el dia del sábado.

—De perlas me parece todo eso, dijo Cortado; pero dígame vuesa merced: ¿hácese otra restitucion ó otra penitencia más de la dicha?

—En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible, por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más, que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de descomunion, jamas llegan á nuestra noticia, porque jamas vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—¿Y con solo eso que hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de mala? replicó el mozo; ¿no es peor ser hereje ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser solomico?

—Sodomita, querrá decir vuesa merced, respondió Rincon.

—Eso digo, dijo el mozo.

—Todo es malo, replicó Cortado; pero, pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso; que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo; que ya desde aquí se descubre su casa. Vuesas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque éstas son las horas cuando él suele dar audiencia.

—En buena sea», dijo Rincon; y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando á la puerta. El salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljofifado, parecia que vertia carmin de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres piés, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no ménos falto que el cántaro; á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta, de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio; y viendo que tardaba, se atrevió Rincon á entrar en una sala baja, de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. En la pared frontera es-

taba pegada á la pared una imágen de nuestra Señora, destas de mala estampa, y más abajo pendia una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincon que la esportilla servia de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto, entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear por el patio. No tardó mucho, cuando entraron dos viejos de bayeta con antojos, que los hacian graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos; tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fué á la sala, y habiendo tomado agua bendita, con grandísima devocion se puso de rodillas ante la imágen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demas al patio. En resolucion, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios; llegaron tambien de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina; los cuales, así como entraron, pusieron los ojos al traves en Rincon y Cortado, á modo de que los extrañaban y no conocian, y llegándose á ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincon respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazon y punto en que bajó el señor

Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecia de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos; venia en camisa, y por la abertura de delante descubria un bosque: tanto era el vello que tenia en el pecho. Traia cubierta una capa de bayeta casi hasta los piés, en los cuales traia unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos, y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la ampa, campanudo de copa y tendido de falda. Atravesábale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecian, pero los piés eran descomunales, de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole: «Estos son los dos buenos mancebos que á vuesa merced dije, mi señor Monipodio; vuesa merced los desamine, y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregacion.

—Eso haré yo de muy buena gana», respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron á su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres. A lo cual Rincon res-

pondió : « El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer informacion para recebir algun hábito honroso. » A lo cual respondió Monipodio : « Vos, hijo mio, estais en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decis, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas : « Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal dia le ahorcaron ó le azotaron », ó otra cosa semejante, que por lo ménos suena mal á los buenos oidos; y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos. » Rincon dijo el suyo, y Cortado tambien.

« Pues de aquí adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincon, os llameis *Rinconete*, y vos, Cortado, *Cortadillo*, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad y á nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales ánimas por via de naufragio; y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detras le van dando voces : *al ladron*, *al ladron*,

deténganle, deténganle, se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo : «Déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva; allá se lo haya, castíguele su pecado.» Son tambien bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, así en la trena como en las guras; y tambien lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano, que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su aniversario con la mayor popa y soledad que podemos.

—Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre), que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oido decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres áun gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa merced dice, con la solenidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace mejor con popa y soledad, como tambien apuntó vuesa merced en sus razones.

—Así se hará, ó no quedará de mí pedazo», replicó Monipodio; y llamando á la guía, le dijo : «Ven acá, Ganchuelo; ¿están puestas las postas?

—Sí, dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre; tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, á nuestro propósito, dijo Monipodio, querria saber, hijos, lo que sabeis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinacion y habilidad.

—Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de villan; entiéndeseme el reten; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por piés el raspadillo, berrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

—Principios son, dijo Monipodio; pero todas ésas son flores de cantueso viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco, que se deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo, y vernos hemos; que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso, y áun quizá maestro.

—Todo se hará para servir á vuesa merced y á los señores cofrades, respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabeis? preguntó Monipodio.

—Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

—¿Sabeis más? dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados, respondió Cortadillo.

—No os aflijais, hijo, replicó Monipodio; que á puerto y á escuela habeis llegado, donde ni os anegareis, ni dejareis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien? Animo tenemos para acometer cualquier empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio.

—Está bien, replicó Monipodio; pero querria yo que tambien le tuviésedes para sufrir, si fuese menester, media docena de ánsias sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mia.

—Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ánsias, y para todo tenemos ánimo; porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese más letras un no que un sí.

—Alto, no es menester más, dijo á esta sazon Monipodio; digo que sola esa razon me convence, me obliga, me persuade y me fuerza á que desde luego asenteis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año de noviciado.

—Yo soy dese parecer», dijo uno de los bravos, y á una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habian estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecia todo. El respondió que por darles contento á todos, desde aquel punto se las concedia, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque eran no pagar media nata del primer hurto que hiciesen, no hacer oficios menores en todo aquel año; conviene á saber: no llevar recaudo de ningun hermano mayor á la cárcel ni á la casa, de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete, cuándo, cómo y adónde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno dellos, y otras

cosas, que ellos tuvieron por merced señaladísima, y las demas con palabras muy comedidas y corteses las agradecieron y tuvieron en mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo : «El alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa, pero no trae consigo gurullada.

—Nadie se alborote ni inquiete, dijo á esta sazon Monipodio; que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguense, que yo le saldré á hablar.»

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó : «¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí, dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo, dijo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar, que esta mañana en aquel mismo paraje dió al traste, con quince escudos de oro y dos reales de á dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es, dijo la guía, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—No hay levas conmigo, replicó Monipodio; la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año.» Tornó á jurar el mozo que no sabia della; comenzóse á encolerizar Monipodio de manera, que parecia que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo : «Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra Orden, que le costará la vida; manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demas de mi casa, por-

que en todas maneras ha de ir contento el alguacil.» Tornó de nuevo á jurar el mozo y á maldecirse, diciendo que él no habia tomado tal bolsa ni vístola de sus ojos; todo lo cual fué poner más fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasion á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompian sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disension y alboroto, parecióle que seria bien sosegarle y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristan y dijo: «Cese toda cuestion, mis señores; que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura.» Luego sacó Cortadillo el pañizuelo y le puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo: «Cortadillo el Bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se queda la satisfacion deste servicio; y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristan pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refran que dice: «No es mucho que á quien te da la gallina entera, le dés tú una pierna della.» Más disimula este buen alguacil en un dia, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.» De comun consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de Bueno, bien como si fuera don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa, para degollar á su único hijo.

Al volver, que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza; señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron, se fueron con los brazos abiertos, la una á Chiquiznaque y la otra á Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traia una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traian algo con que mojar la canal maestra. «Pues ¿habia de faltar, diestro mio? respondió la una, que se llamaba la Gananciosa; no tardará mucho á venir Silbatillo, tu trainel, con la canasta de colar, atestada de lo que Dios ha sido servido»; y así fué verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar, cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio, y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda; porque en cortando la cólera se trataria de lo que más conviniese. A esto dijo la vieja que habia rezado á la imágen: «Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza, dos dias há, que me trae loca, y más, que ántes que sea mediodia tengo de ir á cumplir mis devociones y poner mis candelicas á nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de Santo Agustin, que no lo dejaria de hacer si nevase y ventiscase. A lo que he venido es, que anoche el Renegado y Centopiés llevaron á mi casa

una canasta de colar, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venia con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitarla, y venian sudando la gota tan gorda, que era una compasion verlos entrar ijadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecian unos angelicos; dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podian dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba. No desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos, y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

—Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése así la canasta; que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

—Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la vieja; y porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si teneis, para consolar este estómago.

—Y ¡qué tal lo bebereis, madre mia!» dijo á esta sazon la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa; y descubriendo la canasta, se manifestó una bota, á modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho, que podria caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual, tomándole con ambas manos y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo: «Mucho echaste, hija Escalanta; pero Dios dará fuerzas para todo»; y aplicándosele á los labios, de un tiron y sin tomar aliento

lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo: «De Guadalcanal es, y áun tiene un es no es de yeso el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

—No hará, madre, respondió Monipodio, porque es trasañejo.

—Así lo espero yo en aquella bendita Vírgen», respondió la vieja; y añadió: «Mirad, niñas, si teneis acaso algun cuarto para comprar las candelicas de mi devocion; porque con la priesa y gana que tenia de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

—Yo sí tengo, señora Pipota (que éste era el nombre de la buena vieja), respondió la Gananciosa; tome, ahí le doy dos cuartos: del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados; quisiera que pusiera otra á la señora Santa Lucía (que por lo de los ojos tambien la tengo devocion), pero no tengo trocado; mas otro dia habrá donde se cumpla con todos.

—Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable; que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí ántes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas.

—Bien dice la madre Pipota», dijo la Escalanta; y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciese que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles: «Holgaos, hijos, ahora que teneis tiempo; que vendrá la vejez, y llorareis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad, como yo los lloro, y

encomendadme á Dios en vuestras oraciones; que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia.» Y con esto, se fué.

Ida la vieja, se sentaron todos al rededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande, llena de tajadas de bacallao frito; manifestó luego medio queso de Flándes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos, con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Gandul. Serian los del almuerzo hasta catorce, y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, si no fué Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta y á la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apénas habian comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta; mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó: «¿Quién llama?» Respondieron de fuera: «Yo soy; que no es nadie, señor Monipodio; Tagarete soy, centinela desta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algun desastre.»

En esto llegó la que decia, sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarete que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese, con ménos estruendo y ruido; él dijo que así lo haria. Entró

la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio; venia descabellada y la cara llena de tolondrones, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada. Acudieron á socorrerla la Ganànciosa y la Escalanta, y desabrochándola el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí, diciendo á voces: «La justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel ladron desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas. Desdichada de mí, mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facinoroso é incorregible.

—Sosiégate, Cariharta, dijo á esta sazon Monipodio; que aquí estoy yo, que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio; que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto; que si así es, y quieres venganza, no has menester más que boquear.

—¿Qué respeto? respondió Juliana; respetada me vea yo en los infiernos, si más lo fuere de aquel leon con las ovejas, y cordero con los hombres; ¿con aquel habia yo de comer más pan á manteles ni yacer en uno? Primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora vereis»; y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla, y áun un poco más, las descubrió llenas de cardenales. «Desta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que á la madre que le parió; y ¿por qué pensais que lo ha hecho? ¿Montas que le dí yo ocasion para ello? No por cierto; no lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con

Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinte y cuatro, que el trabajo y afan con que yo los habia ganado, ruego yo á los cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginacion habia hecho de lo que yo podia tener, esta mañana me sacó al campo, detras de la huerta del Rey, y allí, entre unos olivares, me desnudó, y con la petrina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta; de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais.»

Aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban. La Gananciosa tomó la mano á consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenia, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido; «porque quiero, dijo, que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga; y cuando estos bellacones nos dan y azotan y acocean, entónces nos adoran; si no, confiésame una verdad, por tu vida: despues que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una? respondió la llorosa; cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él á su posada, y áun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos despues de haberme molido.

—No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraria él de pena de ver cuál te habia puesto; que estos tales hombres y en tales casos, no han cometido la culpa, cuando les viene el arrepentimiento; y tú verás, hermana, si no

viene á buscarte ántes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdon de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde embesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito. ¿Las manos habia él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa, que está delante? que no lo puedo más encarecer.

—¡Ay! dijo á esta sazon la Juliana, no diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con cuan malo es, le quiero más que á las telas de mi corazon, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle.

—Eso no harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en tí como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana; que ántes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas, que le amargue.

—Eso sí, dijo la Cariharta; que tengo mil cosas que escribirle.

—Yo seré el secretario cuando sea menester, dijo Monipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos millares de coplas en daca las pajas, y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos hinchirá las medidas á todas horas, y en la de agora acabemos lo que teniamos comenzado del almuerzo, que despues todo se andará.»

Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor; y así

todos volvieron á su *gaudeamus*, y en poco espacio vieron el fondo á la canasta y las heces al cuero; los viejos bebieron *sine fine*, los mozos adunia, las señoras los quiries. Los viejos pidieron licencia para irse; diósela luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad y al resguardo y acrecentamiento de aquella cofradía; respondieron que ellos lo tenian bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era por extremo curioso, pidiendo primero perdon y licencia, preguntó á Monipodio que de qué servian en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados. A lo cual respondió Monipodio que aquellos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban abispones, y que servian de andar de dia por toda la ciudad, abispando en qué casa se podia dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratacion ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y áun dónde lo ponian; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y diseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada; en resolucion, dijo que era la gente de más ó de tanto provecho que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su Majestad de los tesoros; y que con todo esto, eran hombres de mucha verdad y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada dia oian misa con extraña devocion; y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van ahora, que se contentan con mucho ménos de lo que por nuestros aranceles les toca. Otros dos que hay, son palanquines, los cuales,

como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no.

—Todo me parece de perlas, dijo Rinconete, y querria ser de algun provecho á tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo á los buenos deseos», dijo Monipodio.

Estando en esta plática, llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondieron : «Abra voacé, sor Monipodio, que el Repolido soy.» Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo : «No le abra vuesa merced, señor Monipodio, no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña.» No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abria, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decia: «Quítenmelo de delante á ese gesto de por demas, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas.» Maniferro y Chiquiznaque tenian á Repolido, que en todas maneras queria entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decia desde afuera : «No haya más, enojada mia; por tu vida que te sosiegues, así te veas casada.

—¿Casada yo, malino? respondió la Cariharta; mira en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y ántes lo seria yo con una notomía de muerte que contigo.

—Ea, boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde; y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido; porque, vive el dador, si me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaida que la caida; humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo.

—Y áun de cenar le daria yo, dijo la Cariharta, porque te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

—¿No os digo yo? dijo Repolido; por Dios, que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda.» A esto dijo Monipodio : «En mi presencia no ha de haber demasías; la Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mio, y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah Juliana, ah niña, ah Cariharta mia! sal acá fuera, por mi amor; que yo haré que el Repolido te pida perdon de rodillas.

—Como él eso haga, dijo la Escalanta, todas seremos en su favor y en rogar á Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por via de rendimiento que güela á menoscabo de la persona, dijo el Repolido, no me rendiré á un ejército formado de esguízaros; mas si es por via de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.» Riyéronse desto Chiquiznaque y Maniferro; de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacian burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera : «Cualquiera que se riere ó se pensare reir de lo que la Cariharta contra mí, ó yo contra ella, hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya he dicho.» Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararia en un gran mal si no lo remediaba; y así, poniéndose luego en medio dellos, dijo : «No pasen más adelante, caballeros; cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí.

—Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decian, en manos estaba el pandero, que lo supieran bien tañer.

—Tambien tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y tambien, si fuere menester, sabremos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada ménos hará el hombre que sea lo dicho dicho»; y diciendo esto, se iba á salir por la puerta afuera.

Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo: «Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas; ¿no ven que va enojado, y es un Júdas Macarelo en esto de la valentía? Vuelve acá, valenton del mundo y de mis ojos»; y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio, le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabian si enojarse ó si no, y estuviéronse quedos, esperando lo que Repolido haria; el cual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo: «Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

—No hay aquí amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dénse las manos los amigos.» A esto dijo Monipodio: «Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.» Diéronselas luego; y la Escalanta, quitándose un chapin, comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma, nueva, que allí se halló acaso, y rascándola, hizo un són, que, aunque ronco y áspero, se concertaba con

el del chapin. Monipodio rompió un plato y hizo dos tejoletas, que, puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaban el contrapunto al chapin y á la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invencion de la escoba, porque hasta entónces nunca la habian visto. Conociólo Maniferro, y díjoles: «¿Admíranse de la escoba? pues bien hacen; pues música más presta y más sin pesadumbre ni más barata no se ha inventado en el mundo; y en verdad que oí decir el otro dia á un estudiante que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni el Marion, que subió sobre el delfin, y salió del mar como si viniera á caballo sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenia cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música, tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse, y áun voto á tal, que dice que la inventó un galan desta ciudad, que se pica de ser un Héctor en la música.

—Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar»; y así era la verdad, porque Monipodio le habia rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valon,
Tengo socarrado todo el corazon.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo :

Riñen dos amantes, hácese la paz;
Si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metió en danza, y acompañó á las demas, diciendo :

Detente, enojado, no me azotes más;
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

«Cántese á lo llano, dijo á esta sazon Repolido, y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para qué; lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.»

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo cómo al cabo de la calle habia asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venian el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al reves, dejó la escoba la Ganânciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turbado silencio toda la música; enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados, para escaparse y pasar por ellos á otra calle. Nunca disparado arcabuz á deshora ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia; los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabian qué hacerse, y estuviéronse

quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela á decir que el alcalde se habia pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio; Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro y al Repolido, y que de los demas no bajase alguno. Como se habian quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oir toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recien venido, el cual dijo á Monipodio que por qué se habia hecho tan mal lo que le habia encomendado. Monipodio respondió que áun no sabia lo que se habia hecho, pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daria muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si habia cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce.

«¿Cuál? respondió Chiquiznaque, ¿es la de aquel mercader de la Encrucijada?

—Esa es, dijo el caballero.

—Pues, lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino ántes de la oracion; lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenia tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos, y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido y de hacer lo que llevaba en mi destruicion...

—Instruccion, querrá vuesa merced decir, dijo el caballero, que no destruicion.

—Eso quise decir, respondió Chiquiznaque; digo que

viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, dí la cuchillada á un lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

—Más quisiera, dijo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete que al criado la de catorce. En efeto, conmigo no se ha cumplido como era razon, pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal : beso á vuesas mercedes las manos»; y diciendo esto, se quitó el sombrero y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traia puesta, diciéndole : «Voacé se detenga y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja; veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan.

—Pues ¿esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra, respondió el caballero, dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor! dijo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refran que dice : «Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can.»

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí á propósito ese refran? replicó el caballero.

—Pues ¿no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: «Quien mal quiere á Beltran, mal quiere á su can?» Y así, Beltran es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can, se da á Beltran, y la deuda queda líquida y trae aparejada ejecucion; por eso no hay más sino pagar luego, sin apercebimiento de remate.

—Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me

quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho; y así voacé, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la están curando.

—Como eso sea, respondió el galan, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude en esto, dijo Monipodio, más que en ser cristiano; que Chiquiznaque se la dará pintada, de manera que parezca que allí le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa, respondió el caballero, recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada; pesa mil reales, y podria ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos ántes de mucho.» Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado; la ejecucion quedó á cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche. Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados; bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traia en la capilla de la capa, y dióselo á Rinconete que leyese, porque él no sabia leer. Abrióle Rinconete, y en la primera hoja vió que decia:

«*Memorial de las cuchilladas que se han de dar esta semana.*

»La primera al mercader de la Encrucijada; vale cincuenta

»escudos; están recebidos treinta á buena cuenta. Secutor, »Chiquiznaque.»

«No creo que hay otra, hijo, dijo Monipodio; pasa adelante, y mira donde dice: *Memorial de palos.*»

Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memorial de palos.* Y más abajo decia:

«Al bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuan»tía, á escudo cada uno; están dados á buena cuenta ocho; »el término seis dias. Secutor, Maniferro.»

«Bien podia borrarse esa partida, dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito della.

—¿Hay más, hijo? dijo Monipodio.

—Sí, otra, respondió Rinconete, que dice así:

«Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el »Silguero, seis palos de mayor cuantía, á pedimiento de la »dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.»

—Maravillado estoy, dijo Monipodio, cómo todavía está esa partida en sér; sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra.

—Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el corcovado, no habia cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado cabo con mayores empresas. ¿Hay más, mocito?

—No, señor, respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes.*»

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

«*Memorial de agravios comunes;* conviene á saber: redo»mazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuer»nos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, »publicacion de nibelos, etc.»

«¿Qué dice más abajo? dijo Monipodio.

—Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa...*

—No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el *tuautem* y esecutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

—Así es la verdad, dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y áun más abajo dice: *clavazon de cuernos.*

—Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa ni adónde; que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia; á lo ménos más querria yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sola una vez, aunque fuese á la madre que me parió.

—El esecutor desto es, dijo Rinconete, el Narigueta.

—Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay más; que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos; está dada la mitad, y el esecutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pié de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte. Dadme el libro, mancebo; que yo sé que no hay más, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no

se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto más, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

—Así es, dijo á esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda; que se va haciendo tarde, y va entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntarémos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caido, sin agraviar á nadie. A Rinconete el Bueno y á Cortadillo se les da por distrito, hasta el domingo, desde la Torre del Oro, por defüera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores; que yo he visto á otros de ménos habilidad que ellos salir cada dia con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes ménos. Este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendais hasta San Sebastian y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta que nadie se entre en pertenencia de nadie.» Besáronle la mano los dos por la merced, y ofreciéronse á hacer su oficio con toda diligencia y recato.

Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: «Rinconete y Cortadillo, cofrades; noviciado, ninguno; Rinco-

nete, floreo; Cortadillo, bajon»; y el dia, mes y año, callando padres y patria. Estando en esto, entró uno de los viejos abispones, y dijo: «Vengo á decir á vuesas mercedes cómo agora topé en Gradas á Lobillo el de Málaga, y díceme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanas, y que por venir maltratado no viene luego á registrarse y á dar la sólita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

—Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo habia de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello, que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende.

—Tambien topé, dijo el viejo, en una casa de posadas, en la calle de Tintores, al Judío, en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querria ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podria venir á mucha; dice tambien que el domingo no faltará de la junta, y dará cuenta de su persona.

—Ese Judío tambien, dijo Monipodio, es gran sacre y tiene gran conocimiento: dias há que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona; que no tiene más órdenes el ladron que las que tiene el turco, ni sabe más latin que mi madre. ¿Hay más de nuevo?

—No, dijo el viejo, á lo ménos que yo sepa.

—Pues sea en buen hora, dijo Monipodio; voacedes tomen esta miseria (y repartió entre todos hasta cuarenta reales), y

el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.» Todos le volvieron las gracias; tornáronse á abrazar Repolido y la Cariharta, la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, despues de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde tambien dijo que iria Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego habia de ir á cumplir y borrar la partida de la miera. Abrazó á Rinconete y á Cortadillo, y echándoles su bendicion, los despidió, encargándoles que no tuviesen jamas posada cierta ni de asiento, porque así convenia á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque, á lo que creia y pensaba, Monipodio habia de leer una licion de posicion cerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto, se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento y tenia un buen natural, y como habia andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabia algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio y á los demas de su compañía y bendita comunidad; y más cuando, por decir *per modum suffragii*, habia dicho por modo de naufragio; y que *sacaban el estupendo*, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de *Tarpeya* y un tigre de *Ocaña*, por decir Hircania, con otras mil impertinencias; especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte y cuatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y sobre todo, le admiraba la seguridad que

tenian y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y ofensas de Dios; y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelillas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida. No ménos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado; consideraba lo que habia leido en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban; finalmente, exageraba cuán descuidada justicia habia en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivia en ella gente tan perniciosa y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta; pero, con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más luenga escritura, y así se deja para otra ocasion contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.

FIN DE RINCONETE Y CORTADILLO.

LA ESPAÑOLA INGLESA.

Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz, Clotaldo, un caballero inglés, capitan de una escuadra de navíos, llevó á Lóndres una niña de edad de siete años, poco más ó ménos, y esto contra la voluntad y sabiduría del conde de Essex, que con gran diligencia hizo buscar la niña para volvérsela á sus padres, que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiéndole que pues se contentaba con las haciendas, y dejaba libres las personas, no fuesen ellos tan desdichados, que ya que quedaban pobres, quedasen sin su hija, que era la lumbre de sus ojos y la más hermosa criatura que habia en toda la ciudad. Mandó el Conde echar bando por toda su armada, que, so pena de la vida, volviese la niña cualquiera que la tuviese; mas ningunas penas ni temores fueron bastantes á que Clotaldo le obedeciese, que la tenia escondida en su nave, aficionado, aunque cristianamente, á la incomparable hermosura de Isabela, que así se llamaba la niña. Finalmente, sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados, y Clotaldo alegre sobre modo llegó á Lóndres, y entregó por riquísimo despojo á su mujer á la hermosa niña.

Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo eran católicos secretos, aunque en lo público mostraban seguir la opinion de su reina. Tenia Clotaldo un hijo, llamado Ricaredo, de edad de doce años, enseñado de sus padres á amar y temer á Dios, y á estar muy entero en las verdades de la fe católica. Catalina, la mujer de Clotaldo, noble, cristiana y prudente señora, tomó tanto amor á Isabela, que como si fuera su hija la criaba, regalaba é industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo cuanto le enseñaban. Con el tiempo y con los regalos fué olvidando los que sus padres verdaderos le habian hecho; pero no tanto, que dejase de acordarse y de suspirar por ellos muchas veces; y aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdia la española, porque Clotaldo tenia cuidado de traerle á casa secretamente españoles que hablasen con ella. Desta manera, sin olvidar la suya, como está dicho, hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Lóndres. Despues de haberle enseñado todas las cosas de labor que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron á leer y escribir más que medianamente; pero en lo que tuvo extremo fué en tañer todos los instrumentos que á una mujer son lícitos, y esto con toda perfecion de música, acompañándola con una voz que le dió el cielo tan extremada, que encantaba cuando cantaba.

Todas estas gracias, adquiridas y puestas sobre la natural suya, poco á poco fueron encendiendo el pecho de Ricaredo, á quien ella como á hijo de su señor queria y servia. Al principio le salteó amor con un modo de agradarse y complacerse de ver la singular belleza de Isabela, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias, amándola como si

fuera su hermana, sin que sus deseos saliesen de los términos honrados y virtuosos. Pero como fué creciendo Isabel, que ya cuando Ricaredo ardia, tenia doce años, aquella benevolencia primera, y aquella complacencia y agrado de miralla, se volvió en ardentísimos deseos de gozarla y de poseerla, no porque aspirase á esto por otros medios que por los de ser su esposo, pues de la incomparable honestidad de Isabela (que así la llamaban ellos) no se podia esperar otra cosa, ni áun él quisiera esperarla aunque pudiera, porque la noble condicion suya y la estimacion en que á Isabela tenia, no consentian que ningun mal pensamiento echase raíces en su alma. Mil veces determinó manifestar su voluntad á sus padres, y otras tantas no aprobó su determinacion, porque él sabia que le tenian dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella escocesa, asimismo secreta cristiana, como ellos; y estaba claro, segun él decia, que no habian de querer dar á una esclava (si este nombre se podia dar á Isabela) lo que ya tenian concertado de dar á una señora; y así perplejo y pensativo, sin saber qué camino tomar para venir al fin de su buen deseo, pasaba una vida tal, que le puso á punto de perderla; pero pareciéndole ser gran cobardía dejarse morir sin intentar algun género de remedio á su dolencia, se animó y esforzó á declarar su intento á Isabela.

Andaban todos los de casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo, que de todos era querido, y de sus padres con el extremo posible, así por no tener otro, como porque lo merecia su mucha virtud y su gran valor y entendimiento; no le acertaban los médicos la enfermedad, ni él osaba ni queria descubrírsela. En fin, puesto en romper

por las dificultades que él se imaginaba, un dia que entró Isabela á servirle, viéndola sola, con desmayada voz y lengua turbada le dijo: «Hermosa Isabela, tu valor, tu mucha virtud y grande hermosura me tienen como ves; si no quieres que deje la vida en manos de las mayores penas que pueden imaginarse, responda el tuyo á mi buen deseo, que no es otro que el de recebirte por mi esposa á hurto de mis padres, de los cuales temo que, por no conocer lo que yo conozco que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa. Si me das la palabra de ser mia, yo te la doy desde luego, como verdadero y católico cristiano, de ser tuyo; que puesto que no llegue á gozarte, como no llegaré hasta que con bendicion de la Iglesia y de mis padres sea, aquel imaginar que con seguridad eres mia será bastante á darme salud y á mantenerme alegre y contento, hasta que llegue el felice punto que deseo.»

En tanto que esto dijo Ricaredo, estuvo escuchándole Isabela, los ojos bajos, mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba á su hermosura, y á su mucha discrecion su recato; y así, viendo que Ricaredo callaba, honesta, hermosa y discreta, le respondió desta suerte: «Despues que quiso el rigor ó la clemencia del cielo (que no sé á cuál destos extremos lo atribuya) quitarme á mis padres, señor Ricaredo, y darme á los vuestros, agradecida á las infinitas mercedes que me han hecho, determiné que jamas mi voluntad saliese de la suya; y así sin ella tendria, no por buena, sino por mala fortuna, la inestimable merced que quereis hacerme. Si con su sabiduría fuere yo tan venturosa, que os merezca, desde aquí os ofrezco la voluntad que ellos me dieren; y en tanto que esto se dilatare, ó no fuere,

entretenga vuestros deseos saber que los mios serán eternos y limpios en desearos el bien que el cielo puede daros.»

Aquí puso silencio Isabela á sus honestas y discretas razones, y allí comenzó la salud de Ricaredo, y comenzaron á revivir las esperanzas de sus padres, que en su enfermedad muertas estaban. Despidiéronse los dos cortésmente, él con lágrimas en los ojos, ella con admiracion en el alma de ver tan rendida á su amor la de Ricaredo, el cual, levantado del lecho, al parecer de sus padres por milagro, no quiso tenerles más tiempo ocultos sus pensamientos; y así un dia se los manifestó á su madre, diciéndole en el fin de su plática, que fué larga, que si no le casaban con Isabela, que el negársela y darle la muerte era todo una misma cosa. Con tales razones, con tales encarecimientos subió al cielo las virtudes de Isabela Ricaredo, que le pareció á su madre que Isabela era la engañada en llevar á su hijo por esposo. Dió buenas esperanzas á su hijo de disponer á su padre á que con gusto viniese en lo que ya ella tambien venia; y así fué, que diciendo á su marido las mismas razones que á ella habia dicho su hijo, con facilidad le movió á querer lo que tanto su hijo deseaba, fabricando excusas que impidiesen el casamiento, que casi tenia concertado con la doncella de Escocia. A esta sazon tenia Isabela catorce, y Ricaredo veinte años, y en esta tan verde y tan florida edad, su mucha discrecion y conocida prudencia los hacia ancianos.

Cuatro dias faltaban para llegarse aquel en el cual los padres de Ricaredo querian que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido á su prisionera por hija, te-

niendo en más la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la escocesa se les ofrecia; las galas estaban ya á punto, los parientes y los amigos convidados, y no faltaba otra cosa sino hacer á la Reina sabedora de aquel concierto, porque sin su voluntad y consentimiento, entre los de ilustre sangre no se efectúa casamiento alguno; pero no dudaron de la licencia, y así se detuvieron en pedirla. Digo, pues, que estando todo en este estado, cuando faltaban los cuatro dias hasta el de la boda, una tarde turbó todo su regocijo un ministro de la Reina, que dió un recaudo á Clotaldo, que su Majestad mandaba que otro dia por la mañana llevasen á su presencia á su prisionera la española de Cádiz. Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haria lo que su Majestad le mandaba. Fuése el ministro, y dejó llenos los pechos á todos de turbacion, de sobresalto y miedo. «¡Ay, decia la señora Catalina, si sabe la Reina que yo he criado á esta niña á la católica, y de aquí viene á inferir que todos los desta casa somos cristianos! Pues si la Reina le pregunta qué es lo que ha aprendido en ocho años que há que es prisionera, ¿qué ha de responder la cuitada, que no nos condene, por más discrecion que tenga?» Oyendo lo cual Isabela, le dijo: «No le dé pena alguna, señora mia, ese temor; que yo confio en el cielo que me ha de dar palabras en aquel instante, por su divina misericordia, que no sólo no os condenen, sino que redunden en provecho vuestro.»

Temblaba Ricaredo, casi como adivino de algun mal suceso. Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar algun ánimo á su mucho temor, y no los hallaba sino en la mucha confianza que en Dios tenia, como buen cristiano,

y en la prudencia de Isabela, á quien encomendó mucho que por todas las vias que pudiese excusase el condenarlos por católicos; que puesto que estaban prontos con el espíritu á recebir martirio, todavía la carne enferma rehusaba su amarga carrera. Una y muchas veces les aseguró Isabela estuviesen seguros que por su causa no sucederia lo que temian y sospechaban; porque aunque ella entónces no sabia lo que habia de responder á las preguntas que en tal caso le hiciesen, tenia viva y cierta esperanza que habia de responder de modo que, como otra vez habia dicho, sus respuestas les sirviesen de abono. Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente en que si la Reina supiera que eran católicos, no les enviara recaudo tan manso; por donde se podia inferir que sólo querria ver á Isabela, cuya sin igual hermosura y habilidades habrian llegado á sus oidos, como á todos los de la ciudad; pero ya en no habérsela presentado se hallaban culpados, de la cual culpa hallaron sería bien disculparse con decir que desde el punto que entró en su poder la escogieron y señalaron para esposa de su hijo Ricaredo; pero tambien en esto se culpaban, por haber hecho el casamiento sin licencia de la Reina, aunque esta culpa no les pareció digna de gran castigo.

Con esto se consolaron, y acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo. Resueltos en esto, otro dia vistieron á Isabela á la española, con una saya entera de raso verde acuchillada, y aforrada en rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de riquísimas perlas; collar y cintura de diamantes y con abanico á modo de las señoras da-

mas españolas; sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le servian de tocado. Con este adorno riquísimo, y con su gallarda disposicion y milagrosa belleza, se mostró aquel dia á Lóndres sobre una hermosa carroza, llevando colgados de su vista las almas y los ojos de cuantos la miraban. Iban con ella Clotaldo y su mujer y Ricaredo en la carroza, y á caballo muchos ilustres parientes suyos. Toda esta honra quiso hacer Clotaldo á su prisionera, por obligar á la Reina la tratase como á esposa de su hijo.

Llegados, pues, á palacio, y á una gran sala, donde la Reina estaba, entró por ella Isabela, dando de sí la más hermosa muestra que pudo caber en humana imaginacion. Era la sala grande y espaciosa, y á dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella ó exhalacion que por la region del fuego en serena y sosegada noche suele moverse, ó bien ansí como rayo del sol, que al salir del dia, por entre dos montañas se descubre. Todo esto pareció, y áun cometa que pronosticó el incendio de más de un alma de los que allí estaban, á quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela; la cual, llena de humildad y cortesía, se fué á poner de hinojos ante la Reina, y en lengua inglesa le dijo: «Dé vuestra Majestad las manos á esta su sierva, que desde hoy más se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa, que ha llegado á ver la grandeza vuestra.»

Estúvola la Reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como despues dijo á su camarera, que tenia delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traia, su bello

rostro y sus ojos el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura. Las damas que estaban con la Reina quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar en Isabela; cuál alababa la viveza de sus ojos, cuál la color del rostro, cuál la gallardía del cuerpo, y cuál la dulzura de la habla, y tal hubo que, de pura envidia, dijo: «Buena es la española, pero no me contenta el traje.»

Despues que pasó algun tanto la suspension de la Reina, haciendo levantar á Isabela, le dijo: «Habladme en español, doncella; que yo le entiendo bien, y gustaré dello»; y volviéndose á Clotaldo, dijo: «Clotaldo, agravio me habeis hecho en tenerme este tesoro tantos años há encubierto; mas él es tal, que os habrá movido á codicia. Obligado estais á restituírmele, porque de derecho es mio.

—Señora, respondió Clotaldo, mucha verdad es lo que vuestra Majestad dice; confieso mi culpa, si lo es haber guardado este tesoro á que estuviese en la perfecion que convenia para parecer ante los ojos de vuestra Majestad; y ahora que lo está, pensaba traerle mejorado, pidiendo licencia á vuestra Majestad para que Isabela fuese esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, alta Majestad, en los dos todo cuanto puedo daros.

—Hasta el nombre me contenta, respondió la Reina; no le faltaba más sino llamarse Isabela la española, para que no me quedase nada de perfecion que desear en ella; pero advertid, Clotaldo, que sé que sin mi licencia la teníades prometida á vuestro hijo.

—Así es verdad, señora, respondió Clotaldo; pero fué en confianza que los muchos y relevados servicios que yo y mis pasados tenemos hechos á esta corona alcanzarian de vues-

tra Majestad otras mercedes más dificultosas que las desta licencia; cuanto más, que áun no está desposado mi hijo.

—Ni lo estará, dijo la Reina, con Isabela, hasta que por sí mismo lo merezca; quiero decir, que no quiero que para esto le aprovechen vuestros servicios ni de sus pasados; él por sí mismo se ha de disponer á servirme y á merecer por sí esta prenda, que ya la estimo como si fuese mi hija.»

Apénas oyó esta última palabra Isabela, cuando se volvió á hincar de rodillas ante la Reina, diciéndole en lengua castellana: «Las desgracias que tales descuentos traen, serenísima señora, ántes se han de tener por dichas que por desventuras; ya vuestra Majestad me ha dado nombre de hija; sobre tal prenda, ¿qué males podré temer, ó qué bienes no podré esperar?» Con tanta gracia y donaire decia cuanto decia Isabela, que la Reina se le aficionó en extremo, y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó á una gran señora, su camarera mayor, para que la enseñase el modo de vivir suyo. Ricaredo, que se vió quitar la vida en quitarle á Isabela, estuvo á pique de perder el juicio; y así, temblando y con sobresalto se fué á poner de rodillas ante la Reina, á quien dijo: «Para servir yo á vuestra Majestad no es menester incitarme con otros premios que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido á sus reyes; pero pues vuestra Majestad gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querria saber en qué modo y en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligacion en que vuestra Majestad me pone.

—Dos navíos, respondió la Reina, están para partirse en corso, de los cuales he hecho general al baron de Lansac; del uno dellos os hago á vos capitan, porque la sangre de do

venis me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años; y advertid á la merced que os hago, pues os doy ocasion en ella á que correspondiendo á quien sois, sirviendo á vuestra reina, mostreis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona, y alcanceis el mejor premio que, á mi parecer, vos mismo podeis acertar á desearos. Yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su más verdadera guarda. Id con Dios; que pues vais enamorado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas; felice fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes, que esperaran que el premio de sus victorias habia de ser gozar de sus amadas. Levantaos, Ricaredo, y mirad si teneis ó quereis decir algo á Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida.»

Besó las manos Ricaredo á la Reina, estimando en mucho la merced que le hacia, y luego se fué á hincar de rodillas ante Isabela, y queriéndola hablar, no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta, que le ató la lengua, y las lágrimas acudieron á los ojos, y él acudió á disimularlas lo más que le fué posible; pero con todo esto, no se pudieron encubrir á los ojos de la Reina, pues dijo : «No os afrenteis, Ricaredo, de llorar, ni os tengais en ménos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro corazon; que una cosa es pelear con los enemigos, y otra despedirse de quien bien se quiere. Abrazad, Isabela, á Ricaredo, y dadle vuestra bendicion; que bien lo merece su sentimiento.» Isabela, que estaba suspensa y atónita de ver la humildad y dolor de Ricaredo, que como á su esposo le amaba, no entendió lo que la Reina le mandaba, ántes comenzó á derramar lágrimas, tan sin pensar lo que hacia, y tan ciega y

tan sin movimiento alguno, que no parecia sino que lloraba una estatua. Estos afectos de los dos amantes, tan tiernos y tan enamorados, hicieron verter lágrimas á muchos de los circunstantes, y sin hablar más palabra Ricaredo, y sin haberle hablado alguna á Isabela, haciendo Clotaldo y los que con él venian reverencia á la Reina, se salieron de la sala, llenos de compasion, de despecho y de lágrimas.

Quedó Isabela como huérfana que acaba de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la habia criado. En fin, se quedó, y de allí á dos dias Ricaredo se hizo á la vela, combatido, entre otros muchos, de dos pensamientos, que le tenian fuera de sí : era el uno considerar que le convenia hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela, y el otro que no podia hacer ninguna, si habia de responder á su católico intento, que le impedia no desenvainar la espada contra católicos, y si no la desenvainaba, habia de ser notado de cristiano ó de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida y en obstáculo de su pretension. Pero, en fin, determinó de posponer al gusto de enamorado el que tenia de ser católico, y en su corazon pedia al cielo le deparase ocasiones donde con ser valiente cumpliese con ser cristiano, dejando á su reina satisfecha y á Isabela merecida.

Seis dias navegaron los dos navíos con próspero viento, siguiendo la derrota de las islas Terceras, paraje donde nunca faltan ó naves portuguesas de las Indias Orientales, ó algunas derrotadas de las Occidentales. Y al cabo de los seis dias, les dió de costado un recísimo viento, que en el mar Océano tiene otro nombre que en el Mediterráneo, donde se llama mediodía; el cual viento fué tan durable y tan recio, que sin

dejarles tomar las islas, les fué forzoso correr á España, y junto á su costa, á la boca del estrecho de Gibraltar, descubrieron tres navíos, uno poderoso y grande, y los dos pequeños. Arribó la nave de Ricaredo á su capitana, para saber de su general si queria embestir á los tres navíos que se descubrian; y ántes que á ella llegase, vió poner sobre la gavia mayor un estandarte negro, y llegándose más cerca, oyó que tocaban en la nave clarines y trompetas roncas, señales claras ó que el general era muerto, ó alguna otra principal persona de la nave.

Con este sobresalto llegaron á poderse hablar, que no lo habian hecho despues que salieron del puerto; dieron voces de la nave capitana, diciendo que el capitan Ricaredo pasase á ella, porque el General la noche ántes habia muerto de una apoplegía. Todos se entristecieron, si no fué Ricaredo, que se alegró, no por el daño de su general, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos navíos; que así fué la órden de la Reina, que faltando el General, lo fuese Ricaredo, el cual con presteza se pasó á la capitana, donde halló que unos lloraban por el general muerto, y otros se alegraban con el vivo; finalmente, los unos y los otros le dieron luego la obediencia, y le aclamaron por su general con breves ceremonias, no dando lugar á otra cosa dos de los tres navíos que habian descubierto, los cuales, desviándose del grande, á las dos naves se venian.

Luego conocieron ser galeras turquescas, por las medias lunas que en las banderas traian; de que recibió gran gusto Ricaredo, pareciéndole que aquella presa, si el cielo se la concediese, sería de consideracion, sin haber ofendido á ningun católico. Las dos galeras turquescas llegaron á recono-

cer los navíos ingleses, los cuales no traian insignias de Inglaterra, sino de España, por desmentir á quien llegase á reconocerlos, y no los tuviesen por navíos de cosarios. Creyeron los turcos ser naves derrotadas de las Indias, y que con facilidad las rendirian. Fuéronse entrando poco á poco, y de industria los dejó llegar Ricaredo hasta tenerlos á gusto de su artillería, la cual mandó disparar á tan buen tiempo, que con cinco balas dió en la mitad de una de las galeras con tanta furia, que la abrió por medio toda, dió luego á la banda, y comenzó á irse á pique sin poderse remediar. La otra galera, viendo tan mal suceso, con mucha priesa le dió cabo, y le llevó á poner debajo del costado del gran navío; pero Ricaredo, que tenia los suyos prestos y ligeros, y que salian y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo toda la artillería, los fué siguiendo hasta la nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la galera abierta, así como llegaron á la nave, la desampararon, y con priesa y celeridad procuraban acogerse á la nave; lo cual visto por Ricaredo, y que la galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus dos navíos, y sin dejarla rodear ni valerse de los remos, la puso en estrecho, que los turcos se aprovecharon asimismo del refugio de acogerse á la nave, no para defenderse en ella, sino por escapar las vidas por entónces. Los cristianos, de quien venian armadas las galeras, arrancando las branzas y rompiendo las cadenas, mezclados con los turcos, tambien se acogieron á la nave, y como iban subiendo por su costado, con la arcabucería de los navíos los iban tirando como al blanco; á los turcos no más, que á los cristianos mandó Ricaredo que nadie los tirase.

Desta manera casi todos los más turcos fueron muer-

tos, y los que en la nave entraron, por los cristianos que con ellos se mezclaron, aprovechándose de sus mismas armas, fueron hechos pedazos; que la fuerza de los valientes cuando caen, se pasa á la flaqueza de los que se levantan; y así, con el calor que les daba á los cristianos pensar que los navíos ingleses eran españoles, hicieron por su libertad maravillas. Finalmente, habiendo muerto casi todos los turcos, algunos españoles se pusieron á bordo del navío, y á grandes voces llamaron á los que pensaban ser españoles, entrasen á gozar el premio del vencimiento. Preguntándoles Ricaredo en español que ¿qué navío era aquel? respondieron que era una nave que venia de la India de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valia más de un millon de oro, y que con tormenta habia arribado á aquella parte, toda destruida y sin artillería, por haberla echado á la mar, la gente enferma y casi muerta de sed y de hambre; y que aquellas dos galeras, que eran del cosario Arnaute Mamí, el dia ántes la habian rendido, sin haberse puesto en defensa, y que á lo que habian oido decir, por no poder pasar tanta riqueza á sus dos bajeles, la llevaban á jorro para meterla en el rio de Larache, que estaba allí cerca. Ricaredo les respondió que si ellos pensaban que aquellos dos navíos eran españoles, se engañaban, que no eran sino de la señora Reina de Inglaterra; cuya nueva dió qué pensar y qué temer á los que la oyeron, pensando, como era razon que pensasen, que de un lazo habian caido en otro; pero Ricaredo les dijo que no temiesen algun daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en defensa. «Ni es posible ponernos en ella, respondieron; porque, como se ha dicho, este navío no tiene arti-

llería, ni nosotros armas; así que, nos es forzoso acudir á la gentileza y liberalidad de vuestro general, pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los turcos, lleve adelante tan gran merced y beneficio, pues le podrá hacer famoso en todas las partes, que serán infinitas, donde llegare la nueva desta memorable vitoria y de su liberalidad, más de nosotros esperada que temida.»

No le parecieron mal á Ricaredo las razones del español, y llamando á consejo los de su navío, les preguntó cómo haria para enviar todos los cristianos á España, sin ponerse á peligro de algun siniestro suceso, si el ser tantos les daba ánimo para levantarse. Pareceres hubo, que los hiciese pasar uno á uno á su navío, y así como fuesen entrando debajo de cubierta, matarles, y desta manera matarlos á todos, y llevar la gran nave á Lóndres sin temor ni cuidado alguno. A esto respondió Ricaredo: «Pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con ánimo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada; y así soy de parecer que ningun cristiano católico muera, no porque los quiero bien, sino porque me quiero á mí muy bien, y querria que esta hazaña de hoy, ni á mí ni á vosotros, que en ella me habeis sido compañeros, nos diese, mezclado con el nombre de valientes, el renombre de crueles, porque nunca dijo bien la crueldad con la valentía. Lo que se ha de hacer es, que toda la artillería de un navío destos se ha de pasar á la gran nave portuguesa, sin dejar en el navío otras armas ni otra cosa más del bastimento, y no lejando la nave de nuestra gente, la llevarémos á Inglaterra, y los españoles se irán á España.»

Nadie osó contradecir lo que Ricaredo habia propuesto, y algunos le tuvieron por valiente y magnánimo y de buen entendimiento; otros le juzgaron en sus corazones por más católico que debia. Resuelto, pues, en esto Ricaredo, pasó con cincuenta arcabuceros á la nave portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas; halló en la nave casi trecientas personas, de las que habian escapado de las galeras; pidió luego el registro de la nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera, que el registro le habia tomado el cosario de los bajeles, que con ellos se habia ahogado. Al instante puso el torno en órden, y acostando su segundo bajel á la gran nave, con maravillosa presteza y con fuerza de fortísimos cabrestantes pasaron la artillería del pequeño bajel á la mayor nave; luego haciendo una breve plática á los cristianos, les mandó pasar al bajel desembarazado, donde hallaron bastimento en abundancia para más de un mes y para más gente; y así como se iban embarcando, dió á cada uno cuatro escudos de oro españoles, que hizo traer de su navío, para remediar en parte su necesidad cuando llegasen á tierra, que estaba tan cerca, que las altas montañas de Avila y Calpe desde allí se parecian.

Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacia, y el último que se iba á embarcar fué aquel que por los demas habia hablado, el cual le dijo: «Por más ventura tuviera, valeroso caballero, que me llevaras contigo á Inglaterra, que no que me enviaras á España, porque aunque es mi patria, y no habrá sino seis dias que della partí, no he de hallar en ella otra cosa que no sea de ocasiones de tristezas y soledades mias. Sabrás, señor, que en la pérdida

de Cádiz, que sucedió habrá quince años, perdí una hija, que los ingleses debieron de llevar á Inglaterra, y con ella perdí el descanso de mi vejez y la luz de mis ojos, que despues que no la vieron, nunca han visto cosa que de su gusto sea. El grave descontento en que me dejó su pérdida y la de la hacienda, que tambien me faltó, me pusieron de manera, que ni más quise ni más pude ejercitar la mercancía, cuyo trato me habia puesto en opinion de ser el más rico mercader de toda la ciudad; y así era la verdad, pues fuera del crédito, que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valia mi hacienda, dentro de las puertas de mi casa, más de cincuenta mil ducados. Todo lo perdí, y no hubiera perdido nada, como no hubiera perdido á mi hija. Tras esta general desgracia, y tan particular mia, acudió la necesidad á fatigarme hasta tanto que no pudiéndola resistir, mi mujer y yo, que es aquella triste que allí está sentada, determinamos irnos á las Indias, comun refugio de los pobres generosos; y habiéndonos embarcado en un navío de aviso seis dias há, á la salida de Cádiz dieron con el navío estos dos bajeles de cosarios, y nos cautivaron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura.» Y fuera mayor si los cosarios no hubieran tomado aquella nave portuguesa, que los entretuvo hasta haber sucedido lo que él habia visto.

Preguntóle Ricaredo cómo se llamaba su hija. Respondióle que Isabel. Con esto acabó de confirmarse Ricaredo en lo que ya habia sospechado, que era, que el que se lo contaba era el padre de su querida Isabela; y sin darle algunas nuevas della, le dijo que de muy buena gana llevaria á él y á su mujer á Lóndres, donde podria ser que hallasen

nuevas de la que deseaban; hízolos pasar luego á su capitana, poniendo marineros y guardas bastantes en la nao portuguesa. Aquella noche alzaron velas, y se dieron priesa á apartarse de las costas de España, porque el navío de los cautivos libres (entre los cuales tambien iban hasta veinte turcos, á quien tambien Ricaredo dió libertad, por mostrar que más por su buena condicion y generoso ánimo se mostraba liberal, que por forzarle amor que á los católicos tuviese) rogó á los españoles que en la primera ocasion que se ofreciese, diesen entera libertad á los turcos, que asimismo se le mostraron agradecidos.

El viento, que daba señales de ser próspero y largo, comenzó á calmar un tanto, cuya calma levantó gran tormenta de temor en los ingleses, que culpaban á Ricaredo y á su liberalidad, diciéndole que los libres podian dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso habia galeones de armada en el puerto, podian salir en su busca, y ponerlos en aprieto y en término de perderse. Bien conocia Ricaredo que tenian razon; pero venciéndolos á todos con buenas razones, los sosegó; pero más los quietó el viento, que volvió á refrescar de modo, que dándole en todas las velas, sin tener necesidad de amainallas ni áun de templallas, dentro de nueve dias se hallaron á la vista de Lóndres, y cuando en él vitoriosos volvieron, habria treinta que dél faltaban.

No quiso Ricaredo entrar en el puerto con muestras de alegría, por la muerte de su general, y así mezcló las señales alegres con las tristes: unas veces sonaban clarines regocijados, otras trompetas roncas; unas tocaban los atambores alegres y sobresaltadas armas, á quien con señas tristes y

lamentables respondian los pífanos; de una gavia colgaba, puesta al reves, una bandera de medias lunas sembrada; en otra se veia un luengo estandarte de tafetan negro, cuyas puntas besaban el agua. Finalmente, con estos tan contrarios extremos entró en el rio de Lóndres con su navío, porque la nave no tuvo fondo en él que la sufriese; y así se quedó en la mar á lo largo.

Estas tan contrarias muestras y señales tenian suspenso el infinito pueblo que desde la ribera les miraba. Bien conocieron por algunas insignias que aquel navío menor era la capitana del baron de Lansac, mas no podian alcanzar cómo el otro navío se hubiese cambiado con aquella poderosa nave que en la mar se quedaba; pero sacólos desta duda haber saltado en el esquife, armado de todas armas, ricas y resplandecientes, el valeroso Ricaredo, que á pié, sin esperar otro acompañamiento que aquel de un innumerable vulgo que le seguia, se fué á palacio, donde ya la Reina, puesta á unos corredores, estaba esperando le trujesen la nueva de los navíos. Estaba con la Reina y con las otras damas Isabela, vestida á la inglesa, y parecia tan bien como á la castellana. Antes que Ricaredo llegase, llegó otro, que dió las nuevas á la Reina de cómo Ricaredo venía. Alborotóse Isabela, oyendo el nombre de Ricaredo, y en aquel instante temió y esperó malos y buenos sucesos de su venida.

Era Ricaredo alto de cuerpo, gentil hombre y bien proporcionado; y como venía armado de peto, espaldar, gola y brazaletes y escarcelas, con unas armas milanesas de once vistas, grabadas y doradas, parecia en extremo bien á cuantos le miraban. No le cubria la cabeza morrion alguno, sino un sombrero de gran falda, de color leonado, con mucha

diversidad de plumas terciadas á la valona; la espada ancha, los tiros ricos, las calzas á la esguízara. Con este adorno, y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon á Marte, dios de las batallas, y otros, llevados de la hermosura de su rostro, dicen que le compararon á Vénus, que para hacer alguna burla á Marte, de aquel modo se habia disfrazado.

En fin, él llegó ante la Reina. Puesto de rodillas, le dijo: «Alta Majestad, en fuerza de vuestra ventura y en consecucion de mi deseo, despues de haber muerto de una apoplegía el general de Lansac, quedando yo en su lugar, merced á la liberalidad vuestra, me deparó la suerte dos galeras turquescas, que llevaban remolcando aquella gran nave que allí se parece. Acometílas, pelearon vuestros soldados como siempre; echáronse á fondo los bajeles de los cosarios: en el uno de los nuestros, en vuestro real nombre, dí libertad á los cristianos que del poder de los turcos escaparon; sólo truje conmigo á un hombre y á una mujer, españoles, que por su gusto quisieron venir á ver la grandeza vuestra. Aquella nave es de las que vienen de la India de Portugal, la cual por tormenta vino á dar en poder de los turcos, que con poco trabajo, ó por mejor decir, sin ninguno, la rindieron, y segun dijeron algunos portugueses de los que en ella venian, pasa de un millon de oro el valor de la especería y otras mercancías de perlas y diamantes que en ella vienen. A ninguna cosa se ha tocado, ni los turcos habian llegado á ella; porque todo lo dedicó el cielo, y yo lo mandé guardar, para vuestra Majestad; que con una joya sola que se me dé, quedaré en deuda de otras diez naves; la cual joya ya vuestra Majestad me la tiene prometida, que es á mi buena Isabela.

Con ella quedaré rico y premiado, no sólo deste servicio, cual él sea, que á vuestra Majestad he hecho, sino de otros muchos que pienso hacer por pagar alguna parte del todo casi infinito que en esta joya vuestra Majestad me ofrece.

—Levantaos, Ricaredo, respondió la Reina, y creedme que si por precio os hubiera de dar á Isabela, segun yo la estimo, no la pudiérades pagar ni con lo que trae esa nave, ni con lo que queda en las Indias; dóyosla porque os la prometí, y porque ella es digna de vos, y vos lo sois della; vuestro valor sólo la merece. Si vos habeis guardado las joyas de la nave para mí, yo os he guardado la joya vuestra para vos; y aunque os parezca que no hago mucho en volveros lo que es vuestro, yo sé que os hago mucha merced en ello; que las prendas que se compran á deseos, y tienen su estimacion en el alma del comprador, aquello valen que vale una alma, que no hay precio en la tierra con que aprecialla. Isabela es vuestra, veisla allí; cuando quisiéredes, podeis tomar su entera posesion, y creo será con su gusto, porque es discreta, y sabrá ponderar la amistad que le haceis; que no la quiero llamar merced, sino amistad, porque me quiero alzar con el nombre de que yo sola puedo hacerle mercedes. Idos á descansar, y venidme á ver mañana, que quiero más particularmente oir vuestras hazañas, y traedme esos dos que decis que de su voluntad han querido venir á verme, que se lo quiero agradecer.»

Besóle las manos Ricaredo por las muchas mercedes que le hacia. Entróse la Reina en una sala, y las damas rodearon á Ricaredo, y una dellas, que habia tomado grande amistad con Isabela, llamada la señora Tansi, tenida por la más discreta, desenvuelta y graciosa de todas, dijo á Ricaredo:

«¿Qué es esto, señor Ricaredo? ¿qué armas son éstas? ¿Pensábades por ventura que veníades á pelear con vuestros enemigos? Pues en verdad que aquí todas somos vuestras amigas, si no es la señora Isabela, que como española, está obligada á no teneros buena voluntad.

—Acuérdese ella, señora Tansi, de tenerme alguna; que como yo esté en su memoria, dijo Ricaredo, yo sé que la voluntad será buena, pues no puede caber en su mucho valor y entendimiento y rara hermosura la fealdad de ser desagradecida.» A lo cual respondió Isabela: «Señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, á vos está tomar de mí toda la satisfacion que quisiéredes para recompensaros de las alabanzas que me habeis dado y de las mercedes que pensais hacerme.»

Estas y otras honestas razones pasó Ricaredo con Isabela y con las damas, entre las cuales habia una doncella de pequeña edad, la cual no hizo sino mirar á Ricaredo miéntras allí estuvo; alzábale las escarcelas, por ver qué traia debajo dellas, tentábale la espada, y con simplicidad de niña queria que las armas le sirviesen de espejo, llegándose á mirar de muy cerca en ellas; y cuando se hubo ido, volviéndose á las damas, dijo: «Ahora, señoras, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues áun entre mujeres parecen bien los hombres armados.

—Y ¿cómo si parecen? respondió la señora Tansi; si no, mirad á Ricaredo, que no parece sino que el sol se ha bajado á la tierra, y en aquel hábito va caminando por la calle.» Rieron todas del dicho de la doncella y de la disparatada semejanza de Tansi, y no faltaron murmuradores que tuvieron por impertinencia el haber venido armado Rica-

redo á palacio, puesto que halló disculpa en otros, que dijeron que como soldado lo pudo hacer, para mostrar su gallarda bizarría.

Fué Ricaredo de sus padres, amigos, parientes y conocidos con muestras de entrañable amor recebido. Aquella noche se hicieron generales alegrías en Lóndres por su buen suceso. Ya los padres de Isabela estaban en casa de Clotaldo, á quien Ricaredo habia dicho quién eran, pero que no les diesen nueva ninguna de Isabela hasta que él mismo se la diese. Este aviso tuvo la señora Catalina, su madre, y todos los criados y criadas de su casa. Aquella misma noche, con muchos bajeles, lanchas y barcos, y con no ménos ojos que lo miraban, se comenzó á descargar la gran nave, que en ocho dias no acabó de dar la mucha pimienta y otras riquísimas mercaderías que en su vientre encerradas tenia.

El dia que siguió á esta noche fué Ricaredo á palacio, llevando consigo al padre y madre de Isabela, vestidos de nuevo á la inglesa, diciéndoles que la Reina queria verlos. Llegaron todos donde la Reina estaba en medio de sus damas, esperando á Ricaredo, á quien quiso lisonjear y favorecer con tener junto á sí á Isabela, vestida con aquel mismo vestido que llevó la vez primera, mostrándose no ménos hermosa ahora que entónces. Los padres de Isabela quedaron admirados y suspensos de ver tanta grandeza y bizarría junta. Pusieron los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el corazon, présago del bien que tan cerca tenian, les comenzó á saltar en el pecho, no con sobresalto que les entristeciese, sino con un no sé qué gusto, que ellos no acertaban á entenderle. No consintió la Reina que Ricaredo estuviese de rodillas ante ella; ántes le hizo levantar

y sentar en una silla rasa, que para solo esto allí puesta tenian; inusitada merced para la altiva condicion de la Reina; y alguno dijo: «Ricaredo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado, sino sobre la pimienta que él trujo.» Otro acudió y dijo: «Ahora se verifica lo que comunmente se dice, que dádivas quebrantan peñas, pues las que ha traido Ricaredo han ablandado el duro corazon de nuestra Reina.» Otro acudió y dijo: «Ahora, que está tan bien ensillado, más de dos se atreverán á correlle.»

En efeto, de aquella nueva honra que la Reina hizo á Ricaredo, tomó ocasion la envidia para nacer en muchos pechos de aquellos que mirándole estaban; porque no hay merced que el Príncipe haga á su privado, que no sea una lanza que atraviesa el corazon del envidioso. Quiso la Reina saber de Ricaredo menudamente cómo habia pasado la batalla con los bajeles de los cosarios; él la contó de nuevo, atribuyendo la vitoria á Dios y á los brazos valerosos de sus soldados, encareciéndolos á todos juntos, y particularizando algunos hechos de algunos que más que los otros se habian señalado; con que obligó á la Reina á hacer á todos merced, y en particular á los particulares; y cuando llegó á decir la libertad que en nombre de su Majestad habia dado á los turcos y cristianos, dijo: «Aquella mujer y aquel hombre que allí están (señalando á los padres de Isabela) son los que dije ayer á vuestra Majestad que, con deseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los trujese conmigo; ellos son de Cádiz, y de lo que ellos me han contado, y de lo que en ellos he visto y notado, sé que son gente principal y de valor.»

Mandóles la Reina que se llegasen cerca; alzó los ojos

Isabela á mirar los que decian ser españoles, y más de Cádiz, con deseo de saber si por ventura conocian á sus padres. Así como Isabela alzó los ojos, los puso en ella su madre, y detuvo el paso para mirarla más atentamente, y en la memoria de Isabela se comenzaron á despertar unas confusas noticias, que le querian dar á entender que en otro tiempo ella habia visto aquella mujer que delante tenia. Su padre estaba en la misma confusion, sin osar determinarse á dar crédito á la verdad que sus ojos le mostraban. Ricaredo estaba atentísimo á ver los efetos y movimientos que hacian las tres dudosas y perplejas almas, que tan confusas estaban entre el sí y el no de conocerse. Conoció la Reina la suspension de entrambos, y áun el desasosiego de Isabela, porque la vió trasudar y levantar la mano muchas veces á componerse el cabello.

En esto deseaba Isabela que hablase la que pensaba ser su madre; quizá los oidos la sacarian de la duda en que sus ojos la habian puesto. La Reina dijo á Isabela que en lengua española dijese á aquella mujer y á aquel hombre le dijesen qué causa les habia movido á no querer gozar de la libertad que Ricaredo les habia dado, siendo la libertad la cosa más amada, no sólo de la gente de razon, mas áun de los animales que carecen della. Todo esto preguntó Isabela á su madre, la cual, sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando se llegó á Isabela, y sin mirar á respeto, temores ni miramientos cortesanos, alzó la mano á la oreja derecha de Isabela, y descubrió un lunar negro que allí tenia, la cual señal acabó de certificar su sospecha; y viendo claramente ser Isabela su hija, abrazándose con ella, dió una gran voz, diciendo: «¡Oh hija de mi corazon! ¡Oh prenda

cara del alma mia!» Y sin poder pasar adelante, se cayó desmayada en los brazos de Isabela. Su padre, no ménos tierno que prudente, dió muestras de su sentimiento, no con otras palabras que con derramar lágrimas, que sesgamente su venerable rostro y barbas le bañaron.

Juntó Isabela su rostro con el de su madre, y volviendo los ojos á su padre, de tal manera le miró, que le dió á entender el gusto y el contento que de verlos allí su alma tenia. La Reina, admirada de tal suceso, dijo á Ricaredo: «Yo pienso, Ricaredo, que con vuestra discrecion se han ordenado estas vistas, y no sé si os diga que han sido acertadas, pues sabemos que así suele matar una súbita alegría como mata una tristeza»; y diciendo esto, se volvió á Isabela y la apartó de su madre, la cual, habiéndole echado agua en el rostro, volvió en sí, y estando un poco más en su acuerdo, puesta de rodillas delante de la Reina, le dijo: «Perdone vuestra Majestad mi atrevimiento; que no es mucho perder los sentidos con la alegría del hallazgo desta amada prenda.» Respondióle la Reina que tenia razon, sirviéndole de intérprete, para que lo entendiese, Isabela, la cual, de la manera que se ha contado, conoció á sus padres, y sus padres á ella, á los cuales mandó la Reina quedar en palacio, para que despacio pudiesen ver y hablar á su hija y regocijarse con ella; de lo cual Ricaredo se holgó mucho, y de nuevo pidió á la Reina le cumpliese la palabra que le habia dado de dársela, si es que acaso la merecia; y de no merecerla, le suplicaba desde luego le mandase ocupar en cosas que le hiciesen digno de alcanzar lo que deseaba.

Bien entendió la Reina que estaba Ricaredo satisfecho de sí mismo y de su mucho valor, que no habia necesidad de

nuevas pruebas para calificarle; y así le dijo que de allí á cuatro dias le entregaria á Isabela, haciendo á los dos la honra que á ella fuese posible. Con esto se despidió Ricaredo contentísimo, con la esperanza propincua que llevaba de tener en su poder á Isabela, sin sobresalto de perderla, que es el último deseo de los amantes.

Corrió el tiempo, y no con la ligereza que él quisiera; que los que viven con esperanzas de promesas venideras, siempre imaginan que no vuela el tiempo, sino que anda sobre los piés de la pereza misma. Pero, en fin, llegó el dia, no donde pensó Ricaredo poner fin á sus deseos, sino de hallar en Isabela gracias nuevas que le moviesen á quererla más, si más pudiese. Mas en aquel breve tiempo, donde él pensaba que la nave de su buena fortuna corria con próspero viento hácia el deseado puerto, la contraria suerte levantó en su mar tal tormenta, que mil veces temió anegarse.

Es, pues, el caso, que la camarera mayor de la Reina, á cuyo cargo estaba Isabela, tenia un hijo, de edad de veinte y dos años, llamado el conde Arnesto. Hacíanle la grandeza de su estado, la alteza de su sangre, el mucho favor que su madre con la Reina tenia; hacíanle, digo, estas cosas, más de lo justo arrogante, altivo y confiado. Este Arnesto, pues, se enamoró de Isabela tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenia abrasada el alma; y aunque en el tiempo que Ricaredo habia estado ausente, con algunas señales le habia descubierto su deseo, nunca de Isabela fué admitido; y puesto que la repugnancia y los desdenes en los principios de los amores suelen hacer desistir de la empresa á los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos y conocidos desdenes que le dió Isabela, porque con

su hielo ardia, y con su honestidad se abrasaba, y como vió que Ricaredo, segun el parecer de la Reina, tenia merecida á Isabela, y que en tan poco tiempo se le habia de entregar por mujer, quiso desesperarse; pero ántes que llegase á tan infame y tan cobarde remedio, habló á su madre, diciéndole pidiese á la Reina le diese á Isabela por esposa; donde no, que pensase que la muerte estaba llamando á las puertas de su vida.

Quedó la camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocia la aspereza de su arrojada condicion, y la tenacidad con que se le pegaban los deseos en el alma, temió que sus amores habian de parar en algun infelice suceso. Con todo eso, como madre, á quien es natural desear y procurar el bien de sus hijos, prometió al suyo de hablar á la Reina, no con esperanza de alcanzar della el imposible de romper su palabra, sino por no dejar de intentar, como en salud desahuciada, los últimos remedios. Y estando aquella mañana Isabela vestida, por órden de la Reina, tan ricamente, que no se atreve la pluma á contarlo, y habiéndole echado la misma Reina al cuello una sarta de perlas de las mejores que traia la nave, que las apreciaron en veinte mil ducados, y puéstole un anillo de un diamante, que se apreció en seis mil escudos, y estando alborozadas las damas por la fiesta que esperaban del cercano desposorio, entró la camarera mayor á la Reina, y de rodillas le suplicó suspendiese el desposorio de Isabela por otros dos dias, que con esta merced sola que su Majestad le hiciese, se tendria por satisfecha y pagada de todas las mercedes que por sus servicios merecia y esperaba.

Quiso saber la Reina primero por qué le pedia con tanto

ahinco aquella suspension, que tan derechamente iba contra la palabra que tenia dada á Ricaredo; pero no se la quiso dar la camarera hasta que le hubo otorgado que haria lo que le pedia: tanto deseo tenia la Reina de saber la causa de aquella demanda. Y así, despues que la camarera alcanzó lo que por entónces deseaba, contó á la Reina los amores de su hijo, y cómo temia que si no le daban por mujer á Isabela, ó se habia de desesperar, ó hacer algun hecho escandaloso; y que si habia pedido aquellos dos dias, era por dar lugar á que su Majestad pensase qué medio seria á propósito y conveniente para dar á su hijo remedio. La Reina respondió que si su real palabra no estuviera de por medio, que ella hallara salida á tan cerrado laberinto, pero que no la quebrantaria, ni defraudaria las esperanzas de Ricaredo por todo el interes del mundo.

Esta respuesta dió la camarera á su hijo, el cual, sin detenerse un punto, ardiendo en amor y en celos, se armó de todas armas, y sobre un fuerte y hermoso caballo se presentó ante la casa de Clotaldo, y á grandes voces pidió que se asomase Ricaredo á la ventana, el cual á aquella sazon estaba vestido de galas de desposado, y á punto para ir á palacio con el acompañamiento que tal acto requeria; mas habiendo oido las voces, y siéndole dicho quién las daba, y del modo que venia, con algun sobresalto se asomó á una ventana, y como le vió Arnesto, dijo: «Ricaredo, estáme atento á lo que decirte quiero: la Reina, mi señora, te mandó fueses á servirla y á hacer hazañas que te hiciesen merecedor de la sin par Isabela; tú fuiste, y volviste cargadas las naves de oro, con el cual piensas haber comprado y merecido á Isabela; y aunque la Reina, mi señora, te la

ha prometido, ha sido creyendo que no hay ninguno en su córte que mejor que tú la sirva, ni quien con mejor título merezca á Isabela; y en esto bien podrá ser se haya engañado; y así, allegándome á esta opinion, que yo tengo por verdad averiguada, digo que ni tú has hecho cosas tales que te hagan merecer á Isabela, ni ninguna podrás hacer que á tanto bien te levante; y en razon de que no la mereces, si quisieres contradecirme, te desafío á todo trance de muerte.»

Calló el Conde, y desta manera le respondió Ricaredo: «En ninguna manera me toca salir á vuestro desafio, señor Conde, porque yo confieso, no sólo que no merezco á Isabela, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven én el mundo; así que, confesando yo lo que vos decis, otra vez digo que no me toca vuestro desafío; pero yo le acepto por el atrevimiento que habeis tenido en desafiarme.» Con esto, se quitó de la ventana, y pidió apriesa sus armas.

Alborotáronse sus parientes y todos aquellos que para ir á palacio habian venido á acompañarle. De la mucha gente que habia visto al conde Arnesto armado, y le habia oido las voces del desafío, no faltó quien lo fué á contar á la Reina, la cual mandó al capitan de su guarda que fuese á prender al Conde. El capitan se dió tanta priesa, que llegó á tiempo que ya Ricaredo salia de su casa, armado y puesto á caballo. Cuando el Conde vió al capitan, luego imaginó á lo que venia, y determinó de no dejar prenderse, y alzando la voz contra Ricaredo, dijo : «Ya ves, Ricaredo, el impedimento que nos viene : si tuvieres gana de castigarme, tú me buscarás; y por la que yo tengo de castigarte, tambien te buscaré; y pues dos que se buscan, fácilmente

se hallan, dejemos para entónces la ejecucion de nuestros deseos.

—Soy contento», respondió Ricaredo.

En esto llegó el capitan con toda su guarda, y dijo al Conde que se diese preso en nombre de su Majestad. Respondió el Conde que sí se daba, pero no para que lo llevasen á otra parte que á la presencia de la Reina. Contentóse con esto el capitan, y cogiéndole en medio de la guarda, le llevó á palacio ante la Reina, la cual ya de su camarera estaba informada del amor grande que su hijo tenia á Isabela, y con lágrimas habia suplicado á la Reina perdonase al Conde. Llegó Arnesto ante la Reina, la cual, sin entrar con él en razones, le mandó quitar la espada y llevar preso á una torre.

Todas estas cosas atormentaban el corazon de Isabela y de sus padres, que tan presto veian turbado el mar de su sosiego. Aconsejó la camarera á la Reina que para sosegar el mal que podia suceder entre su parentela y la de Ricaredo, que se quitase la causa de por medio, que era Isabela, enviándola á España, y así cesarian fácilmente todos los efetos que debian de temerse; añadiendo á estas razones, decir que Isabela era católica, y tan cristiana, que ninguna de sus persuasiones, que habian sido muchas, la habian podido torcer en nada de su católico intento. A lo cual respondió la Reina que por eso la estimaba en más, pues tan bien sabia guardar la ley que sus padres la habian enseñado, y que en lo de enviarla á España no tratase, porque su hermosa presencia y sus muchas gracias y virtudes le daban mucho gusto, y que sin duda, si no aquel dia, otro, se la habia de dar por esposa á Ricaredo, como se lo tenia prometido.

Con esta resolucion de la Reina quedó la camarera tan desconsolada, que no le replicó palabra, y pareciéndole lo que ya le habia parecido, que si no era quitando á Isabela de por medio, no habia de haber medio alguno que la rigurosa condicion de su hijo ablandase ni redujese á tener paz con Ricaredo, determinó de hacer una de las mayores crueldades que pudo caber jamas en pensamiento de mujer principal, y tanto como ella lo era; y fué su determinacion matar con tósigo á Isabela; y como por la mayor parte sea la condicion de las mujeres ser prestas y determinadas, aquella misma tarde atosigó á Isabela en una conserva que le dió, forzándola que la tomase, por ser buena contra las ánsias de corazon que sentia.

Poco espacio pasó despues de haberla tomado, cuando á Isabela se le comenzó á hinchar la lengua y la garganta, y á ponérsele denegridos los labios y á enronquecérsele la voz, turbársele los ojos y apretársele el pecho; todas conocidas señales de haberle dado veneno. Acudieron las damas á la Reina, contándole lo que pasaba, y certificando que la camarera habia hecho aquel mal recaudo. No fué menester mucho para que la Reina lo creyese, y así fué á ver á Isabela, que ya casi estaba espirando. Mandó llamar la Reina con priesa á sus médicos, y en tanto que tardaban, la hizo dar cantidad de polvos de unicornio, con otros muchos antídotos que los grandes príncipes suelen tener prevenidos para semejantes necesidades. Vinieron los médicos y esforzaron los remedios, y pidieron á la Reina hiciese decir á la camarera qué género de veneno le habia dado, porque no se dudaba que otra persona alguna, sino ella, la hubiese envenenado. Ella lo descubrió, y con esta noticia, los médicos

aplicaron tantos remedios y tan eficaces, que con ellos y con el ayuda de Dios, quedó Isabela con vida, ó á lo ménos con esperanza de tenerla.

Mandó la Reina prender á su camarera y encerrarla en un aposento estrecho de palacio, con intencion de castigarla como su delito merecia, puesto que ella se disculpaba diciendo que en matar á Isabela hacia sacrificio al cielo, quitando de la tierra á una católica, y con ella la ocasion de las pendencias de su hijo. Estas tristes nuevas, oidas de Ricaredo, le pusieron en términos de perder el juicio : tales eran las cosas que hacia y las lastimeras razones con que se quejaba. Finalmente, Isabela no perdió la vida; que el quedar con ella la naturaleza lo conmutó en dejarla sin cejas, pestañas y sin cabello, el rostro hinchado, la tez perdida, los cueros levantados y los ojos lagrimosos. Finalmente, quedó tan fea, que como hasta allí habia parecido un milagro de hermosura, entónces parecia un monstruo de fealdad. Por mayor desgracia tenian los que la conocian, haber quedado de aquella manera que si la hubiera muerto el veneno. Con todo esto, Ricaredo se la pidió á la Reina, y le suplicó se la dejase llevar á su casa, porque el amor que la tenia pasaba del cuerpo al alma, y que si Isabela habia perdido su belleza, no podia haber perdido sus infinitas virtudes.

«Así es, dijo la Reina; lleváosla, Ricaredo, y haced cuenta que llevais una riquísima joya, encerrada en una caja de madera tosca. Dios sabe si quisiera dárosla como me la entregastes; pero pues no es posible, perdonadme : quizá el castigo que diere á la cometedora de tal delito satisfará en algo el deseo de la venganza.» Muchas cosas dijo Ricaredo á la Reina, disculpando á la camarera, y suplicándola la

perdonase, pues las disculpas que daba eran bastantes para perdonar mayores insultos. Finalmente, le entregaron á Isabela y á sus padres, y Ricaredo los llevó á su casa, digo, á la de sus padres. A las ricas perlas y al diamante añadió otras joyas la Reina, y otros vestidos tales, que descubrieron el mucho amor que á Isabela tenia, la cual duró dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse á su primera hermosura; pero al cabo deste tiempo comenzó á caérsele el cuero y á descubrírsele su hermosa tez.

En este tiempo los padres de Ricaredo, pareciéndoles no ser posible que Isabela en sí volviese, determinaron enviar por la doncella de Escocia, con quien primero que con Isabela tenian concertado de casar á Ricaredo; y esto sin que él lo supiese, no dudando que la hermosura presente de la nueva esposa hiciese olvidar á su hijo la ya pasada de Isabela, á la cual pensaban de enviar á España con sus padres, dándoles tanto haber y riquezas, que recompensasen sus pasadas pérdidas.

No pasó mes y medio, cuando, sin sabiduría de Ricaredo, la nueva esposa se le entró por las puertas, acompañada como quien ella era, y tan hermosa, que despues de la Isabela que solia ser, no habia otra tan bella en toda Lóndres. Sobresaltóse Ricaredo con la improvisa vista de la doncella, y temió que el sobresalto de su venida habia de acabar la vida á Isabela; y así, para templar este temor se fué al lecho donde Isabela estaba, y hallóla en compañía de sus padres, delante de los cuales le dijo : Isabela de mi alma, mis padres, con el grande amor que me tienen, áun no bien enterados del mucho que yo te tengo, han traido á casa una doncella escocesa, con quien ellos tenian concertado

de casarme ántes que yo conociese lo que vales; y esto, á lo que creo, con intencion que la mucha belleza desta doncella borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo. Yo, Isabela, desde el punto que te quise, fué con otro amor de aquel que tiene su fin y paradero en el cumplimiento del sensual apetito; que puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma, de manera que si hermosa te quise, fea te adoro, y para confirmar esta verdad, dame esa mano»; y dándole ella la derecha, asiéndola él con la suya, prosiguió diciendo: «Por la fe católica, que mis cristianos padres me enseñaron, la cual, si no está en la entereza que se requiere, por aquella juro que guarda el Pontífice romano, que es la que yo en mi corazon confieso, creo y tengo; y por el verdadero Dios, que nos está oyendo, te prometo, ¡oh Isabela, mitad de mi alma! de ser tu esposo, y lo soy desde luego, si tú quieres levantarme á la alteza de ser tuyo.»

Quedó suspensa Isabela con las razones de Ricaredo, y sus padres atónitos y pasmados. Ella no supo qué decir, ni hacer otra cosa que besar muchas veces la mano de Ricaredo, y decirle con voz mezclada con lágrimas que ella le aceptaba por suyo y se entregaba por su esclava. Besóla Ricaredo en el rostro feo, no habiendo tenido jamas atrevimiento de llegarse á él cuando hermoso. Los padres de Isabela solemnizaron con tiernas y muchas lágrimas las fiestas del desposorio; Ricaredo les dijo que él dilataria el casamiento de la escocesa, que ya estaba en casa, del modo que despues verian, y cuando su padre los quisiese enviar á España á todos tres, no lo rehusasen, sino que se fuesen y le aguardasen en Cádiz ó en Sevilla dos años, dentro de los

cuales, les daba su palabra de ser con ellos, si el cielo tanto tiempo le concedia de vida, y que si deste término pasase, tuviesen por cosa certísima que algun grande impedimento, ó la muerte, que era lo más cierto, se habia opuesto á su camino. Isabela le respondió que no solos dos años le aguardaria, sino todos aquellos de su vida, hasta estar enterada que él no la tenia; porque en el punto que esto supiese, seria el mismo de su muerte.

Con estas tiernas palabras se renovaron las lágrimas en todos, y Ricaredo salió á decir á sus padres cómo en ninguna manera no se casaria, ni daria la mano á su esposa la escocesa, sin haber primero ido á Roma á asegurar su conciencia. Tales razones supo decir á ellos y á los parientes que habian venido con Clisterna, que así se llamaba la escocesa, que como todos eran católicos, fácilmente las creyeron, y Clisterna se contentó de quedar en casa de su suegro hasta que Ricaredo volviese, el cual pidió de término un año. Esto así puesto, Clotaldo dijo á Ricaredo cómo determinaba enviar á España á Isabela y á sus padres, si la Reina les daba licencia; quizá los aires de la patria apresurarian y facilitarian la salud, que ya comenzaba á tener. Ricaredo, por no dar indicio de sus designios, respondió tibiamente á su padre que hiciese lo que mejor le pareciese; sólo le suplicó que no quitase á Isabela ninguna cosa de las riquezas que la Reina le habia dado. Prometióselo Clotaldo, y aquel mismo dia fué á pedir licencia á la Reina, así para casar á su hijo con Clisterna, como para enviar á Isabela y á sus padres á España. De todo se contentó la Reina, y tuvo por acertada la determinacion de Clotaldo; y aquel mismo dia, sin acuerdo de letrados y

sin poner á su camarera en tela de juicio, la condenó en que no sirviese más su oficio, y en diez mil escudos de oro para Isabela, y al conde Arnesto, por el desafío, le desterró por seis años de Inglaterra.

No pasaron cuatro dias, cuando ya Arnesto se puso á punto de salir á cumplir su destierro, y los dineros estuvieron juntos. La Reina llamó á un mercader rico que habitaba en Lóndres y era frances, el cual tenia correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos, y le pidió cédula para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla ó en otra plaza de España. El mercader, descontados sus intereses y ganancias, dijo á la Reina que las daria ciertas y seguras para Sevilla, sobre otro mercader frances, su correspondiente, en esta forma: que él escribiria á París, para que allí se hiciesen las cédulas por otro correspondiente suyo, á causa que rezasen las fechas de Francia, y no de Inglaterra, por el contrabando de la comunicacion de los dos reinos, y que bastaba llevar una letra de aviso suya, sin fecha, con sus contraseñas, para que luego diese el dinero el mercader de Sevilla, que ya estaria avisado del de París. En resolucion, la Reina tomó tales seguridades del mercader, que no dudó de ser cierta la paga; y no contenta con esto, mandó llamar á un patron de una nave flamenca, que estaba para partirse otro dia á Francia, á sólo tomar en algun puerto della testimonio, para poder entrar en España á título de partir de Francia, y no de Inglaterra; al cual pidió encarecidamente llevase en su nave á Isabela y á sus padres, y con toda seguridad y buen tratamiento los pusiese en un puerto de España, el primero á do llegase. El patron, que deseaba contentar á la Reina, dijo

que sí haria, y que los pondria en Lisboa, Cádiz ó Sevilla.

Tomados, pues, los recaudos del mercader, envió la Reina á decir á Clotaldo no quitase á Isabela todo lo que ella le habia dado, así de joyas como de vestidos. Otro dia vinieron Isabela y sus padres á despedirse de la Reina, que los recibió con mucho amor. Dióles la Reina la carta del mercader y otras dádivas de dineros y regalo para el viaje. Con tales razones se lo agradeció Isabela, que de nuevo dejó obligada á la Reina para hacerle siempre mercedes; despidióse de las damas, las cuales, como ya estaba fea, no quisieran que se partiese, viéndose libres de la envidia que á su hermosura tenian, y contentas de gozar de sus gracias y discreciones. Abrazó la Reina á los tres, y encomendándolos á la buena ventura y al patron de la nave, y pidiendo á Isabela la avisase de su buena llegada á España, y siempre de su salud, por la via del mercader frances, se despidió de Isabela y de sus padres, los cuales aquella misma tarde se embarcaron, no sin lágrimas de Clotaldo y de su mujer y de todos los de su casa, de quien era en todo extremo bien querida. No se halló á esta despedida presente Ricaredo, que por no dar muestras de tiernos sentimientos, aquel dia hizo que unos amigos suyos le llevasen á caza. Los regalos que la señora Catalina dió á Isabela para el viaje fueron muchos, los abrazos infinitos, las lágrimas en abundancia, las encomiendas de que la escribiese sin número, y los agradecimientos de Isabela y de sus padres correspondieron á todo; de suerte que, aunque llorando, los dejaron satisfechos.

Aquella noche se hizo el bajel á la vela, y habiendo con próspero viento tocado en Francia, y tomado en ella los re-

caudos necesarios para poder entrar en España, de allí á treinta dias entró por la barra de Cádiz, donde se desembarcaron Isabela y sus padres, y siendo conocidos de todos los de la ciudad, los recibieron con muestras de mucho contento. Recibieron mil parabienes del hallazgo de Isabela y de la libertad que habian alcanzado, así de los moros que los habian cautivado (habiendo sabido todo su suceso de los cautivos que dió libertad la liberalidad de Ricaredo), como de la que habian alcanzado de los ingleses.

Ya Isabela en este tiempo comenzaba á dar grandes esperanzas de volver á cobrar su primera hermosura. Poco más de un mes estuvieron en Cádiz, restaurando los trabajos de la navegacion, y luego se fueron á Sevilla, por ver si salia cierta la paga de los diez mil escudos, que librados sobre el mercader frances traian. Dos dias despues de llegar á Sevilla le buscaron y le hallaron, y le dieron la carta del mercader frances de la ciudad de Lóndres; él la reconoció, y dijo que hasta que de París le viniesen las letras y carta de aviso no podia dar el dinero, pero que por momentos aguardaba el aviso. Los padres de Isabela alquilaron una casa principal frontero de Santa Paula, por ocasion que estaba monja en aquel santo monasterio una sobrina suya, única y extremada en la voz, así por tenerla cerca, como por haber dicho Isabela á Ricaredo que si viniese á buscarla, la hallaria en Sevilla, y le diria su casa su prima la monja de Santa Paula, y que para conocella no habia menester más de preguntar por la monja que tenia la mejor voz en el monasterio, porque estas señas no se le podian olvidar.

Otros cuarenta dias tardaron de venir los avisos de París, y á dos que llegaron, el mercader frances entregó los diez

mil escudos á Isabela, y ella á sus padres, y con ellos, y con algunos más que hicieron, vendiendo algunas de las muchas joyas de Isabela, volvió su padre á ejercitar su oficio de mercader, no sin admiracion de los que sabian sus grandes pérdidas. En fin, en pocos meses fué restaurando su perdido crédito, y la belleza de Isabela volvió á su sér primero, de tal manera, que en hablando de hermosas, todos daban el lauro á la Española Inglesa, que tanto por este nombre como por su hermosura era de toda la ciudad conocida.

Por la órden del mercader frances de Sevilla escribieron Isabela y sus padres á la Reina de Inglaterra su llegada, con los agradecimientos y sumisiones que requerian las muchas mercedes della recebidas; asimismo escribieron á Clotaldo y á su señora Catalina, llamándolos Isabela padres, y sus padres señores. De la Reina no tuvieron respuesta; pero de Clotaldo y de su mujer sí, donde les daban el parabien de la llegada á salvo, y los avisaban cómo su hijo Ricaredo, otro dia despues que ellos se hicieron á la vela, se habia partido á Francia, y de allí á otras partes, donde le convenia ir para seguridad de su conciencia; añadiendo á éstas, otras razones y cosas de mucho amor y de muchos ofrecimientos; á la cual carta respondieron con otra no ménos cortés y amorosa que agradecida.

Luego imaginó Isabela que el haber dejado Ricaredo á Inglaterra, seria para venirla á buscar á España, y alentada con esta esperanza, vivia la más contenta del mundo, y procuraba vivir de manera, que cuando Ricaredo llegase á Sevilla, ántes le diese en los oidos la fama de sus virtudes que el conocimiento de su casa. Pocas ó ninguna vez salia de su casa sino para el monasterio; no ganaba otros jubileos

que aquellos que en el monasterio se ganaban. Desde su casa y desde su oratorio andaba con el pensamiento, los viérnes de Cuaresma, la santísima estacion de la Cruz, y los siete venideros, del Espíritu Santo; jamas visitó el rio, ni pasó á Triana, ni vió el comun regocijo en el campo de Tablada y puerta de Jerez, el dia, si le hace claro, de San Sebastian, celebrado de tanta gente, que apénas se puede reducir á número; finalmente, no vió regocijo público ni otra fiesta en Sevilla: todo lo libraba en su recogimiento y en sus oraciones y buenos deseos, esperando á Ricaredo.

Este su grande retraimiento tenia abrasados y encendidos los deseos, no sólo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto; de aquí nacieron músicas de noche en su calle, y carreras de dia. Deste no dejar verse, y desearlo muchos, crecieron las alhajas de las terceras, que prometieron mostrarse primas y únicas en solicitar á Isabela, y no faltó quien se quiso aprovechar de lo que llaman hechizos, que no son sino embustes y disparates; pero á todo esto estaba Isabela como roca en mitad de la mar, que la tocan, pero no la mueven, las olas ni los vientos.

Año y medio era ya pasado, cuando la esperanza propincua de los dos años por Ricaredo prometidos comenzó con más ahinco que hasta allí á fatigar el corazon de Isabela; y cuando ya le parecia que su esposo llegaba, y que le tenia ante los ojos, y le preguntaba qué impedimentos le habian detenido tanto; cuando ya llegaban á sus oidos las disculpas de su esposo, y cuando ya ella le perdonaba y le abrazaba y como á mitad de su alma le recebia, llegó á sus manos una carta de la señora Catalina, fecha en Lóndres cincuenta

dias habia: venia en lengua inglesa; pero leyéndola en español, vió que así decia:

«Hija de mi alma: Bien conociste á Guillarte, el paje de »Ricaredo; éste se fué con él al viaje que por otra te avisé »que Ricaredo á Francia y á otras partes habia hecho, el se»gundo dia de tu partida; pues este mismo Guillarte, á cabo »de diez y seis meses que no habiamos sabido de mi hijo, »entró ayer por nuestra puerta con nuevas que el conde Ar»nesto habia muerto á traicion en Francia á Ricaredo. Con»sidera, hija, cuál quedariamos su padre y yo y su esposa »con tales nuevas; tales digo, que áun no nos dejaron poner »en duda nuestra desventura. Lo que Clotaldo y yo te roga»mos otra vez, hija de mi alma, es que encomiendes muy »de véras á Dios la de Ricaredo; que bien merece este be»neficio el que tanto te quiso, como tú sabes. Tambien pe»dirás á nuestro Señor nos dé á nosotros paciencia y buena »muerte; á quien nosotros tambien pediremos y suplicare»mos te dé á tí y á tus padres largos años de vida.»

Por la letra y por la firma no le quedó que dudar á Isabela para no creer la muerte de su esposo; conocia muy bien al paje Guillarte, y sabia que era verdadero, y que de suyo no habria querido, ni tenia para qué, fingir aquella muerte, ni ménos su madre la señora Catalina la habria fingido, por no importarle nada enviarle nuevas de tanta tristeza; finalmente, ningun discurso que hizo, ninguna cosa que imaginó, le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueva de su desventura.

Acabada de leer la carta, sin derramar lágrimas ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro, y al parecer con sosegado pecho, se levantó de un estrado donde es-

taba sentada, y se entró en un oratorio, y hincándose de rodillas ante la imágen de un devoto crucifijo, hizo voto de ser monja, pues lo podia ser, teniéndose por viuda. Sus padres disimularon y encubrieron con discrecion la pena que les habia dado la triste nueva, por poder consolar á Isabela en la amarga que sentia; la cual, casi como satisfecha de su dolor, templándole con la santa y cristiana resolucion que habia tomado, ella consolaba á sus padres, á los cuales descubrió su intento, y ellos le aconsejaron que no le pusiese en ejecucion hasta que pasasen los dos años que Ricaredo habia puesto por término á su venida; que con esto se confirmaria la verdad de la muerte de Ricaredo, y ella con más seguridad podia mudar de estado. Así lo hizo Isabela, y los seis meses y medio que quedaban para cumplirse los dos años, los pasó en ejercicios de religiosa y en concertar la entrada del monasterio, habiendo elegido el de Santa Paula, donde estaba su prima.

Pasóse el término de los dos años, y llegóse el dia de tomar el hábito, cuya nueva se extendió por la ciudad, y de los que conocian de vista á Isabela, y de aquellos que por sola su fama, se llenó el monasterio y la poca distancia que dél á la casa de Isabela habia; y convidando su padre á sus amigos, y aquellos á otros, hicieron á Isabela uno de los más honrados acompañamientos que en semejantes actos se habian visto en Sevilla. Hallóse en él el Asistente y el Provisor de la Iglesia y Vicario del Arzobispo, con todas las señoras y señores de título que habia en la ciudad: tal era el deseo que en todos habia de ver el sol de la hermosura de Isabela, que tantos meses se les habia eclipsado; y como es costumbre de las doncellas que van á tomar el hábito ir lo

posible galanas y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la bizarría y se descarta della, quiso Isabela ponerse lo más bizarra que le fué posible; y así se vistió con aquel vestido mismo que llevó cuando fué á ver á la Reina de Inglaterra, que ya se ha dicho cuán rico y cuán vistoso era. Salieron á luz las perlas y el famoso diamante, con el collar y cintura, que asimismo era de mucho valor.

Con este adorno y con su gallardía, dando ocasion para que todos alabasen á Dios en ella, salió Isabela de su casa á pié, que el estar tan cerca del monasterio excusó los coches y carrozas; el concurso de la gente fué tanto, que les pesó de no haber entrado en los coches, porque no les daban lugar de llegar al monasterio: unos bendecian á sus padres; otros al cielo, que de tanta hermosura la habia dotado; unos se empinaban por verla; otros, habiéndola visto una vez, corrian adelante por verla otra; y el que más solícito se mostró en esto, y tanto, que muchos echaron de ver en ello, fué un hombre vestido en hábito de los que vienen rescatados de cautivos, con una insignia de la Trinidad en el pecho, en señal que han sido rescatados por la limosna de sus redentores. Este cautivo, pues, al tiempo que ya Isabela tenia un pié dentro de la portería del convento, donde habian salido á recebirla, como es uso, la Priora y las monjas con la cruz, á grandes voces dijo: «Detente, Isabela, detente; que miéntras yo fuere vivo, no puedes tú ser religiosa.» A estas voces, Isabela y sus padres volvieron los ojos, y vieron que hendiendo por toda la gente, hácia ellos venia aquel cautivo, que habiéndosele caido un bonete azul redondo que en la cabeza traia, descubrió una confusa madeja de cabellos de oro ensortijados, y un rostro como el carmin y como la

nieve, colorado y blanco; señales que luego le hicieron conocer y juzgar por extranjero, de todos.

En efecto, cayendo y levantando, llegó donde Isabela estaba, y asiéndola de la mano, le dijo: «¿Conócesme, Isabela? Mira que yo soy Ricaredo, tu esposo.

—Sí conozco, dijo Isabela, si ya no eres fantasma que viene á turbar mi reposo.» Sus padres le asieron y atentamente le miraron, y en resolucion conocieron ser Ricaredo el cautivo, el cual con lágrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicó que no impidiese la extrañeza del traje en que estaba su buen conocimiento, ni estorbase su baja fortuna que ella no correspondiese á la palabra que entre los dos se habian dado. Isabela, á pesar de la impresion que en su memoria habia hecho la carta de su madre de Ricaredo, dándole nuevas de su muerte, quiso dar más crédito á sus ojos y á la verdad que presente tenia; y así, abrazándose con el cautivo, le dijo: «Vos sin duda, señor mio, sois aquel que sólo podrá impedir mi cristiana determinacion; vos, señor, sois sin duda la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo: estampado os tengo en mi memoria y guardado en mi alma. Las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi señora y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hicieron escoger la de la religion, que en este punto queria entrar á vivir en ella; mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida: venid, señor, á la casa de mis padres, que es vuestra, y allí os entregaré mi posesion por los términos que pide nuestra santa fe católica.»

Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el Asis-

tente y Vicario y Provisor del Arzobispo, y de oirlas se admiraron y suspendieron, y quisieron que luego se les dijese qué historia era aquella, qué extranjero era aquel y de qué casamiento trataban. A todo lo cual respondió el padre de Isabela, diciendo que aquella historia pedia otro lugar y algun término para decirse; y así suplicaba á todos aquellos que quisiesen saberla, diesen la vuelta á su casa, pues estaba tan cerca; que allí se la contarian de modo, que con la verdad quedasen satisfechos, y con la grandeza y extrañeza de aquel suceso admirados.

En esto, uno de los presentes alzó la voz, diciendo: «Señores, este mancebo es un gran cosario inglés, que yo le conozco, y es aquel que habrá poco más de dos años tomó á los cosarios de Argel la nave de Portugal que venia de las Indias; no hay duda sino que es él, que yo le conozco, porque él me dió libertad y dineros para venir á España, y no sólo á mí, sino á otros trecientos cautivos.» Con estas razones se alborotó la gente, y se avivó el deseo que todos tenian de saber y ver la claridad de tan intricadas cosas. Finalmente, la gente más principal, con el Asistente y aquellos dos señores eclesiásticos, volvieron á acompañar á Isabela á su casa, dejando á las monjas tristes, confusas y llorando por lo que perdian en no tener en su compañía á la hermosa Isabela; la cual, estando en su casa, en una gran sala della hizo que aquellos señores se sentasen; y aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, todavía le pareció que era mejor fiarlo de la lengua y discrecion de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaba la lengua castellana.

Callaron todos los presentes, y teniendo las almas pen-

dientes de las razones de Isabela, ella así comenzó su cuento; el cual le reduzco yo á que dijo todo aquello que, desde el dia que Clotaldo la robó de Cádiz hasta que entró y volvió á él, le habia sucedido; contando asimismo la batalla que Ricaredo habia tenido con los turcos, la liberalidad que habia usado con los cristianos, la palabra que entrambos á dos se habian dado de ser marido y mujer, la promesa de los dos años, las nuevas que habia tenido de su muerte, tan ciertas, á su parecer, que la pusieron en el término que habian visto de ser religiosa. Engrandeció la liberalidad de la Reina, la cristiandad de Ricaredo y de sus padres, y acabó con decir que dijese Ricaredo lo que le habia sucedido despues que salió de Lóndres hasta el punto presente, donde le veian con hábito de cautivo y con una señal de haber sido rescatado por limosna. «Así es, dijo Ricaredo, y en breves razones sumaré los inmensos trabajos mios.

»Despues que me partí de Lóndres por excusar el casamiento que no podia hacer con Clisterna, aquella doncella escocesa católica con quien ha dicho Isabela que mis padres me querian casar; llevando en mi compañía á Guillarte, aquel paje que mi madre escribe que llevó á Lóndres las nuevas de mi muerte; atravesando por Francia, llegué á Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi fe. Besé los piés al Sumo Pontífice, confesé mis pecados con el mayor penitenciario, absolvióme dellos, y dióme los recaudos necesarios, que diesen fe de mi confesion y penitencia, y de la reduccion que habia hecho á nuestra universal madre la Iglesia. Hecho esto, visité los lugares tan santos como innumerables que hay en aquella ciudad santa, y de dos mil escudos que tenia en oro, dí los mil y seiscientos á un cam-

bio, que me los libró en esta ciudad sobre un tal Roqui, florentin; con los cuatrocientos que me quedaron, con intencion de venir á España, me partí para Génova, donde habia tenido nuevas que estaban dos galeras de aquella señoría, de partida para España. Llegué con Guillarte, mi criado, á un lugar que se llama Aquapendente, que viniendo de Roma á Florencia, es el último que tiene el Papa, y en una hostería ó posada donde me apeé, hallé al conde Arnesto, mi mortal enemigo, que con cuatro criados, disfrazado y encubierto, más por ser curioso que por ser católico, entendí que iba á Roma. Creí sin duda que no me habia conocido; encerréme en un aposento con mi criado, y estuve con cuidado y con determinacion de mudarme á otra posada en cerrando la noche. No lo hice así, porque el descuido grande que noté que tenian el Conde y sus criados me aseguró que no me habian conocido: cené en mi aposento, cerré la puerta, apercebí mi espada, encomendéme á Dios, y no quise acostarme. Durmióse mi criado, y yo sobre una silla me quedé medio dormido; mas á poco despues de la media noche me despertaron para hacerme dormir el eterno sueño: cuatro pistoletes, como despues supe, dispararon contra mí el Conde y sus criados, y dejándome por muerto, teniendo ya á punto los caballos, se fueron, diciendo al huésped de la posada que me enterrase, porque era hombre principal. Mi criado, segun dijo despues el huésped, despertó al ruido, y con el miedo, se arrojó por una ventana que caia al patio, y diciendo: «¡Desventurado de mí, que han muerto á mi señor!» se salió del meson, y debió de ser con tal miedo, que no debió de parar hasta Lóndres, pues él fué el que llevó las nuevas de mi muerte.

»Subieron los de la hostería, y halláronme atravesado con cuatro balas y con muchos perdigones; pero todas por partes, que de ninguna fué mortal la herida. Pedí confesion y todos los sacramentos, como católico cristiano; diéronmelos, curáronme, y no estuve para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los cuales vine á Génova, donde no hallé otro pasaje sino en dos falugas, que fletamos yo y otros dos principales españoles, la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuésemos. Con esta seguridad nos embarcamos, navegando tierra á tierra, con intencion de no engolfarnos; pero llegando á un paraje que llaman las Tres Marías, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluga descubriendo, á deshora salieron de una cala dos galeotas turquescas, y tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos á embestir en ella, nos cortaron el camino y nos cautivaron. En entrando en la galeota nos desnudaron hasta dejarnos en carnes; despojaron las falugas de cuanto llevaban, y dejáronlas embestir en tierra, sin echarlas á fondo, diciendo que aquellas les servirian otra vez de traer otra galima; que con este nombre llaman ellos á los despojos que de los cristianos toman.

»Bien se me podrá creer si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo, la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traia, con la cédula de los mil y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese á manos de un cristiano cautivo español, que los guardó; que si viniera á poder de los turcos, por lo ménos habia de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula, que ellos averiguarian cúya era. Trujéronnos á Argel, donde

hallé que estaban rescatando los padres de la Santísima Trinidad: hablélos, díjeles quién era, y movidos de caridad, aunque yo era extranjero, me rescataron en esta forma: que dieron por mí trecientos ducados, los ciento luego, y los docientos cuando volviese el bajel de la limosna á rescatar al padre de la redencion, que se quedaba en Argel, empeñado en cuatro mil ducados que habia gastado más de los que traia; porque á toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad destos padres, que dan su libertad por la ajena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos. Por añadidura del bien de mi libertad, hallé la caja perdida, con los recaudos y la cédula; mostrésela al bendito padre que me habia rescatado, y ofrecíle quinientos ducados más de los de mi rescate para ayuda de su empeño.

»Casi un año se tardó en volver la nave de la limosna, y lo que en este año me pasó, á poderlo contar ahora, fuera otra nueva historia; sólo diré que fuí conocido de uno de los veinte turcos que dí libertad con los demas cristianos ya referidos, y fué tan agradecido y tan hombre de bien, que no quiso descubrirme; porque, á conocerme los turcos por aquel que habia echado á fondo sus dos bajeles, y quitádoles de las manos la gran nave de la India, ó me presentaran al Gran Turco, ó me quitaran la vida; y de presentarme al Gran Señor, redundara no tener libertad en mi vida. Finalmente, el padre redentor vino á España conmigo y con otros cincuenta cristianos rescatados. En Valencia hicimos la procesion general, y desde allí cada uno se partió donde más le plugo, con las insignias de su libertad, que son estos hábitos. Hoy llegué á esta ciudad con

tanto deseo de ver á Isabela, mi esposa, que sin detenerme á otra cosa, pregunté por este monasterio, donde me habian de dar nuevas de mi esposa. Lo que en él me ha sucedido ya se ha visto; lo que queda por ver son estos recaudos, para que se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tanto de milagrosa como de verdadera.» Y luego, en diciendo esto, sacó de una caja de lata los recaudos que decia, y se los puso en las manos del Provisor, que los vió, junto con el señor Asistente, y no halló en ellos cosa que le hiciese dudar de la verdad que Ricaredo habia contado. Y para más confirmacion della, ordenó el cielo que se hallase presente á todo esto el mercader florentin, sobre quien venia la cédula de los mil y seiscientos escudos, el cual pidió que le mostrasen la cédula, y mostrándosela, la reconoció y la aceptó para luego, porque él muchos meses habia que tenia aviso de esta partida. Todo esto fué añadir admiracion á admiracion y espanto á espanto. Ricaredo dijo que de nuevo ofrecia los quinientos ducados que habia prometido. Abrazó el Asistente á Ricaredo y á sus padres de Isabela y á ella, ofreciéndoseles á todos con corteses razones. Lo mismo hicieron los dos señores eclesiásticos, y rogaron á Isabela que pusiese toda aquella historia por escrito, para que la leyese su señor el Arzobispo, y ella lo prometió.

El grande silencio que todos los circunstantes habian tenido, escuchando el extraño caso, se rompió en dar alabanzas á Dios por sus grandes maravillas; y dando, desde el mayor hasta el más pequeño, el parabien á Isabela, á Ricaredo y á sus padres, los dejaron; y ellos suplicaron al Asistente honrase sus bodas, que de allí á ocho dias pensaban hacer. Holgó de hacerlo el Asistente, y de allí á ocho dias, acom-

pañado de los más principales de la ciudad, se halló en ellas. Por estos rodeos y por estas circunstancias, los padres de Isabela cobraron á su hija y restauraron su hacienda, y ella, favorecida del cielo y ayudada de sus muchísimas virtudes, á despecho de tantos inconvenientes, halló marido tan principal como lo era Ricaredo, en cuya compañía se piensa que áun hoy vive en las casas que alquilaron frontero de Santa Paula, que despues las compraron de los herederos de un hidalgo burgales, que se llamaba Hernando de Cifuentes.

Esta novela nos podria enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastantes, juntas y cada una de por sí, á enamorar aún hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos.

FIN DE LA ESPAÑOLA INGLESA.

EL LICENCIADO VIDRIERA.

Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas del Tórmes, hallaron en ellas, debajo de un árbol, durmiendo, á un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador: mandaron á un criado que le despertase; despertó, y preguntáronle de dónde era y qué hacia, durmiendo en aquella soledad; á lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le habia olvidado, y que iba á la ciudad de Salamanca á buscar un amo á quien servir por solo que le diese estudio. Preguntáronle si sabia leer; respondió que sí, y escrebir tambien. «Desa manera, dijo uno de los caballeros, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria.

—Sea por lo que fuere, respondió el muchacho; que ni el della ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos y á ella.

—Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? preguntó el otro caballero.

—Con mis estudios, respondió el muchacho, siendo famoso por ellos; porque yo he oido decir que de los hombres se hacen los obispos.»

Esta respuesta movió á los dos caballeros á que le recibiesen y llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad á los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomas Rodaja, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el vestido, que debia de ser hijo de algun labrador pobre. A pocos dias le vistieron de negro, y á pocas semanas dió Tomas muestras de tener raro ingenio, sirviendo á sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia, que con no faltar un punto á sus estudios, parecia que sólo se ocupaba en servirlos; y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor á tratarle bien, ya Tomas Rodaja no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos, se hizo tan famoso en la universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fué de leyes; pero en lo que más se mostraba era en letras humanas; y tenia tan felice memoria, que era cosa de espanto, é ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era ménos famoso por él que por ella.

Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios, y se fueron á su lugar, que era una de las mejores ciudades de la Andalucía; lleváronse consigo á Tomas, y estuvo con ellos algunos dias; pero como le fatigasen los deseos de volver á sus estudios y á Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió á sus amos licencia para volverse. Ellos, corteses y liberales, se la dieron, acomodándole de suerte, que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

Despidióse dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga (que ésta era la patria de sus señores), y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentilhombre á caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados tambien á caballo. Juntóse con él, y supo cómo llevaba su mismo viaje; hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y á pocos lances dió Tomas muestras de su raro ingenio, y el caballero las dió de su bizarría y cortesano trato, y dijo que era capitan de infantería por su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca. Alabó la vida de la soldadesca, pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milan, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujóle dulce y puntualmente el *aconcha, patron; pasa acá, manigoldo; venga la macarela, li polastri e li macarroni;* puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frio de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolucion, tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discrecion de nuestro Tomas Rodaja comenzó á titubear, y la voluntad á aficionarse á aquella vida, que tan cerca tiene la muerte.

El capitan, que don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomas, le rogó que se fuese con él á Italia, si queria por curiosidad verla; que él le ofrecia su mesa, y áun si fuese

necesario, su bandera, porque su alférez la habia de dejar presto. Poco fué menester para que Tomas tuviese el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso, de que seria bueno ver á Italia y Flándes y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos, y que en esto, á lo más largo, podia gastar tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que él tenia, no serian tantos, que impidiesen volver á sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dijo al capitan que era contento de irse con él á Italia, pero habia de ser con condicion que no se habia de sentar debajo de bandera ni poner en lista de soldado, por no obligarse á seguir su bandera. Y aunque el capitan le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaria de los socorros y pagas que á la compañía se diesen, porque él le daria licencia todas las veces que se la pidiese, «Eso seria, dijo Tomas, ir contra mi conciencia y contra la del señor capitan, y así, más quiero ir suelto que obligado.

—Conciencia tan escrupulosa, dijo don Diego, más es de religioso que de soldado; pero, como quiera que sea, ya somos camaradas.»

Llegaron aquella noche á Antequera, y en pocos dias y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba á marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que les venian á mano. Allí notó Tomas la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el

pedir bagajes más de los necesarios, y finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecia.

Habíase vestido Tomas de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose á lo de Dios es Cristo, como se suele decir. Los muchos libros que tenia los redujo á unas *Horas de nuestra Señora* y un *Garcilaso* sin comento, que en las dos faldriqueras llevaba. Llegaron más presto de lo que quisieran á Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y vária, y cada dia se topan cosas nuevas y gustosas. Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó tambien Tomas Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de Leon, que tuvieron dos, que la una los echó en Córcega, y la otra los volvió á Tolon, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras, llegaron á la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido mandrache, despues de haber visitado una iglesia, dió el capitan con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas, con el presente *gaudeamus*.

Allí conocieron la suavidad del Treviano, el grande valor del monte Frascon, la Ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos, de Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la gran rusticidad de la chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos,

se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, á Madrigal, Coca, Alaejos, y á la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa; ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Rivadavia y de Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped, y más les dió, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco.

Admiráronle tambien al buen Tomas los rubios cabellos de las genovesas, y la gentileza y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro dia se desembarcaron todas las compañías que habian de ir al Piamonte; pero no quiso Tomas hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra á Roma y á Nápoles, como lo hizo, quedando de volver, por la gran Venecia y por Loreto, á Milan y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaria, si ya no los hubiesen llevado á Flándes, segun se decia. Despidióse Tomas del capitan de allí á dos dias, y en cinco llegó á Florencia, habiendo visto primero á Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que, mejor que en otras partes de Italia, son bien vistos y agasajados los españoles.

Contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco rio y apacibles calles; estuvo en ella cuatro dias, y luego se partió á Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del leon se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus

despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes; claras y manifiestas señales de su grandeza; por su famoso y santo rio, que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unas á otras, y por sus calles, que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las demas de las otras ciudades del mundo: la via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba ménos la division de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó tambien la autoridad del colegio de los cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó y puso en su punto. Y habiendo andado la estacion de las siete iglesias, y confesádose con un penitenciario y besado el pié á su Santidad, lleno de *agnusdei* y cuentas, determinó irse á Nápoles, y por ser tiempo de mutacion, malo y dañoso para todos los que en él entran ó salen de Roma, como hayan caminado por tierra, se fué por mar á Nápoles, donde, á la admiracion que traia de haber visto á Roma, añadió la que le causó ver á Nápoles, ciudad, á su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y áun de todo el mundo.

Desde allí se fué á Sicilia, y vió á Palermo, y despues á Mesina; de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse á Nápoles y á Roma, y de allí fué á Nuestra

Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas y retablos, que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habian recibido de la mano de Dios, por intercesion de su divina Madre, que aquella sacrosanta imágen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devocion que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada, y de más importancia, que vieron y no entendieron todos los cielos y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas.

Desde allí, embarcándose en Ancona, fué á Venecia, ciudad que, á no haber nacido Colon en el mundo, no tuviera en él semejante, merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiracion del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y finalmente, toda ella, en sí y en sus partes, digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número.

Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos

que halló nuestro curioso viajero en Venecia, pues casi le hacian olvidar de su primer intento. Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió á Milan, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia; ciudad, en fin, de quien se dice que puede decir y hacer; haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias. Desde allí se fué á Aste, y llegó á tiempo que otro dia marchaba el tercio á Flándes. Fué muy bien recebido de su amigo el capitan, y en su compañía y camarada pasó á Flándes, y llegó á Ambéres, ciudad no ménos para maravillar que las que habia visto en Italia. Vió á Gante y á Bruselas, y vió que todo el país se disponia á tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente; y habiendo cumplido con el deseo que le movió á ver lo que habia visto, determinó volverse á España y á Salamanca á acabar sus estudios, y como lo pensó, lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó, al tiempo del despedirse, le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometióselo así como lo pedia, y por Francia volvió á España, sin haber visto á París, por estar puesta en armas. En fin, llegó á Salamanca, donde fué bien recebido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó á aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego á la añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar *vademecum* que no la visitase. Dijéronle á Tomas que aquella dama decia que habia estado en Italia y en Flándes, y por ver si la conocia, fué á visitarla; de cuya visita y vista quedó

ella enamorada de Tomas; y él, sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros, no queria entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda; pero, como él atendia más á sus libros que á otros pasatiempos, en ninguna manera respondia al gusto de la señora, la cual, viéndose desdeñada, y á su parecer aborrecida, y que por medios ordinarios y comunes no podia conquistar la roca de la voluntad de Tomas, acordó de buscar otros modos, á su parecer más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos; y así, aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dió á Tomas unos destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad á quererla; como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío; y así, las que dan estas bebidas ó comidas amatorias se llaman *venéficas*, porque no es otra cosa lo que hacen, sino dar veneno á quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tan mal punto Tomas el membrillo, que al momento comenzó á herir de pié y de mano como si tuviera alferecía, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda que un membrillo que habia comido le habia muerto, y declaró quién se le habia dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fué á buscar la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se habia puesto en cobro, y no pareció jamas.

Seis meses estuvo en la cama Tomas, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba

tener turbados todos los sentidos; y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento, porque quedó sano, y loco de la más extraña locura que entre las locuras hasta entónces se habia visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginacion, cuando alguno se llegaba á él, daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen, porque le quebrarian; que real y verdaderamente él no era como los otros hombres; que todo era de vidrio, de piés á cabeza.

Para sacarle de esta extraña imaginacion, muchos, sin atender á sus voces y rogativas, arremetieron á él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba; pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvia en sí en cuatro horas, y cuando volvia, era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no le llegasen. Decia que le hablasen desde léjos y le preguntasen lo que quisiesen, porque á todo les responderia con más entendimiento, por ser hombre de vidrio, y no de carne; que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con más prontitud y eficacia que no por la del cuerpo, pesada y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decia, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, á las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio; cosa que causó admiracion á los más letrados de la universidad y á los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sugeto donde se contenia tan extraordinaria locura como era el pensar que fuese de vidrio, se encer-

rase tan grande entendimiento, que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza.

Pidió Tomas le diesen alguna funda, donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algun vestido estrecho no se quebrase; y así le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodon. No quiso calzarse zapatos en ninguna manera, y el órden que tuvo para que le diesen de comer sin que á él llegasen, fué poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponian alguna cosa de fruta de las que la sazon del tiempo ofrecia. Carne ni pescado no lo queria; no bebia sino en fuente ó en rio, y esto con las manos; cuando andaba por las calles, iba por la mitad dellas, mirando á los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase; los veranos dormia en el campo á cielo abierto, y los inviernos se metia en algun meson, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la más propia y más segura cama que podian tener los hombres de vidrio. Cuando tronaba, temblaba como un azogado y se salia al campo, y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad. Tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo; pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedia, que era le dejasen andar libre, y así le dejaron, y él salió por la ciudad, causando admiracion y lástima á todos los que le conocian.

Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenia y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase; que por ser hombre de vidrio, era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la más traviesa gene-

racion del mundo, á despecho de sus ruegos y voces, le comenzaron á tirar trapos y áun piedras, por ver si era de vidrio, como él decia; pero él daba tantas voces y hacia tales extremos, que movia á los hombres á que riñesen y castigasen á los muchachos porque no le tirasen. Mas un dia, que le fatigaron mucho, se volvió á ellos, diciendo: «¿Qué me quereis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo por ventura el monte Testacho de Roma, para que me tireis tantos tiestos y tejas?»

Por oirle reñir y responder á todos, le seguian siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido ántes oirle que tirarle. Pasando pues una vez por la Ropería de Salamanca, le dijo una ropera: «En mi ánima, señor Licenciado, que me pesa de su desgracia; pero ¿qué haré, que no puedo llorar?» El se volvió á ella, y muy mesurado le dijo: *Filiæ Hierusalem, plorate super vos et super filios vestros.* Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, y díjole: «Hermano Licenciado Vidriera (que así decia él que se llamaba), más teneis de bellaco que de loco.

— No me da un ardite, respondió él, como no tenga nada de necio.»

Pasando un dia por la casa llana y venta comun, vió que estaban á la puerta della muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanas, que estaban alojados en el meson del infierno. Preguntóle uno que qué consejo y consuelo daria á un amigo suyo, que estaba muy triste porque su mujer se le habia ido con otro. A lo cual respondió: «Dile que dé gracias á Dios por haber permitido le llevasen de casa á su enemigo.

—Luego ¿no irá á buscarla? dijo el otro.

—Ni por pienso, replicó Vidriera, porque sería el hallarla hallar un perpétuo y verdadero testigo de su deshonra.

—Ya que eso sea así, dijo el mismo, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer?» Respondióle: «Dale lo que hubiere menester, déjala que mande á todos los de tu casa, pero no sufras que ella te mande á tí.» Díjole un muchacho: «Señor Licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me azota muchas veces.» Y respondióle: «Advierte, niño, que los azotes que los padres dan á los hijos honran, y los del verdugo afrentan.» Estando á la puerta de una iglesia, vió que entraba en ella un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detras dél venia uno que no estaba en tan buena opinion como el primero, y el Licenciado dió grandes voces al labrador, diciendo: «Esperad, Domingo, á que pase el sábado.» De los maestros de escuela decia que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles, y que fueran dichosísimos si los angelitos no fueran mocosos. Otro le preguntó que qué le parecia de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se extendieron por toda Castilla, y llegando á noticia de un príncipe ó señor que estaba en la córte, quiso enviar por él, y encargóselo á un caballero amigo suyo, que estaba en Salamanca, que se lo enviase; y topándole el caballero un dia, le dijo: «Sepa el señor Licenciado Vidriera que un gran personaje de la córte le quiere ver, y envia por él.» A lo cual respondió: «Vuesa merced me excuse con ese señor; que no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no

sé lisonjear.» Con todo esto, el caballero le envió á la córte, y para traerle usaron con él desta invencion: pusiéronle en unas argueñas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese á entender que como vaso de vidrio le llevaban. Llegó á Valladolid, entró de noche, y desembanastáronle en la casa del señor que habia enviado por él, de quien fué muy bien recebido, diciéndole: «Sea muy bien venido el señor Licenciado Vidriera. ¿Cómo ha ido en el camino? ¿Cómo va de salud?» A lo cual respondió: «Ningun camino hay malo, como se acabe, sino es el que va á la horca; de salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi celebro.» Otro dia, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y azores y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y grandes señores; pero que advirtiesen que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho á más de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados.

El caballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad, debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los cuales y de toda la córte fué conocido en seis dias, y á cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina, respondia á todas las preguntas que le hacian, entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecia que tenia ingenio para todo. A lo cual respondió: «Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.— No entiendo eso de necio y venturoso», dijo el estudiante, y respondió Vidriera: «No he sido tan necio, que diese en poeta malo, ni tan venturoso,

que haya merecido serlo bueno.» Preguntóle otro estudiante que en qué estimacion tenia á los poetas. Respondió que á la ciencia en mucha, pero que á los poetas en ninguna. Replicáronle que por qué decia aquello. Respondió que del infinito número de poetas que habia, eran tan pocos los buenos, que casi no hacian número; y así, como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las ciencias; porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule, y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla. Añadió más : «Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio que dicen :

Cura Deûm fuerunt olim Regumque poetæ :
Præmiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque majestas, et erat venerabile nomen
Vatibus : et largæ sæpe dabantur opes.

Y ménos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platon intérpretes de los dioses, y de ellos dice Ovidio :

Est Deus in nobis : agitante calescimus illo.

Y tambien dice :

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

»Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir, sino que son la idiotez y la arrogancia del mundo?» Y añadió más : «¿Qué es ver á un poeta destos en la primera impresion, cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo : «Vuesas mercedes escuchen un sonetillo

que anoche á cierta ocasion hice, que á mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito»? Y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono melifluo y alfeñicado. Y si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes, no se le alaban, dice: «O vuesas mercedes no han entendido el soneto, ó yo no le he sabido decir; y así será bien recitarle otra vez, y que vuesas mercedes le presten más atencion, porque en verdad, en verdad, que el soneto lo merece»; y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues ¿qué es verlos censurar los unos á los otros? ¿qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos á los mastinazos antiguos y graves? y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sugetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante, que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende, y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitiales?»

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas por la mayor parte eran pobres. Respondió que porque ellos querian, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabian aprovechar de la ocasion que por momentos traian entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenian los cabellos de oro, la frente

de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral, y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas; y más, que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producia jazmines y rosas; que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas y otras cosas decia de los malos poetas; que de los buenos siempre dijo bien, y los levantó sobre el cuerno de la luna.

Vió un dia en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban la naturaleza, pero que los malos la vomitaban. Arrimóse un dia, con grandísimo tiento, porque no se quebrase, á la tienda de un librero, y díjole: «Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene.» Preguntóle el librero se la dijese. Respondió: «Los melindres que hacen cuando compran el previlegio de un libro, y la burla que hacen á su autor si acaso le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos.» Acaeció este mismo dia que pasaron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregon: «Al primero por ladron», dió grandes voces á los que estaban delante dél, diciéndoles: «Apartaos, hermanos; no comience aquella cuenta por alguno de vosotros»; y cuando el pregonero llegó á decir: «Al trasero», dijo: «Aquel debe de ser el fiador de los muchachos.» Un muchacho le dijo: «Hermano Vidriera, mañana sacan á azotar á una alcahueta.» Respondióle: «Si dijeras que sacaban á azotar á un alcahuete, entendiera que sacaban á azotar un coche.»

Hallóse allí uno destos que llevan sillas de manos, y díjole: «¿De nosotros, Licenciado, no teneis qué decir?

—No, respondió Vidriera, sino que sabe cada uno de vosotros más pecados que un confesor; mas es con esta diferencia: que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas.»

Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino, y díjole: «De nosotros, señor Redoma, poco ó nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república.» A lo cual respondió Vidriera: «La honra del amo descubre la del criado; segun esto, mira á quién sirves, y verás cuán honrado eres: mozos sois vosotros de la más ruin canalla que sustenta la tierra. Una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler, tal, que le conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano. Todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes, su punta de cacos y su es no es de truhanes; si sus amos (que así llaman ellos á los que llevan en sus mulas) son boquimuelles, hacen más suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasados; si son extranjeros, los roban; si estudiantes, los maldicen; si religiosos, los reniegan; y si soldados, los tiemblan. Estos y los marineros, y carreteros y arrieros, tienen un modo de vivir extraordinario y sólo para ellos: el carretero pasa lo más de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco más debe de haber del yugo de las mulas á la boca del carro; canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega; y en decir: «Háganse á zaga», se les pasa otra parte; y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algun atolladero, más se ayudan

de dos pésetes que de tres mulas. Los marineros son gente gentil é inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos; en la bonanza son diligentes, y en la borrasca perezosos; en la tormenta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es su arca y su rancho, y su pasatiempo ver mareados á los pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se ha casado con las enjalmas; son tan diligentes y presurosos, que á trueco de no perder la jornada, perderán el alma; su música es la del mortero, su salsa la hambre, sus maitines levantarse á dar sus piensos, y sus misas no oir ninguna.»

Cuando esto decia, estaba á la puerta de un boticario, y volviéndose al dueño, le dijo: «Vuesa merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles.

—¿En qué modo soy enemigo de mis candiles?», preguntó el boticario; y respondió Vidriera: «Esto digo, porque en faltando cualquiera aceite, la suple la del candil que está más á mano; y áun tiene otra cosa este oficio, bastante á quitar el crédito al más acertado médico del mundo.» Preguntándole por qué, respondió que habia boticario que por no decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaban ponia otras que á su parecer tenian la misma virtud y calidad, no siendo así; y con esto la medicina obraba al reves de lo que habia de obrar. Preguntóle entónces uno que qué sentia de los médicos, y respondió esto: *Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus: à Deo enim est omnis medela, et à Rege accipiet donationem. Disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudabitur. Altissimus de terra creavit medicinam, et vir prudens non*

abhorrevit illam. «Esto dice, dijo, el *Eclesiástico*, de la medicina y de los buenos médicos, y de los malos se podria decir todo al reves, porque no hay gente más dañosa á la república que ellos. El juez nos puede torcer ó dilatar la justicia, el letrado sustentar por su interes nuestra injusta demanda, el mercader chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos, nos pueden hacer algun daño; pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno : sólo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y á pié quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe; y no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de la tierra. Acuérdaseme que cuando yo era hombre de carne, y no de vidrio, como agora soy, que á un médico destos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro, y el primero de allí á cuatro dias acertó á pasar por la botica donde recetaba el segundo, y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él habia dejado, y que si le habia recetado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que allí tenia una receta de purga, que el dia siguiente habia de tomar el enfermo ; dijo que se la mostrase, y vió que al fin della estaba escrito : *sumat diluculo*, y dijo : «Todo lo que lleva esta purga me contenta, sino es este *diluculo*, porque es húmido demasiadamente.»

Por estas y otras cosas que decia de todos los oficios se andaban tras él, sin hacerle mal y sin dejarle sosegar ; pero con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos, si su guardian no le defendiera. Preguntóle uno qué haria para no tener envidia á nadie. Respondióle : « Duerme; que

todo el tiempo que durmieres, serás igual al que envidias.» Otro le preguntó qué remedio tendria para salir con una comision que habia dos años que la pretendia. Y díjole: «Parte á caballo y á la mira de quien la lleva, y acompáñale hasta salir de la ciudad, y así saldrás con ella.» Pasó acaso una vez por delante donde él estaba un juez de comision, que iba de camino á una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles; preguntó quién era, y como se lo dijeron, dijo: «Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la tinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comision. Yo me acuerdo haber tenido un amigo que en una comision criminal que tuvo dió una sentencia tan exorbitante, que excedia en muchos quilates á la culpa de los delincuentes. Preguntéle que por qué habia dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondióme que pensaba otorgar la apelacion, y que con esto dejaba campo abierto á los señores del Consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporcion. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran á él por juez recto y acertado.»

En la rueda de la mucha gente que, como se ha dicho, siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó señor Licenciado, y sabiendo Vidriera que el tal á quien llamaron licenciado no tenia ni áun título de bachiller, le dijo: «Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redencion de cautivos, que os le llevarán por mostrenco.» A lo cual dijo el amigo: «Tratémonos bien, señor Vidriera,

pues ya sabeis vos que soy hombre de altas y de profundas letras.» Respondióle Vidriera: «Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcanzais de profundas.» Estando una vez arrimado á la tienda de un sastre, vióle que estaba mano sobre mano, y díjole: «Sin duda, señor maese, que estais en camino de salvacion.

—¿En qué lo veis? preguntó el sastre.

—¿En qué lo veo? respondió Vidriera; véolo en que, pues no teneis qué hacer, no tendréis ocasion de mentir»; y añadió: «Desdichado del sastre que no miente, y cose las fiestas; cosa maravillosa es, que casi en todos los deste oficio apénas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores.» De los zapateros decia que jamas hacian, conforme á su parecer, zapato malo, porque si al que se le calzaba venia estrecho y apretado, le decian que así habia de ser, por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas, vendrian más anchos que alpargates; y si le venian anchos, decian que así habian de venir, por amor de la gota. Un muchacho agudo, que escribia en un oficio de provincia, le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traia nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba y á todo respondia. Este le dijo una vez: «Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un Banco que estaba condenado á ahorcar.» A lo cual respondió: «El hizo bien á darse priesa á morir ántes que el verdugo se sentara sobre él.» En la acera de San Francisco estaba un corro de genoveses, y pasando por allí, uno dellos le llamó, diciendo: «Lléguese acá el señor Vidriera y cuéntenos un cuento.» El respondió: «No quiero, porque no me le paseis á Génova.» Topó una vez á una ten-

dera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas, y díjole á la madre: «Muy bien habeis hecho en empedrarla, porque se pueda pasear.»

De los pasteleros dijo que habia muchos años que jugaban á la dobladilla, sin que les llevasen la pena porque habian hecho el pastel de á dos de á cuatro, el de á cuatro de á ocho, y el de á ocho de á medio real, por solo su albedrío y beneplácito. De los titereros decia mil males: decia que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus teatros volvian la devocion en risa, y que les acontecia envasar en un costal todas ó las más figuras del Testamento viejo y nuevo, y sentarse sobre él á comer y beber en los bodegones y tabernas; en resolucion, decia que se maravillaba de cómo quien podia no les ponia perpétuo silencio en sus retablos, ó los desterraba del reino.

Acertó á pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe; y en viéndole, dijo: «Yo me acuerdo haber visto á éste salir al teatro enharinado el rostro y vestido un zamarro del reves, y con todo esto, á cada paso, fuera del tablado, jura á fe de hijodalgo.

—Débelo de ser, respondió uno; porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijosdalgo.

—Así será verdad, replicó Vidriera; pero lo que ménos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hombres y de expeditas lenguas. Tambien sé decir dellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando contino de memoria, hechos perpétuos gitanos de lugar en lugar, desvelándose en contentar

á otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio. Tienen más: que con su oficio no engañan á nadie, pues por momentos sacan su mercaduría á pública plaza. El trabajo de los autores es increible, y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados, que les sea forzoso hacer pleito de acreedores; y con todo esto, son necesarios en las repúblicas, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.» Decia que habia sido opinion de un amigo suyo que el que servia á una comedianta, en sola una servia á muchas damas juntas, como era á una reina, á una ninfa, á una diosa, á una fregona, á una pastora, y muchas veces caia la suerte en que sirviese en ella á un paje y á un lacayo; que todas estas y más figuras suele hacer una farsanta.

Preguntóle uno que cuál habia sido el más dichoso del mundo. Respondió que *Nemo;* porque *Nemo novit patrem; Nemo sine crimine vivit; Nemo sua sorte contentus; Nemo ascendit in cœlum.* De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia ó arte, que cuando la habian menester no la sabian, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querian reducir á demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios. Con los que se teñian las barbas tenia particular enemistad; y riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugues, éste dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenia muy teñidas: *Por istas barbas que teño no rostro...* á lo cual acudió Vidriera y dijo: «Olhay, homen, naon digais teño, sino tiño.» Otro traia

las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta; á quien dijo Vidriera que tenia las barbas de muladar overo. A otro, que traia las barbas por mitad blancas y negras, por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado á que le dijesen que mentia por la mitad de la barba.

Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir á la voluntad de sus padres, dió el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche ántes del dia del desposorio se fué, no al rio Jordan, como dicen las viejas, sino á la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve y la levantó de pez. Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo á sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habian mostrado; que no queria otro. Ellos le dijeron que aquel que tenia delante era el mismo que le habian mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trujo testigos cómo el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas, y que pues el presente no las tenia, no era él, y se llamaba á engaño. Atúvose á esto, corrióse el teñido, y deshízose el casamiento.

Con las dueñas tenia la misma ojeriza que con los escabechados; decia maravillas de su *permafoy*, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria; amohinábanle sus flaquezas de estómago, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar con más repulgos que sus tocas, y finalmente, su inutilidad y sus vainillas. Uno le dijo: «¿Qué es esto,

señor Licenciado, que os he oido decir mal de muchos oficios, y jamas lo habeis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir?» A lo cual respondió : «Aunque de vidrio, no soy tan frágil, que me deje ir con la corriente del vulgo, las más veces engañado. Paréceme á mí que la gramática de los murmuradores y el la, la, la de los que cantan, son los escribanos; porque, así como no se puede pasar á otras ciencias si no es por la puerta de la gramática, y como el músico, primero murmura que canta, así los maldicientes, por donde comienzan á mostrar la malignidad de sus lenguas, es por decir mal de los escribanos y alguaciles y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el del escribano, sin el cual andaria la verdad por el mundo á sombra de tejados, corrida y maltratada; y así dice el *Eclesiástico : In manu Dei potestas hominis est, et super faciem scribæ imponet honorem.* Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y no esclavos ni hijos de esclavos; legítimos, no bastardos ni de ninguna mala raza nacidos. Juran, secreto, fidelidad y que no harán escritura usuraria; que ni amistad ni enemistad, provecho ó daño les moverá á no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, ¿por qué se ha de pensar que de más de veinte mil escribanos que hay en España se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque, finalmente, digo que es la gente más necesaria que habia en las repúblicas bien ordenadas, y que si llevaban demasiados derechos, tambien hacian demasiados tuertos, y que destos dos extremos podia resultar un

medio, que les hiciese mirar por el virote.» De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio ó prenderte, ó sacarte la hacienda de casa, ó tenerte en la suya en guarda, y comer á tu costa. Tachaba la negligencia é ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos á los médicos, los cuales, que sane ó no sane el enfermo, ellos llevan su propina; y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan ó no salgan con el pleito que ayudan.

Preguntóle uno cuál era la mejor tierra. Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro: «No pregunto eso, sino que ¿cuál és mejor lugar, Valladolid ó Madrid?» Y respondió: «De Madrid los extremos, de Valladolid los medios.

—No lo entiendo», repitió el que se lo preguntaba; y dijo: «De Madrid cielo y suelo, de Valladolid los entresuelos.» Oyó Vidriera que dijo un hombre á otro que así como habia entrado en Valladolid habia caido su mujer muy enferma, porque la habia probado la tierra. A lo cual dijo Vidriera: «Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa.» De los músicos y de los correos de á pié decia que tenian las esperanzas y las suertes limitadas, porque los unos la acababan con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser músicos del Rey. De las damas que llaman cortesanas, decia que todas ó las más tenian más de corteses que de sanas. Estando un dia en una iglesia, vió que traian á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño y á velar á una mujer, todo á un mismo tiempo, y dijo que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen y las mujeres triunfan.

Picábale una vez una avispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero con todo eso, se quejaba. Preguntóle uno que cómo sentia aquella avispa, si era su cuerpo de vidrio, y respondió que aquella avispa debia de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio. Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes: «De ético, no se puede mover el padre.» Enojóse Vidriera y dijo: «Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere christos meos*»; y subiéndose más en cólera, dijo que mirasen en ello, y verian que de muchos santos que de pocos años á esta parte habia canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitan don Fulano, ni el secretario don Tal de don Tales, ni el Conde, Marqués ó Duque de tal parte, sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Decia que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila, que roen y menoscaban todas las de las otras aves que á ellas se juntan. De los gariteros y tahures decia milagros: decia que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese y que pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahur, que estaba toda una noche jugando y perdiendo, y con ser de condicion colérico y endemoniado, á trueco de que su contrario no se alzase, no descosia la boca, y sufria lo que un mártir de Barrabas. Alababa tambien las concien-

cias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian que en su casa se jugase otros juegos que polla y cientos; y con esto, á fuego lento, sin temor y nota de malsines, sacaban al cabo del mes más barato que los que consentian los juegos de estocada, del reparólo, siete y llevar, y pinta en la del punto. En resolucion, él decia tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban ó á él se arrimaban, por el hábito que traia, por la estrecheza de su comida, por el modo con que bebia, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los más cuerdos del mundo.

Dos años, ó poco más, duró en esta enfermedad; porque un religioso de la Orden de San Jerónimo, que tenia gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento y discurso; y así como le vió sano, le vistió como á letrado, y le hizo volver á la córte, adonde, con dar tantas muestras de cuerdo como las habia dado de loco, podia usar su oficio y hacerse famoso por él. Hízolo así, y llamándose el Licenciado Rueda, no Rodaja, volvió á la córte, donde apénas hubo entrado, cuando fué conocido de los muchachos; mas como le vieron en tan diferente hábito del que solia, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decian unos á otros: «¿Este no es el loco Vidriera? A fe que es él; ya viene cuerdo, pero tambien puede ser loco bien vestido como mal vestido: preguntémosle algo, y salgamos desta confusion.»

Todo esto oia el Licenciado, y callaba, y iba más confuso y más corrido que cuando estaba sin juicio.

Pasó el conocimiento de los muchachos á los hombres, y ántes que el Licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí más de docientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era más que de un catedrático, llegó al patio, donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban. El, viéndose con tanta turba á la redonda, alzó la voz y dijo : «Señores, yo soy el Licenciado Vidriera, pero no el que solia; soy ahora el Licenciado Rueda. Sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permision del cielo me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto; por las cosas que dicen que dije cuando loco, podeis considerar las que diré y haré cuando cuerdo. Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza, y adonde llevé segundo en licencias; de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dió el grado que tengo. Aquí he venido á este gran mar de la córte para abogar y ganar la vida; pero si no me dejais, habré venido á bogar y granjear la muerte; por amor de Dios, que no hagais que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo. Lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y vereis que el que os respondia bien, segun dicen, de improviso, os responderá mejor de pensado.» Escucháronle todos, y dejáronle algunos. Volvióse á su posada con poco ménos acompañamiento que habia llevado.

Salió otro dia, y fué lo mismo; hizo otro sermon, y no sirvió de nada. Perdia mucho y no ganaba cosa; y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la córte y volverse á

Flándes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podia valer de las de su ingenio; y poniéndolo en efeto, dijo, al salir de la córte: «¡Oh córte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos; sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos!» Esto dijo, y se fué á Flándes, donde la vida que habia comenzado á eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo el capitan Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.

FIN DEL LICENCIADO VIDRIERA.

LA FUERZA DE LA SANGRE.

Una noche de las calorosas del verano volvian de recrearse del rio, en Toledo, un anciano hidalgo, con su mujer, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años, y una criada. La noche era clara, la hora las once, el camino solo y el paso tardo, por no pagar con cansancio la pension que traen consigo las holguras que en el rio ó en la vega se toman en Toledo. Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad, venia el buen hidalgo con su honrada familia, léjos de pensar en desastre que sucederles pudiese; pero como las más de las desdichas que vienen no se piensan, contra todo su pensamiento les sucedió una, que les turbó la holgura y les dió que llorar muchos años.

Hasta veinte y dos tendria un caballero de aquella ciudad, á quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinacion torcida, la libertad demasiada y las compañías libres le hacian hacer cosas y tener atrevimientos que desdecian de su calidad y le daban renombre de atrevido. Este caballero, pues (que por ahora, por buenos respetos, encubriendo su nombre, le llamaremos con el de Rodolfo), con otros cuatro amigos

suyos, todos mozos, todos alegres y todos insolentes, bajaba por la misma cuesta que el hidalgo subia. Encontráronse los dos escuadrones, el de las ovejas con el de los lobos, y con deshonesta desenvoltura, Rodolfo y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre y de la hija y de la criada. Alborotóse el viejo, y reprochóles y afeóles su atrevimiento; ellos le respondieron con muecas y burla, y sin desmandarse á más, pasaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro que habia visto Rodolfo, que era el de Leocadia, que así quieren que se llamase la hija del hidalgo, comenzó de tal manera á imprimírsele en la memoria, que le llevó tras sí la voluntad, y despertó en él un deseo de gozarla, á pesar de todos los inconvenientes que sucederle pudiesen; y en un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de volver y robarla, por dar gusto á Rodolfo; que siempre los ricos que dan en liberales hallan quien canonice sus desafueros y califique por buenos sus malos gustos; y así, el nacer el mal propósito, el comunicarle, y el aprobarle, y el determinarse de robar á Leocadia, y el robarla, casi todo fué en un punto.

Pusiéronse los pañizuelos en los rostros, y desenvainadas las espadas, volvieron, y á pocos pasos alcanzaron á los que no habian acabado de dar gracias á Dios, que de las manos de aquellos atrevidos les habia librado. Arremetió Rodolfo con Leocadia, y cogiéndola en brazos, dió á huir con ella, la cual no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobresalto le quitó la voz para quejarse, y áun la luz de los ojos, pues desmayada y sin sentido, ni vió quién la llevaba ni adónde la llevaban. Dió voces su padre, gritó su madre, lloró su hermanico, arañóse la criada; pero ni las voces fueron oidas,

ni los gritos escuchados, ni movió á compasion el llanto, ni los araños fueron de provecho alguno; porque todo lo cubria la soledad del lugar y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malhechores. Finalmente, alegres se fueron los unos, y tristes se quedaron los otros. Rodolfo llegó á su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegaron á la suya lastimados, afligidos y desesperados: ciegos, sin los ojos de su hija, que eran la lumbre de los suyos; solos, porque Leocadia era su dulce y agradable compañía; confusos, sin saber si seria bien dar noticia de su desgracia á la justicia, temerosos no fuesen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra. Veíanse necesitados de favor, como hidalgos pobres; no sabian de quién quejarse, sino de su corta ventura.

Rodolfo, en tanto, sagaz y astuto, tenia ya en su casa y en su aposento á Leocadia, á la cual, puesto que sintió que iba desmayada cuando la llevaba, la habia cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la llevaba, ni la casa ni el aposento donde estaba, en el cual, sin ser visto de nadie, á causa que él tenia un cuarto aparte en la casa de su padre, que áun vivia, y tenia de su estancia la llave y las de todo el cuarto (inadvertencia de padres que quieren tener sus hijos recogidos), ántes que de su desmayo volviese Leocadia, habia cumplido su deseo Rodolfo; que los ímpetus no castos de la mocedad, pocas veces ó ninguna reparan en comodidades y requisitos que más los inciten y levanten.

Ciego de la luz del entendimiento, á escuras robó la mejor prenda de Leocadia; y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tiran más allá la bárra del término

del cumplimiento dellos, quisiera luego Rodolfo que de allí se desapareciera Leocadia, y le vino á la imaginacion de ponerla en la calle así desmayada como estaba; y yéndolo á poner en obra, sintió que volvia en sí, diciendo: «¿Adónde estoy, desdichada? ¿Qué escuridad es ésta? ¿Qué tinieblas me rodean? ¿Estoy en el limbo de mi inocencia ó en el infierno de mis culpas? ¡Jesus! ¿Quién me toca? ¿Yo en cama? ¿Yo lastimada? ¿Escuchaisme, madre y señora mia? ¿Oisme, querido padre? ¡Ay, sin ventura de mí! que bien advierto que mis padres no me escuchan y que mis enemigos me tocan. Venturosa seria yo si esta escuridad durase para siempre, sin que mis ojos volviesen á ver la luz del mundo, y que este lugar donde ahora estoy, cualquiera que él fuese, sirviese de sepultura á mi honra, pues es mejor la deshonra que se ignora, que la honra que está puesta en opinion de las gentes. Ya me acuerdo (¡que nunca yo me acordara!) que há poco que venia en la compañía de mis padres, ya me acuerdo que me saltearon, ya me imagino y veo que no es bien que me vean las gentes. ¡Oh, tú, cualquiera que seas, que aquí estás conmigo (y en esto tenia asido de las manos á Rodolfo), si es que tu alma admite género de ruego alguno, te ruego que ya que has triunfado de mi fama, triunfes tambien de mi vida; quítamela al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra! Mira que el rigor de la crueldad que has usado conmigo en ofenderme, se templará con la piedad que usarás en matarme; y así, en un mismo punto vendrás á ser cruel y piadoso conmigo.

Confuso dejaron las razones de Leocadia á Rodolfo, y como mozo poco experimentado, ni sabia qué decir ni qué

hacer; cuyo silencio admiraba más á Leocadia, la cual con las manos procuraba desengañarse si era fantasma ó sombra el que con ella estaba; pero como tocaba cuerpo, y se le acordaba de la fuerza que se le habia hecho viniendo con sus padres, caia en la verdad del cuento de su desgracia; y con este pensamiento, tornó á añudar las razones que los muchos sollozos y suspiros habian interrumpido, diciendo: «Atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho, con sólo que me prometas y jures que, como la has cubierto con esta escuridad, la cubrirás con perpétuo silencio, sin decirla á nadie. Poca recompensa te pido de tan grande agravio; pero para mí será la mayor que yo sabré pedirte, ni tú querrás darme. Advierte en que yo nunca he visto tu rostro, ni quiero vértele, porque ya que se me acuerde de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor ni guardar en la memoria la imágen del autor de mi daño; entre mí y el cielo pasarán mis quejas, sin querer que las oiga el mundo, el cual no juzga por los sucesos las cosas, sino conforme á él se le asienta en la estimacion. No sé cómo te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos y en el discurso de muchos años, no llegando los mios á diez y siete; por do me doy á entender que el dolor de una misma manera ata y desata la lengua del afligido, unas veces exagerando su mal, para que se le crean, otras veces no diciéndole, porque no se le remedien: de cualquiera manera, que yo calle ó hable, creo que he de moverte á que me creas ó que me remedies, pues el no creerme será ignorancia, y el remediarme imposible de tener algun alivio. No quiero desesperarme, porque te costará poco el dármele, y es éste:

mira, no aguardes ni confies que el discurso del tiempo temple la justa saña que contra tí tengo, ni quieras amontonar los agravios; miéntras ménos me gozares, y habiéndome ya gozado, ménos se encenderán tus malos deseos; haz cuenta que me ofendiste por accidente, sin dar lugar á ningun buen discurso; yo la haré de que no nací en el mundo, ó que si nací, fué para ser desdichada. Ponme luego en la calle, ó á lo ménos junto á la Iglesia Mayor, porque desde allí bien sabré volverme á mi casa; pero tambien has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntarme el nombre de mis padres, ni el mio, ni el de mis parientes, que á ser tan ricos como nobles, no fueran en mí tan desdichados. Respóndeme á esto, y si temes que te pueda conocer en la habla, hágote saber que, fuera de mi padre y de mi confesor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y á pocos he oido hablar en tanta comunicacion, que pueda distinguirles por el sonido de la habla.»

La respuesta que dió Rodolfo á las discretas razones de la lastimada Leocadia no fué otra que abrazarla, dando muestras que queria volver á confirmar, en él su gusto, y en ella su deshonra. Lo cual visto por Leocadia, con más fuerzas de las que su tierna edad prometia, se defendió con los piés, con las manos, con los dientes y con la lengua, diciéndole: «Haz cuenta, traidor y desalmado hombre, quien quiera que seas, que los despojos que de mí has llevado son los que pudiste tomar de un tronco ó de una coluna sin sentido, cuyo vencimiento y triunfo ha de redundar en tu infamia y menosprecio; pero el que ahora pretendes no le has de alcanzar sino con mi muerte. Desmayada me pisaste y aniquilaste; mas ahora, que tengo bríos, ántes podrás ma-

tarme que vencerme; que si ahora despierta, sin resistencia concediese con tan abominable gusto, podrias imaginar que mi desmayo fué fingido cuando te atreviste á destruirme.» Finalmente, tan gallarda y porfiadamente se resistió Leocadia, que las fuerzas y los deseos de Rodolfo se enflaquecieron; y como la insolencia que con Leocadia habia usado no tuvo otro principio que de un ímpetu lascivo, del cual nunca nace el verdadero amor, que permanece, en lugar del ímpetu, que se pasa, quedó en él, si no el arrepentimiento, á lo ménos una tibia voluntad de segundalle.

Frio, pues, y cansado Rodolfo, sin hablar palabra alguna, dejó á Leocadia en su cama y en su casa, y cerrando el aposento, se fué á buscar á sus camaradas, para aconsejarse con ellos de lo que hacer debia. Sintió Leocadia que quedaba sola y encerrada, y levantándose del lecho, anduvo todo el aposento, tentando las paredes con las manos, por ver si hallaba puerta por do irse ó ventana por do arrojarse. Halló la puerta, pero bien cerrada, y topó una ventana, que pudo abrir, por donde entró el resplandor de la luna, tan claro, que pudo distinguir Leocadia las colores de unos damascos que el aposento adornaban. Vió que era dorada la cama, y tan ricamente compuesta, que más parecia lecho de príncipe que de algun particular caballero; contó las sillas y los escritorios, notó la parte donde la puerta estaba, y aunque vió pendientes de las paredes algunas tablas, no pudo alcanzar á ver las pinturas que contenian. La ventana era grande, guarnecida y guardada de una gruesa reja; la vista caia á un jardin, que tambien se cerraba con paredes altas; dificultades que se opusieron á la intencion que de arrojarse á la calle tenia. Todo lo que vió y notó de la capacidad y ricos ador-

nos de aquella estancia, le dió á entender que el dueño della debia de ser hombre principal y rico, y no como quiera, sino aventajadamente. En un escritorio que estaba junto á la ventana vió un crucifijo pequeño todo de plata, el cual tomó y se le puso en la manga de la ropa, no por devocion ni por hurto, sino llevada de un discreto designio suyo; hecho esto, cerró la ventana como ántes estaba, y volvióse al lecho, esperando qué fin tendria el mal principio de su suceso.

No habria pasado, á su parecer, media hora, cuando sintió abrir la puerta del aposento, y que á ella se llegó una persona, y sin hablarle palabra, con un pañuelo le vendó los ojos, y tomándola del brazo, la sacó fuera de la estancia, y sintió que volvia á cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el cual, aunque habia ido á buscar á sus camaradas, no quiso hallarlos, pareciéndole que no le estaba bien hacerlos testigos de lo que con aquella doncella habia pasado; ántes se resolvió en decirles que, arrepentido del mal hecho y movido de sus lágrimas, la habia dejado en la mitad del camino. Con este acuerdo, volvió tan presto á poner á Leocadia junto á la Iglesia Mayor, como ella se lo habia pedido, ántes que amaneciese, y el dia le estorbase de echarla, y le forzase á tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el cual espacio de tiempo, ni él queria volver á usar de sus fuerzas, ni dar ocasion á ser conocido. Llevóla, pues, hasta la plaza que llaman de Ayuntamiento, y allí, en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana, le dijo que seguramente podia irse á su casa, porque de nadie seria seguida; y ántes que ella tuviese lugar de quitarse el pañuelo, ya él se habia puesto en parte donde no pudiese ser visto.

Quedó sola Leocadia, quitóse la venda, reconoció el lugar donde la dejaron, miró á todas partes, no vió á persona; pero sospechosa que desde léjos la siguiesen, á cada paso se detenia, dándolos hácia su casa, que no muy léjos de allí estaba; y por desmentir las espías, si acaso la seguian, se entró en una casa que halló abierta, y de allí á poco se fué á la suya, donde halló á sus padres atónitos y sin desnudarse, y áun sin tener pensamiento de tomar descanso alguno. Cuando la vieron, corrieron á ella con los brazos abiertos, y con lágrimas en los ojos la recibieron. Leocadia, llena de sobresalto y alboroto, hizo á sus padres que se retirasen con ella aparte, como lo hicieron, y allí en breves palabras les dió cuenta de todo su desastrado suceso, con todas las circunstancias dél, y de la ninguna noticia que traia del salteador y robador de su honra; díjoles lo que habia visto en el teatro donde se representó la tragedia de su desventura: la ventana, el jardin, la reja, los escritorios, la cama, los damascos, y á lo último les mostró el crucifijo que habia traido, ante cuya imágen se renovaron las lágrimas, se hicieron deprecaciones, se pidieron venganzas y desearon milagrosos castigos. Dijo asimismo que aunque ella no deseaba venir en conocimiento de su ofensor, que si á sus padres les parecia ser bien conocerle, que por medio de aquella imágen podrian, haciendo que los sacristanes dijesen en los púlpitos de todas las parroquias de la ciudad, que el que hubiese perdido tal imágen la hallaria en poder del religioso que ellos señalasen; y que así, sabiendo el dueño de la imágen, se sabria la casa y áun la persona de su enemigo.

A esto replicó el padre: «Bien habias dicho, hija, si la malicia ordinaria no se opusiera á tu discreto discurso, pues

está claro que esta imágen hoy en este dia se ha de echar ménos en el aposento que dices, y el dueño della ha de tener por cierto que la persona que con él estuvo se la llevó; y de llegar á su noticia que la tiene algun religioso, ántes ha de servir de conocer quién se la dió al tal que la tiene, que no de declarar el dueño que la perdió; porque puede hacer que venga por ella otra, á quien el dueño haya dado las señas; y siendo esto así, ántes quedaremos confusos que informados, puesto que podamos usar del mismo artificio que sospechamos, dándola al religioso por tercera persona. Lo que has de hacer, hija, es guardarla y encomendarte á ella; que pues ella fué testigo de tu desgracia, permitirá que haya juez que vuelva por tu justicia; y advierte, hija, que más lastima una onza de deshonra pública que una arroba de infamia secreta; y pues puedes vivir honrada con Dios en público, no te pene de estar deshonrada contigo en secreto. La verdadera deshonra está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud; con el dicho, con el deseo y con la obra se ofende á Dios; y pues tú ni en dicho ni en pensamiento ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamas te mire sino como verdadero padre tuyo.» Con estas prudentes razones consoló su padre á Leocadia; y abrazándola de nuevo su madre, procuró tambien consolarla. Ella gimió y lloró de nuevo, y se redujo á cubrir la cabeza, como dicen, y á vivir recogidamente, debajo del amparo de sus padres, con vestido tan honesto como pobre.

Rodolfo en tanto, vuelto á su casa, echando ménos la imágen del crucifijo, imaginó quién podia haberla llevado; pero no se le dió nada, y como rico, no hizo cuenta dello, ni sus

padres se la pidieron cuando de allí á tres dias, que él se partió á Italia, entregó por cuenta á una camarera de su madre todo lo que en el aposento dejaba. Muchos dias habia que tenia Rodolfo determinado de pasar á Italia, y su padre, que habia estado en ella, se lo persuadia, diciéndole que no eran caballeros los que solamente lo eran en su patria; que era menester serlo tambien en las ajenas. Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dió crédito de muchos dineros para Barcelona, Génova, Roma y Nápoles; y él, con dos de sus camaradas, se partió luego, goloso de lo que habia oido decir á algunos soldados de la abundancia de las hosterías de Italia y Francia, y de la libertad que en los alojamientos tenian los españoles. Sonábale bien aquel: *Eco li buoni polastri, picioni, presuto et salcicie*, con otros nombres deste jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquellas partes vienen á éstas, y pasan por la estrecheza é incomodidades de las ventas y mesones de España. Finalmente, él se fué con tan poca memoria de lo que con Leocadia le habia sucedido, como si nunca hubiera pasado.

Ella en este entretanto pasaba la vida en casa de sus padres con el recogimiento posible, sin dejar verse de persona alguna, temerosa que su desgracia se la habian de leer en la frente. Pero á pocos meses vió serle forzoso hacer por fuerza lo que hasta allí de grado hacia: vió que le convenia vivir retirada y escondida, porque se sintió preñada; suceso por el cual las en algun tanto olvidadas lágrimas volvieron á sus ojos, y los suspiros y lamentos comenzaron de nuevo á herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre á consolarla. Voló el tiempo, y llegóse el punto del

parto, y con tanto secreto, que áun no se osó fiar de la partera. Usurpando este oficio la madre, dió á la luz del mundo un niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato y secreto que habia nacido, le llevaron á una aldea, donde se crió cuatro años, al cabo de los cuales, con nombre de sobrino, le trujo su abuelo á su casa, donde se criaba, si no muy rica, á lo ménos muy virtuosamente.

Era el niño (á quien pusieron nombre Luis, por llamarse así su abuelo) de rostro hermoso, de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hacer, daba señales de ser de algun noble padre engendrado; y de tal manera su gracia, belleza y discrecion enamoraron á sus abuelos, que vinieron á tener por dicha la desdicha de su hija, por haberles dado tal nieto. Cuando iba por la calle llovian sobre él millares de bendiciones: unos bendecian su hermosura, otros la madre que le habia parido; éstos el padre que le engendró, aquellos á quien tan bien criado le criaba. Con este aplauso de los que le conocian y no conocian, llegó el niño á la edad de siete años, en la cual ya sabia leer latin y romance, y escribir formada y muy buena letra; porque la intencion de sus abuelos era hacerle virtuoso y sabio, ya que no le podian hacer rico; como si la sabiduría y la virtud no fuesen las riquezas sobre quien no tienen jurisdicion los ladrones ni la que llaman fortuna.

Sucedió, pues, que un dia que el niño fué con un recaudo de su abuela á una parienta suya, acertó á pasar por una calle donde habia carrera de caballeros: púsose á mirar, y por mejorarse de puesto, pasó de una parte á otra á tiempo que no pudo huir de ser atropellado de un caballo, á cuyo

dueño no fué posible detenerle en la furia de su carrera : pasó por encima dél, y dejóle como muerto, tendido en el suelo, derramando mucha sangre de la cabeza. Apénas esto hubo sucedido, cuando un caballero anciano, que estaba mirando la carrera, con no vista ligereza se arrojó de su caballo y fué donde estaba el niño, y quitándole de los brazos de uno que ya le tenia, le puso en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas ni con su autoridad, que era mucha, á paso largo se fué á su casa, ordenando á sus criados que le dejasen, y fuesen á buscar un cirujano que al niño curase. Muchos caballeros le siguieron, lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luego salió la voz que el atropellado era Luisico, el sobrino de tal caballero, nombrando á su abuelo. Esta voz corrió de boca en boca, hasta que llegó á los oidos de sus abuelos y de su encubierta madre, los cuales, certificados bien del caso, como desatinados y locos salieron á buscar á su querido; y por ser tan conocido y tan principal el caballero que le habia llevado, muchos de los que encontraron les dijeron su casa, á la cual llegaron á tiempo que ya estaba el niño en poder del cirujano.

El caballero y su mujer, dueños de la casa, pidieron á los que pensaron ser sus padres que no llorasen ni alzasen la voz á quejarse, porque no le seria al niño de ningun provecho. El cirujano, que era famoso, habiéndole curado con grandísimo tiento y maestría, dijo que no era tan mortal la herida como él al principio habia temido. En la mitad de la cura volvió Luis en su acuerdo, que hasta allí habia estado sin él, y alegróse en ver á sus tios, los cuales le preguntaron, llorando, que cómo se sentia. Respondió que bueno, sino que le dolia mucho el cuerpo y la cabeza. Mandó el médi-

co que no hablasen con él, sino que le dejasen reposar; hízose así, y su abuelo comenzó á agradecer al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino habia usado. A lo cual respondió el caballero que no tenia que agradecerle, porque le hacia saber que cuando vió al niño caido y atropellado, le pareció que habia visto el rostro de un hijo suyo, á quien él queria tiernamente, y que esto le movió á tomarle en sus brazos y traerle á su casa, donde estaria todo el tiempo que la cura durase, con el regalo que fuese posible y necesario. Su mujer, que era una noble señora, dijo lo mismo, y hizo aún más encarecidas promesas.

Admirados quedaron de tanta cristiandad los abuelos; pero la madre quedó más admirada, porque habiendo con las nuevas del cirujano sosegádose algun tanto su alborotado espíritu, miró atentamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente por muchas señales conoció que aquella era la estancia do se habia dado fin á su honra y principio á su desventura; y aunque no estaba adornada de los damascos que entónces tenia, conoció la disposicion della, vió la ventana de la reja que caia al jardin, y por estar cerrada, á causa del herido, preguntó si aquella ventana respondia á algun jardin, y fuéle respondido que sí; pero lo que más conoció fué que aquella era la misma cama que tenia por tumba de su sepultura; y más, que el propio escritorio, sobre el cual estaba la imágen que habia traido, se estaba en el mismo lugar. Finalmente, sacaron á luz la verdad de todas sus sospechas los escalones, que ella habia contado cuando la sacaron del aposento, tapados los ojos; digo, los escalones que habia desde allí á la calle, que con advertencia discreta contó; y cuando volvió á su casa, de-

jando á su hijo, los volvió á contar y halló cabal el número; y confiriendo unas señales con otras, de todo punto certificó por verdadera su imaginacion, de la cual dió por extenso cuenta á su madre, que como discreta, se informó si el caballero donde su nieto estaba, habia tenido ó tenia algun hijo, y halló que el que llamamos Rodolfo lo era, y que estaba en Italia; y tanteando el tiempo que le dijeron que habia faltado de España, vió que eran los mismos siete años que el nieto tenia.

Dió aviso de todo esto á su marido, y entre los dos y su hija acordaron de esperar lo que Dios hacia del herido, el cual dentro de quince dias estuvo fuera de peligro, y á los treinta se levantó, en todo el cual tiempo fué visitado de la madre y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa como si fuera su mismo hijo; y algunas veces, hablando con Leocadia doña Estefanía, que así se llamaba la mujer del caballero, le decia que aquel niño se parecia tanto á un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba, que no le pareciese ver á su hijo delante. De estas razones tomó ocasion de decirle una vez que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres habia determinado de decirle, que fueron éstas ú otras semejantes.

«El dia, señora, que mis padres oyeron decir que su sobrino estaba tan mal parado, creyeron y pensaron que se les habia cerrado el cielo y caido todo el mundo á cuestas: imaginaron que ya les faltaba la lumbre de sus ojos y el báculo de su vejez, faltándoles este sobrino, á quien ellos quieren con amor de tal manera, que con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres á sus propios hijos; mas como decirse suele que cuando Dios da la llaga da la me-

dicina, la halló el niño en esta casa, y yo en ella el acuerdo de unas memorias, que no las podré olvidar miéntras la vida me durare. Yo, señora, soy noble, porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una medianía de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente donde quiera que han vivido...»

Admirada y suspensa estaba doña Estefanía, escuchando las razones de Leocadia, y no podia creer, aunque lo veia, que tanta discrecion pudiese encerrarse en tan pocos años, puesto que, á su parecer, la juzgaba por de veinte, poco más ó ménos; y sin decirle ni replicarle palabra, esperó todas las que quiso decirle, que fueron aquellas que bastaron para contarle la travesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el traerla á aquel aposento, las señales en que habia conocido ser aquel mismo que sospechaba; para cuya confirmacion sacó del pecho la imágen del crucifijo que habia llevado, á quien dijo : «Tú, Señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé juez de la enmienda que se me debe hacer : de encima de aquel escritorio te llevé, con propósito de acordarte siempre mi agravio, no para pedirte venganza dél, que no la pretendo, sino para rogarte me dieses algun consuelo con que llevar en paciencia mi desgracia.

»Este niño, señora, con quien habeis mostrado el extremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto. Permision fué del cielo el haberlo atropellado, para que, trayéndole á vuestra casa, hallase yo en ella, como espero que he de hallar, si no el remedio que mejor convenga con mi desventura, á lo ménos el medio con que pueda sobrellevarla.» Diciendo esto, abrazada con el crucifijo, cayó desmayada

en los brazos de Estefanía, la cual, en fin, como mujer y noble, en quien la compasion y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apénas vió el desmayo de Leocadia, cuando juntó su rostro con el suyo, derramando sobre él tantas lágrimas, que no fué menester esparcirle otra agua encima para que Leocadia en sí volviese.

Estando las dos desta manera, acertó á entrar el caballero, marido de Estefanía, que traia á Luisico de la mano, y viendo el llanto de Estefanía y el desmayo de Leocadia, preguntó á gran priesa le dijesen la causa de do procedia. El niño abrazaba á su madre por su prima, y á su abuela por su bienhechora, y asimismo preguntaba por qué lloraban. «Grandes cosas, señor, hay que deciros, respondió Estefanía á su marido, cuyo remate se acabará con deciros que hagais cuenta que esta desmayada es hija vuestra, y este niño vuestro nieto. Esta verdad que os digo me ha dicho esta niña, y la ha confirmado y confirma el rostro deste niño, en el cual entrambos habemos visto el de nuestro hijo.

—Si más no os declarais, señora, yo no os entiendo», replicó el caballero. En esto volvió en sí Leocadia, y abrazada del crucifijo, parecia estar convertida en un mar de llanto; todo lo cual tenia puesto en gran confusion al caballero, de la cual salió, contándole su mujer todo aquello que Leocadia le habia contado, y él lo creyó por divina permision del cielo, como si con muchos y verdaderos testigos se lo hubieran probado.

Consoló y abrazó á Leocadia, besó á su nieto, y aquel mismo dia despacharon un correo á Nápoles, avisando á su hijo se viniese luego, porque le tenian concertado casamiento con una mujer hermosa sobremanera, y tal cual para él

convenia. No consintieron que Leocadia ni su hijo volviesen más á la casa de sus padres, los cuales, contentísimos del buen suceso de su hija, daban infinitas gracias á Dios por ello. Llegó el correo á Nápoles, y Rodolfo, con la golosina de gozar tan hermosa mujer como su padre le significaba, de allí á dos dias que recibió la carta, ofreciéndosele ocasion de cuatro galeras que estaban á punto de venir á España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas, que áun no le habian dejado, y con próspero suceso, en doce dias llegó á Barcelona, y de allí por la posta en otros siete se puso en Toledo, y entró en casa de su padre, tan galan y tan bizarro, que los extremos de la gala y de la bizarría estaban en él todos juntos. Alegráronse sus padres con la salud y bienvenida de su hijo. Suspendióse Leocadia, que de parte escondida le miraba, por no salir de la traza y órden que doña Estefanía le habia dado. Los camaradas de Rodolfo quisieran irse á sus casas luego, pero no lo consintió Estefanía, por haberlos menester para su designio.

Estaba cerca la noche cuando Rodolfo llegó, y en tanto que se aderezaba la cena, Estefanía llamó aparte los camaradas de su hijo, creyendo sin duda alguna que ellos debian de ser los dos de los tres que Leocadia habia dicho que iban con Rodolfo la noche que la robaron, y con grandes ruegos les pidió le dijesen si se acordaban que su hijo habia robado á una mujer tal noche, tantos años habia; porque el saber la verdad desto importaba la honra y el sosiego de todos sus parientes; y con tales y tantos encarecimientos se lo supo rogar, y de tal manera les asegurar que de descubrir este robo no les podia suceder daño alguno, que ellos tuvieron por bien de confesar ser verdad que una noche de

verano, yendo ellos dos y otro amigo con Rodolfo, robaron en la misma que ella señalaba, á una muchacha, y que Rodolfo se habia venido con ella miéntras ellos detenian á la gente de su familia, que con voces la querian defender, y que otro dia les habia dicho Rodolfo que la habia llevado á su casa; y sólo esto era lo que podian responder á lo que les preguntaban.

La confesion destos dos fué echar la llave á todas las dudas que en tal caso se podian ofrecer; y así determinó de llevar al cabo su buen pensamiento, que fué éste. Poco ántes que se sentasen á cenar, se entró en un aposento á solas su madre con Rodolfo, y poniéndole un retrato en las manos, le dijo: «Yo quiero, Rodolfo hijo, darte una gustosa cena con mostrarte á tu esposa; éste es su verdadero retrato, pero quiérote advertir que lo que le falta de belleza le sobra de virtud: es noble y discreta y medianamente rica, y pues tu padre y yo te la hemos escogido, asegúrote que es la que te conviene.»

Atentamente miró Rodolfo el retrato, y dijo: «Si los pintores, que ordinariamente suelen ser pródigos de la hermosura con los rostros que retratan, lo han sido tambien con éste, sin duda creo que el original debe de ser la misma fealdad; á la fe, señora y madre mia, justo es y bueno que los hijos obedezcan á sus padres en cuanto les mandaren, pero tambien es conveniente y mejor que los padres den á sus hijos el estado de que más gustaren; y pues el del matrimonio es nudo que no le desata sino la muerte, bien será que sus lazos sean iguales y de unos mismos hilos fabricados. La virtud, la nobleza, la discrecion y los bienes de la fortuna bien pueden alegrar el entendimiento de aquel á

quien le cupieron en suerte con su esposa; pero que la fealdad della alegre los ojos del esposo, paréceme imposible. Mozo soy, pero bien se me entiende que se compadece con el sacramento del matrimonio el justo y debido deleite que los casados gozan, y que si él falta, cojea el matrimonio y desdice de su segunda intencion. Pues pensar que un rostro feo, que se ha de tener á todas horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa y en la cama, pueda deleitar, otra vez digo que lo tengo por casi imposible. Por vida de vuesa merced, madre mia, que me dé compañera que me entretenga y no enfade; porque, sin torcer á una ó á otra parte, igualmente y por camino derecho llevemos ambos á dos el yugo donde el cielo nos pusiere. Si esta señora es noble, discreta y rica, como vuesa merced dice, no le faltará esposo que sea de diferente humor que el mio : unos hay que buscan nobleza, otros discrecion, otros dineros, y otros hermosura, y yo soy destos últimos; porque nobleza, gracias al cielo y á mis pasados y á mis padres, ellos me la dejaron por herencia; discrecion, como una mujer no sea necia, tonta ó boba, bástale que ni por aguda despunte ni por boba no aproveche; de las riquezas, tambien las de mis padres me hacen no estar temeroso de venir á ser pobre : la hermosura busco, la belleza quiero, no con otra dote que con la de la honestidad y buenas costumbres; que si esto trae mi esposa, yo serviré á Dios con gusto y daré buena vejez á mis padres.»

Contentísima quedó su madre de las razones de Rodolfo, por haber conocido por ellas que iba saliendo bien con su designio : respondióle que ella procuraria casarle conforme su deseo; que no tuviese pena alguna; que era fácil des-

hacerse los conciertos que de casarle con aquella señora estaban hechos. Agradecióselo Rodolfo, y por ser llegada la hora de cenar, se fueron á la mesa; y habiéndose ya sentado á ella el padre y la madre, Rodolfo y sus dos camaradas, dijo doña Estefanía al descuido : «¡Pecadora de mí, y qué bien que trato á mi huéspeda! Andad vos, dijo á un criado, decid á la señora doña Leocadia que sin entrar en cuentas con su mucha honestidad, nos venga á honrar esta mesa, que los que á ella están todos son mis hijos y sus servidores.»

Todo esto era traza suya, y de todo lo que habia de hacer estaba avisada y advertida Leocadia. Poco tardó en salir Leocadia, y dar de sí la improvisa y más hermosa muestra que pudo dar jamas compuesta y natural hermosura. Venia vestida, por ser invierno, de una saya entera de terciopelo negro, llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes; sus mismos cabellos, que eran luengos y no demasiadamente rubios, le servian de adorno y tocas, cuya invencion de lazos y rizos, y vislumbres de diamantes que con ellos se entretejian, turbaban la luz de los ojos que los miraban. Era Leocadia de gentil disposicion y brío; traia de la mano á su hijo, y delante della venian dos doncellas, alumbrándola con dos velas de cera en dos candeleros de plata. Levantáronse todos á hacerla reverencia, como si fuera alguna cosa del cielo que allí milagrosamente se habia aparecido. Ninguno de los que allí estaban embebecidos mirándola, parece que, de atónitos, no acertaron á decirle palabra. Leocadia con airosa gracia y discreta crianza se humilló á todos, y tomándola de la mano Estefanía, la sentó junto á sí, frontero de Rodolfo. Al niño sentaron junto á su abuelo.

Rodolfo, que desde más cerca miraba la incomparable belleza de Leocadia, decia entre sí: «Si la mitad desta hermosura tuviera la que mi madre me tiene escogida por esposa, tuviérame yo por el más dichoso hombre del mundo. ¡Válame Dios! ¡qué es esto que veo! ¿es por ventura algun ángel humano el que estoy mirando?» Y en esto se le iba entrando por los ojos, á tomar posesion de su alma, la hermosa imágen de Leocadia, la cual, en tanto que la cena venia, viendo tambien tan cerca de sí al que ya queria más que á la luz de los ojos con que alguna vez á hurto le miraba, comenzó á revolver en su imaginacion lo que con Rodolfo habia pasado. Comenzaron á enflaquecerse en su alma las esperanzas que de ser su esposo su madre le habia dado, temiendo que á la cortedad de su ventura habian de corresponder las promesas de su madre. Consideraba cuán cerca estaba de ser dichosa ó sin dicha para siempre; y fué la consideracion tan intensa y los pensamientos tan revueltos, que le apretaron el corazon de manera, que comenzó á sudar y á perderse de color en un punto, sobreviniéndole un desmayo, que le forzó á reclinar la cabeza en los brazos de doña Estefanía, que como así la vió, con turbacion la recibió en ellos. Sobresaltáronse todos, y dejando la mesa, acudieron á remediarla; pero el que dió más muestra de sentirlo fué Rodolfo, pues por llegar presto á ella, tropezó y cayó dos veces. Ni por desabrocharla ni echarla agua en el rostro volvia en sí; ántes el levantado pecho y el pulso, que no se le hallaban, iban dando precisas señales de su muerte, y las criadas y criados de casa, como ménos considerados, dieron voces y la publicaron por muerta. Estas amargas nuevas llegaron á los oidos de los padres de Leo-

cadia, que para más gustosa ocasion los tenia doña Estefanía escondidos; los cuales, con el cura de la parroquia, que asimismo con ellos estaba, rompiendo el órden de Estefanía, salieron á la sala.

Llegó el cura presto, por ver si por algunas señales daba indicios de arrepentirse de sus pecados, para absolverla dellos; y donde pensó hallar un desmayado, halló dos, porque ya estaba Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia. Dióle su madre lugar que á ella llegase, como á cosa que habia de ser suya; pero cuando vió que tambien estaba sin sentido, estuvo á pique de perder el suyo, y le perdiera, si no viera que Rodolfo tornaba en sí, como volvió, corrido de que le hubiesen visto hacer tan extremados extremos; pero su madre, casi como adivina de lo que su hijo sentia, le dijo: «No te corras, hijo, de los extremos que has hecho, sino córrete de los que no hicieres cuando sepas lo que no quiero tenerte más encubierto, puesto que pensaba dejarlo hasta más alegre coyuntura. Has de saber, hijo de mi alma, que esta desmayada que en los brazos tengo, es tu verdadera esposa; llamo verdadera, porque yo y tu padre te la teniamos escogida; que la del retrato es falsa.»

Cuando esto oyó Rodolfo, llevado de su amoroso y encendido deseo, y quitándole el nombre de esposo todos los estorbos que la honestidad y decencia del lugar le podian poner, se abalanzó al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la della, estaba como esperando que se le saliese el alma, para darle acogida en la suya. Pero cuando más las lágrimas de todos por la lástima crecian, y por el dolor las voces se aumentaban, y los cabellos y barbas de la madre y padre de Leocadia, arrancados, venian á ménos, y los gritos de su

hijo penetraban los cielos, volvió en sí Leocadia, y con su vuelta volvió la alegría y el contento, que de los pechos de los circunstantes se habia ausentado.

Hallóse Leocadia entre los brazos de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerza desasirse dellos; pero él le dijo: «No, señora, no ha de ser así; no es bien que pugneis por apartaros de los brazos de aquel que os tiene en el alma.» A esta razon acabó de todo en todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y acabó doña Estefanía de no llevar más adelante su determinacion primera; diciendo al cura que luego desposase á su hijo con Leocadia. El lo hizo así; que por haber sucedido este caso en tiempo cuando, con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias y prevenciones justas y santas que ahora se usan, quedaba hecho el matrimonio, no hubo dificultad que impidiese el desposorio; el cual hecho, déjese á otra pluma y á otro ingenio más delicado que el mio el contar la alegría universal de todos los que en él se hallaron; los abrazos que los padres de Leocadia dieron á Rodolfo, las gracias que dieron al cielo y á sus padres, los ofrecimientos de las partes, la admiracion de los camaradas de Rodolfo, que tan impensadamente vieron, la misma noche de su llegada, tan hermoso desposorio, y más cuando supieron, por contarlo delante de todos doña Estefanía, que Leocadia era la doncella que en su compañía su hijo habia robado, de que no ménos suspenso quedó Rodolfo; y por certificarse más de aquella verdad, preguntó á Leocadia le dijese alguna señal por donde viniese en conocimiento entero de lo que no dudaba, por parecerle que sus padres lo tendrian bien averiguado.

Ella le respondió: «Cuando yo recordé y volví en mí de

otro desmayo, me hallé, señor, en vuestros brazos sin honra; pero yo lo doy por bien empleado, pues al volver del que ahora he tenido, asimismo me hallé en los brazos del de entónces, pero honrada; y si esta señal no basta, baste la de una imágen de un crucifijo, que nadie os la pudo hurtar sino yo, si es que por la mañana le echastes ménos, y si es el mismo que tiene mi señora...

—Vos lo sois de mi alma, y lo sereis los años que Dios ordenare, bien mio»; y abrazándola de nuevo, de nuevo volvieron las bendiciones y los parabienes que les dieron.

Vino la cena, y vinieron músicos que para esto estaban prevenidos. Vióse Rodolfo á sí mismo en el espejo del rostro de su hijo; lloraron sus cuatro abuelos de gusto; no quedó rincon en toda la casa que no fuese visitado del júbilo, del contento y de la general alegría; y aunque la noche volaba con sus ligeras y negras alas, le parecia á Rodolfo que iba y caminaba, no con alas, sino con muletas : tan grande era el deseo de verse á solas con su querida esposa.

Llegóse, en fin, la hora deseada, porque no hay fin que no le tenga. Fuéronse á acostar todos; quedó toda la casa sepultada en silencio, en el cual no quedará la verdad deste cuento, pues no lo consentirán los muchos hijos y la ilustre descendencia que en Toledo dejaron, y agora viven, estos dos venturosos desposados, que muchos y felices años gozaron de sí mismos, de sus hijos y de sus nietos, permitido todo por el cielo y por *La Fuerza de la Sangre*, que vió derramada en el suelo el valeroso, ilustre y cristiano abuelo de Luisico.

FIN DE LA FUERZA DE LA SANGRE.

EL CELOSO EXTREMEÑO.

No há muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual, como un otro pródigo, por diversas partes de España, Italia y Flándes anduvo gastando, así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio), vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose pues tan falto de dineros, y áun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño comun de muchos y remedio particular de pocos. En fin, llegado el tiempo en que una flota se partia para Tierra-Firme, acomodándose con el almirante della, aderezó su matalotaje y su mortaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendicion á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al

viento, que blando y próspero soplaba; el cual en pocas horas les encubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Océano.

Iba nuestro pasajero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinacion habia pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida habia tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolucion de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con más recato que hasta allí con las mujeres. La flota estaba como en calma cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales, que éste es el nombre del que ha dado materia á nuestra novela. Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navíos, que no dejó á nadie en sus asientos; y así le fué forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viaje le ofrecia, el cual fué tan próspero, que sin recebir algun reves ni contraste, llegaron al puerto de Cartagena. Y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenia Felipe, cuando pasó á las Indias, seria de cuarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia, alcanzó á tener más de ciento y cincuenta mil pesos ensayados.

Viéndose pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecian, dejando el Perú, donde habia granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes, se volvió

á España: desembarcó en Sanlúcar; llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas; sacó sus partidas sin zozobras; buscó sus amigos, hallólos todos muertos; quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningun pariente le habia dejado la muerte; y si cuando iba á Indias pobre y menesteroso le iban combatiendo muchos pensamientos, sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no ménos ahora en el sosiego de la tierra le combatian, aunque por diferente causa; que si entónces no dormia por pobre, ahora no podia sosegar de rico; que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni saber usar della, como lo es la pobreza al que contino la tiene. Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan miéntras más parte se alcanza.

Contemplaba Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fué soldado aprendió á ser liberal, sino en lo que habia de hacer dellas, á causa que tenerlas en sér era cosa infructuosa, y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías, y parecíale que, conforme á los años que tenia, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podia, pues habia dado al mundo más de lo que debia. Por otra parte, consideraba que la estrecheza de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que el irse á vivir á ella era ponerse por blanco de todas las importunidades que

los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y más cuando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias. Quisiera tener á quién dejar sus bienes despues de sus dias, y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza, y parecíale que áun podia llevar la carga del matrimonio; y en viniéndole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacia, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condicion era el más celoso hombre del mundo, áun sin estar casado, pues con sólo la imaginacion de serlo, le comenzaban á ofender los celos, á fatigar las sospechas y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que habia de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un dia por una calle, alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella, al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y de tanta hermosura, que sin ser poderoso para defenderse, el buen viejo Carrizales rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella; y luego, sin más detenerse, comenzó á hacer un gran monton de discursos, y hablando consigo mismo, decia: «Esta muchacha es hermosa, y á lo que muestra la presencia desta casa, no debe de ser rica; ella es niña : sus pocos años pueden asegurar mis sospechas. Casarme he con ella; encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condicion que aquella que yo le enseñare; y no soy tan viejo, que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden. De que tenga dote ó no, no hay para qué hacer caso, pues el cielo me dió para

todos, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto; que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan. Alto, pues; echada está la suerte, y ésta es la que el cielo quiere que yo tenga.»

Y así, hecho este soliloquio, no una vez, sino ciento, al cabo de algunos dias habló con los padres de Leonora, y supo cómo, aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intencion y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por mujer á su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decia, y que él tambien le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habian dicho. Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser así lo que entrambos dijeron; y finalmente, Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados: tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo, el cual, apénas dió el sí de esposo, cuando de golpe le embistió un tropel de rabiosos celos, y comenzó, sin causa alguna, á temblar y á tener mayores cuidados que jamas habia tenido. Y la primera muestra que dió de su condicion celosa, fué no querer que sastre alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y así, anduvo mirando cuál otra mujer tendria, poco más ó ménos, el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre, á cuya medida hizo hacer una ropa, y probándosela á su esposa, halló que le venia bien, y por aquella medida hizo los demas vestidos, que fueron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se tuvieron por más que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en

su vida se habia puesto no pasaban de una saya de raja y una ropilla de tafetan.

La segunda señal que dió Felipe, fué no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte, la cual aderezó en esta forma : compró una en doce mil ducados, en un barrio principal de la ciudad, que tenia agua de pié y jardin con muchos naranjos; cerró todas las ventanas que miraban á la calle, y dióles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa; en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una caballeriza para una mula, y encima della un pajar y apartamiento, donde estuviese el que habia de curar della, que fué un negro viejo y eunuco. Levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa habia de mirar al cielo por línea recta, sin que pudiese ver otra cosa; hizo torno, que de la casapuerta respondia al patio; compró un rico menaje para adornar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos, mostraba ser de un gran señor; compró asimismo cuatro esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales; concertóse con un despensero que le trujese y comprase de comer, con condicion que no durmiese en casa ni entrase en ella, sino hasta el torno, por el cual habia de dar lo que trujese. Hecho esto, dió parte de su hacienda á censo, situada en diversas y buenas partes; otra puso en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se le ofreciese; hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazones para la provision de todo el año; y teniéndolo todo así aderezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros, y pidió á su mujer, que se la entregaron, no con

pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura.

La tierna Leonora áun no sabia lo que la habia acontecido; y así, llorando con sus padres, les pidió su bendicion, y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino á su casa, y entrando en ella, les hizo Carrizales un sermon á todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna via ni en ningun modo dejasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese el negro eunuco; y á quien más encargó la guarda y regalo de Leonora, fué á una dueña de mucha prudencia y gravedad, que recibió como para aya de Leonora y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase á las esclavas y á otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuviese con las de sus mismos años asimismo habia recebido. Prometióles que las trataria y regalaria á todas de manera que no sintiesen su encerramiento, y que los dias de fiesta todos, sin faltar ninguno, irian á oir misa, pero tan de mañana, que apénas tuviese la luz lugar de verlas. Prometiéronle las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad y buen ánimo; y la nueva esposa, encogiendo los hombros, bajó la cabeza, y dijo que ella no tenia otra voluntad que la de su esposo y señor, á quien estaba siempre obediente.

Hecha esta prevencion, y recogido el buen extremeño en su casa, comenzó á gozar como pudo los frutos del matrimonio, los cuales á Leonora, como no tenia experiencia de otros, ni eran gustosos ni desabridos; y así pasaba el tiempo con su dueña, doncellas y esclavas, y ellas, por pasarle me-

jor, dieron en ser golosas, y pocos dias se pasaban sin hacer mil cosas, á quien la miel y el azúcar hacen sabrosas. Sobrábales para esto en grande abundancia lo que habian menester, y no ménos sobraba en su amo la voluntad de dárselo, pareciéndole que con ello las tenia entretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento. Leonora andaba á lo igual con sus criadas y se entretenia en lo mismo que ellas, y áun dió con su simplicidad en hacer muñecas y en otras niñerías, que mostraban la llaneza de su condicion y la terneza de sus años; todo lo cual era de grandísima satisfaccion para el celoso marido, pareciéndole que habia acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna via la industria ni la malicia humana podia perturbar su sosiego; y así sólo se desvelaba en traer regalos á su esposa, y en acordarle le pidiese todos cuantos le viniesen al pensamiento, que de todos seria servida.

Los dias que iba á misa, que, como está dicho, era entre dos luces, venian sus padres, y en la iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el cual les daba tantas dádivas, que aunque tenian lástima de su hija por la estrecheza en que vivia, la templaban con las muchas dádivas que Carrizales, su liberal yerno, les daba. Levantábase de mañana, y aguardaba á que el despensero viniese, á quien de la noche ántes, por una cédula que ponian en el torno, le avisaban lo que habia de traer otro dia, y en viniendo el despensero, salia de casa Carrizales, las más veces á pié, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle y la de enmedio, y entre las dos quedaba el negro. Ibase á sus negocios, que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrándose, se

entretenia en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas le querian bien, por ser de condicion llana y agradable, y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera pasaron un año de noviciado, y hicieron profesion en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y así fuera, si el sagaz perturbador del género humano no lo estorbara, como ahora oireis.

Dígame ahora el que se tuviere por más discreto y recatado, qué más prevenciones para su seguridad podia haber hecho el anciano Felipe, pues áun no consintió que dentro de su casa hubiese algun animal que fuese varon. A los ratones della jamas los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro: de dia pensaba, y de noche no dormia; él era la ronda y centinela de su casa, y el Argos de lo que bien queria; jamas entró hombre de la puerta adentro del patio; con sus amigos negociaba en la calle; las figuras de los paños que sus salas y cuadras adornaban, todas eran hembras, flores y boscajes. Toda su casa olia á honestidad, recogimiento y recato; áun hasta en las consejas que en las largas noches del invierno en la chimenea sus criadas contaban, por estar él presente, en ninguna ningun género de lascivia se descubria. La plata de las canas del viejo á los ojos de la honesta y recatada Leonora parecian cabellos de oro puro, porque el amor primero que las doncellas tienen se les imprime en el alma, como el sello en la cera. Su demasiada guarda le parecia advertido recato; pensaba y creia que lo que ella pasaba, pasaban todas las recien casadas. No se desmandaban sus pensamientos á salir de las paredes de su casa, ni su voluntad deseaba otra cosa más de aquella que la de su marido queria; sólo los dias que iba á misa veia las

calles, y esto era tan de mañana, que si no era al volver de la iglesia, no habia luz para mirallas. No se vió monasterio tan cerrado, ni monjas más recogidas, ni manzanas de oro tan guardadas; y con todo esto, no pudo en ninguna manera prevenir ni excusar de caer en lo que recelaba; á lo ménos en pensar que habia caido.

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana, á quien comunmente suelen llamar gente de barrio; éstos son los hijos de vecino de cada collacion y de los más ricos della; gente baldía, atildada y meliflua, de la cual, y de su traje y manera de vivir, de su condicion y de las leyes que guardan entre sí, habia mucho que decir, pero por buenos respetos se deja. Uno destos galanes, pues, que entre ellos es llamado virote, mozo soltero (que á los recien casados llaman mantones), acertó á mirar la casa del recatado Carrizales, y viéndola siempre cerrada, le tomó gana de saber quién vivia dentro, y con tanto ahinco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino á saber lo que deseaba. Supo la condicion del viejo, la hermosura de su esposa, y el modo que tenia en guardarla; todo lo cual le encendió el deseo de ver si seria posible expugnar por fuerza ó por industria fortaleza tan guardada; y comunicándolo con dos virotes y un manton, sus conocidos y particulares amigos, acordaron que se pusiese por obra; que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores.

Dificultaban el modo que se tendria para intentar tan dificultosa hazaña; y habiendo entrado en bureo muchas veces, convinieron en esto: que fingiendo Loaysa, que así se llamaba el virote, que iba fuera de la ciudad por algunos dias, se quitase de los ojos de sus amigos, como lo hizo; y

hecho esto, se puso unos calzones de lienzo limpio y camisa limpia, pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningun pobre en toda la ciudad los traia tan astrosos; quitóse un poco de barba que tenia, cubrióse un ojo con un parche, vendóse una pierna estrechamente, y arrimándose á dos muletas, se convirtió en un pobre tullido, tal, que el más verdadero estropeado no se le igualaba.

Con este talle se ponia cada noche, á la oracion, á la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaba cerrada, quedando el negro, que Luis se llamaba, cerrado entre las dos puertas. Puesto allí Loaysa, sacaba una guitarrilla algo grasienta y falta de algunas cuerdas, y como él era algo músico, comenzaba á tañer algunos sones alegres y regocijados, mudando la voz, por no ser conocido. Con esto se daba priesa á cantar romances de moros y moras á la loquesca, con tanta gracia, que cuantos pasaban por la calle se ponian á escucharle, y siempre, en tanto que cantaba, estaba rodeado de muchachos; y Luis el negro, poniendo los oidos por entre las dos puertas, estaba colgado de la música del virote, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle más á su placer: tal es la inclinacion que los negros tienen á ser músicos. Y cuando Loaysa queria que los que le escuchaban le dejasen, dejaba de cantar y recogia su guitarra, y acogiéndose á sus muletas, se iba.

Cuatro ó cinco veces habia dado música al negro (que por solo él la daba), pareciéndole que por donde se habia de comenzar á desmoronar aquel edificio, habia y debia ser por el negro; y no le salió vano su pensamiento, porque llegándose una noche, como solia, á la puerta, comenzó á

templar su guitarra, y sintió que el negro estaba ya atento, y llegándose al quicio de la puerta, con voz baja dijo : «¿Será posible, Luis, darme un poco de agua, que perezco de sed, y no puedo cantar?

—No, dijo el negro, porque no tengo la llave desta puerta, ni hay agujero por donde pueda dárosla.

—Pues ¿quién tiene la llave? preguntó Loaysa.

—Mi amo, respondió el negro, que es el más celoso hombre del mundo; y si él supiese que yo estoy ahora aquí hablando con nadie, no seria más mi vida; pero ¿quién sois vos, que me pedis el agua?

—Yo, respondió Loaysa, soy un pobre estropeado de una pierna, que gano mi vida pidiendo por Dios á la buena gente, y juntamente con esto, enseño á tañer á algunos morenos y á otra gente pobre, y ya tengo tres negros, esclavos de tres veinticuatros, á quien he enseñado de modo, que pueden cantar y tañer en cualquier baile y en cualquier taberna, y me lo han pagado muy rebien.

—Harto mejor os lo pagara yo, dijo Luis, á tener lugar de tomar licion; pero no es posible, á causa que mi amo, en saliendo por la mañana, cierra la puerta de la calle, y cuando vuelve hace lo mismo, dejándome emparedado entre dos puertas.

—Por Dios, Luis, replicó Loaysa (que ya sabia el nombre del negro), que si vos diésedes traza á que yo entrase algunas noches á daros licion, en ménos de quince dias os sacaria tan diestro en la guitarra, que pudiésedes tañer sin vergüenza alguna en cualquiera esquina; porque os hago saber que tengo grandísima gracia en el enseñar, y más, que he oido decir que vos teneis muy buena habilidad, y á lo

que siento y puedo juzgar por el órgano de la voz, que es atiplada, debeis de cantar muy bien.

—No canto mal, respondió el negro; pero ¿qué aprovecha? pues no sé tonada alguna, sino es la de la estrella de Vénus, y la de

Por un verde prado,

y aquella que ahora se usa, que dice:

A los hierros de una reja
La turbada mano asida.

—Todas esas son aire, dijo Loaysa, para las que yo os podria enseñar; porque sé todas las del moro Abindarraez, con las de su dama Jarifa, y todas las que se cantan de la historia del gran Sofí Tomunibeyo, con las de la zarabanda á lo divino, que son tales, que hacen pasmar á los mismos portugueses; y esto enseño con tales modos y con tanta facilidad, que aunque no os deis priesa á aprender, apénas habreis comido tres ó cuatro moyos de sal, cuando ya os veais músico corriente y moliente en todo género de guitarra.»

A esto suspiró el negro, y dijo: «¿Qué aprovecha todo eso, si no sé cómo meteros en casa?

—Buen remedio, dijo Loaysa; procurad vos tomar las llaves á vuestro amo, y yo os daré un pedazo de cera, donde las imprimais de manera, que queden señaladas las guardas en la cera; que por la aficion que os he tomado, yo haré que un cerrajero, amigo mio, haga las llaves, y así podré entrar dentro de noche, y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias; porque veo ser gran lástima que se pierda una tal voz como la vuestra, faltándole el arrimo de la guitarra; que quiero que sepais, her-

mano Luis, que la mejor voz del mundo pierde de sus quilates cuando no se acompaña con el instrumento, ora sea de guitarra ó clavicímbano, de órganos ó de arpa; pero el que más á vuestra voz le conviene es el instrumento de la guitarra, por ser el más mañero y ménos costoso de los instrumentos.

—Bien me parece eso, replicó el negro; pero no puede ser, pues jamas entran las llaves en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano; de dia y de noche duermen debajo de su almohada.

—Pues haced otra cosa, Luis, dijo Loaysa, si es que teneis gana de ser músico consumado; que si no la teneis, no hay para qué cansarme en aconsejaros.

—Y ¿cómo si tengo gana? replicó Luis, y tanta, que ninguna cosa dejaré de hacer, como sea posible salir con ella, á trueco de salir con ser músico.

—Pues así es, dijo el virote, yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar, quitando alguna tierra del quicio, digo que os daré unas tenazas y un martillo, con que podais de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha facilidad, y con la misma volveremos á poner la chapa, de modo que no se eche de ver que ha sido desclavada; y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ó donde dormis, me daré tal priesa á lo que tengo de hacer, que vos veais aún más de lo que os he dicho, con aprovechamiento de mi persona y aumento de vuestra suficiencia; y de lo que hubiéremos de comer no tengais cuidado, que yo llevaré matalotaje para entrambos y para más de ocho dias; que discípulos tengo yo y amigos que no me dejarán mal pasar.

—De la comida, replicó el negro, no habrá que temer; que con la racion que me da mi amo, y con los relieves que me dan las esclavas, sobrará comida para otros dos. Venga ese martillo y tenazas que decis; que yo haré por junto á este quicio lugar por donde quepa, y le volveré á cubrir y tapar con barro; que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan léjos desta puerta, que será milagro ó gran desgracia nuestra si los oye.

—Pues á la mano de Dios, dijo Loaysa, que de aquí á dos dias tendreis, Luis, todo lo necesario para poner en ejecucion nuestro virtuoso propósito; y advertid en no comer cosas flemosas, porque no hacen ningun provecho, sino mucho daño á la voz.

—Ninguna cosa me enronquece tanto, respondió el negro, como el vino; pero no me lo quitaré yo por todas cuantas voces tiene el suelo.

—No digo tal, dijo Loaysa, ni Dios tal permita: bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga; que el vino que se bebe con medida jamas fué causa de daño alguno.

—Con medida lo bebo, replicó el negro: aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal; éste me llenan las esclavas, sin que mi amo lo sepa, y el despensero á solapo me trae una botilla, que tambien cabe justas dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro.

—Digo, dijo Loaysa, que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca garganta ni gruñe ni canta.

—Andad con Dios, dijo el negro; pero mirad que no dejeis de venir á cantar aquí las noches que tardáredes en traer lo que habeis de hacer para entrar acá dentro; que ya me cómo los dedos por verlos puestos en la guitarra.

—Y ¡cómo si vendré! replicó Loaysa, y áun con tonadicas nuevas.

—Eso pido, dijo Luis, y ahora no me dejeis de cantar algo, porque me vaya á acostar con gusto; y en lo de la paga, entienda el señor pobre que le he de pagar mejor que un rico.

—No reparo en eso, dijo Loaysa; que segun yo os enseñáre, así me pagaréis; y por ahora escuchad esta tonadilla; que cuando esté dentro vereis milagros.

—Sea en buen hora», respondió el negro. Y acabado este coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo, con que dejó al negro tan contento y satisfecho, que ya no veia la hora de abrir la puerta.

Apénas se quitó Loaysa de la puerta, cuando con más ligereza que el traer de sus muletas prometia, se fué á dar cuenta á sus consejeros de su buen comienzo, adivino del buen fin que por él esperaba. Hallólos, y contó lo que con el negro dejaba concertado, y otro dia hallaron los instrumentos, tales, que rompian cualquier clavo como si fuera de palo.

No se descuidó el virote de volver á dar música al negro, ni ménos tuvo descuido el negro en hacer el agujero por donde cupiese lo que su maestro le diese, cubriéndolo de manera, que á no ser mirado con malicia y sospechosamente, no se podia caer en el agujero. La segunda noche le dió los instrumentos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin poner alguna, se halló rompidos los clavos y con la chapa de la cerradura en las manos; abrió la puerta, y recogió dentro á su Orfeo y maestro, y cuando le vió con sus dos muletas y tan andrajoso, y tan fajada su pierna,

quedó admirado. No llevaba Loaysa el parche en el ojo, por no ser necesario, y así como entró, abrazó á su buen discípulo y le besó en el rostro, y luego le puso una gran bota de vino en las manos, y una caja de conserva y otras cosas dulces, de que llevaba unas alforjas bien proveidas; y dejando las muletas, como si no tuviera mal alguno, comenzó á hacer cabriolas, de lo cual se admiró más el negro, á quien Loaysa dijo: «Sabed, hermano Luis, que mi cojera y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria, con la cual gano de comer, pidiendo por amor de Dios, y ayudándome della y de mi música paso la mejor vida del mundo, en el cual todos aquellos que no fuesen industriosos y tracistas morirán de hambre, y esto lo vereis en el discurso de nuestra amistad.

—Ello dirá, respondió el negro; pero demos órden de volver esta chapa á su lugar, de modo que no se eche de ver su mudanza.

—En buen hora», dijo Loaysa; y sacando clavos de sus alforjas, asentaron la cerradura de suerte, que estaba tan bien como de ántes, de lo cual quedó contentísimo el negro; y subiéndose Loaysa al aposento que en el pajar tenia el negro, se acomodó lo mejor que pudo. Encendió luego Luis un torzal de cera, y sin más aguardar, sacó su guitarra Loaysa, y tocándola baja y suavemente, suspendió al pobre negro de manera, que estaba fuera de sí escuchándole. Habiendo tocado un poco, sacó de nuevo colacion, y dióla á su discípulo, y aunque con dulce, bebió con tan buen talante de la bota, que le dejó más fuera de sentido que la música. Pasado esto, ordenó que luego tomase licion Luis, y como el pobre negro tenia cuatro dedos de vino

sobre los sesos, no acertaba traste, y con todo eso, le hizo creer Loaysa que ya sabia por lo ménos dos tonadas, y era lo bueno que el negro se lo creia, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada y sin las cuerdas necesarias.

Durmieron lo poco que de la noche les quedaba, y á obra de las seis de la mañana bajó Carrizales y abrió la puerta de enmedio, y tambien la de la calle, y estuvo esperando al despensero, el cual vino de allí á un poco, y dando por el torno la comida, se volvió á ir, y llamó al negro que bajase á tomar cebada para la mula y su racion; y en tomándola, se fué el viejo Carrizales, dejando cerradas ambas puertas, sin echar de ver lo que en la de la calle se habia hecho; de que no poco se alegraron maestro y discípulo.

Apénas salió el amo de casa, cuando el negro arrebató la guitarra, y comenzó á tocar de tal manera, que todas las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron : «¿Qué es esto, Luis? ¿De cuándo acá tienes tú guitarra, ó quién te la ha dado?

—¿Quién me la ha dado? respondió Luis; el mejor músico que hay en el mundo, y el que me ha de enseñar en ménos de seis dias más de seis mil sones.

—Y ¿dónde está ese músico? preguntó la dueña.

—No está muy léjos de aquí, respondió el negro, y si no fuera por vergüenza y por el temor que tengo á mi señor, quizá os le enseñara luego, y á fe que os holgásedes de verle.

—Y ¿adónde puede él estar, que nosotras le podamos ver, replicó la dueña, si en esta casa jamas entró otro hombre que nuestro dueño?

—Ahora bien, dijo el negro, no os quiero decir nada hasta que veais lo que yo sé y él me ha enseñado en el breve tiempo que he dicho.

—Por cierto, dijo la dueña, que si no es algun demonio el que te ha de enseñar, que yo no sé quién te pueda sacar músico con tanta brevedad.

—Andad, dijo el negro; que le oireis y le vereis algun dia.

—No puede ser eso, dijo otra doncella, porque no tenemos ventanas á la calle para poder ver ni oir á nadie.

—Bien está, dijo el negro; que para todo hay remedio, si no es para excusar la muerte; y más si vosotras sabeis ó quereis callar.

—Y ¡cómo que callaremos, hermano Luis! dijo una de las esclavas; callaremos más que si fuésemos mudas, porque te prometo, amigo, que me muero por oir una buena voz; que despues que aquí nos emparedaron, ni áun el canto de los pájaros habemos oido.»

Todas estas pláticas estaba escuchando Loaysa con grandísimo contento, pareciéndole que todas se encaminaban á la consecucion de su gusto, y que la buena suerte habia tomado la mano en guiarlas á la medida de su voluntad. Despidiéronse las criadas con prometerles el negro que cuando ménos se pensasen las llamaria á oir una muy buena voz; y con temor que su amo volviese y le hallase hablando con ellas, las dejó, y se recogió á su estancia y clausura. Quisiera tomar licion, pero no se atrevió á tocar de dia, porque su amo no le oyese; el cual vino de allí á poco espacio, y cerrando las puertas, segun su costumbre, se encerró en casa. Y al dar aquel dia de comer por el torno

al negro, dijo Luis á una negra que se lo daba, que aquella noche, despues de dormido su amo, bajasen todas al torno á oir la voz que les habia prometido, sin falta alguna. Verdad es que ántes que dijese esto, habia pedido con muchos ruegos á su maestro fuese contento de cantar y tañer aquella noche al torno, porque él pudiese cumplir la palabra que habia dado de hacer oir á las criadas una voz extremada, asegurándole que seria en extremo regalado de todas ellas. Algo se hizo de rogar el maestro de hacer lo que él más deseaba; pero al fin dijo que haria lo que su buen discípulo pedia, sólo por darle gusto, sin otro interes alguno. Abrazóle el negro y dióle un beso en el carrillo, en señal del contento que le habia causado la merced prometida, y aquel dia dió de comer á Loaysa tan bien como si comiera en su casa, y áun quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltara.

Llegóse la noche, y en la mitad della, ó poco ménos, comenzaron á cecear en el torno, y luego entendió Luis que era la cáfila, que habia llegado; y llamando á su maestro, bajaron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templada. Preguntó Luis quién y cuántas eran las que escuchaban. Respondiéronle que todas, sino su señora, que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó á Loaysa; pero con todo eso, quiso dar principio á su designio y contentar á su díscipulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo, que dejó admirado al negro y suspenso el rebaño de las mujeres que le escuchaba.

Pues ¿qué diré de lo que ellas sintieron cuando le oyeron tocar el *Pésame de ello*, y acabar con el endemoniado són de la zarabanda, nuevo entónces en España? No quedó vieja por

bailar ni moza que no se hiciese pedazos, todo á la sorda y con silencio extraño, poniendo centinelas y espías, que avisasen si el viejo despertaba. Cantó asimismo Loaysa coplillas de la *Seguida*, con que acabó de echar el sello al gusto de las escuchantes, que ahincadamente pidieron al negro les dijese quién era tan milagroso músico. El negro les dijo que era un pobre mendigante, el más galan y gentil hombre que habia en toda la pobrería de Sevilla. Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dejase ir en quince dias de casa; que ellas le regalarian muy bien y darian cuanto hubiese menester. Preguntáronle qué modo habia tenido para meterle en casa. A esto no les respondió palabra; á lo demas dijo que para poderle ver hiciesen un agujero pequeño en el torno, que despues lo taparian con cera, y que á lo de tenerle en casa, que él lo procuraria.

Hablólas tambien Loaysa, ofreciéndoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salian de ingenio de pobre mendigante. Rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto; que ellas harian con su señora que bajase á escucharle, á pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacia de sus años, sino de sus muchos celos. A lo cual dijo Loaysa que si ellas gustaban de oirle sin sobresalto del viejo, que él les daria unos polvos que le echasen en el vino, que le harian dormir con pesado sueño mucho más tiempo del ordinario.

«¡Jesus, valme, dijo una de las doncellas, y si eso fuese verdad, qué buena ventura se nos habia entrado por las puertas sin sentillo y sin merecello! No serian ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas nosotras y para la pobre de mi señora Leonora, su mujer, que no la

deja á sol ni á sombra, ni la pierde de vista un solo momento. ¡Ay, señor mio de mi alma! traiga esos polvos, así Dios le dé todo el bien que desea. Vaya, y no tarde; tráigalos, señor mio; que yo me ofrezco á mezclárselos en el vino y á ser la escanciadora; y pluguiese á Dios que durmiese el viejo tres dias con sus noches, que otros tantos tendriamos nosotras de gloria.

—Pues yo los traeré, dijo Loaysa, y son tales, que no hacen otro mal ni daño á quien los toma, sino es provocarle á sueño pesadísimo.» Todas le rogaron que los trujese con brevedad, y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno, y de traer á su señora para que le viese y oyese, se despidieron; y el negro, aunque era casi el alba, quiso tomar licion, la cual le dió Loaysa, y le hizo entender que no habia mejor oido que el suyo en cuantos discípulos tenia, y no sabia el pobre negro, ni lo supo jamas, hacer un cruzado.

Tenian los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche á escuchar por entre las puertas de la calle, y ver si su amigo les decia algo ó si habia menester alguna cosa; y hacendo una señal que dejaron concertada, conoció Loaysa que estaban á la puerta, y por el agujero del quicio les dió breve cuenta del buen término en que estaba su negocio, pidiéndoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase á sueño, para dárselo á Carrizales; que él habia oido decir que habia unos polvos para este efeto. Dijéronle que tenian un médico amigo, que les daria el mejor remedio que supiese, si es que le habia; y animándole á proseguir la empresa, y prometiéndole de volver la noche siguiente con todo recaudo, apriesa se despidieron.

Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra. Con ellas vino la simple Leonora, temerosa y temblando de que no despertase su marido; que aunque ella, vencida deste temor, no habia querido venir, tantas cosas le dijeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música y de la gallarda disposicion del músico pobre (que sin haberle visto, le alababa y le subia sobre Absalon y sobre Orfeo), que la pobre señora, convencida y persuadida dellas, hubo de hacer lo que no tenia ni tuviera jamas en voluntad. Lo primero que hicieron fué barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en hábitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetan leonado, anchos á la marineresca, un jubon de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encaje; que de todo vino proveido en las alforjas, imaginando que se habia de ver en ocasion que le conviniese mudar de traje.

Era mozo y de gentil disposicion y buen parecer, y como habia tanto tiempo que todas tenian hecha la vista á mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban á un ángel. Poníase una al agujero para verle, y luego otra, y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera encendido; y despues que todas le hubieron visto, hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra, y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dejar suspensas y atónitas á todas, así á la vieja como á las mozas, y todas rogaron á Luis diese órden y traza cómo el señor su maestro entrase allá dentro, para oirle y verle de más cerca, y no tan por brújula como

por el agujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor, que podia cogerlas de sobresalto y con el hurto en las manos, lo cual no sucederia así si le tuviesen escondido dentro.

A esto contradijo su señora con muchas véras, diciendo que no se hiciese la tal cosa ni la tal entrada, porque le pesaria en el alma, pues desde allí le podian ver y oir á su salvo y sin peligro de su honra. «¿Qué honra? dijo la dueña; el Rey tiene harta: estése vuesa merced encerrada con su Matusalen, y déjenos á nosotras holgar como pudiéremos; cuanto más, que este señor parece tan honrado, que no querrá otra cosa de nosotras más de lo que nosotras quisiéremos.

—Yo, señoras mias, dijo á esto Loaysa, no vine aquí sino con intencion de servir á todas vuesas mercedes con el alma y con la vida, condolido de su no vista clausura y de los ratos que en este estrecho género de vida se pierden. Hombre soy yo, por vida de mi padre, tan sencillo, tan manso y de tan buena condicion y tan obediente, que no haré más de aquello que se me mandare; y si cualquiera de vuesas mercedes dijere: «Maestro, siéntese aquí; maestro, pásese allí; echaos acá, pasaos acullá», así lo haré como el más doméstico y enseñado perro que salta por el Rey de Francia.

—Si eso ha de ser así, dijo la ignorante Leonora, ¿qué medio se dará para entrar acá dentro el señor maeso?

—Bueno, dijo Loaysa; vuesas mercedes pugnen por sacar en cera la llave de esta puerta de enmedio, que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra, tal que nos pueda servir.

—En sacar esa llave, dijo una doncella, se sacan las de toda la casa, porque es llave maestra.

—No por eso será peor, replicó Loaysa.

—Así es verdad, dijo Leonora; pero ha de jurar este señor, primero, que no ha de hacer otra cosa, cuando esté acá dentro, sino cantar y tañer cuando se lo mandaren, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos.

—Sí juro, dijo Loaysa.

—No vale nada ese juramento, respondió Leonora; que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz y besarla, que lo veamos todas.

—Por vida de mi padre juro, dijo Loaysa, y por esta señal de cruz, que la beso con mi boca sucia»; y haciendo la cruz con dos dedos, la besó tres veces.

Esto hecho, dijo otra de las doncellas: «Mire, señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el *tuautem* de todo.»

Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte, que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas, que eran dos despues de la media noche, por la calle á sus amigos, los cuales, haciendo la señal acostumbrada, que era tocar una trompa de París, Loaysa les habló y les dió cuenta del término en que estaba su pretension, y les pidió si traian los polvos, ó otra cosa, como se la habia pedido, para que Carrizales durmiese; díjoles asimismo lo de la llave maestra. Ellos le dijeron que los polvos, ó un ungüento, vendria la siguiente noche, de tal virtud, que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos dias, si no

era lavándose con vinagre todas las partes que se habian untado; y que se les diese la llave en cera, que asimismo la harian hacer con facilidad. Con esto se despidieron, y Loaysa y su discípulo durmieron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera, por ver si se le cumplia la palabra prometida de la llave. Y puesto que el tiempo parece tardío y perezoso á los que en él esperan, en fin corre á las parejas con el mismo pensamiento, y llega el término que quiere, porque nunca pára ni sosiega.

Vino pues la noche y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su serrallo al señor músico; pero no vino Leonora, y preguntando Loaysa por ella, le respondieron que estaba acostada con su velado, el cual tenia cerrada la puerta del aposento donde dormia, con llave, y despues de haber cerrado, se la ponia debajo de la almohada, y que su señora les habia dicho que en durmiéndose el viejo, haria por tomarle la llave maestra y sacarla en cera, que ya llevaba preparada y blanda, y que de allí á un poco habian de ir á requerirla por una gatera.

Maravillado quedó Loaysa del recato del viejo; pero no por esto se le desmayó el deseo, y estando en esto, oyó la trompa de París. Acudió al puesto, halló á sus amigos, que le dieron un botecico de ungüento de la propiedad que le habian significado; tomólo Loaysa, y díjoles que esperasen un poco, que les daria la muestra de la llave. Volvióse al torno, y dijo á la dueña, que era la que con más ahinco mostraba desear su entrada, que se lo llevase á la señora

Leonora, diciéndole la propiedad que tenia, y que procurase untar á su marido con tal tiento, que no lo sintiese, y que veria maravillas. Hízolo así la dueña, y llegándose á la gatera, halló que estaba Leonora esperando, tendida en el suelo de largo á largo, puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña, y tendiéndose de la misma manera, puso la boca en el oido de su señora, y con voz baja le dijo que traia el ungüento, y de la manera que habia de probar su virtud. Ella tomó el ungüento, y respondió á la dueña cómo en ninguna manera podia tomar la llave á su marido, porque no la tenia debajo de la almohada, como solia, sino entre los dos colchones y casi debajo de la mitad de su cuerpo; pero que dijese al maeso que si el ungüento obraba como él decia, con facilidad sacarian la llave todas las veces que quisiesen, y así no seria necesario sacarla en cera. Dijo que fuese á decirlo luego, y volviese á ver lo que el ungüento obraba, porque luego luego le pensaba untar á su velado.

Bajó la dueña á decirlo al maeso Loaysa, y él despidió á sus amigos, que esperando la llave estaban. Temblando y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora á untar los pulsos del celoso marido, y asimismo le untó las ventanas de las narices, y cuando á ellas le llegó, le parecia que se estremecia, y ella quedó mortal, pareciéndole que la habia cogido en el hurto. En efeto, como mejor pudo le acabó de untar todos los lugares que le dijeron ser necesarios, que fué lo mismo que haberle embalsamado para la sepultura.

Poco espacio tardó el alopiado ungüento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luego comenzó á dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oir en la calle;

música á los oidos de su esposa más acordada que la del maeso de su negro; y áun mal segura de lo que veia, se llegó á él y le estremeció un poco, y luego más, y luego otro poquito más, por ver si despertaba; y á tanto se atrevió, que le volvió de una parte á otra sin que despertase. Como vió esto, se fué á la gatera de la puerta, y con voz no tan baja como la primera llamó á la dueña, que allí la estaba esperando, y le dijo: «Dame albricias, hermana; que Carrizales duerme más que un muerto.

—Pues ¿á qué aguardas á tomar la llave, señora? dijo la dueña; mira que está el músico aguardándola más há de una hora.

—Espera, hermana, que ya voy por ella», respondió Leonora; y volviendo á la cama, metió la mano por entre los colchones, y sacó la llave de enmedio dellos, sin que el viejo lo sintiese; y tomándola en sus manos, comenzó á dar brincos de contento, y sin más esperar, abrió la puerta y la presentó á la dueña, que la recibió con la mayor alegría del mundo. Mandó Leonora que fuese á abrir al músico, y que le trujese á los corredores, porque ella no osaba quitarse de allí, por lo que podia suceder; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que habia hecho de no hacer más de lo que ellas le ordenasen, y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo, en ninguna manera le abriese. «Así será, dijo la dueña, y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejura y besa la cruz seis veces.

—No le pongas tasa, dijo Leonora; bésela él, y sean las veces que quisiere; pero mira que jure por la vida de sus padres y por todo aquello que bien quiere, porque con

esto estaremos seguras, y nos hartaremos de oirle cantar y tañer, que en mi ánima que lo hace delicadamente; y anda, no te detengas más, porque no se nos pase la noche en pláticas.»

Alzóse las faldas la buena dueña, y con no vista ligereza se puso en el torno, donde estaba toda la gente de casa esperándola, y habiéndoles mostrado la llave que traia, fué tanto el contento de todas, que la alzaron en peso, como á catedrático, diciendo: «¡Viva, viva!» y más cuando les dijo que no habia necesidad de contrahacer la llave, porque segun el untado viejo dormia, bien se podian aprovechar de la de casa todas las veces que la quisiesen.

«Ea pues, amiga, dijo una de las doncellas, ábrase esa puerta y éntre este señor, que há mucho que aguarda, y démonos un verde de música, que no haya más que ver.

—Más ha de haber que ver, replicó la dueña; que le hemos de tomar juramento, como la otra noche.

—El es tan bueno, dijo una de las esclavas, que no reparará en juramentos.»

Abrió en esto la dueña la puerta, y teniéndola entreabierta, llamó á Loaysa, que todo lo habia estado escuchando por el agujero del torno; el cual, llegándose á la puerta, quiso entrarse de golpe; mas poniéndole la dueña la mano en el pecho, le dijo: «Sabrá vuesa merced, señor mio, que en Dios y en mi conciencia, todas las que estamos dentro de las puertas desta casa somos doncellas como las madres que nos parieron, excepto mi señora, y aunque yo debo de parecer de cuarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, tambien lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y

desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos, segun se les antoja; y siendo esto así, como lo es, no seria razon que á trueco de oir dos ó tres ó cuatro cantares, nos pusiésemos á perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra, que se llama Guiomar, es doncella. Así que, señor de mi corazon, vuesa merced nos ha de hacer, primero que éntre en nuestro reino, un muy solemne juramento de que no ha de hacer más de lo que nosotras le ordenáremos; y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho más lo que se aventura; y si es que vuesa merced viene con buena intencion, poco le ha de doler el jurar; que al buen pagador no le duelen prendas.

—Bien y rebien ha dicho la señora Marialonso, dijo una de las doncellas; en fin, como persona discreta y que está en las cosas como se debe; y si es que el señor no quiere jurar, no éntre acá dentro.»

A esto dijo Guiomar la negra, que no era muy ladina: «Por mí, más que nunca jura, éntre con todo diablo; que aunque más jura, si acá estás, todo olvida.»

Oyó con gran sosiego Loaysa la arenga de la señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió: «Por cierto, señoras hermanas y compañeras mias, que nunca mi intento fué, es ni será otro que daros gusto y contento en cuanto mis fuerzas alcanzaren, y así no se me hará cuesta arriba este juramento que me piden; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra, porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligacion cuarentigia; y quiero hacer saber á vuesa merced que debajo del sayal hay ál, y que debajo de mala capa suele estar un

buen bebedor; mas para que todas estén seguras de mi buen deseo, determino de jurar como católico y buen varon; y así, juro por la intemerata eficacia, donde más santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Líbano monte, y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlomagno, con la muerte del gigante Fierabras, de no salir ni pasar del juramento hecho y del mandamiento de la más mínima y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa hiciere ó quisiere hacer, desde agora para entónces, y desde entónces para agora, lo doy por nulo y no hecho ni valedero.»

Aquí llegaba con su juramento el buen Loaysa, cuando una de las doncellas, que con atencion le habia estado escuchando, dió una gran voz, diciendo: «Este sí que es juramento para enternecer las piedras; mal haya yo, si más quiero que jures, pues con solo lo jurado podias entrar en la misma sima de Cabra»; y asiéndole de los gregüescos, le metió dentro, y luego todas las demas se le pusieron á la redonda. Luego fué una á dar las nuevas á su señora, la cual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo, y cuando la mensajera le dijo que ya subia el músico, se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si habia jurado. Respondióle que sí, y con la más nueva forma de juramento que en su vida habia visto. «Pues si ha jurado, dijo Leonora, asido le tenemos. ¡Oh, qué avisada que anduve en hacelle que jurase!» En esto llegó toda la caterva junta, y el músico en medio, alumbrándolos el negro y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa á Leonora, hizo muestras de arrojársele á los piés para besarle las manos. Ella, callando y por señas, le hizo levantar, y todas estaban como mudas, sin

osar hablar, temerosas que su señor las oyese; lo cual considerado por Loaysa, les dijo que bien podian hablar alto, porque el ungüento con que estaba untado su señor tenia tal virtud, que fuera de quitar la vida, ponia á un hombre como muerto.

«Así lo creo yo, dijo Leonora; que si así no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces, segun le hacen de sueño ligero sus muchas indisposiciones; pero despues que le unté, ronca como un animal.

—Pues eso es así, dijo la dueña, vámonos á aquella sala frontera, donde podremos oir cantar aquí al señor y regocijarnos un poco.

—Vamos, dijo Leonora; pero quédese aquí Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta.» A lo cual respondió Guiomar: «Yo, negra, quedo; blancas van; Dios perdone á todas.»

Quedóse la negra; fuéronse á la sala, donde habia un rico estrado, y cogiendo al señor en medio, se sentaron todas. Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó á mirar de arriba abajo al bueno del músico, y una decia: «¡Ay, qué copete que tiene tan lindo y tan rizado!» otra: «¡Ay, qué blancura de dientes! ¡mal año para piñones mondados, que más blancos ni más lindos sean!» otra: «¡Ay, qué ojos tan grandes y tan rasgados, y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas!» Esta alababa la boca, aquella los piés, y todas juntas hicieron dél una menuda anatomía y pepitoria. Sola Leonora callaba y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado. En esto la dueña tomó la guitarra que tenia el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, ro-

gándole que la tocase, y que cantase unas coplillas que entónces andaban muy validas en Sevilla, que decian :

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis.

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas, y se comenzaron á hacer pedazos bailando. Sabia la dueña las coplas, y cantólas con más gusto que buena voz, y fueron éstas :

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis;
Que si yo no me guardo,
No me guardareis.

Dicen que está escrito,
Y con gran razon,
Ser la privacion
Causa de apetito :
Crece en infinito
Encerrado amor;
Por eso es mejor
Que no me encerreis;
Que si yo, etc.

Si la voluntad
Por sí no se guarda,
No la harán la guarda
Miedo ó calidad :
Romperá en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendeis;
Que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se irá tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan

Y aunque más propongan
De hacer lo que haceis;
Que si yo, etc.

Es de tal manera
La fuerza amorosa,
Que á la más hermosa
La vuelve en quimera,
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana,
De fieltro los piés;
Que si yo no me guardo,
Mal me guardareis.

Al fin llegaban de su canto y baile el corro de las mozas, guiado por la buena dueña, cuando llegó Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pié y de mano, como si tuviera alferecía, y con voz entre ronca y baja dijo: «Despierto señor, señora; señora, despierto señor, y levantas y viene.»

Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo sin miedo lo que ajenas manos sembraron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atónita cruza por los aires; tal se imagine que quedó la banda y corro de las bailadoras, pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar habia traido; y procurando cada una su disculpa, y todas juntas su remedio, cuál por una y cuál por otra parte, se fueron á esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando solo al músico, el cual, dejando la guitarra y el canto, lleno de turbacion, no sabia qué hacerse. Torcia Leonora sus hermosas manos; abofeteábase el rostro, aunque blandamente, la señora Marialonso. En fin, todo era

confusion, sobresalto y miedo; pero la dueña, como más astuta y reportada, dió órden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarian en la sala; que no faltaria excusa que dar á su señor, si allí las hallase. Escondióse luego Loaysa, y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venia, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco á poco, paso ante paso, se fué llegando al aposento donde su señor dormia, y oyó que roncaba como primero, y asegurada de que dormia, alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su señora del sueño de su amo, la cual se las mandó de muy entera voluntad.

No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia de gozar primero que todas, las gracias que ella se imaginaba que debia de tener el músico; y así, diciéndole á Leonora que esperase en la sala en tanto que iba á llamarlo, la dejó, y se entró donde él estaba, no ménos confuso que pensativo, esperando las nuevas de lo que hacia el viejo untado : maldecia la falsedad del ungüento, y quejábase de la credulidad de sus amigos y del poco advertimiento que habia tenido en no hacer primero la experiencia en otro, ántes de hacerla en Carrizales. En esto llegó la dueña, y le aseguró que el viejo dormia á más y mejor. Sosegó el pecho, y estuvo atento á muchas palabras amorosas que Marialonso le dijo, de las cuales coligió la mala intencion suya, y propuso en sí de ponerla por anzuelo para pescar á su señora. Y estando los dos en sus pláticas, las demas criadas, que estaban escondidas por diversas partes de la casa, una de aquí, otra de allí, volvieron á ver si era verdad que su amo habia despertado, y viendo que todo estaba sepultado en silencio, llegaron á la sala donde habian dejado á su se-

ñora, de la cual supieron el sueño de su amo, y preguntándole por el músico y por la dueña, les dijo donde estaban, y todas, con el mismo silencio que habian traido, se llegaron á escuchar por entre las puertas lo que entrambos trataban.

No faltó de la junta Guiomar la negra; el negro sí, porque así como oyó que su amo habia despertado, se abrazó con su guitarra y se fué á esconder en su pajar, y cubierto con la manta de su pobre cama, sudaba y trasudaba de miedo; y con todo eso, no dejaba de tentar las cuerdas de la guitarra : tanta era (encomendado él sea á Satanas) la aficion que tenia á la música. Entreoyeron las mozas los requiebros de la vieja, y cada una le dijo el nombre de las pascuas : ninguna la llamó vieja, que no fuese con su epíteto y adjetivo de hechicera y de barbuda, de antojadiza, y de otros que por buen respeto se callan; pero lo que más risa causara á quien entónces las oyera, eran las razones de Guiomar la negra, que por ser portuguesa, y no muy ladina, era extraña la gracia con que la vituperaba. En efeto, la conclusion de la plática de los dos fué que él condecenderia con la voluntad della, cuando ella primero le entregase á toda su voluntad á su señora.

Cuesta arriba se le hizo á la dueña ofrecer lo que el músico pedia; pero á trueco de cumplir el deseo que ya se le habia apoderado del alma y de los huesos y médulas del cuerpo, le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse. Dejóle, y salió á hablar á su señora; y como vió su puerta rodeada de todas las criadas, les dijo que se recogiesen á sus aposentos, que otra noche habria lugar para gozar con ménos ó con ningun sobresalto del músico; que ya aquella noche el alboroto les habia aguado el gusto.

Bien entendieron todas que la vieja se queria quedar sola; pero no pudieron dejar de obedecerla, porque las mandaba á todas. Fuéronse las criadas, y ella acudió á la sala á persuadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada arenga, que pareció que de muchos dias la tenia para este efeto estudiada. Encareciéle su gentileza, su valor, su donaire y sus muchas gracias; pintóle de cuánto mas gusto le serian los abrazos del amante mozo que los del marido viejo, asegurándole el secreto y la duracion del deleite, con otras cosas semejantes á éstas, que el demonio le puso en la lengua, llenas de colores retóricos, tan demostrativos y eficaces, que movieran, no sólo el corazon tierno y poco advertido de la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol. ¡Oh dueñas, nacidas y usadas en el mundo para perdicion y total ruina de mil recatadas y buenas intenciones! ¡Oh luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales, y cuán al reves de lo que debíades, usais de vuestro casi ya forzoso oficio! En fin, tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió, Leonora se engañó y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales, que dormia el sueño de la muerte de su honra.

Tomó Marialonso por la mano á su señora, y casi por fuerza, preñados de lágrimas los ojos, la llevó donde Loaysa estaba, y echándoles la bendicion con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso á dormir en el estrado, ó por mejor decir, á esperar su contento de recudida; pero, como el desvelo de las pasadas noches la venciese, se quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazon preguntar á Carrizales, á no saber que dormia, que adónde estaban sus advertidos recatos, sus celos, sus advertimientos, sus persuasiones, los altos muros de su casa, el no haber entrado en ella, ni áun en sombra, álguien que tuviese nombre de varon; el torno estrecho, las gruesas paredes, las ventanas sin luz, el encerramiento notable, la gran dote en que á Leonora habia dotado, los regalos continuos que la hacia, el buen tratamiento de sus criadas y esclavas, el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habian menester y que podian desear. Pero ya queda dicho que no habia para qué preguntárselo, porque dormia más de aquello que fuera menester; y si él lo oyera, y acaso respondiera, no podia dar mejor respuesta que encoger los hombros, enarcar las cejas y decir : «Todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia, á lo que yo creo, de un mozo holgazan y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida.» Libre Dios á cada uno de tales enemigos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte.

Pero, con todo esto, el valor de Leonora fué tal, que en el tiempo que más le convenia, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fueron bastantes á vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos. Y en esto ordenó el cielo que á pesar del ungüento, Carrizales despertase, y como tenia de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella á su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atónito, con más ligereza y denuedo que sus muchos años prometian; y cuando en el aposento no halló á su esposa, y le

vió abierto, y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó perder el juicio; pero reportándose un poco, salió al corredor, y de allí, andando pié ante pié por no ser sentido, llegó á la sala donde la dueña dormia, y viéndola sola, sin Leonora, fué al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quédo, vió lo que nunca quisiera haber visto; vió lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo : vió á Leonora en brazos de Loaysa, durmiendo tan á sueño suelto como si en ellos obrara la virtud del ungüento, y no en el celoso anciano.

Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba; la voz se le pegó á la garganta, los brazos se le cayeron de desmayo, y quedó hecho una estatua de mármol frio; y aunque la cólera hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espíritus, pudo tanto el dolor, que no le dejó tomar aliento. Y con todo eso, tomara la venganza que aquella grande maldad requeria, si se hallara con armas para poder tomarla; y así determinó volverse á su aposento á tomar una daga, y volver á sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos, y áun con toda aquella de toda la gente de su casa. Con esta determinacion honrosa y necesaria volvió, con el mismo silencio y recato que habia venido, á su estancia, donde le apretó el corazon tanto el dolor y la angustia, que sin ser poderoso á otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho.

Llegóse en esto el dia, y cogió á los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos. Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que, á su parecer, le tocaba; pero viendo que era tarde, quiso dejarlo para la venidera noche. Alborotóse Leonora viendo tan entrado el dia, y maldijo su des-

cuido y el de la maldita dueña, y las dos con sobresaltados pasos fueron donde estaba su esposo, rogando entre dientes al cielo que le hallasen todavía roncando, y cuando le vieron encima de la cama callando, creyeron que todavía obraba la untura, pues dormia, y con gran regocijo se abrazaron la una á la otra. Llegóse Leonora á su marido, y asiéndole de un brazo, le volvió de un lado á otro por ver si despertaba, sin ponerle en necesidad de lavarle con vinagre, como decian era menester para que en sí volviese. Pero con el movimiento volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro, con una voz lamentable y desmayada dijo: «¡Desdichado de mí, y á qué tristes términos me ha traido mi fortuna!»

No entendió bien Leonora lo que dijo su esposo; mas como le vió despierto y que hablaba, admirada de ver que la virtud del ungüento no duraba tanto como habian significado, se llegó á él, y poniendo su rostro con el suyo, teniéndolo estrechamente abrazado, le dijo: «¿Qué teneis, señor mio, que me parece que os estais quejando?»

Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencajadamente, como atónito y embelesado, los puso en ella, y con grande ahinco, sin mover pestaña, la estuvo mirando una gran pieza, al cabo de la cual le dijo: «Hacedme placer, señora, que luego luego envieis á llamar á vuestros padres de mi parte, porque siento no sé qué en el corazon, que me da grandísima fatiga, y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querríalos ver ántes que me muriese.»

Sin duda creyó Leonora ser verdad lo que su marido le decia, pensando ántes que la fortaleza del ungüento, y no

lo que habia visto, le tenia en aquel trance; y respondiéndole que haria lo que la mandaba, mandó al negro que luego al punto fuese á llamar á sus padres; y abrazándose con su esposo, le hacia las mayores caricias que jamas le habia hecho, preguntándole qué era lo que sentia, con tan tiernas y amorosas palabras, como si fuera la cosa del mundo que más amaba. El la miraba con el embelesamiento que se ha dicho, siéndole cada palabra ó caricia que le hacia, una lanzada que le atravesaba el alma.

Ya la dueña habia dicho á la gente de casa y á Loaysa la enfermedad de su amo, encareciéndoles que debia de ser de momento, pues se le habia olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle cuando el negro salió á llamar á los padres de su señora; de la cual embajada asimismo se admiraron, por no haber entrado ninguno dellos en aquella casa despues que casaron á su hija. En fin, todos andaban callados y suspensos, no dando en la verdad de la causa de la indisposicion de su amo, el cual de rato en rato tan profunda y dolorosamente suspiraba, que con cada suspiro parecia arrancársele el alma. Lloraba Leonora por verle de aquella suerte, y reíase él con una risa de persona que estaba fuera de sí, considerando la falsedad de sus lágrimas. En esto llegaron los padres de Leonora, y como hallaron la puerta de la calle y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio y sola, quedaron admirados y con no pequeño sobresalto. Fueron al aposento de su yerno, y halláronle, como se ha dicho, siempre clavados los ojos en su esposa, á la cual tenia asida de las manos, derramando los dos muchas lágrimas: ella con no más ocasion de verlas derramar á su esposo; él por ver cuán fingidamente ella las derramaba.

Así como sus padres entraron, habló Carrizales y dijo: «Siéntense aquí vuesas mercedes, y todos los demas dejen desocupado el aposento, y sólo quede la señora Marialonso.» Hiciéronlo así, y quedando solos los cinco, sin esperar que otro hablase, con sosegada voz, limpiándose los ojos, desta manera dijo Carrizales:

«Bien seguro estoy, padres y señores mios, que no será menester traeros testigos para que me creais una verdad que quiero deciros: bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caido de la memoria) con cuánto amor, con cuán buenas entrañas, hace hoy un año, un mes, cinco dias y nueve horas, que me entregasteis á vuestra querida hija por legítima mujer mia; tambien sabeis con cuánta liberalidad la doté, pues fué tal la dote, que más de tres de su misma calidad pudieran casar con opinion de ricas; asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó á desear y yo alcancé á saber que le convenia. Ni más ni ménos habeis visto, señores, cómo, llevado de mi natural condicion, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y experimentado, por mi mucha edad, en los extraños y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya, que yo escogí y vosotros me disteis, con el mayor recato que me fué posible. Alcé las murallas desta casa, quité la vista á las ventanas de la calle, doblé las cerraduras de las puertas, púsele torno como á monasterio de monjas, desterré perpetuamente della todo aquello que sombra ó nombre de varon tuviese; dile criadas y esclavas que la sirviesen; ni les negué á ellas ni á ella cuanto quisieron pedirme; hícela mi igual, comuniquéle mis más secretos pensamientos y entreguéla toda mi hacienda. To-

das éstas eran obras para que, si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me habia costado, y ella procurara no darme ocasion á que ningun género de temor celoso entrara en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mias, y que yo mismo haya sido el fabricador del veneno que me va quitando la vida. Pero, porque veo la suspension en que todos estais, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática con deciros en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas: digo, pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé á ésta, nacida en el mundo para perdicion de mi sosiego y fin de mi vida (y esto señalando á su esposa), en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado.»

Apénas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando á Leonora se le cubrió el corazon, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un nudo, que no les dejaba hablar palabra. Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dijo: «La venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse; pues quiero que así como yo fuí extremado en lo que hice, así sea la venganza que tomáre, tomándola de mí mismo como del más culpado en este delito; que debiera considerar que mal podian compadecerse en uno los quince años desta muchacha con los

ochenta mios. Yo fuí el que, como gusano de seda, me fabriqué la casa donde muriese; y á tí no te culpo, ¡oh niña mal aconsejada! (y diciendo esto, se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora); no te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran; mas, porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo, que quede en el mundo por ejemplo, si no de bondad, al ménos de simplicidad jamas oida ni vista; y así, quiero que se traiga luego aquí un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que despues de mis dias, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo, á quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y así verá que si viviendo jamas salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto. La demas hacienda mandaré á otras obras pías, y á vosotros, señores mios, dejaré con qué podais vivir honradamente lo que de la vida os queda. La venida del escribano sea luego, porque la pasion que tengo me aprieta de manera, que á más andar me va acortando los pasos de la vida.»

Esto dicho, le sobrevino un terrible desmayo, y se dejó caer tan junto de Leonora, que se juntaron los rostros: ¡extraño y triste espectáculo para los padres, que á su querida hija y á su amado yerno miraban! No quiso la mala dueña esperar á las reprensiones que pensó le darian los padres de

su señora; y así se salió del aposento, y fué á decir á Loaysa todo lo que pasaba, aconsejándole que luego al punto se fuese de aquella casa; que ella tendria cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese, pues ya no habia puertas ni llaves que lo impidiesen. Admiróse Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió á vestirse como pobre, y fuése á dar cuenta á sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores.

En tanto, pues, que los dos estaban transportados, el padre de Leonora envió á llamar á un escribano amigo suyo, el cual vino á tiempo que ya habian vuelto hija y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que habia dicho, sin declarar el yerro de Leonora, más de que por buenos respetos le pedia y rogaba se casase, si acaso él muriese, con aquel mancebo que él la habia dicho en secreto. Cuando esto oyó Leonora, se arrojó á los piés de su marido, y saltándole el corazon en el pecho, le dijo : «Vivid vos muchos años, mi señor y mi bien todo; que, puesto caso que no estais obligado á creerme ninguna cosa de las que os dijere, sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento»; y comenzando á disculparse y á contar por extenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió á desmayarse. Abrazóla, así desmayada, el lastimado viejo, abrazáronla sus padres, lloraron todos tan amargamente, que obligaron y áun forzaron á que en ellas les acompañase el escribano que hacia el testamento, en el cual dejó de comer á todas las criadas de casa, horras las esclavas y el negro, y á la falsa de Marialonso no le mandó otra cosa que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera, que al seteno dia le llevaron á la sepultura.

Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabia que su marido en su testamento dejaba mandado, vió que dentro de una semana se entró monja en uno de los más recogidos monasterios de la ciudad; él, despechado y casi corrido, se pasó á las Indias. Quedaron los padres de Leonora tristísimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les habia dejado y mandado por su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo con la libertad, y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos; y yo quedé con el deseo de llegar al fin deste suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre; y de lo ménos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oido exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas. Sólo no sé qué fué la causa que Leonora no puso más ahinco en desculparse y dar á entender á su celoso marido cuán limpia y sin ofensa habia quedado en aquel suceso; pero la turbacion le ató la lengua, y la priesa que se dió á morir su marido no dió lugar á su disculpa.

FIN DEL TOMO PRIMERO DE LAS NOVELAS EJEMPLARES.



NOTAS.

NOTAS.

1 Portada.

La portada de la edicion de las *Novelas* de CERVÁNTES que nos ha servido de texto, y de que ya hemos hablado en la Advertencia preliminar de este tomo, dice así :

NOVELAS
EXEMPLARES
DE MIGVEL DE
Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO A DON PEDRO FERNANdez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, Virrey, Gouernador, y Capitan general del Reyno de Napoles, Comendador de la Encomienda de la Zarça de la Orden de Alcantara.

Año | El mismo escudo y emblemas de la primera edicion del *Quijote*, que, tratando de ésta, quedan ya descritos. | 1614.

Con priuliego (*sic*) de Castilla y de los Reynos de la Corona de Aragon.
EN MADRID, por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey Nuestro Señor.

En la Dedicatoria no se dice *conde* de Lémos, sino «A Don Pedro Fernandez de Castro, de Lémos», etc. Lleva el *Prologo al Letor* ántes que dicha Dedicatoria; y la Tabla de las Novelas (y el libro, por consiguiente) sólo comprende doce, pues no se contaba aún con la *Tia Fingida*.

2 Pág. 1, lín. 8.

En nombre de nieta.

Con nombre, debiera decir, y así lo han enmendado algunos.

3 Pág. 1, lín. 9.

A quien puso nombre Preciosa.

En ediciones posteriores se dice: «á quien puso *por* nombre Preciosa»; y está bien hecha la correccion.

4 Pág. 1, lín. 11.

La más única bailadora.

Única equivale aquí á famosa, ó cosa parecida, porque *único* es de suyo harto superlativo.

5 Pág. 1, línea última.

Ni curtir *las* manos.

«*Sus* manos», dicen otras ediciones.

6 Pág. 2, lín. 7.

Y finalmente.

Sobra la *y*.

7 Pág. 3, lín. 14.

La imágen de Santa Ana.

«De *la gloriosa* Santa Ana», se lee en otras ediciones.

8 Pág. 5, lín. 3.

A tan menudó.

Acentuamos esta palabra para que resulte el verso del estribillo puesto en boca de Preciosa.

9 Pág. 5, líneas 7 y 8.

Volvió á Madrid.

Otros han añadido: *como tenia de costumbre;* mas para nada hace falta.

10 Pág. 5, lín. 14.

Se *la* despabilasen.

Nuestro texto dice: «se *le despauilassen.*»

11 Pág. 5, lín. 27.

Como capitan *de* batallon.

«*Del* batallon», la edicion de 1614.

12 Pág. 6, líneas 18 y 19.

. . . . . La noche del dia
Que el cielo y la tierra lloran.

El Viérnes Santo del año 1605, nacimiento de Felipe IV.

13 Pág. 9, lín. 20.

Hasta *la* fin.

«Hasta *el* fin», segun otras ediciones.

14 Pág. 10, líneas 2 y 3.

Y docena cantada *y* docena pagada.

Así nuestro texto; pero otros suprimen la segunda *y*, que es locucion más exacta.

15 Pág. 10, lín. 27.

Entra *enhorabuena*.

«*En hora bueno*», dice la edicion que seguimos.

16 Pág. 11, lín. 12.

¡Ay! no me le tome, señor.

«*Y* no me le tome, señor», segun la edicion mencionada.

17 Pág. 12, línea penúltima.

Los hechizos en tus ojos.

Y no «*tus* hechizos en tus ojos», como se lee en la misma.

18 Pág. 13, lín. 11.

De *tu* imperio satisfecho.

«De *su* imperio satisfecho», la edicion de 1614; pero es un contrasentido.

19 Pág. 13, lín. 23.

Y no soy manca ni *renca*.

Es decir coja, ó más bien *desriñonada*, no *ronca*, como disparatadamente han impreso otros.

20 Pág. 13, lín. 31.

Y verán lo que *verán*.

Quizá: lo que *serán*.

21 Pág. 14, línea primera.

En *una* hora.

«O en *un* hora», conforme á nuestro texto.

22 Pág. 19, lín. 14.

Que te *despuntarás*.

La edicion de 1614: «te *dispuntarás*.»

23 Pág. 20, lín. 2.

Coger la *garrama.*

Como si dijera : á limpiar bolsillos ó á aliviar bolsas; porque *garrama*, en lenguaje de germanía, equivale á hurto, ratería ó estafa.

24 Pág. 22, lín. 13.

La gloria de sus *ojos.*

Más bien de su gozo, de sus gustos, ó cosa parecida, para que contraste con las *pesadumbres* que dice luego.

25 Pág. 23, lín. 15.

Vuestra *humilde* en serviros.

Falta, al parecer, criada, ó el *humilde* está en lugar de un sustantivo que indique la idea de servidumbre.

26 Pág. 24, lín. 27.

En que quiero *enteraros.*

La reimpresion de Cuesta dice *estaros*, pero es yerro evidente.

27 Pág. 30, lín. 2.

Y vió en *ella* á un caballero.

En ellos, debiera decir.

28 Pág. 30, línea penúltima.

Qué *brinco.*

Brinco, en el sentido de dije ó joya pequeña.

29 Pág. 33, línea última.

Ni *rogamos* á nadie.

Otra errata sin duda, en lugar de *robamos.*

30 Pág. 35, líneas 18 y 19.

Que no le *hiera* y *sobresalte.*

La edicion de 1614 : «*hieran* y *sobresalten.*»

31 Pág. 36, líneas 2 y 3.

El *tormento de toca.*

Dábase á los reos para que declarasen, y consistia en hacerles beber agua mezclada con unas tiras de gasa fina.

32 Pág. 42, líneas 5 y 6.

Perpendicularmente.

En otras ediciones, como en la citada: «*particularmente.*»

33 Pág. 45, lín. 11.

El *ser* azotado.

Y no «el *que es* azotado», que pone la misma.

34 Pág. 48, lín. 2.

Queria que fuese suyo.

«*Sólo* suyo», dicen otras.

35 Pág. 52, líneas 22 y 23.

Antojos de allende.

Anteojos de aumento ó de larga vista.

36 Pág. 57, líneas 9 y 10.

De los que *así* no quisiéramos (de los que no quisiéramos triunfar así).

La edicion de 1614 pone *aquí*, en lugar de *así*; quizá deberia decir: de los que *así nos insultaron*, ó cosa por el estilo.

37 Pág. 57, líneas 17 y 18.

Estábamos *determinados* de seguir.

La edicion antigua suprime la palabra *determinados*.

38 Pág. 58, lín. 13.

Casi *veinte* leguas.

Antes ha dicho (página 54, línea 2) que más atras y *treinta* leguas.

39 Pág. 62, lín. 11.

La *prision* de su voluntad.

«La *pasion* de su voluntad», que dice la edicion segunda de Cuesta, parece impropio.

40 Pág. 70, lín. 2.

Piedeamigo.

Horquilla de hierro que se ponia á los reos debajo de la barba para que no pudiesen bajar la cabeza ni encubrir el rostro cuando salian á la vergüenza.

41 Pág. 73, lín. 29.

Cuando niña.

La edicion antigua: «*andando* niña.»

42 Pág. 74, lín. 10.

Llegó en fin *con Preciosa.*

«*Con la preciosa carga*», siguiendo la edicion de 1614 y otras.

43 Pág. 74, lín. 19.

Puntualidades.

Y otras ediciones: «*particularidades.*»

44 Pág. 74, lín. 27.

En hurtarle *el alma.*

Y en otros textos: «*la mitad de su alma.*»

45 Pág. 75, lín. 12.

Dos años de *probacion*.

«De *aprobacion*», segun otros.

46 Pág. 75, lín. 19.

A *quien* respondió.

Varios han impreso: «á *que*.»

47 Pág. 76, lín. 9.

En algun calabozo.

Posteriormente se ha añadido en otras ediciones el siguiente trozo, que, ó se suprimió en la segunda, ó no figuró ni aún en la primera, porque, ademas de inconveniente é inútil, es poco digno de CERVÁNTES: «*en algun calabozo*, dice, metido, pasando las penalidades que se pueden considerar de sus prisiones, las humedades y sabandijas inmundas, que inquietan á los pobres pacientes, que están esperando salga el dia, para gozarle y verse libres de tanta opresion y mala vecindad como padecen.»

48 Pág. 79, lín. 13.

Y *la gitana vieja estaba turbada.*

Obsérvese que no ha hecho ántes mencion de ella, sino que, por el contrario, ha dicho que solamente estaban en la sala doña Guiomar, el Corregidor, Preciosa y dos criados de casa.

49 Pág. 81, líneas 6 y 7.

Porque *bajase*.

Es decir, porque desistiese *de la querella*.

50 Pág. 81, líneas 18 y 19.

Concedió licencia el *Arzobispo*.

Seria el de Valencia, porque Murcia no era á la sazon arzobispado.

51 Pág. 82, líneas 11 y 12.

A quien no *respondió* pena alguna.

Respondió, por resultó ó se impuso, si no es equivocacion, debia ser voz usual en la curia de aquella época.

52 Pág. 96, lín. 3.

De nacion *corsos*.

La edicion de 1614: «*corzos*.»

53 Pág. 99, lín. 13.

Un buen espacio.

Otras ediciones: «un buen *trecho*.»

54 Pág. 100, líneas 17 y 18.

Bojar casi toda la isla de Sicilia.

Bojar es dar la vuelta á una isla ó cabo; está, pues, usado aquí con propiedad; pero otras ediciones, como la segunda de Cuesta, dicen *baxar* ó bajar.

55 Pág. 100, lín. 23.

Virey de Trípol.

Rey le llama la misma edicion de Cuesta; pero, como se ve poco despues, es una errata.

56 Pág. 101, líneas 24 y 25.

Le corrian por el *rostro* en tanta abundancia, que llegaron á humedecer el *suelo*.

La mencionada edicion de 1614 hace aquí un donoso cambio de palabras, diciendo que las lágrimas corrian por el suelo, hasta llegar á humedecer á Ricardo el rostro.

57 Pág. 102, lín. 21.

Más que el Cadí, mi amo.

En otras impresiones se lee: «*como* el Cadí, mi amo.»

58 Pág. 105, líneas 24 y 25.

Traspasado y *rendido*.

Traspasado solamente, dicen algunas otras.

59 Pág. 108, lín. 18.

Allá en su *ánimo*.

La edicion que nos sirve de pauta pone: «en su *ánima*.»

60 Pág. 111, líneas 10 y siguientes.

Que sin duda el cielo, condolido, etc.

Estas palabras y las que se leen despues hasta el final del párrafo no se hallan en dicha edicion.

61 Pág. 113, lín. 3.

El sentimiento que viera *que tenia*.

Subrayamos esta última frase, porque falta tambien en la segunda edicion de Cuesta.

62 Pág. 113, línea penúltima.

A quien dijo el *recado* de su amo.

Recaudo, segun la misma.

63 Pág. 120, líneas 28 y 29.

La llenó de temor y espanto.

«*Llena* de temor y espanto», pone la misma edicion; pero así, queda el sentido involucrado.

64 Pág. 127, líneas 6 y 7.

Acrecentó en Halima el torpe deseo y *deshonesto* amor.

«El torpe deseo y *el* amor», la edicion á que nos referimos.

65 Pág. 127, lín. 8.

Todo lo que *pudiese*.

«Lo que *pidiese*», segun esta última.

66 Pág. 127, lín. 13.

De su querido *Mario*.

«De su querido *Ricardo*», dice la misma, incurriendo manifiestamente en un descuido.

67 Pág. 130, líneas 9 y 10.

Puso cincuenta soldados.

En la impresion mencionada se lee: «puso *en él* cincuenta soldados»; pero semejantes pleonasmos son muy frecuentes en CERVÁNTES.

68 Pág. 133, lín. 3.

El *Bajá* les habia ordenado le tomasen.

En vez de *el Bajá*, imprimió Cuesta *el baxel*, por errata.

69 Pág. 133, lín. 7.

Dejó de embestir.

«*Dejóle* embestir»; otra errata de Cuesta, y grave, dado que dice lo contrario de lo que debiera.

70 Pág. 133, líneas 27 y 28.

Y con su mismo maleficio.

Esta frase no se halla en dicha reimpresion.

71 Pág. 136, línea última.

Con cuya vista se estremeció *Leonisa*.

Toda, pone aquí la mencionada edicion, haciendo de este pasaje un logogrifo.

72 Pág. 138, líneas 5 y 6.

De los que moros parecian.

Segun el otro texto, «*que de los* moros parecian.»

73 Pág. 145, líneas 4 y 5.

De catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete.

La reimpresion de Cuesta dice: «de hasta edad de catorce á quince años; el uno ni el otro no passauan de diez y siete.»

74 Pág. 145, líneas 11 y 12.

Traia el uno montera verde.

«*De cazador*», añaden otras ediciones.

75 Pág. 145, líneas 17 y 18.

Un cuello de los que llaman *valonas*, almidonado con grasa.

La edicion de 1614 dice: «*balones*», y otras: «*balonas almidonadas*, almidonado con grasa.»

76 Pág. 148, líneas 24 y 25.

El *andabola*.

Andabora, ponen otros; debe escribirse *andaboba*.

77 Pág. 148, lín. 26.

En *el* córte de sus antiparas.

«En *la* córte», como dicen algunos, deja anfibológica la frase.

78 Pág. 149, lín. 9.

Yo nací en el *Pedroso*, lugar, etc.

La reimpresion de Cuesta incurre aquí en un grave yerro, diciendo: «Yo nací en el *piadoso*, lugar», etc.

79 Pág. 149, líneas 18 y 19.

Nunca fuí cogido entre *puertas*.

La edicion de 1614: «entre *piernas*.»

80 Pág. 149, lín. 20.

De ningun *cañuto*.

De ningun soplon ó espía.

81 Pág. 149, lín. 21.

Espía doble.

El alguacil, que lo era de la justicia, y al propio tiempo avisaba á los ladrones, para que se guardasen de ella.

82 Pág. 152, línea última.

Del dinero de la *galima*.

Galima es, en lenguaje germanesco, el robo de poca importancia.

83 Pág. 158, lín. 6.

En el *finibusterre*.

En la horca.

84 Pág. 158, lín. 6.

Embesados.

Azotados.

85 Pág. 158, lín. 7.

En *gurapas*.

En galeras.

86 Pág. 162, lín. 10.

Era de los de la *ampa*.

La ampa ó *hampa*, compañía de gente del bronce, compuesta de valentones y desalmados, que hacian vida de gitanos y tenian tambien su jerga ó germanía.

87 Pág. 162, líneas 12 y 13.

A modo de las del *perrillo*.

El perrillo era la marca de cierta especie de espadas, que representaba un perro pequeño.

88 Pág. 163, lín. 28.

El *guro* que nos avisa.

El *guro* es el alguacil.

89 Pág. 164, líneas 5 y 6.

Así en la *trena* como en las *guras*.

Trena quiere decir cárcel, y *guras* galeras.

90 Pág. 164, lín. 17.

Abonada confraternidad.

La edicion de 1614: «*Abogada* confraternidad.»

91 Pág. 166, lín. 27.

Piar el turco puro.

Beber el vino puro.

92 Pág. 167, lín. 28.

Manifiéstese la *cica*.

Lo mismo que «póngase de manifiesto la *bolsa*.»

93 Pág. 170, lín. 15.

A boca de *sorna*.

Como si dijera: á boca de *noche*.

94 Pág. 170, lín. 20.

Para consolar este estómago.

Algunas ediciones añaden: «que tan desmayado anda de contínuo.»

95 Pág. 173, lín. 17.

Si has habido algo con tu *respeto*.

Como si dijera: con tu cúyo, con tu majo.

96 Pág. 174, líneas 28 y 29.

Que estos tales hombres.

Corregimos aquí una errata de la edicion de Cuesta, que dice: «que *en* estos tales hombres», etc.

97 Pág. 176, líneas 7 y 8.

Y al resguardo y acrecentamiento de aquella cofradía.

No se leen estas palabras en algunas ediciones.

98 Pág. 181, lín. 29.

La venida del alcalde de la justicia.

De la justicia «y de su corchetada», añaden otros.

99 Pág. 184, lín. 10.

Chiquiznaque se la dará *pintada*.

Otras impresiones dicen: «pintiparada.»

100 Pág. 184, líneas 18 y 19.

Que al *tocar* y al peso.

«Al *colar*», dice la impresion de 1614.

101 Pág. 187, lín. 23.

Por la merced.

Otros ponen: «por la merced *que se les hacia*.»

102 Pág. 187, líneas 23 y 24.

Ofreciéronse á hacer su oficio con toda diligencia y recato.

Algunos intercalan, despues de *hacer su oficio*, los adverbios *bien* y *fielmente*.

103 Pág. 189, líneas 29 y 30.

Lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados.

La reimpresion de Cuesta añade: «á estas y á otras peores y semejantes.»

104 Pág. 196, lín. 19.

Qué es lo que ha *aprendido*.

O *deprendido*, segun otros; voz anticuada.

105 Pág. 198, lín. 13.

Caber en *humana* imaginacion.

«En *una* imaginacion», que dice el texto de 1614, téngase por errata.

106 Pág. 201, línea última.

Tan sin pensar lo que hacia, y tan *ciega*.

«Tan *sesga*», se lee en la reimpresion de Cuesta; y como sesgo equivale tambien á *sereno*, *tranquilo*, la variante es muy admisible.

107 Pág. 202, lín. 11.

De allí á dos dias.

Antes la Reina habia dicho *mañana*, es decir, al dia siguiente. No implicaria contradiccion, si hubiese algo que la justificase.

108 Pág. 209, líneas 4 y 5.

Porque el navío de los cautivos libres.

Debe faltar aquí algo, pues estas palabras no parece que concuerdan bien, ideológicamente consideradas, con las que siguen.

109 Pág. 210, líneas 22 y 23.

Alborotóse Isabela.

«*Alborozóse*», como pone la edicion que llevamos por guía, es ménos propio.

110 Pág. 219, líneas 16 y 17.

Como en *salud* desahuciada.

En otro yerro cae aquí la edicion de 1614, diciendo: «como en *salir* desahuciada.»

111 Pág. 221, líneas 24 y 25.

Armado y puesto á caballo.

Se lee así en otras ediciones: «armado con las armas con que se habia desembarcado, puesto sobre un hermoso caballo.»

112 Pág. 222, lín. 5.

Que se diese preso.

«Que fuese preso», segun la edicion del año 14; pero, como despues dice, *que sí daba* (que sí *se* daba), natural es que correspondan entre sí ambas frases.

113 Pág. 222, líneas 11 y 12.

Perdonase al Conde.

Tambien hay la siguiente adicion en otros textos: «que como mozo y enamorado, á mayores yerros estaba sujeto.»

114 Pág. 228, lín. 22.

Que no dudó de ser cierta la *paga*.

En el texto antiguo: «la *partida*»; errata manifiesta.

115 Pág. 230, lín. 14.

Diez mil *escudos*.

La edicion de 1614 pone aquí: «*ducados*», y lo mismo se advierte más adelante en una cédula ó libranza de que habla Ricaredo, que unas veces es de mil seiscientos escudos, y otras de mil seiscientos ducados.

116 Pág. 246, lín. 17.

Pero en lo que más se mostraba...

Debe faltar *aventajado*, ó cosa equivalente; aunque bien pudiera el verbo

referirse al sustantivo *estudio* (en lo que más se mostraba su... estudio); pero aquí la concision daña á la claridad.

117 Pág. 247, líneas 6 y 7.

Hicieron camarada.

Quizá *hiciéronse camaradas*, aunque no es extraño en CERVÁNTES el uso de esta palabra como sustantivo.

118 Pág. 247, líneas 29 y 30.

Si queria por curiosidad verla.

En otras ediciones se lee: «siquiera por curiosidad de verla.»

119 Pág. 248, líneas 2 y 3.

Para que Tomas *tuviese* el envite.

«*Aceptase*», ponen otras ediciones; acaso CERVÁNTES escribiria *tomase*.

120 Pág. 248, lín. 27.

La *comodidad* de algunos capitanes.

No «la *incomodidad*», como dice el texto de 1614.

121 Pág. 251, líneas 17 y 18.

Y confesádose con un *penitenciario*.

Penitenciario ó «*penitenciero*», como dicen otras ediciones.

122 Pág. 251, lín. 19.

Lleno de *agnusdei*.

«De *agnusdeis*», segun la impresion de 1614; mas no creemos que fuese tampoco entónces declinable esta palabra.

123 Pág. 252, lín. 4.

Y de pinturas y *retablos*.

«*Retratos*», ponen algunas otras ediciones; pero no debe admitirse la variante.

124 Pág. 254, lín. 16.

Se llaman *venéficas*.

«*Veneficios*», estampó nuestro texto, y se corrigió muy acertadamente, porque este nombre podria aplicarse á los bocados ó bebedizos, pero no á los que los daban.

125 Pág. 259, lín. 6.

Llegó á Valladolid.

Otras ediciones añaden: «donde en aquel tiempo estaba la córte»; in-

dicacion importante, como despues veremos, para averiguar la época á que pertenece esta novela; mas aquí no es necesaria, ni se encuentra en la edicion del año 14, porque habiéndose dicho que un personaje que estaba en la córte envió por el licenciado, y despues, que éste «llegó á Valladolid», donde permaneció, claro es que la córte existia en esta ciudad. Sin embargo, como circunstancia extraordinaria, tampoco es ociosa la advertencia.

126 Pág. 260, lín. 15.

Cura Deûm fuerunt olim Regumque poetæ.

Nuestra edicion del año 14 vicia este texto, diciendo: «*Cum ducum fuerant olim Regumque poetæ.*»

127 Pág. 264, líneas 24 y 25.

Y con esto la medicina obraba al reves de lo que habia de obrar.

Así la mencionada edicion; pero otras completan el pensamiento y la frase, diciendo: «Y con esto la medicina *mal compuesta* obraba al reves de lo que habia de obrar *la bien ordenada.*»

128 Pág. 268, líneas penúltima y última.

Hechos perpetuos gitanos de lugar en lugar.

«Y de meson en venta», añaden otras ediciones.

129 Pág. 271, líneas 18 y siguientes.

Los escribanos han de ser libres, y no esclavos, etc.

En nuestro texto hay aquí una omision censurable, pues dice: «Los escribanos han de ser libres, legítimos, no bastardos ni de ninguna mala raza.» Si estas irregularidades son defectos de la primera reimpresion, ó descuidos de CERVÁNTES, que se corrigieron en las posteriores, es lo que no nos atrevemos á asegurar miéntras no tengamos á la vista la edicion príncipe; pero son enmiendas tan exactas, que nos inclinamos á lo primero, atribuyendo el acierto á quien de derecho y por especial privilegio le corresponde.

130 Pág. 274, lín. 20.

Le vistió como *á* letrado.

En nuestro texto está suprimida la preposicion *á*, con notoria infraccion de la puntualidad ideológica y gramatical.

131 Pág. 283, lín. 9.

Quedó en él, si no el arrepentimiento, etc.

«*Queda* en él», dice la edicion; pero basta esta errata á introducir en el período una confusion incomprensible.

132 Pág. 285, lín. 9.

Con *los* brazos abiertos.

«Corrieron á ella, leemos en la reimpresion del año 14, *con brazos abiertos*, y con lágrimas en los ojos la recibieron.» Nótese qué oficio tan importante desempeña en este caso el artículo, arbitraria y malamente suprimido en el mencionado texto.

133 Pág. 290, lín. 17.

Do *se* habia dado fin á su honra.

En el mismo se dice: «do habia dado fin»; pero es yerro evidente. *Habian*, propone aquí por enmienda el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, en unas sagacísimas observaciones sobre esta edicion de las *Novelas ejemplares*, que ha tenido la bondad de facilitarnos. Una ú otra correccion debe admitirse.

134 Pág. 292, lín. 13.

La deshonra suya, el robo.

Y en algunas ediciones se añade: «el cubrirle los ojos», etc.

135 Pág. 292, líneas 28 y 29.

Si no el remedio que mejor convenga con mi desventura...

La edicion dice: «que mejor convenga, *y cuando no*, con mi desventura»; prueba, si no tuviéramos otras, del poco esmero con que Juan de la Cuesta imprimió este libro.

136 Pág. 307, lín. 9.

Les rogó *muy encarecidamente*.

Este adverbio superlativo se omite en la reimpresion de Cuesta.

137 Pág. 307, líneas 15 y 16.

Tal estaba *de* abrasado el pecho.

Mejor que «tal estaba *el* abrasado pecho», como pone la misma reimpresion.

138 Pág. 311, líneas 12 y 13.

Ni en ella se oyó ladrido de perro.

A lo cual añaden otros: «todos eran del género femenino.» Respecto á estas intercalaciones y añadiduras, repetimos lo dicho arriba. La presente parece propia del gracejo picaresco de nuestro autor.

139 Pág. 311, lín. 17.

Que sus salas y *cuadras* adornaban.

«Sus salas y *cuadros*», leemos en otras ediciones; pero aquí anda la nuestra más acertada que las demas.

140 Pág. 312, lín. 15.

Acertó á mirar la casa.

«*Asestó*», dice el texto, y nos hemos tomado la libertad de enmendarlo, porque si hubiera mirado deliberadamente y de propósito, como lo indica, aunque con poca propiedad en este caso, el verbo *asestar*, no le hubiera tomado al ocioso mancebo la «gana de saber quién vivia dentro.»

141 Pág. 316, lín. 5.

Por ser el más *mañero*.

«*Manero*», dicen otros, que lo mismo significa, y aquí vale tanto como manejable ó fácil.

142 Pág. 317, líneas penúltima y última.

Que ya me *cómo* los dedos.

«Ya me *comen* los dedos», se lee en el texto de 1614.

143 Pág. 318, línea última.

Y tan *fajada* su pierna.

Antes se ha dicho que para fingirse pobre, se «*vendó una pierna* estrechamente»; así que es errata de bulto decir *sajada*, como la edicion de 1614.

144 Pág. 320, líneas 28 y 29.

Que nosotras le podamos ver.

Añaden aquí otras ediciones una negacion, poniendo: «que nosotras *no* le podamos ver»; pero basta esto para incurrir en una falta hasta de sentido comun, diciendo lo contrario de lo que se pretende.

145 Pág. 323, líneas 1 y 2.

Todo á la sorda y con silencio extraño.

La frase adverbial *á la sorda* está suprimida en algunas ediciones, por descuido sin duda, más bien que por deseo de mejorar lo que tal como está es inmejorable.

146 Pág. 329, líneas 11 y 12.

Sino entre los dos colchones *y casi debajo de la mitad de su cuerpo*.

Las palabras de bastardilla no existen en la edicion de 1614; y siendo tan importantes y tan necesarias, que sólo pudieron y debieron ocurrírsele al autor, venimos á deducir que dicha edicion es sumamente defectuosa, y que la mayor parte de las variantes que en ella se advierten respecto á las posteriores, no deben estar conformes con la impresion primitiva.

147 Pág. 337, líneas 18 y 19.

Quejábase de la *credulidad* de sus amigos.

Las líneas siguientes, en que se dice : «y del poco advertimiento que habia tenido en no hacer primero la experiencia en otro, ántes de hacerla en Carrizales», están suprimidas en la edicion que nos ha servido de texto. En vez de *credulidad*, se pone tambien *crueldad*, por yerro de imprenta.

148 Pág. 339, lín. 6.

La tenia para este efeto estudiada.

Falta asimismo en otras ediciones la frase *para este efeto*, así como en la mencionada se echa de ménos lo que sigue : « Encarecióle su gentileza, su valor, su donaire y sus muchas gracias. »

149 Pág. 339, lín. 15.

Para perdicion *y total ruina*.

Las palabras puestas de bastardilla no se hallan en otras reimpresiones posteriores.

150 Pág. 344, líneas 25 y 26.

Púsele torno, como á monasterio de monjas.

«Como á monasterio», solamente han impreso otros. No hay necesidad de advertir que los de monjas eran los que tenian torno, como hoy dia continúan teniéndolo.

151 Pág. 345, líneas penúltima y última.

Que mal podian compadecerse en uno.

Otros textos dicen : «estar ni compadecerse.»

152 Pág. 345, fin, y 346, principio.

Con los ochenta mios.

«Con los casi ochenta», dicen otras ediciones; pero debe ser *casi setenta*, porque cuarenta y ocho tenia Carrizales, segun nuestro autor, cuando pasó á América, veinte estuvo allá, y cuando aconteció el lance que puso fin á sus dias, llevaba, conforme advierte el mismo CERVÁNTES, un año de noviciado.

FIN DE LAS NOTAS AL TOMO PRIMERO DE LAS NOVELAS EJEMPLARES.

APENDICE AL PRESENTE VOLUMEN,

PRIMERO DE LAS NOVELAS EJEMPLARES.

Unas ingeniosas observaciones sobre *La Española Inglesa*, que, con fecha 20 de Enero de este año 1864, tuvo la amabilidad de remitirnos desde Sevilla el señor don José María Asensio, diligente cuanto erudito investigador de algunos de nuestros monumentos literarios, nos han hecho fijar la atencion en lo conveniente que sería determinar con exactitud la verdadera cronología de las novelas de nuestro Autor; empeño que, á ser realizable, no careceria de interes, porque con semejantes datos suele ilustrarse á veces la vida de un escritor, y estimarse con mayor fundamento la importancia, perfeccion y mérito de sus obras.

Mas en el caso presente tenemos que limitar nuestro deseo á lo puramente conjetural, ateniéndonos á las indicaciones que, por casualidad más bien que de intento, soltó CERVÁNTES en el contexto de su narracion. Sin riesgo de aventurar demasiado, podemos, no obstante, asegurar que la mayor parte de sus novelas fueron escritas en los diez ú once primeros años del siglo XVII, y especialmente en el período transcurrido desde 1606 á 1612, es decir, en el tiempo que medió desde la publicacion de la Primera Parte á la Segunda del *Don Quijote;* aunque, en nuestro juicio, no pueda afirmarse con la misma probabilidad si fué en Sevilla ó en Valladolid, en Madrid ó en otro punto, donde compuso tales ó cuales de aquellas obras; pues la presuncion de haberse incluido en la *Miscelánea* formada para el Arzobispo don Fernando Niño de Guevara, no prueba tanto el lugar de su nacimiento, como la época de su existencia.

Empecemos por *La Gitanilla.* Segun el papel por donde constaba su nacimiento, fué robada *Preciosa* el año 1595, de dos meses de edad, poco más ó ménos.—Quince años tenia cuando su *abuela* la trajo á la córte; de modo que el desenlace de la novela debia referirse próximamente al año 1610, dado que no habia de aludir CERVÁNTES á una época posterior á aquella en que esto escribia. Canta Preciosa el romance en que se celebra á la Reina doña Margarita, cuando salió, en Valladolid, á la misa de parida de Felipe IV.—Tuvo lugar este suceso el 31 de Mayo de 1605,

tercer dia de la Pascua del Espíritu Santo; y como no era necesario que llevase aquella composicion la fecha del mismo año á que se referia, sino que muy bien pudo conservarse todo aquel tiempo en la memoria de Preciosa, y sobre todo, en la de Cervántes, que sería su autor, no resulta contradiccion alguna entre el año 5, época de la presentacion de Felipe IV, y el año 10, en que termina la historia de *La Gitanilla*. Desde esta fecha á la de la publicacion por primera vez de las *Novelas*, tampoco media imposible alguno; con que, podemos asegurar que Cervántes escribió su *Gitanilla* el año 1610.

El Amante liberal comienza con un bellísimo apóstrofe á las ruinas de Nicosia, plaza conquistada por los turcos, tras largo estruendo y devastacion, en 1570, poco ántes de la batalla de Lepanto. Sabemos, por consiguiente, la época á que se refiere la accion; mas no hallamos indicio alguno por donde averiguar en cuál, con corta diferencia, se escribiria. Dícese que hay en ella várias alusiones á sucesos y vicisitudes de la vida de nuestro Autor. Tenia, en efecto, Cervántes muy presente la desgracia de su cautiverio, para no recordar á menudo las escenas en que figuró como actor ó como testigo. Por su índole y contextura debe ser esta obra contemporánea de *El Cautivo*, que entra como episodio en la Primera Parte de *El Quijote*, y quizá sea posterior á ésta. No podemos esforzar más nuestras conjeturas.

Igual incertidumbre tenemos respecto al órden de sucesion que debe asignarse á las aventuras de *Rinconete y Cortadillo*. Como las demas obras en que tan magistralmente pinta el Autor la vida truhanesca de aquellos tiempos, se cree que debió escribirse en Sevilla; pero habiendo Cervántes residido más de una vez en esta ciudad, ántes y despues del año 1600, la mencionada opinion nos dejaria en la misma duda, si no hallásemos citada esta obra en la Primera Parte de *El Quijote*; de lo que se deduce que, por lo ménos, es anterior al año 1605; y todo lo que por via de ilustracion podemos manifestar, es lo que dice el señor don Agustin García de Arrieta, en la esmerada edicion de las *Obras de Cervántes* que hizo en París, en 1826 : «Las aventuras de aquellos dos famosos ladrones acaecieron en el año 1569, bien que á fines de aquel siglo, segun el testimonio de don Luis Zapata, subsistia aún la cofradía ó sociedad de aquellas gentes perdidas y astutas», etc. Otra advertencia debemos hacer al paso : el año 1846 se publicó en Madrid, bajo la direccion de don Vicente Castelló, una edicion de *Rinconete y Cortadillo*, ilustrada con láminas y viñetas. El texto está lleno de variantes respecto á los que hasta ahora pasan por más autorizados, y mereceria ponerse en cotejo con el nuestro, si por una parte no fuese conocido, y por otra mejorase el preferido por la generalidad; pero sucede lo contrario, que las más veces lo empeora evidentemente. Quizá Cervántes retocaria su obra, dejándola más perfecta; pero, de todos modos, en la edicion de 1846, termina la novela con una reflexion alusiva á Sevilla, que parece escrita en esta ciudad, y áun adicionada en época posterior á la de la obra primitiva.

Respecto á *La Española Inglesa*, contentémonos con copiar las observaciones del señor Asensio. Hélas aquí :

«Es notable por demas el recuerdo que se hace, al final de la novela que escribió Cervántes con el título de *La Española Inglesa*, del Arzobispo de Sevilla, que lo

era á la sazon (1606) don Fernando Niño de Guevara, pues habia tomado posesion en 18 de Junio de 1601, y falleció en 1609; y me mueve á hacerlo notar el ver que no se han fijado en esta circunstancia ninguno de cuantos literatos célebres se han ocupado hasta hoy en las *Novelas ejemplares*.

»En grave error incurrió don Juan Antonio Pellicer, suponiendo el desenlace de esta novela en 1611; error en el cual fué inducido por ùna frase de la misma, que indudablemente está fuera de su lugar, pero que él aumentó, computando mal el tiempo. La prueba al canto. El padre de Isabela, al ser apresado su buque por Ricaredo, dice á éste: «Sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá »quince años, perdí yo una hija, que los ingleses debieron de llevar á Inglaterra.» El saqueo de Cádiz tuvo lugar en el verano de 1596, dice el señor Pellicer; luego la novela termina en 1611; sin advertir que despues de llevados á Lóndres los padres de Isabela, su vuelta á Sevilla y demas accidentes de la narracion, pasan dos años y medio, con lo cual la obra concluiria en fines de 1613 ó principios de 1614, es decir, mucho tiempo despues de haberla concluido su Autor; pues es sabido que CERVÁNTES tenia presentadas las *Novelas* á la aprobacion á mediados de 1612.

»Examinemos la novela, y por ella veremos que su desenlace tiene lugar en 1606, cuando era arzobispo el nombrado don Fernando Niño de Guevara, muy aficionado á lecturas amenas, y cuando CERVÁNTES estuvo por algun tiempo en Sevilla, y quizá escribió la obra entera sobre algun suceso reciente; y veremos tambien cómo y dónde debe leerse la frase: *que sucedió habrá quince años*, causadora del error de Pellicer.

»En 1.° de Julio de 1596 se presentó en la bahía de Cádiz la escuadra inglesa, al mando de Lord Howard y del Conde de Essex; combatió y venció á treinta buques españoles que en ella estaban, y penetrando las tropas en la ciudad, la saquearon por espacio de veinte y cuatro dias, haciéndose de nuevo á la vela, con inmenso botin, á principios de Agosto.

»Siete años contaba de edad Isabela cuando fué robada por Clotaldo.

»Catorce habia cumplido cuando Ricaredo iba á casarse con ella á los cuatro dias. Era, pues, en Agosto ó Setiembre de 1603, y habian trascurrido siete despues del saco de Cádiz.

»Dos dias despues salió Ricaredo de Lóndres, navegó seis dias, corrieron las naves un gran levante, tropezaron y aprehendieron las naves turquesas, y volvieron á Lóndres, llevando á los padres de Isabela. El viaje, dice CERVÁNTES, duró treinta dias.

»Es, por lo tanto, imposible de todo punto la frase de que hacia quince años de la pérdida de Cádiz. Esa próximamente era entónces la edad de Isabela, y creo que el concepto quedaria llano y exacto poniéndolo en boca del padre en la forma siguiente: «Sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz perdí yo una hija, *que tendrá »ahora quince años*, y que los ingleses debieron de llevar á Inglaterra.» El inciso, *que tendrá* ahora *quince años*, enmendado tal vez por CERVÁNTES, entrerenglonado, ó colocado fuera de su lugar, con llamada que no advirtió el copiante, haria faltar el sentido, y para restablecerlo se convirtió por el impresor en *que sucedió habrá quince años*, produciendo un error grave en las fechas.

»Pero prosigamos la cronología de la obra hasta su fin. Desde la llegada de Ricaredo á Lóndres, preparativos para el matrimonio, sus dilaciones, el tósigo que dieron

á Isabela, y tiempo que duraron sus efectos, trascurren dos meses y medio. Llega, pues, la accion á fines de 1603.

»Despedidas, diligencias para la remesa del dinero á Sevilla, y viaje hasta esta ciudad, un mes. A los dos años justos de su llegada á Sevilla, iba Isabela á tomar el velo, cuando lo impidió, turbando la ceremonia, la llegada de Ricaredo.

»Era, por lo tanto, el desenlace de la novela en Marzo de 1606, teniendo la heroína diez y siete años.

»Es de notar que en este año, acaso por el invierno, vino á Sevilla MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA, despues de haber publicado la Primera Parte de *El Ingenioso Hidalgo*, sin que sepamos con qué objeto, aunque quizá le traeria alguna de las agencias en que se ocupaba, en Valladolid, en aquella época de su vida. Entónces escribió dos cartas á don Diego de Astudillo Carrillo, describiendo los viajes de recreo que se hicieron por una alegre sociedad á San Juan de Aznalfarache, y yo estimo que tambien la novela que nos ocupa, destinada quizá desde luego á la coleccion que el racionero Francisco Porras de la Cámara formaba para esparcimiento del Arzobispo don Fernando Niño de Guevara. Nació en mí esta sospecha al leer el final de la novela.

»Dice CERVÁNTES que en la toma del velo de Isabela se hallaron el Asistente, el Provisor y el Vicario del Arzobispo. Llegó Ricaredo, dió voces para detener la ceremonia, habló de sus pasados sucesos... «Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el Asistente, y Vicario y Provisor del Arzobispo, y quisieron que luego »se les dijese qué historia era aquella...» «Finalmente, la gente más principal, con el »Asistente y *aquellos dos señores eclesiásticos*, volvieron á acompañar á Isabela á su »casa.» Oyeron todos la historia de Ricaredo, le abrazaron y se le ofrecieron con muy corteses razones... «lo mismo hicieron *los dos señores eclesiásticos*, y rogaron *á »Isabela* pusiese toda aquella historia por escrito, *para que la leyese su señor el Arzobispo*, y ella lo prometió.»

»¿No se recuerda involuntariamente, leyendo este final, al licenciado Porras de la Cámara y su *Miscelánea*, escrita para la lectura del Arzobispo, y en la cual entraron várias obras de CERVÁNTES? Lanzados al terreno de las conjeturas, áun podria suponerse que se le rogó para que escribiera esta novela.

»Pero áun queda otro punto más oscuro é intrincado. Esta novela de *La Española Inglesa* ¿tiene por base algun suceso verdadero? ¿Se referirá este hecho, caso de serlo, á la vida de MIGUEL DE CERVÁNTES? Yo no me atreveré á aventurar por hoy nada acerca de esto. Solamente consignaré que persona muy docta asegura haber vivido CERVÁNTES en la collacion de San Márcos, y que en el *Diccionario geográfico-histórico-estadístico de España*, por don Pascual Madoz, tomo XIV, pág. 317, se estampa la siguiente noticia:

«La mencionada torre de esta iglesia (San Márcos) encierra grandes y dulces »recuerdos para los amantes de nuestra literatura, pues á ella subia muy á menudo »MIGUEL CERVÁNTES SAAVEDRA, cuando vivió en Sevilla en la humilde condicion »de soldado, con objeto de ver la cercana casa de Isabela, *donde moraba la mujer »que más amó.*»

Hasta aquí el señor Asensio. Continuemos nosotros tambien en nuestro propósito.

¿Será cierto, segun afirman algunos críticos, que el tipo de *El Licenciado Vidriera* no es tan imposible ni tan imaginario como pudiera parecer á primera vista, sino que con él trató de aludir CERVÁNTES al erudito humanista Gaspar Barthio, que adoleció de la propia manía que el desventurado Tomas Rodaja? Cuéntase, en efecto, y lo repite el señor Arrieta, que Barthio, nacido en Custrin, en 1587, manifestó desde su infancia un ingenio precoz y una memoria maravillosa; estudió con mucho fruto y lucimiento en várias academias y universidades de Alemania, y viajó por Inglaterra, Holanda, Francia, Italia y España, aprendiendo las lenguas vivas con perfeccion, y procurando aprovecharse en todas partes de las luces y conocimientos de los sabios que encontraba. Este empeño, y la vehemente aficion que tenia á la lectura de las novelas españolas, parece que llegaron á trastornar su cabeza en términos, que vivió durante diez años persuadido de que era de vidrio, sin querer, por esta aprension, que nadie se le aproximase. Añádese la probabilidad de que le conociese y le tratase CERVÁNTES cuando estuvo en España; en cuyo caso, es de presumir que muchos de los epigramas, equívocos y dichos sentenciosos del supuesto Vidriera fuesen históricos, desvaríos del maniático aleman; pues efectivamente hay en ellos algo de extravagante, algo que indica cierta coordinacion sistemática de ideas, más bien que viveza ó profundidad de ingenio.— Pero al fin, todo esto importa poco; en lo que no cabe duda, es en la época á que corresponde esta novela, dado que el mismo CERVÁNTES la determina. Pasó el Licenciado á Valladolid, donde en aquel tiempo *estaba* la córte. Sabemos que la trasladó Felipe III á aquella ciudad al principio de su reinado; sabemos que allí subsistió hasta el año 1606; luego *El Licenciado Vidriera* se escribió despues de esta fecha, es decir, en el período á que hemos atribuido la mayor parte de estas composiciones.

No es tan fácil conjeturar la verdadera antigüedad de *La Fuerza de la sangre* y de *El Celoso Extremeño*, con que finaliza el presente tomo. Respecto á la primera, concluye CERVÁNTES asegurando que en aquella sazon vivian los hijos y nietos de Rodolfo y Leocadia. Si pues habia él conocido á los *venturosos desposados*, y conocia á su segunda descendencia, entrado en años debia ya ser cuando se propuso sacar partido de aquel asunto; probablemente sería despues de terminada la Primera Parte de su *Ingenioso Hidalgo*. En cuanto al *Celoso Extremeño*, si, como se afirma, estaba incluida en la *Miscelánea* formada, el año 1606, para el Arzobispo de Sevilla, será anterior á este tiempo, y por consiguiente, una de las que salieron de la pluma de nuestro Autor durante su permanencia en aquella ciudad.

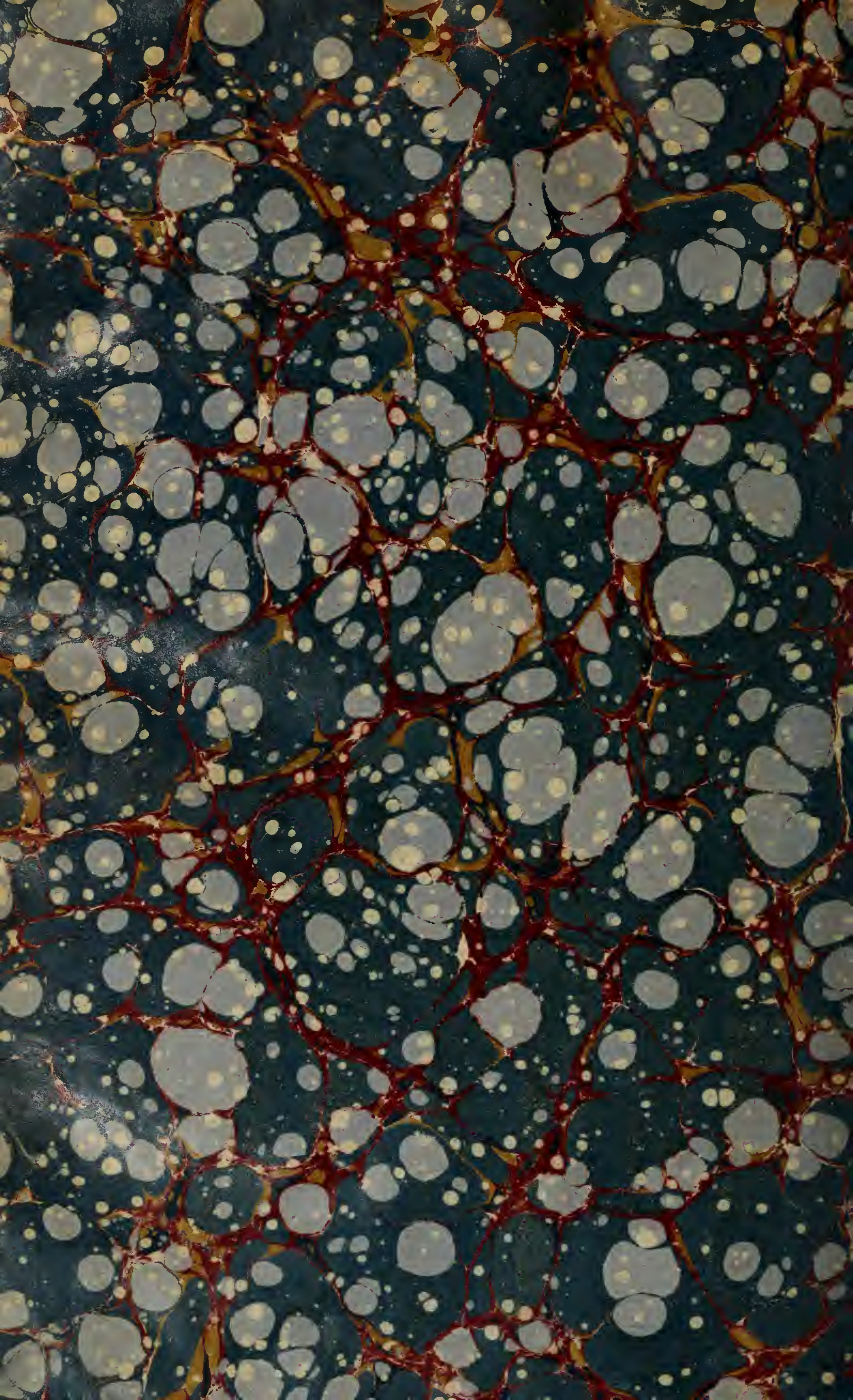
Estos datos bastan para ilustrar hasta donde á nosotros nos es posible un punto que recibirá quizá mayor esclarecimiento del estudio y erudicion de nuestros lectores.

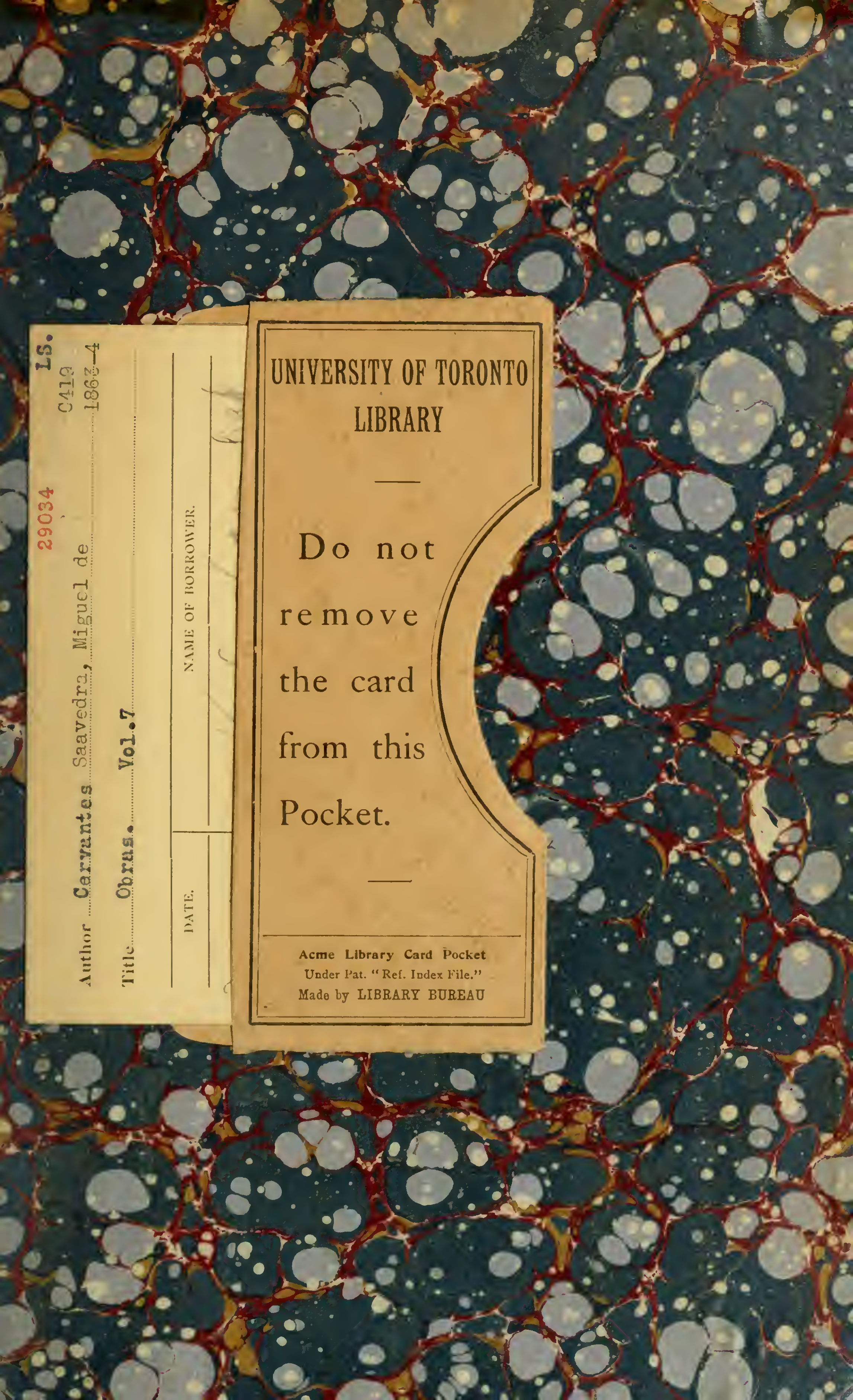
FIN DEL APÉNDICE.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO DE LAS NOVELAS EJEMPLARES.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO DE LAS NOVELAS EJEMPLARES, SÉPTIMO DE LA COLECCION.




UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
C419
29034
Author Cervantes Saavedra, Miguel de
Title Obras. Vol.7
NAME OF BORROWER.
DATE.

